HISTORIA DE LA GUERRA DEL MUNDO



FRANK H. SIMONDS


1800
THE LIBRARY OF CONGRESS
Class
Book
Copyright No.
COPYRIGHT DEPOSIT.





EL ESPÍRITU DE FRANCIA



HISTORIA DE LA GUERRA DEL MUNDO

FRANK H. SIMONDS

TRADUCCIÓN DE
CARMEN TORRES CALDERÓN
DE PINILLOS Y
MIGUEL DE ZÁRRAGA

PRIMER TOMO

PUBLICADA PARA
THE REVIEW OF REVIEWS COMPANY
POR
DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
EDITORES DE "LA REVISTA DEL MUNDO"
GARDEN CITY NUEVA YORK



A MI ESPOSA

HISTORIA DE LA GUERRA DEL MUNDO



PRÓLOGO

La guerra mundial que entra al trigésimocuarto mes de duración en el momento de escribir estas líneas, ha presentado tres fases distintas tanto en el lado militar como en el humano, más vasto y significativo. Las tres fases militares son: la campaña del Marne y sus inmediatas consecuencias; la campaña rusa, con el episodio balkánico y el epílogo de Verdún; y la ofensiva de los Aliados en el oeste, que comenzó en julio de 1916 en el Somme y aun continúa ante Arras y en el antiguo campo de batalla del Aisne.

En la campaña del Marne, Alemania buscó el triunfo completo mediante una arremetida veloz y terrible contra Francia, el único de sus enemigos que se hallaba entonces preparado en cierto modo para la guerra. El ataque fué rechazado en el Marne y obstruído para siempre en el Iser y en Ipres. Desde entonces Alemania hubo de volverse al este para aliviar la suerte adversa de Austria y proteger sus propias fronteras amenazadas.

En la campaña rusa, Alemania trató de acabar con Rusia del mismo modo que había tratado de desembarazarse de Francia en la campaña del Marne. No alcanzó triunfo inmediato en este sentido. A despecho de terribles derrotas y largas retiradas, la resistencia rusa no fué quebrantada; pero la Revolución rusa, indubitable consecuencia del desastre ruso y el factor principal hoy en el frente oriental, da a la campaña alemana de 1915 un valor que no se advirtió en el momento en que se realizara.

Problemáticos son aún los resultados definitivos. Pero así como tuvo que volverse al este en 1914 sin haber terminado su tarea en el oeste, Alemania, después de su campaña breve y gloriosa en apoyo de Turquía, debió volver al oeste en febrero de 1916 perseguir en Verdún lo que no había alcanzado en el Marne. El fracaso sufrido en Verdún le costó la iniciativa, reduciéndola a la defensiva.

La campaña abierta en el Somme prosigue todavía. Desde el comienzo de su ataque, el primero de julio de 1916, los Aliados han obligado a los alemanes a retroceder constante aunque lentamente; y la reciente victoria de Arras demuestra que el ejército británico ha adquirido alto grado de eficiencia, mientras que por otro lado se observan signos de decadencia en el espíritu de las tropas alemanas, signos que, no obstante, distan mucho de ser concluyentes. De cualquier modo, los germanos están a la defensiva y la tercera fase aun no ha tocado a su término.

Dirigiendo la mirada a horizontes más vastos, se descubrirán también tres aspectos de la guerra. En su período inicial, durante los primeros meses de la campaña, el conflicto apareció ante los ojos de los hombres, en países neutrales y beligerantes, simplemente como una nueva guerra, mayor y más terrible que todas las del pasado, pero al cabo una lucha comparable a aquéllas en origen y propósitos.

Pero a medida que la lucha progresaba, hízose cada vez más evidente a los ojos de los hombres de todas las naciones, salvo las de la Europa central, que el ataque alemán era algo más que un esfuerzo para alcanzar el poderío mundial, comparable con el de Francia bajo Napoleón o Luis XIV, o el de España bajo Carlos V. Apareció claro que Alemania no atacaba solamente a ejércitos o naciones, sino también al edificio entero de la civilización y todos los preceptos y doctrinas humanitarios que representan el lento progreso desde la barbarie.

La invasión de Bélgica horrorizó al mundo entero. Las crímenes cometidos por los soldados alemanes en Bélgica y en la Francia septentrional, crímenes que no pueden calificarse de excesos inherentes a la guerra sino que fueron ordenados por los jefes con el propósito deliberado de aterrorizar a una población indefensa y atar las manos a los hombres por las brutalidades practicadas con mujeres y niños, son seguramente los que inclinaron la balanza de la opinión neutral contra Alemania. Al principio estos crímenes bestiales sólo dieron nuevos bríos y mayor determinación a las naciones directamente atacadas; pero a la postre, granjearon a Alemania la reprobación de las naciones neutrales en todo el globo.

En esta tercera fase, junto con la indignación creciente y el odio por la violencia alemana, prodújose una percepción más clara del peligro que encerraba el

germanismo para toda la civilización, el reconocimiento de que la guerra era, después de todo, una nueva lucha de la autocracia contra la democracia; que la conducta alemana, abominable ya ante el criterio de las demás razas del mundo, era en esencia la expresión final del militarismo originado en la casta y la corona; que el "superhombre" era únicamente el antiguo tirano ataviado de un nuevo disfraz.

Esta etapa presenció la Revolución rusa y la entrada de nuestro país en la guerra. El presidente de los Estados Unidos ha dado la definición más clara de la guerra, según se comprende ahora en todas partes con excepción de los Imperios Centrales, en el documento que determinó de hecho si no técnicamente el alistamiento de la nación.

En los volúmenes siguientes trataremos de manifestar el progreso del veredicto mundial sobre los propósitos y métodos alemanes. En este volumen hemos querido solamente esbozar los acontecimientos que precedieron a la guerra y las primeras campañas del conflicto. La verdadera índole de la amenaza alemana quedó establecida únicamente a la terminación de esta primera fase, excepto en la opinión de los franceses y los belgas en cuyo suelo habían escrito los ejércitos alemanes su vergonzosa historia. Tan sólo cuando la guerra entró en su segunda fase hízose aparente el espíritu que dominaba en los concilios y armaba el brazo de las naciones aliadas contra Alemania. Sólo en este momento asumió el conflicto conscientemente en el entendimiento de millones de hombres el carácter de una cruzada, de una defensa concertada de la civilización contra una nueva barbarie que combinaba la ciencia con la ferocidad, las armas del siglo XX con el espíritu de Atila.

Y cuando la guerra tomó este nuevo carácter convirtióse en algo diferente de todas las guerras que registra la historia: en una guerra reñida no con el objeto de obtener expansión territorial o triunfos en el campo de batalla, sino una guerra que se libraba entre dos ideas, dos concepciones de la vida, de la civilización, de la humanidad; entre dos credos, de los cuales sólo uno puede existir en este mundo, puesto que uno destruye completamente al otro.

Tardíamente quizá, pero de un modo absoluto al cabo, se han percibido en los Estados Unidos, alejados como se encuentran del mundo europeo, los resultados de la guerra. Instintivamente las masas, el pueblo llano de los Estados Unidos lo mismo que el de la Gran Bretaña y el de Francia, han prevalecido sobre la ciencia de los políticos y la incertidumbre de los estadistas. Tardíamente, aunque no demasiado tarde, la nación que contaba a Lexington y Concord en su propia historia reconoció que era imposible mantenerse neutral cuando se reñía una nueva batalla por la democracia. Y casi al mismo tiempo se ha dejado oír en Alemania una nueva voz, interrumpida aún e incierta, repitiendo algunas de las palabras que llenan ahora el mundo ajeno a los Imperios Centrales. Cualquiera que sea el resultado de la guerra, es indudable ahora que jamás el estado de cosas en Alemania volverá a ser el mismo que cuando el militarismo prusiano atropellaba a Bélgica bajo tacones de hierro, y la necesidad alemana arremetía con la fuerza de sus bayonetas contra la buena fe internacional y la simple humanidad.



Debo manifestar mi reconocimiento al Gobierno y estado mayor francés como al británico, tanto por la cortesía con que me permitieron visitar sus ejércitos y sus campos de batalla, entre otros el Marne, Nancy, Champaña, y el Somme, escoltado por oficiales que explicaban la acción, como por la cordialidad y franqueza con que suministraron todos los informes de que podían disponer. Al interés del Presidente de Francia debo la oportunidad de haber visitado Verdún y haber sido presentado al general Petain durante la gran batalla; y al feldmariscal Sir Douglas Haig soy deudor de la ocasión de observar el ejército británico y ser presentado a su comandante en jefe precisamente antes de la batalla de Arras, encontrándome en posicion de contemplar desde Mont St. Eloi, hacia el este, las alturas de Vimy, que pronto debían rendirse ante el valor canadiense. Quiero asimismo manifestar aquí mi gratitud al general Dubois, gobernador de Verdún, quien me dió la bienvenida dos veces en su arruinada ciudad, permitiéndome visitar Fort de Vaux, recientemente reconquistado del príncipe heredero alemán.

Desea explicarme también en otro respecto: la falta de toda mención de las operaciones navales en este relato no se debe a que deje de apreciar el autor la importancia inmensa de la labor que llevaron a efecto las escuadras aliadas, y en la mayor parte de los casos la armada británica, sino al hecho de que se convino desde el principio en que la historia de las operaciones navales de la guerra se escribiera en un volúmen posterior. El tema es demasiado importante para concentrarlo en el espacio disponible en este tomo.

En los años que siguieron al estallido de la guerra, durante los cuales he escrito constantemente acerca del desenvolvimiento del conflicto, he cometido a menudo equivocaciones y caído frecuentemente en el error de no advertir las limitaciones del presente volumen. Representa éste simplemente el esfuerzo de interpretar equitativamente, y para el público de los Estados Unidos, los primeros incidentes del conflicto mundial, que hasta aquí habían sido explicados principalmente a los norteamericanos por comentadores pertenecientes a las naciones que se encontraban en guerra, quienes observaban la campaña desde su perspectiva como beligerantes, teniendo muy poco en cuenta, naturalmente, el punto de vista de una nación alejada del conflicto por su historia, su larga neutralidad, y la extensión del océano.

Hasta donde me ha sido posible he procurado que este libro sea el comentario norteamericano de una guerra mundial, y nadie se halla más consciente que yo mismo de sus deficiencias.

Frank H. Simonds.

Upper Montclair, Nueva Jersey,
primero de mayo de 1917.



SUMARIO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO II

DE TÁNGER A ARMAGEDÓN



CAPÍTULO III

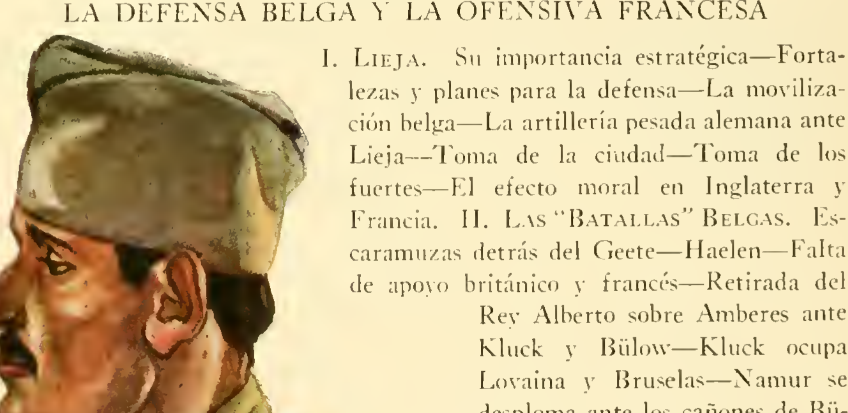
LOS DOCE DÍAS

CAPÍTULO IV

EL ATAQUE ALEMÁN

CAPÍTULO V

LA DEFENSA BELGA Y LA OFENSIVA FRANCESA



CAPÍTULO VI

LA BATALLA DEL MARNE

CAPÍTULO VII

PARALIZACIÓN EN EL OESTE

CAPÍTULO VIII

EL FRENTE ORIENTAL

CAPÍTULO IX

LA BATALLA DE LEMBERG



CAPÍTULO X

VARSOVIA

CAPÍTULO XIII

EN EL OESTE, DE NOVIEMBRE DE 1914 A MAYO DE 1915

CAPÍTULO XIV

SEGUNDA PARTE

I
PREFACIO

II
CHILE Y LA GUERRA

III

BOLIVIA Y LA GUERRA

IV

PUERTO RICO Y LA GUERRA

TERCERA PARTE

I

DOS FRANCESES EMINENTES Y LA GUERRA MUNDIAL

II

LA INVASIÓN DE BELGICA

III

INGLATERRA SALVADA POR LA ESCUADRA

POR WINSTON CHURCHILL, EX Primer Lord del Almirantazgo Británico

IV

LOS AEROPLANOS Y LA GUERRA

Entrevista con ORVILLE WRIGHT

POR FRED KELLY

V

LA VOZ DE LOS GRANDES CAÑONES

Por Hudson Máxim, Inventor de la Pólvora sin Humo

CUARTA PARTE

APÉNDICE

LA PRIMERA OFENSIVA FRANCESA

Por Frank H. Simonds

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

LISTA DE MAPAS

INTRODUCCIÓN

POR ALBERT SHAW

La historia de lo que llamamos "civilización" estudia principalmente una serie de épocas o períodos históricos, marcados por tal intensidad de acción y cambios tan profundos que sus efectos tienen carácter permanente. Dichos efectos conviértense, a su vez, en causas, originando nuevos acontecimientos y nuevas transformaciones. Aun en los intervalos más tranquilos de la historia hay fuerzas silenciosas e influencias que trabajan incesantemente; y los investigadores de la vida nacional y de la historia del mundo reconocen en aquellas fuerzas e influencias fenómenos que es necesario interpretar. Sin embargo, unas y otras actúan confusamente a menudo y no se estiman en su verdadero valor hasta que se revelan a la luz de acontecimientos pavorosos en algún nuevo período de acción intensa.

Así, en el fondo de los solevantamientos que ocasionaron la Revolución de los Estados Unidos y la Revolución francesa se descubren nuevas orientaciones de la navegación y del comercio debidas al descubrimiento y colonización de regiones inexplotadas del mundo. Y en el fondo de tales sucesos se encuentra también la extirpación del feudalismo y la difusión de nuevas doctrinas sobre los derechos humanos y la libertad política. Las transformaciones económicas y políticas que siguieron el intenso período comprendido entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX asumieron proporciones tan vastas y cifras estadísticas tan considerables que burlan casi todo cálculo y análisis.

De aquel intenso período emergió la democracia representativa típica que dentro de poco más de un siglo llegaría a ser la forma prevaleciente de asociación política entre los hombres. De aquel período brotaron los ideales modernos de vida local, nacional e internacional, según los concibió la mente de las masas. La "opinión pública" convirtióse en institución reconocida; y sus órganos indispensables, el derecho de reunión y la libertad de la prensa, fueron

garantidos por la constitución y las leyes. Los inventos y descubrimientos se volvieron asimismo agentes reconocidos del progreso social; y en virtud de tales factores, las naciones civilizadas conquistaron en el espacio de un siglo la emancipación económica que extendió las prerrogativas reservadas en el siglo XVIII a unos cuantos seres privilegiados.

Sin embargo, en todo progreso histórico se observa siempre la presencia de elementos opuestos y descúbrese que los elementos de progreso deben luchar por abrirse camino sufriendo a veces retardos y derrotas momentáneas. Los cerebros dirigentes de las revoluciones norteamericana y francesa concibieron no solamente los derechos del hombre con respecto al gobierno y el desarrollo nacional independiente, sino que tuvieron en mente el establecimiento de la paz universal mediante una federación de estados o naciones y la subordinación de ambiciones puramente nacionales a las aspiraciones más grandes y elevadas de la civilización, alimentando la esperanza y la fe de que aquellas grandes concepciones pudieran realizarse apelándose a la inteligencia de la humanidad.

Desgraciadamente, sin embargo, las grandes fuerzas del progreso humano estimuladas en aquel período de revoluciones, no se desarrollaron en proporción uniforme. Una de aquellas fuerzas, la educación universal, acentuó la devoción al idoma, la historia, los ideales y las aspiraciones nacionales. Así, la unidad y el progreso nacional se convirtieron en objeto de un esfuerzo apasionado; como ocurrió, por ejemplo, en Alemania, luego en Italia, después en Rusia y en muchos de los principados más pequeños y entidades étnicas o políticas. Hungría desarrolló profunda conciencia nacional, Polonia despertó a la vida política, Bohemia demandaba un porvenir independiente y, en particular, los pueblos de la península balkánica experimentaron una evolución sin precedente en sus ambiciones étnicas y políticas.

Este nacionalismo exagerado puede atribuirse principalmente a la índole y métodos de la educación universal. La rápida difusión del hábito de leer y de escribir, dentro de un período de dos o tres generaciones, debía ciertamente fomentar el nacionalismo y robustecer las barreras del idioma, debilitando por el

momento la causa más elevada de la unidad y la armonía entre las naciones.

Además, las grandes fuerzas de la invención y los descubrimientos científicos despertadas a la obra, produjeron muchos resultados imprevistos. Durante algunas décadas estimularon la emigración en vasta escala en tanto que en otras redujeron el éxodo humano y promovieron la exportación de mercancías. Los descubrimientos de la ciencia eliminaron epidemias dando por resultado un incremento en la población de los países civilizados, que se elevó del cien al doscientos por ciento en breve período. La aplicación de la ciencia a la industria capacitó a aquella creciente población para aumentar considerablemente el abastecimiento de artículos tanto de primera necesidad como de lujo.

En las naciones industriales que poseían o podían procurarse hierro y carbón, naciones capaces de emplear y fabricar maquinaria, dotadas de habilidades técnicas para la manufactura de telas de algodón, lana, seda y lino en vasta escala, la producción de artículos fabriles aumentó en proporción geométrica. Pero, por otra parte, la producción de artículos alimenticios necesarios para el sostenimiento de las poblaciones industriales sólo aumentó en razón aritmética y aun menos rápidamente todavía. La consecuencia inevitable de esos dos hechos esenciales en la producción económica de Europa fué un desarrollo enorme del comercio exterior. Regiones que un siglo antes eran casi completamente agrícolas, salvo industrias locales y domésticas para procurarse viviendas, vestidos y las herramientas y utensilios ordinarios, experimentaron transformaciones tales que más de tres cuartas partes de la población se dedicaba ahora al comercio y a la manufactura.

Los productos de su industria se vendían en el mundo entero, y la cuestión de los mercados adquirió entonces vital importancia. Los países industriales viéronse obligados a estudiar los usos y las necesidades del Asia y del África, de la América del Norte y del Sur, de diversas regiones europeas, y a despertar nuevas necesidades y crear nuevos hábitos y costumbres con la mira de ensanchar los mercados de venta. A su vez, viéronse obligados a importar grandes provisiones de las materias primas que debían beneficiar sus fábricas,

gran cantidad de víveres de las zonas templadas y tropicales a fin de proveer a sus obreros de pan y carne, fruta y especias, te, café y cacao.

Todo este requirió un incremento correspondiente en el tonelaje de la marina mercante. La expansión comercial había convertido el nuevo nacionalismo nacido de la educación popular en un nacionalismo de rivalidad comercial que se extendió hasta las más remotas comarcas de la tierra. El desarrollo del comercio ultramarino y el incremento de buques mercantes en número e importancia, hicieron de la libertad del tráfico oceánico asunto de celosa incumbencia para los gobiernos. Proclamóse la doctrina del poderío y expansión navales justificada por el principio de la necesidad comercial.

Tomemos como ejemplo el desarrollo de Alemania. Al término de las guerras napoleónicas, lo que hoy forma el Imperio alemán tenía una población de menos de veinticinco millones de habitantes. Un siglo después, al estallar la gran guerra de 1914, esa población se elevaba a cerca de setenta millones. En los tiempos de la guerra franco-prusiana, 1870–71, la población alemana era apenas de poco más de cuarenta millones. En aquellos tiempos la industria alemana no había alcanzado grado tan alto de desarrollo como la de Inglaterra o Francia. Pero el nuevo imperio alemán adoptó el sistema de fomentar la educación técnica y científica y desarrollar la industria fabril alemana en todos sus ramos. El éxito de tal política fué tan grande que Alemania pudo competir cada vez más ventajosamente y en todo el mundo con las industrias de otros países. La emigración alemana a la América cesó virtualmente porque ya el propio país ofrecía trabajo abundante. En otros términos, ello significaba que, aparte del incremento normal en las condiciones de la vida y las condiciones del pueblo alemán que absorbieron parte considerable de la nueva producción industrial, había crecido en suelo germano una población de muchos millones dependiente del comercio exterior en tiempos normales.

Lo que ocurría en Alemania era, en mayor o menor grado, lo que acontecía en otras naciones industriales; esto es, una proporción creciente de la población dedicábase a producir los artículos requeridos por los mercados internacionales, a diferencia de los que demandaba el mercado interior.

A raíz de la revolución de la América del Norte, la Gran Bretaña abandonó la antigua idea del imperio comercial que significaba la explotación de las colonias, con detrimento de las mismas, y la exclusión del comercio de otros países. Inglaterra concedió a sus colonias completa libertad para el comercio y la industria, y abrió sus propios mercados y los mercados coloniales al comercio competidor de sus rivales europeos. Con todo, las industrias y el comercio de Inglaterra derivaron indudablemente alguna ventaja de las relaciones políticas que existían entre la madre patria y las partes distantes del imperio.

II

Realizada la unificación de Alemania a raíz de la guerra con Francia y las pequeñas guerras del período de Bismarck, sobrevino el rápido desarrollo de la industria y el comercio a que me he referido. Alemania comenzó a asumir el papel de potencia dirigente dentro del sistema europeo. Francia esforzóse por alcanzar su restablecimiento y firmó una alianza con Rusia. Alemania aseguró al Austria e Italia como aliadas, pero siempre confió principalmente en su poderío militar para protegerse contra la combinación galo-eslava. En un país como Inglaterra, los ideales militares resultaban anticuados y el ejército se consideraba sólo como una fuerza policial para emergencias, un departamento de gobierno en cierto modo necesario pero gravoso. La naturaleza había trazado los confines de las islas del Reino Unido que no podían cambiarse. Las relaciones del Reino Unido con el Canadá, Australia, Nueva Zelandia y el África del Sur representaban una ayuda militar y una cooperación voluntaria cada vez mayores. El futuro de la India dependía de la capacidad progresiva de los pueblos indios hacia una tolerancia mutua y el mantenimiento de instituciones políticas justas y benéficas. Hablando en términos generales, el pueblo británico concibió su imperio como elemento que evolucionaba en armonía con el progreso del mundo y no como obstáculo al justo progreso de otra raza o nación cualquiera.

Pero si el Imperio británico había alcanzado su plenitud y seguía el curso de una descentralización pacífica en virtud del desarrollo de

sus dominios ultramarinos, el caso era diferente tratándose del Imperio alemán. El ejército británico era un cuerpo pequeño, profesional, de soldados. "Tommy Atkins," según se llama al soldado raso inglés, no era un civil o un ciudadano. En cambio el ejército alemán era, casi en sentido absoluto, la nación alemana misma. Había, sin embargo, una excepción peligrosa que aun ahora no se ha comprendido por completo: el gran cuerpo de oficiales alemanes, de alta preparación profesional. Los oficiales alemanes eran soldados y no civiles. Su preparación para cada clase y cada rango del servicio militar era seria, intensa, en extremo inteligente.

Esta casta militar profesaba la doctrina de la fuerza como medio de alcanzar los fines de la nación; y consideraba el progreso y predominio de la nación como ley ética suprema. Dentro de este gran cuerpo de oficiales profesionales existía un vasto sistema o mecanismo para la preparación de todos los jóvenes del país en el servicio militar, cuando llegaban a una edad conveniente. Habíase organizado prolijamente este sistema para fomentar el progreso comercial e industrial de la nación, en vez de obstruirlo. Los jóvenes bien educados regresaban a la vida civil dentro de un año, mientras que una preparación intensiva de dos o tres años hacía del hombre del pueblo y el mozo de aldea un ciudadano más valioso de lo que podía ser en caso diverso. Mientras que el militarismo alemán empleaba este doble sistema para el desarrollo de un gran cuerpo de oficiales profesionales y para la preparación disciplinaria de jóvenes civiles, había también grupos especiales bajo el estado mayor general, como los de ingeniería y técnica y los que se ocupaban del servicio informativo militar internacional. Mediante la labor de estos especialistas, todos los progresos de Alemania y otros países en la ingeniería mecánica, eléctrica y química, se adaptaban a los propósitos militares.

Cuando se produjo la guerra franco-prusiana, la población de Alemania y la de Francia eran casi iguales: unos cuarenta millones. La del Reino Unido ascendía a algo más de treinta millones de habitantes. En el período de cuarenta años que siguió a la guerra, la población de Francia permaneció estacionaria, mientras que la de las Islas Británicas sobrepasó la de Francia llegando a sumar

cuarenta y cinco millones aproximadamente. La de Alemania aumentó a un total algo menor de setenta millones. Mientras tanto, la industria alemana alcanzó un desarrollo más rápido que su población; de suerte que Alemania pudo no sólo poner rápidamente a la nación en pie de guerra con diez millones de soldados preparados, sino emplear sus grandes fábricas para el abastecimiento de gran cantidad de cañones y pertrechos, al propio tiempo que sus industrias químicas proveían nuevas clases de explosivos y materiales de guerra, y sus ferrocarriles, construídos con fines estratégicos y comerciales, servían propósitos cuidadosamente proyectados de antemano.

Francia, Rusia, Italia y Austria tenían también el sistema de preparación y servicio militar generales; pero en ningún país se encontraba, como en Alemania, una organización que permitía convertir tan fácilmente los recursos colectivos de la nación en inmediata eficiencia militar.

Esta adaptabilidad de los recursos de la nación en hombres y medios industriales a fines bélicos fué, en primer término, consecuencia de la posición histórica de Alemania, situada en medio de razas y pueblos europeos enemigos. Rusia ocupaba vastos territorios; su población se aproximaba a doscientos millones de habitantes; tenía también un sistema de servicio militar general y un gran cuerpo de oficiales profesionales. Pero sus recursos industriales no habían sido desarrollados. En tanto que Rusia acariciaba el sueño paneslavista, Alemania preveía un conflicto con la alianza franco-rusa, considerándolo inevitable. Francia se hallaba asimismo militarizada en grado sumo; pero los alemanes, pesando todos los recursos militares, consideraban su eficiencia por lo menos dos veces mayor que la de los franceses.

Así, a medida que Alemania se elevaba en primacía militar, su cuerpo de oficiales profesionales adquirió la convicción de que era necesario asestar el golpe antes de que los recursos científicos e industriales rusos se desarrollaran lo bastante para que Rusia fuera capaz de mantener grandes ejércitos por considerable período de tiempo. Además, aumentando el comercio exterior de Alemania, ensancháronse sus ambiciones y concibió su destino como algo más que la superioridad dentro del continente europeo. Inglaterra con

cuarenta y cinco millones de habitantes en las Islas Británicas, dominaba un vasto imperio en todos los continentes y todos los mares. Alemania, con setenta millones, sobrepujaba a Inglaterra en la cantidad y variedad de productos industriales, y disputaba la supremacía de Inglaterra en marina mercante. Alemania demandó entonces su "lugar al sol." A medida que se desarrollaba su conciencia de poder comercial y militar, su orgullo nacional asumía forma agresiva y arrogante. Aunque Alemania acusaba a John Bull de tradicional arrogancia, lo cierto es que Inglaterra se hallaba dispuesta, en manera sorprendente, a reconocer el progreso de Alemania y admitir a los comerciantes alemanes en igualdad de condiciones.

En el fondo de muchos conflictos y discordias tanto entre naciones como entre individuos se encuentra, sin embargo, el temor más bien que la arrogancia. Alemania temió que la vasta marina mercante necesaria para su comercio creciente se viera amenazada en tiempos críticos si no contaba con la protección de una gran armada. De otro lado Inglaterra temió que Alemania, dominante en tierra gracias a la superioridad de su ejército, pudiera en cualquier momento destruir el Imperio británico si a la organización militar alemana se añadía el poder de una flota que en magnitud se acercaba a la flota inglesa. Así, pues, Inglaterra se vió obligada a olvidar sus diferencias con Francia y luego con Rusia, a convenir en el empleo combinado de las escuadras británica y francesa, y construir buques de guerra de nuevo tipo, revolucionando las construcciones navales en carácter y dimensiones.

III

En sus días de mayor esplendor el Imperio turco mantenía en la servidumbre varias tierras y nacionalidades del sudeste de Europa, el Asia occidental y el norte de África. Las fuerzas de progreso que estimuló el período revolucionario a fines del siglo XVIII acudieron en ayuda de las naciones occidentales contra el despotismo decadente de Turquía. Surgieron entonces Grecia, Servia, Rumania y Bulgaria como naciones europeas, y al despertar sus pueblos y adquirir

intenso espíritu de ambición nacional, comenzaron a luchar por límites territoriales, puertos de mar, y por su seguridad futura.

La energía comercial y colonizadora de las potencias occidentales europeas desalojó inevitablemente la autoridad turca del Egipto y los estados berberiscos. Alemania y Austria-Hungría abrigaban la convicción, cada vez más firme, de que la Gran Bretaña, Rusia, y Francia debían permitirles participar en la disgregación del antiguo Imperio turco y adquirir influencia incontrovertible desde el Adriático hasta el mar Negro y el golfo Pérsico.

Pero no sólo Turquía se desmoronaba: Persia también habíase convertido en objeto de la energía comercial y la influencia política de los imperios europeos. Rusia e Inglaterra abandonaron lo que en un tiempo pareció peligrosa competencia, fijando "esferas de influencia" en Persia. Mientras tanto, la capacidad de Alemania para participar en el desarrollo comercial y económico del mundo aumentaba con mayor rapidez que la de cualquiera otra nación europea. Como lo expliqué anteriormente, el acrecentamiento de esa capacidad determinó una creciente necesidad de mercados. Los alemanes vieron en las inexplotadas regiones de la Turquía asiática y regiones vecinas, excelente oportunidad para obtener muchos productos y materiales que se necesitaban en Alemania, y la perspectiva de desarrollar en aquellas regiones un mercado vasto y estable para las mercaderías alemanas. El proyecto del ferrocarril a Bagdad fué sólo parte de un plan mucho más amplio.

Con el objeto de satisfacer esta ambición por el establecimiento de una confederación económica y política que se extendiera desde el mar del Norte hasta el golfo Pérsico, la influencia diplomática y militar alemana se había activado en Constantinopla a fin de conquistar un puesto dominante en los círculos del Gobierno otomano. La alianza con Austria-Hungría fué parte necesaria de este gran proyecto. En el interés de Alemania estaba también que la influencia austriaca, y no la rusa, guiara los destinos de los pequeños estados balkánicos, que se encontraban entre los imperios teutónicos y los dominios turcos.

La importancia de las luchas balkánicas y turcas de años recientes y la profunda animosidad que la anexión de Bosnia creara entre Aus-

tria y Servia, sólo pueden comprenderse teniendo en cuenta el gran proyecto al que se había lanzado la política alemana. Austria se granjeó un cruel enemigo en Servia al destruir el sueño de una " Servia grande " cuya realización requería Bosnia y parte de la costa adriática. El asesinato del heredero al trono de los Hapsburgo brindó a Servia pretexto para un ataque mediante el cual esperábase obtener el dominio de las rutas fluviales y ferroviarias indispensables hacia Turquía. De otro lado, Rusia vió en peligro su sueño de dominación de Constantinopla así como sus planes para la "penetración pacífica" en Persia y las provincias turcas situadas al sur del mar Negro.

Alemania estaba dispuesta a apoyar al Austria hasta el extremo, al paso que Rusia sintióse compelida a descender a la arena en defensa de Servia. Alemania sabía perfectamente que Francia debía apoyar a Rusia, En Alemania no se creyó que interviniera la Gran Bretaña, y confiábase en que Italia permaneciera neutral, prestando, sin embargo, cierta ayuda moral a sus aliadas, Alemania y Austria. Los británicos, por su parte, no habían previsto el peligro y se hallaban absolutamente faltos de preparación. El crítico estado que atravesaba la cuestión irlandesa robustecía la creencia alemana de que Inglaterra no podría ofrecer ayuda militar a Francia. Rusia había puesto en práctica grandes planes de preparación militar, pero no los consumaría sino dentro de dos o tres años. Por otra parte, Alemania había ensanchado y robustecido inmensamente su organización bélica desde algunos años antes.

Según el criterio alemán había llegado el momento psicológico. Alemania contaba con equipo completo para abastecer un ejército por lo menos cinco veces mayor que el que Rusia podía proveer inmediatamente de armas y municiones. Austria podía considerarse casi capaz, si bien no enteramente, de entenderse con Rusia mientras que Alemania, atacando rápidamente a Francia, podía poner término a la guerra dentro de algunas semanas, probablemente en octubre y con certeza antes de la Navidad de 1914.

La frontera franco-alemana era apenas de doscientas millas de longitud, extendiéndose de Bélgica a Suiza a lo largo de los límites territoriales de Alsacia y Lorena. La línea fronteriza estaba po-

derosamente fortificada por ambos lados. El camino más fácil a Francia desde la parte sur de Alemania y desde Austria era a través de Bélgica. Pero durante casi un siglo, Bélgica se hallaba bajo la protección de una solemne garantía de neutralidad, firmada, en tratados sucesivos, por Alemania, Francia y la Gran Bretaña. Francia no estaba preparada para un ataque a través de Bélgica; y la ley alemana de "necesidad militar" prescribía, a despecho de tratados, atacar al enemigo por el camino que éste hubiera dejado sin defensa.

Al elegir aquel camino, Alemania demostró no haber comprendido a los belgas. Esperaba que protestaran, pero no que fueran a la guerra. Alemania pensó usar los ferrocarriles y carreteras belgas para un transporte tan rápido que no diera tiempo a que los franceses avanzaran y opusieran formidable resistencia hasta que los ejércitos alemanes marcharan sobre París. Bélgica sería completamente indemnizada y recompensada por sufrir el tránsito coactivo de las fuerzas alemanas.

Error de cálculo más grave aun padeció Alemania al creer que el gobierno y el pueblo de la Gran Bretaña no podrían dejar de lado la cuestión irlandesa y unirse en una declaración de guerra. La resistencia belga retardó el movimiento de la gran máquina de guerra alemana y dió tiempo a los franceses para salvar París mientras que los rusos invadían la Prusia Oriental. Entre tanto los británicos acudieron resueltamente en ayuda del ejército francés; y lo que iba a ser una guerra corta, convirtióse inevitablemente en larga lucha. Lo que iba a ser brillante campaña singular, con términos de paz basados en una victoria completa, transformóse fatalmente en suprema lucha de años, destinada a extenderse al mundo entero por razones no tanto de pura fuerza material como de convicciones morales.

IV

La guerra no apareció al comienzo claramente como lucha de principios. Las opuestas doctrinas no ofrecieron un contraste tan vivo para poder descubrirse en todos los complicados factores que entraron en la lucha obscureciendo las causas fundamentales. Sólo gradualmente pudo comprenderse que se trataba de una guerra destinada a establecer la armonía en el mundo mediante los principios

de justicia y libertad, y a crear una organización mundial en favor de la paz y el orden, más poderosa que cualquier imperio o alianza, resueltos a alcanzar sus fines mediante el poder militar.

El ultimátum austriaco a Servia excedió todos los precedentes modernos en aspereza y perentoriedad. Berlín apoyó sin duda los principales objetos y propósitos de ese ultimátum, sin miramiento de detalles. La intención era la de poner a Servia bajo el yugo de las potencias teutónicas aliadas. La anexión de Bosnia al Austria no debía ser motivo de nuevas reclamaciones; y Servia misma debía convertirse en estado vasallo o en parte de una provincia eslava meridional añadida a la confederación austro-húngara. Si Servia hubiera aceptado sin excepción los términos del ultimátum, habría abandonado ciertos privilegios de independencia y soberanía que la política austro-alemana no le hubiese permitido recobrar jamás. Los términos del ultimátum demandaban una respuesta inmediata. Servia debía entregarse sin resistencia o luchar por su porvenir y los derechos de las nacionalidades pequeñas.

Alemania no era formidable debido sólo a su espíritu marcial y valor, ni únicamente en virtud de la expansión de sus industrias en el interior y su comercio en el exterior. Su poderío nació de la unión maravillosa de ambos factores. Con el acrecentamiento de su poder, su ambición se ensanchó, volviéndose más osada; y llegó a creer que otras naciones ambiciosas la privaban de oportunidades de expansión a las que poseía justo título por los adelantos extraordinarios que había alcanzado en educación, ciencia, industria y orden social.

En todos los tiempos de que se tiene memoria, las naciones y razas que se creyeron capaces de usar en mejor forma las tierras, recursos y facilidades de que otras naciones disponían, han considerado legítimo el empleo de la fuerza para lograr sus fines, convencidas de que resultados ulteriores traerían una vindicación histórica. Con ese criterio los colonos europeos despojaron de sus posesiones a las razas aborígenes de la América del Norte y del Sur. Con el mismo espíritu los gobiernos europeos se dividieron el África, amenazaron en ciertas ocasiones la integridad de China y se apoderaron de las regiones asiáticas que les fué posible asegurar.

V

Tal se presentaba el mundo en que Alemania sintió la necesidad de abrirse camino, primero mediante una preparación sin igual de su pueblo y el desarrollo de su industria y comercio; y segundo, haciendo sus recursos humanos e industriales fácilmente convertibles en medios bélicos. Bajo condiciones semejantes resultaba imposible una transformación democrática interna. ¿Era posible, entonces, que las democracias de Inglaterra, América y Francia obtuvieran la gran victoria de la civilización admitiendo libre y generosamente a Alemania en la sociedad de las naciones, para fomentar el desarrollo del comercio mundial, restringiendo los armamentos de tierra y mar y organizando a las naciones en el mantenimiento de la paz? Las fuerzas esenciales de progreso que caracterizan los siglos XIX y XX han sido internacionales, no hallándose, pues, afectadas por límites políticos. ¿Podían, tal vez, amenguarse las rivalidades internacionales y apagarse gradualmente y desaparecer el nacionalismo si los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia sentaban un ejemplo edificador? Creo que la historia demuestra que esos tres grandes países se esforzaron en tratar a Alemania con justicia en todo respecto.

Por más grande que fuera el progreso económico del mundo, alcanzado mediante la aplicación del vapor y la electricidad a la industria, los descubrimientos de la química y el empleo del ferrocarril y el buque de vapor, las cambios intelectuales y espirituales originaron un progreso más grande todavía. Los siervos llegaron a ser hombres libres. El incremento de la abundancia y la extinción gradual del pauperismo produjeron una mayor suma de comodidades para incontables millones de hombres. La prensa, basada en la práctica universal de la lectura y la escritura, y el desarrollo de la opinión pública intensificaron el sentimiento nacionalista porque hizo del idioma local o nativo el vehículo principal de la ilustración y el progreso.

En tal período de nacionalismo y conciencia de raza, la aplicación de las doctrinas de la libertad y la democracia a la vida en todo orden, constituía la salvaguardia más poderosa contra conflictos

peligrosos y devastadores. Cuando se hubo establecido la libertad y la igualdad entre los habitantes de cualquiera comarca y entre los pueblos que hablaban el mismo idioma y vivían en el territorio nacional, hízose cada vez más probable que una democracia fundada así en la doctrina de los derechos humanos no mantuviera una política gubernativa que persiguiese la dominación perpetua de otras razas y otros pueblos. Desgraciadamente la autocracia gubernativa no se había extinguido cuando estalló la guerra de 1914, prevaleciendo en algunos países e imperios en grado mucho mayor que en otros. En este evidente hecho histórico se encuentra la respuesta a la cuestión arriba planteada.

El gran conflicto pareció inevitable como fenómeno necesario para desarrollar en forma más vasta la democracia dentro de ciertos países y acelerar la revisión de la política imperial de otros estados, democráticos en muchos aspectos esenciales.

VI

La violación del tratado que garantizaba la inmunidad belga en caso de guerra iba a ser la nota característica de la lucha mundial. Aquellos que observaron más profundamente la situación, comprendieron que si no se defendía con éxito el derecho de Bélgica a vivir en paz y determinar su propio destino, no podía existir garantía eficaz para ninguna otra nación, por más grande y rica que fuera, salvo que abrazara el militarismo como lo había hecho Alemania.

¿Por qué, entonces, no se irguió el mundo entero en airada protesta en favor de Bélgica? ¿Por qué no se unieron todos los neutrales en un ultimátum a Alemania? La respuesta no es difícil. La situación parecía ser exclusivamente europea. Los Estados Unidos, la nación más poderosa entre los neutrales, había tratado siempre de mantenerse alejada de luchas relacionadas con el equilibrio de potencias en Europa. Además, los elementos opuestos, según se habían organizado de antemano, eran aparentemente bastantes para afrontar la crisis. Rusia y Francia luchaban contra Alemania; e Inglaterra, otra de las naciones garantes de la neutralidad belga, intervino inmediatamente en la lucha. En un período posterior se comprendió que todos los neutrales podían haber protestado y contribuído con

hombres y recursos en favor de Bélgica para vindicar los derechos de los estados neutrales en tiempo de guerra. Pero los acontecimientos habían sobrevenido rápidamente, y en el mundo neutral no hubo voz de gran autoridad que se levantara como poderosa guía. La Rusia militar, bajo el gran duque Nicolás, parecía eficiente en forma asombrosa; y la batalla del Marne consideróse en Inglaterra, Francia y el mundo entero como la acción decisiva de la guerra, acción que culminaría en la derrota de Alemania y la imposición de los términos de paz en un futuro cercano.

Cierto que se desarrolló fuerte corriente de opinión contra Alemania, a causa de sus métodos. Había permitido, probablemente instigado, el ataque contra Servia. Había violado los derechos de Bélgica. Sin estar organizada para acción unida ni para expresión común, existía la opinión pública del mundo civilizado. Y la opinión pública pronunció su veredicto contra Alemania por elegir el camino a través de Bélgica.

Sus crueles métodos de guerra le valieron nueva reprobación. La índole de la conquista y ocupación de Bélgica será tema de uno o dos capítulos suplementarios al relato principal de Mr. Simonds. El progreso de la civilización desarrolló gradualmente muchas normas de conducta comunes a los tiempos de paz y de guerra e incorporadas en lo que llamamos ley internacional. Tales normas fueron sancionadas por la fiel observancia, constituyendo en muchos casos precedentes establecidos, y hallándose confirmadas por su adopción en numerosos tratados y convenios aceptados por todas las naciones. Para limitar la acción destructora de la guerra se establecieron normas respecto al trato que debía darse a los habitantes de regiones ocupadas. Otras normas se referían al cuidado de los heridos y al servicio de socorro médico. Había también normas para la protección de localidades no fortificadas y de los no combatientes contra innecesario daño a personas y propiedades.

VII

La guerra no podía ser sino terrible y cruel; sin embargo, creyóse que las naciones civilizadas limitarían su obra destructora a combatientes y fortificaciones. Creyóse que los prisioneros de guerra,

los civiles en territorio invadido, los no combatientes que viajaban en los mares, los emisarios de la piedad que se ocupaban en curar a los heridos y mantener los servicios de ambulancias y hospitales, serían tratados en adelante con escrupuloso miramiento de las normas internacionales. Alemania comprobó nuevamente el peligro que para el mundo moderno significa el empleo desenfrenado de la fuerza como medio de realizar ambiciones nacionales, olvidando en muchos casos el código humanitario que publicistas alemanes mismos habían contribuído a dictar en tiempos de paz.

El empleo de semejantes métodos prohibidos a que Alemania recurrió para cansar a sus adversarios, convirtiendo una amenaza de derrota en paralización o victoria parcial, llegó a su culminación, no en el uso de zeppelines, como se había esperado, sino en el uso de submarinos contra la marina mercante del mundo.

Los alemanes habían confiado en que la guerra sería corta, y después de dos años de lucha demostraron intensa ansiedad por negociar una paz que les hubiera dejado con su fuerza militar intacta y con ganancias considerables, particularmente en la solidez de su dominio en los Balkanes y Turquía. Los Aliados rehusaron entrar en negociaciones, y una tentativa del Presidente Wilson para poner término a las hostilidades por la mediación, no tuvo éxito. Era evidente que las opuestas doctrinas no podían reconciliarse.

Con una flota mucho mayor de submarinos de modelo perfeccionado, flota que crecía semana tras semana, Alemania decidió reanudar sus ataques no restringidos contra el comercio, estableciendo una zona de bloqueo al rededor de las islas Británicas y las costas mediterráneas de Francia e Italia. Los Estados Unidos esperaron en vano que Alemania modificara esta anunciada política antes de ponerla en práctica; pero la inmediata ruptura de nuestras relaciones diplomáticas, como primer paso, no produjo resultado. Alemania no creía que los Estados Unidos, como beligerante, prestara a los Aliados mayor ayuda de la que les prestaba enviándoles pertrechos y provisiones. Calculó que si podía reducir considerablemente ese abastecimiento a Inglaterra y Francia mediante una nueva campaña submarina diez veces más eficaz que la de dos años antes, alejaría a los buques neutrales de las costas británicas y aterrorizaría a Ingla-

terra obligándola a convenir en una conferencia de paz en el verano de 1917.

Interpretada lógicamente, esta decisión equivalía a crear un estado de guerra entre Alemania y los Estados Unidos. El Presidente Wilson lo consideró así y lo declaró también en su mensaje del 2 de abril al Congreso. Cuatro días después los Estados Unidos abandonaban la neutralidad.

Mientras tanto, la guerra misma habíase transformado gradualmente en su carácter y objetos llegando a ser una lucha que afectaba la seguridad y el futuro de todas las naciones, en el globo entero. Dos o tres años no bastaron para convertir la población numéricamente igual de otros países industriales en organizaciones militares capaces de resistir la soberbia máquina de guerra de Alemania. Y mientras las naciones aliadas trataban de alistarse, quedo demostrado que la preparación previa de Alemania ponía a sus adversarios en terrible desventaja. Si Alemania no podía obtener una victoria clara y decidida, tampoco podían obtenerla Francia e Inglaterra, salvo mediante indecibles sacrificios y con ayuda y apoyo cada vez mayores del resto del mundo.

Los Estados Unidos entraron en la guerra principalmente para defenderse en un estado de cosas en el cual se hallaban afectados sus derechos y seriamente amenazado su porvenir. Intervinieron también en defensa de los derechos de los neutrales, que desde el comienzo del conflicto se habían visto cada día más amenazados. Al actuar bajo este motivo, convertíanse en defensores de todos los países neutrales, mereciendo la simpatía incondicional de éstos y, hasta cierto punto, la cooperación material que pudieran prestarles.

El bienestar del mundo demandaba un sacrificio inmediato por parte de los Estados Unidos, en interés de todas las naciones autónomas y a la postre en interés de Alemania misma.

En el instante de aceptar el hecho de la guerra no era posible conocer la índole y el grado del papel que los Estados Unidos jugarían en el conflicto. La Gran Bretaña y Francia habían realizado importantes compras de provisiones militares y generales en los Estados Unidos; e inmediatamente efectuáronse arreglos para prestar a esas potencias ayuda material en la forma de grandes créditos

financieros, haciendo así posible organizar los recursos norteamericanos en alimentos, acero, cobre y toda clase de productos para el abastecimiento de los ejércitos que operaban en el campo.

La armada norteamericana, aunque no tan grande como la de Alemania y mucho más pequeña que la de Inglaterra, era de alta eficiencia; y fué inmediatamente despachada para cooperar con las flotas aliadas en la terrible lucha contra los submarinos alemanes. El incremento de las fuerzas militares por medio de los métodos voluntarios reemplazóse pronto por el sistema de la conscripción cuyo registro llegó a contar con veinticinco millones de nombres más o menos, inclusive los alistados anteriormente en el ejército y en la armada.

Se organizaron y prepararon ejércitos con asombrosa rapidez en grandes campamentos, y unos tres meses después de haberse declarado la guerra, las tropas norteamericanas comenzaron a llegar a Europa.

Entretanto la Revolución rusa, de la cual los Aliados habían esperado al principio derivar beneficio militar, degeneró en anarquía socialista. Alemania conquistó grandes extensiones de territorio que antes pertenecían a Rusia, dominando desde Finlandia hasta el mar Negro y el mar Caspio, y consumó la conquista de Rumania. Grandes masas de tropas alemanas que operaban en el frente oriental quedaron libres así para la lucha crítica en Francia. Las pérdidas británicas y francesas durante 1917 habían sido más graves de lo que se sabía en los Estados Unidos; y la estación terminó con un gran revés del ejército italiano que luchaba contra Austria. Las fuerzas norteamericanas se concentraban en Francia con el objeto de prestar su apoyo en la campaña de 1918.

Un ataque sin precedente, realizado contra las líneas británicas en marzo y abril de 1918, y la serie de ofensivas subsecuentes, representaron la culminación del poder militar alemán. Los puertos del canal de la Mancha viéronse amenazados y París se encontró en peligro mayor que en tiempo alguno desde la batalla del Marne en 1914. En tales circunstancias el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos hicieron un esfuerzo supremo para afrontar la crisis. Los Aliados unieron sus fuerzas bajo el comando del mariscal Foch;

de todos los confines de la tierra procuráronse buques, principalmente de la marina británica; las tropas americanas comenzaron a cruzar los mares en una proporción de trescientos mil hombres por mes, desafiando el peligro de los submarinos; la Gran Bretaña, Francia e Italia adquirieron nuevos bríos cuando los Estados Unidos enviaron las reservas necesarias.

Y de tal suerte la marea fué dominada, y la culminación vino con rapidez sorprendente. A la rendición de Bulgaria siguió inevitablemente el derrumbamiento y retiro de Turquía. Se produjo después la disgregación de Austria, y las autoridades austro-húngaras aceptaron un armisticio que dió a los Aliados todas las ventajas necesarias para atacar a Alemania por el flanco. Mientras tanto, los ejércitos británicos, franceses y norteamericanos libraban una batalla continua, la más grande de la historia, que se prolongó por meses, terminando con una victoria completa, la celebración del Armisticio del 11 de noviembre y la abdicación del Emperador alemán.

El agresor, que lo jugó todo al poner en práctica la doctrina de la fuerza, quedó vencido y humillado; y los principios por los cuales se luchaba y que envolvían las libertades de todos los pueblos, fueron ampliamente vindicados. La paz que asegurara la celebración del Armisticio estaba expresamente sujeta a las condiciones establecidas en una serie de nobles principios y propósitos concretos proclamados por el Presidente Wilson, que los gobiernos aliados hicieron propios en la Conferencia de Versalles. Convínose en dar expresión a los comunes esfuerzos de los Aliados y los Estados Unidos; formando una sociedad de naciones que amparara a todos los pueblos autónomos en el ejercicio de sus legítimas libertades eliminando, al menos por un siglo, la amenaza del militarismo y el gobierno autocrático.

VIII

Esta historia de la guerra, de la que es autor Mr. Simonds y en la que se encuentran páginas de muchos otros colaboradores sobre diversos tópicos y episodios, considera por muchos conceptos el conflicto como la crisis más grande de la historia humana. De tiempo en tiempo se escribirán sin duda en el futuro nuevas historias de la guerra, y mil años más tarde continuarán escribiéndose aún. La

posteridad tendrá sus propias opiniones y hará sus juicios propios; pero los contemporáneos pueden también presentar valiosos estudios de los cuales se servirán las generaciones venideras. Los acontecimientos se han agolpado con una rapidez tan tumultuosa y desconcertadora que aun las personas mejor informadas necesitan un relato prolijo para recordar claramente los sucesos acaecidos desde el segundo semestre de 1914.

Entre los escritores que comentaron la guerra a medida que progresaba, ninguno ha sobresalido tanto en los Estados Unidos como Mr. Frank H. Simonds. Aparte de sus artículos periodísticos diarios o semanales sobre los aspectos militares y políticos de la guerra, ganó renombre por sus artículos mensuales sobre la historia de la guerra publicados en la *Review of Reviews* (edición norteamericana). No satisfecho con expresar sus juicios sobre movimientos o sucesos militares, basándolos en la información limitada de que disponía entonces, decidió confirmar sus propios opiniones y revisarlas, ya que un conocimiento más completo podía contribuir a formar cálculos más exactos. Sin embargo de los peligros y sufrimientos a que se exponía, no vaciló en visitar más de una vez las escenas de la guerra donde estudió las grandes batallas que sobrepasaron en magnitud las de guerras anteriores.

Esta historia de la guerra no es de ninguna manera una reproducción o revisión de los escritos anteriores de Mr. Simonds. Es más bien un estudio completamente nuevo, basado en investigaciones personales, así como en informes de carácter oficial y diversos estudios de muchos otros críticos. Mr. Simonds ha tenido la ventaja de celebrar íntimas entrevistas con muchos caudillos militares en los frentes francés y británico así como también con personajes de los gobiernos de París, Londres, Wáshington, y otros países.

Durante toda su vida dedicóse Mr. Simonds al estudio de la historia política militar demostrando notables aptitudes en los ramos de geografía física y topografíca relacionadas con el arte de la guerra. Estudió personalmente el desarrollo de las guerras balkánicas, de manera que cuando se realizó el ataque a Servia en 1914, poseía una suma excepcional de conocimientos sobre las complejas condiciones que reinaban en el sudeste de Europa. Mr. Simonds se dedicó tam-

bién al estudio de la historia militar de la guerra civil norteamericana, así como de las campañas napoleónicas; y su conocimiento de las guerras del período de Bismarck y los asuntos militares y políticos ruso-japoneses formaron parte de su preparación para realizar un profundo estudio de la más grande de las guerras desde las primeras operaciones en el verano de 1914. Pronto se reconocieron la habilidad y brillo de su trabajo, y desde entonces aumentó la confianza del público en sus juicios.

Puedo expresar, pues, la firme creencia de que la historia de la guerra presentada por Mr. Simonds en estas páginas gráficas, no sólo demostrará ser valiosa para los lectores contemporáneos sino que ocupará un lugar permanente en las bibliotecas históricas, siendo consultada de aquí a muchas décadas. Mr. Simonds no sólo es un historiador militar, sino también un observador profundo de las cuestiones morales que envuelven las luchas entre naciones y los problemas políticos de imperios y democracias. En su obra completa, de la cual éste es el primer volumen, Mr. Simonds presenta al lector el relato de las campañas militares y los aspectos más amplios de la lucha a medida que fué envolviendo al mundo, hasta llegar finalmente al período de la paz y la reconstrucción.

Un apéndice más breve de diversos artículos escritos por muchos colaboradores especiales suplementa cada volumen. Numerosas ilustraciones fotográficas embellecen la obra. Los hombres ansiosos de saber deben ir a buscar en los libros un análisis y una interpretación así como el relato del primer período de la guerra. Siendo manifiesta la necesidad de tales libros, conviene que los lectores tengan por guía el juicio de los críticos e investigadores más aptos y mejor preparados. El consenso casi unánime de opiniones entre esos críticos e investigadores, concede a Mr. Simonds no sólo un lugar honroso sino el primer puesto entre todos ellos.

PRIMERA PARTE

HISTORIA DE LA GUERRA DEL MUNDO

POR

FRANK H. SIMONDS

CAPÍTULO PRIMERO

EUROPA DE 1871 A 1904

I

LOS PRIMEROS AÑOS

DURANTE el período transcurrido entre la celebración del Tratado de Francfort y la crisis de Tánger, los acontecimientos políticos no siguieron un rumbo muy claro ni definido. Entre las revoluciones de 1848 y la terminación de la guerra franco-prusiana vivió Europa entregada a una larga serie de conflictos, que no podían compararse en magnitud ni sacrificios a las guerras napoleónicas ni a las de la Revolución, pero que alcanzaron proyecciones suficientes para hastiar a los pueblos de las diversas naciones e inducir a los estadistas a adoptar métodos más pacíficos. Durante el gobierno de Bismarck siguió Alemania una norma de acción moderada. El anhelo principal del canciller era preservar y fortalecer el edificio que había levantado. Aun cuando el rápido resurgimiento de Francia, después de su derrota, provocó el gesto amenazador de 1875, Bismarck hubo de prestar oídos a las advertencias que partían de Londres y Petrogrado. En todo el transcurso de su administración se manejó con habilidad suficiente para mantenerse abiertas las puertas de la capital rusa, y a pesar de su odio a la Gran Bretaña nunca intentó desafiar su poder naval.

Naturalmente, la guerra ruso-turca y las resoluciones del Congreso de Berlín produjeron cierto enfriamiento inevitable en las relaciones de Rusia y Alemania. Obligada a elegir entre Rusia y Austria, Alemania se decidió por los Hapsburgo; y el Congreso de Berlín, al anular el Tratado de San Stefano, despojando a Rusia de los frutos de su victoria sobre Turquía y alentando las ambiciones de expansión del Imperio austro-húngaro hacia Salónica por efecto de la cesión de Bosnia y Herzegovina, hizo inevitable la alianza franco-rusa. Pero durante el período de Bismarck esta alianza nunca constituyó una amenaza a la supremacía ni a los intereses alemanes en el

continente, puesto que Rusia no podía abrigar la intención de violar el Tratado de Francfort por complacer a su aliado francés, ni Francia estaba dispuesta a provocar otra invasión para reemplazar la media luna por la cruz en Santa Sofía.

En 1881, Bismarck, valiéndose de hábiles intrigas, indujo a Francia a apoderarse de Túnez, y con el apoyo eficaz de Crispi, enemigo inveterado de Francia, valióse de la ira italiana para obtener la incorporación del reino de Italia a la alianza austro-húngara. Quedó así formada la Triple Alianza, demasiado poderosa para que Francia y Rusia pudieran desafiarla, y que constituyó, a fuer de alianza defensiva, la piedra angular de la paz europea hasta la mitad de la primera década del siglo XX.

La Gran Bretaña, por otra parte, inclinábase más en favor de Alemania que del grupo franco-ruso. Su política exterior estaba todavía en la era de Beaconsfield. Consideraba a Rusia su verdadero enemigo. Habíase unido al Austria para oponerse al Tratado de San Stefano, de la misma manera que incitara a Francia a unírsele en Crimea. La fricción que se produjo entre Rusia y la Gran Bretaña a causa de las controversias sobre las fronteras del Imperio indio, y el choque de intereses coloniales entre Francia e Inglaterra, contribuyeron a mantener viva la animosidad originada en la campaña de Crimea y las guerras napoleónicas. Así, aunque la Gran Bretaña seguía nominalmente aquella política calificada entonces de "espléndido aislamiento," inclinábase en realidad del lado de Alemania; y en tanto que ésta continuaba bajo la administración de Bismarck un rumbo pacífico, claramente definido, la política británica apoyaba decididamente a Alemania.

Francia, que recobraba las fuerzas después de su terrible desastre con una rapidez alarmante para su conquistador, encontrábase por aquel tiempo aislada en Europa. La esperanza de la reconquista de las provincias perdidas se desvanecía gradualmente ante los ojos de la vieja generación, mientras la nueva agotaba su mente y sus energías en contiendas domésticas entre la república y sus adversarios, en la campaña contra el boulangerismo, en la lucha con la iglesia y en el grotesco episodio del asunto Dreyfus. No sería justo decir que el recuerdo de Alsacia y Lorena se había borrado de la memoria de

los franceses; pero es indudable que aun entre ellos mismos se había atenuado este sentimiento en los nefastos e innobles años de la última década del siglo pasado. En tanto que la población alemana aumentaba por millones la de Francia continuaba estacionaria, hasta que esta nación se vió aventajada por su rival e impotente para oponer igualdad numérica militar en la frontera abierta de los Vosgos. Los años transcurridos entre Francfort y Tánger fueron para Francia un período que recordaba la época igualmente infortunada de Luis XV. Y no faltaron en ambos períodos quienes pronosticaran la desaparición de Francia como nación poderosa y hablaran con firme convicción de la decadencia de la raza francesa, olvidando cuán a menudo se había obscurecido en otras edades la llama del genio francés para brotar con nueva brillantez y deslumbrar al mundo con sus fulgores. Y en todo este tiempo no sólo aumentaba el deseo de la paz en el corazón del pueblo francés sino que una aceptación demasiado ansiosa de las ilusiones de pacifismo e internacionalismo había dejado a la nación indefensa, cuando la crisis de Tánger puso a Francia al borde de la guerra.

En el último cuarto del siglo XIX las grandes potencias, con excepción de Austria y Alemania, extendían sus miradas más allá de Europa, esforzándose en crear grandes imperios coloniales. Francia desplegó sus colores desde Argel hasta el Congo. Túnez, el Sahara, el Senegal, las regiones del alto Níger, las orillas del lago Tchad y la vasta área comprendida entre el Congo-Ubangi y el Atlántico fueron ocupados. Madagascar quedó conquistada. La Indo-China convirtióse en una colonia de área mayor que la de Francia.

La Gran Bretaña, por su parte, seguía la misma política de expansión que Francia llevaba a cabo en África: ensanchó el Imperio indio, extendió su influencia política y comercial en China, arrojó a Francia del Egipto y llevó sus conquistas aguas arriba del Nilo, hasta que el sueño de Cecil Rhodes de una "vía roja" inglesa desde el Cabo hasta el Cairo se hubo convertido en realidad.

Rusia, de otro lado, después de las decepciones sufridas en los Dardanelos, dirigía sus ambiciones a un campo de posibilidades aun no limitadas, hacia el Pacífico, por el este; y por el sur, hacia las aguas templadas, en dirección de Puerto Arturo. Siberia ofrecía

perspectivas y recursos comparables con los de la zona occidental de la América del Norte, y Rusia parecía destinada a resarcirse, a expensas de China, de sus pérdidas en las posesiones del Osmanlí.

Italia misma, en lucha aún con sus problemas de miseria y calamidades, se lanzó a conquistas coloniales que sólo dieron por resultado el desastre de Abisinia y el ignominioso revés militar de Adowa. El pequeño reino de Bélgica, gracias a los esfuerzos de su hábil pero inescrupuloso monarca, Leopoldo II, adquirió el vasto territorio del Estado Libre del Congo, poniéndose a nivel de las grandes potencias en sus posesiones allende los mares.

II. UN NUEVO KAISER Y UNA POLÍTICA NUEVA

Durante todo este tiempo Alemania se mantenía inactiva. Por admirable que fuera Bismarck como creador del Imperio alemán, careció de visión para abarcar las posibilidades que ofrecían los nuevos horizontes. Mientras estuvo en el poder cerró los oídos desdeñosamente a las ambiciones coloniales que se elevaban dentro de su propio país. Congratulábase de que Francia concentrara sus energías en la expansión colonial, porque ello auguraba la extensión paulatina de la cuestión de Alsacia y Lorena. Aprovechó sagazmente de toda oportunidad para provocar una colisión entre Francia e Inglaterra. Y no estaba menos satisfecho de observar que Rusia olvidaba Constantinopla y los Balkanes, fijando sus miradas en Vladivostok y Puerto Arturo.

Esta falta de Bismarck contribuyó quizá más que cualquiera otra cosa a provocar la gran catástrofe que sobrevino después de su desaparición del mundo de los vivos. Surgía una Alemania nueva, una Alemania que él nunca pudo comprender ni aceptar. Todo el organismo de la vida alemana se transformaba. Alemania convertíase rápidamente en una nación manufacturera, en una nación cuya organización y cuyos recursos minerales la hacían rival de la Gran Bretaña; una nación cuya marina mercante progresaba a pasos gigantescos, haciendo flotar la bandera alemana sobre todos los mares y en todos los puertos. Esta nueva Alemania sintió que era injusto, inmoral, que ella únicamente entre todas las grandes potencias, ella, que se había convertido de hecho en la nación más poderosa del

continente europeo, careciera de colonias, de territorios adonde llevara el pueblo alemán su idioma y sus creencias nacionales; colonias que sirvieran de mercado para los artículos alemanes y ofrecieran tierras de labranza donde cultivar las materias primas que necesitaban las industrias alemanas.

Esta Alemania era la que representaba Guillermo II cuando, al ascender al trono, arrojó prontamente al "piloto," arrebatando a Bismarck la dirección de la política de un imperio creado por el Canciller de Hierro y que había sido durante largos años dócil instrumento en sus manos. En el ansia de preservar su obra, Bismarck había mantenido a Alemania fuera de la expansión colonial, se había sometido a la supremacía naval de Inglaterra, había sonreído ante las aventuras de Rusia en el extremo Oriente, y habíase abstenido de protestar cuando la Gran Bretaña agregaba nuevos imperios a sus vastos dominios. Y el mundo que apareció a los ojos de Guillermo II al subir al trono era un mundo dividido ya, del cual sólo escasas y poco atractivas regiones ostentaban los colores del Imperio alemán.

El nuevo emperador percibió con entera claridad, desde el comienzo de su reinado, que la Gran Bretaña constituía la real barrera para el desenvolvimiento de Alemania, para su legítima expansión, para la adquisición de aquel "lugar al sol," frase que pronto apareció en todo patriótico discurso alemán. Era Inglaterra quien poseía los territorios más hermosos sobre la faz de la tierra, en cuanto se refiere a colonias. El poder marítimo de Inglaterra dominaba las vías del comercio. La Gran Bretaña había sostenido además el poder decadente de Portugal; había cerrado Marruecos porque estaba frente a Gibraltar; estaba a punto de unirse a Francia en un acuerdo que concedía a esta república el territorio colonial marroquí, abundante en riquezas y perspectivas; se preparaba a conquistar las repúblicas bóers hacia las cuales se volvían las miradas de Alemania; y en aquel preciso instante iba a prestar su apoyo a un almirante norteamericano en la bahía de Manila, cuando las aspiraciones alemanas se dirigían al agonizante imperio colonial de España.

A menos de poseer una gran flota, Alemania debía conformarse con el dominio de Inglaterra en el exterior. Este dominio no era

agresivo; el mundo había soportado sin protesta y sin inquietarse demasiado la supremacía naval inglesa durante casi un siglo. Mas la doctrina cardinal de la política británica por varias centurias había sido el predominio de la armada de la Gran Bretaña; y no se inclinaba Londres, cualquiera que fuese el partido dirigente en Westminster, a permitir que surgiera un rival en las azules aguas del océano.

La decisión del Kaiser, sintetizada en la famosa frase, "Nuestro porvenir está en el mar," significaba un reto a Inglaterra. Nadie que recorra las páginas de la historia inglesa desde los días de la Armada Española hasta el momento no menos espléndido de Trafalgar, dejará de reconocer este hecho. A la verdad, el desarrollo del transporte marítimo y los cambios operados en la índole de las industrias británicas hacían inevitable que la escasez se dejara sentir en el país, a menos que Inglaterra lograra conservar abierta en todo tiempo la vía marítima y asegurar la introducción constante de víveres a sus puertos para el consumo de su densa población.

III. ACERCAMIENTO DE FRANCIA E INGLATERRA

Aquel reto hizo igualmente inevitable que Inglaterra acabara por unirse al grupo franco-ruso, como se había unido siempre en el transcurso de su larga historia a las naciones más débiles que se levantaban contra la nación continental que pretendiera cruzarse en su camino y amenazar su hegemonía.

Alemania tenía razones para creer, y creyó efectivamente hasta el instante fatal de agosto de 1914, que podía inducir a Inglaterra a abstenerse de participar en una guerra europea, guerra necesaria para defender los flancos del Imperio alemán, para deshacerse de una Francia siempre preocupada con Alsacia y Lorena, y dispuesta indudablemente a aprovecharse de las complicaciones de Alemania con otras potencias; de una guerra indispensable para hacer retroceder a los eslavos más allá del Niemen y del Bug, desde donde no les fuera ya posible rivalizar con Austria en los Balkanes ni constituyeran un peligro para Alemania en la Prusia Oriental y en Posen. Pero esto era desconocer el genio que se oculta bajo la aparente pasividad anglosajona respecto a la política mundial; porque si bien

la Gran Bretaña se ha mostrado siempre perpleja en la adopción de su política en tiempo de paz y en las horas iniciales de un conflicto, su instinto la ha salvado invariablemente.

Parece que en la primera época de su reinado acarició Guillermo II la idea de entenderse amigablemente con Francia y Rusia. Siguiendo la política de Bismarck alentó a Rusia a lanzarse en la guerra japonesa. Los primeros años de su reinado se distinguen por una serie de esfuerzos, tan desmañados como sinceros, encaminados a tender un puente sobre el abismo que el Tratado de Francfort había abierto entre Francia y Alemania. Mas sobre este abismo sólo un puente podía edificarse, y este puente era muy arduo de atravesar: Alemania jamás entregaría Alsacia y Lorena, ni aun por requerimiento de su joven kaiser, y el mandatario imperial nunca concibió idea semejante.

Las esperanzas, que quizá alimentó el Emperador de seducir a Francia, haciéndola su aliada en contra de Inglaterra, se desvanecieron por completo con la terminación inesperada de las controversias anglo-francesas a raíz de los sucesos de Fashoda. Cuando Kitchener, después de su afortunada campaña de Khartum, y el coronel Marchand, después de su memorable expedición a través del África, desde el Congo hasta el Nilo, se reunieron en la reducida y miserable aldea de Fashoda, dos grandes sueños rivales de imperialismo se encontraron frente a frente. Había transcurrido siglo y medio desde que ingleses y franceses se encontraran también en las márgenes del Ohío; y la historia entera de las empresas coloniales de Francia y la Gran Bretaña en el siglo XIX no es sino la curiosa repetición del episodio que tuvo lugar en la América del Norte. Los exploradores franceses aventajaron a los ingleses en África del mismo modo que antes había sucedido en América.

Hubo un momento, en 1898, en que pareció inevitable que Francia y la Gran Bretaña se comprometieran en una nueva guerra. Pero la crisis pasó. Francia cedió. El ministro francés de Relaciones Exteriores, Hanotaux, se retiró a la vida privada, y siete años después su sucesor, Delcassé, puso de nuevo sobre el tapete le cuestión de Tánger. Kitchener prevaleció y Marchand hubo de retroceder. Cuando ambos oficiales se encontraron más tarde fué como aliados en

las colinas de Artois, ostentando Marchand las estrellas de general y Kitchener como jefe de la organización militar inglesa.

Por extraño que parezca, el incidente de Fashoda no dejó huella permanente. Francia vióse obligada a decidir entre Inglaterra y Alemania y prefirió permanecer fiel a Alsacia y Lorena. La Gran Bretaña, por otra parte, comprendiendo al fin que la concepción colonial de Francia se asentaba sobre base sólida, y comenzando ya a percibir de manera casi inconsciente el reto que envolvía el poder marítimo de Alemania, tendió a Francia una mano amiga. Más aún que todas estas circunstancias, el advenimiento de Eduardo VII al trono, animado como se hallaba de verdadera simpatía por los franceses y manejándose con gran tacto y discreción, abrió el camino a la *entente* anglo-francesa, que vino a amenazar el edificio entero de las expectativas alemanas.

Desvanecido entonces el pasajero rencor, procedieron Francia y la Gran Bretaña a la solución de sus numerosas querellas. Hubo una liquidación general de reclamaciones y contrareclamaciones que culminó en el famoso convenio de 1904, por el cual reconocía Francia la supremacía de Inglaterra en Egipto, y a su vez la Gran Bretaña desistía de la oposición que había demostrado durante medio siglo a la expansión francesa en Marruecos. Jamás desde la guerra de los Cien Años se habían colocado en terreno tan amistoso las relaciones entre Francia e Inglaterra; de allí en adelante la política francesa y la inglesa convergirían hacia una amistad que indudablemente tendería a desarrollarse en alianza implícita, y la alianza implícita en una verdadera unión ante el enemigo común.

Todo esto no constituía la obra de un momento. Cuando sobrevino la guerra bóer no fueron pocos los franceses que expresaron abiertamente su aversión por Inglaterra y sus simpatías por las repúblicas africanas. Aun en vísperas de la gran guerra hubo muchos franceses influyentes que alimentaban todavía el antiguo odio contra la "pérfida Albión," como hubo también ingleses que conservaban la desconfianza inmemorial respecto de la " voluble Galia." Con todo, Fashoda marcó una era en la historia europea, y el convenio anglo-francés, que fué su resultado, despertó las expectativas del conflicto mundial que, tras corta década, siguió al tratado de 1904.

IV. LA CONVENCIÓN DE 1904

El acuerdo anglo-francés de 1904 fué un golpe tremendo, casi fatal a la política del Emperador alemán. Comprendió éste perfectamente que era el primer paso hacia la inevitable alianza de Francia y la Gran Bretaña. Tanto el Emperador como la nación dedujeron lógicamente de allí el propósito deliberado de Inglaterra de volver a su antigua política de equilibrio continental, contrabalanceando a las naciones rivales y haciendo pesar su influencia decisiva del lado opuesto a su competidora inmediata. Desde aquel momento los maestros y publicistas alemanes comenzaron a hablar con mordacidad creciente del "círculo de hierro" que se forjaba en torno de la patria; y la religión del odio contra la Gran Bretaña se intensificó en forma inaudita e inesperada.

En el convenio anglo-francés, limitado al principio a una liquidación de asuntos contenciosos, a un arreglo de reclamaciones absolutamente personales, Alemania veía a la nación británica apoyando a Francia y poniendo en juego su tremenda influencia para estimular el deseo del gobierno francés de destruir el Tratado de Francfort y reconquistar las provincias perdidas.

Y desde aquella fecha desapareció la política alemana de conciliación respecto a Francia que por largo tiempo había prevalecido en Berlín y provocado del Kaiser innumerables gestos de acercamiento, fríamente rechazados o simplemente desdeñados por el Gobierno francés. Del mencionado convenio nació la convicción alemana de la necesidad de otra guerra con Francia y de que el sueño de un "lugar al sol" jamás podría realizarse mientras el rencor persistente de Francia no se ahogara en una guerra que la deprimiera convirtiéndola en potencia de segunda clase y dejándola lo suficientemente exhausta para que nunca pretendiera cruzarse de nuevo en el camino de Alemania. Trató una vez más de separar por la fuerza a Francia y la Gran Bretaña sin comprometerse de hecho en una guerra; pero el fracaso de Tánger vino a confirmar la convicción que el acuerdo anglo-francés había llevado al ánimo de Alemania, y de aquella convicción brotó la semilla de la ira que más tarde había de manifestarse.

CAPÍTULO SEGUNDO

DE TÁNGER A ARMAGEDÓN

I

TÁNGER—EL PRIMER GESTO

La crisis marroquí de 1905 fué la primera inequívoca advertencia de lo que después iba a venir. Puso francamente en oposición fuerzas que en adelante se habían de encontrar una y otra vez en análogo conflicto, hasta un punto que ya no quedaba ni la más remota posibilidad de que pudiera mantenerse la paz mundial. En la historia de Europa, iba a iniciar una nueva era, cuyo fin ningún hombre puede vislumbrar ahora. Se anticipó en menos de diez años al conflicto general, presagiándolo con tal claridad que las generaciones venideras habrán de maravillarse de la ceguera con que procedieron después muchas naciones.

La *Entente* anglo-francesa de 1904, aunque nominalmente fué un arreglo comercial entre ambas naciones, minó de hecho toda la estructura de la política alemana. El desafío alemán al poder marítimo británico adquiría forma, pero la política alemana encaminábase a separar a la Gran Bretaña del resto de Europa y dedicó sus mejores esfuerzos a fomentar el antagonismo entre París y Londres y entre Petrogrado y Londres. Un acuerdo completo entre Francia e Inglaterra hacía ver la posibilidad de un acuerdo similar entre Inglaterra y Rusia que con el tiempo llegó a efectuarse; pero, más allá de esto, aun contenía la amenaza de algo más importante: la de una posible alianza entre estas tres grandes potencias.

¿Se hallaba esto en el pensamiento de los ministros de Inglaterra y de Francia que firmaron el tratado de 1904? Instintivamente, tal vez sí. Delcassé era un abierto enemigo de Alemania. La política exterior británica se hallaba en manos de los *tories*—el partido conservador—y tanto el Gobierno como la Corona palpaban la realidad del desarrollo del desafío germano. Más que ningún otro inglés

de su época, el Rey Eduardo VII se dió cuenta del peligro alemán y contribuyó también, más que ningún otro hombre, a resolver las dificultades entre Francia y su propio país. Según la opinión alemana, fué su politica la que orientó a la Triple *Entente*. Y esa opinión misma le atribuyó el plan de encerrar a Alemania dentro de un círculo de hierro, uniendo a Inglaterra con Francia y Rusia para impedir que Alemania llevase a cabo la realización de sus ensueños. Muchos años han de pasar aún sin que este problema se resuelva y parece inevitable que los alemanes interpretarán la historia de un modo y el resto del mundo de otro. Sin embargo, parece claramente establecido que Lord Lansdowne, al frente en aquel entonces de los Negocios Extranjeros, tenía presente el reto de Alemania; y es indudable que Delcassé vió en un acuerdo con Inglaterra la posibilidad de una concentración de las energías de Francia en favor de su regeneración nacional y de la propia defensa. Pero sobre todo esto se halla el hecho positivo de que el desafío original lo había efectuado Alemania al poder naval británico. Alemania estaba en libertad para buscar su futuro en el mar, pero Inglaterra se hallaba obligada, dada la naturaleza de las circunstancias, a responder al reto como mejor pudiese.

Cuando se hizo público el acuerdo anglo-francés, poca repercusión tuvo en Europa. Delcassé no lo comunicó directamente al Gobierno alemán, cometiendo con esto un fatal error, según parece ahora; pero lo puso en conocimiento del embajador alemán en París, quien a su vez lo notificó a su gobierno, sin que en Berlín se dieran muestras de desaprobación, sino más bien de aparente asentimiento. El acuerdo en sí, aunque aseguraba en última instancia la supremacía política francesa en el Imperio jerifiano, garantizaba "la puerta abierta" para todos, tanto, por consiguiente, al comercio alemán como al comercio inglés.

Pero Alemania esperaba. Por primera vez, desde el Tratado de Francfort, un acuerdo internacional de gran importancia—que en verdad bien poco le concernía—se había llevado a cabo prescindiendo de ella. Fué un largo y lúgubre descenso de aquellos días del Congreso de Berlín, cuando Bismarck, en representación de Alemania, presidiera el Concilio de las Naciones. Esto constituyó el golpe más

rudo que había recibido el prestigio alemán desde la proclamación del Imperio en Versalles.

En las primeras semanas de 1905 habló Alemania. Rusia había sido derrotada en Mukden, perdiendo su prestigio, y su reputación militar habíase derrumbado. Francia se hallaba sola, notoriamente falta de preparación para la guerra; y ni aun con la ayuda de Inglaterra hubiese podido hacer frente a los ejércitos de Alemania, aparte de que no existía aún la certeza de que Inglaterra fuese a la guerra para ayudar a Francia. En consecuencia el Kaiser desembarcó en Tánger y repentinamente proclamó la integridad de Marruecos, atravesando con una espada el acuerdo anglo-francés y provocando en Europa la primera grave crisis del siglo.

Durante algún tiempo la paz europea parecía derrumbarse. Alemania pidió que se tratase de nuevo la cuestión de Marruecos y que se sometiese a un consejo de las naciones. Delcassé se negó. Pero al fin Francia tuvo que acceder, sometiéndose su ministro, débil y aterrado. Delcassé se expatrió, se convocó a la Conferencia de las Naciones para que se reuniese en Algeciras, y Bülow, el canciller alemán, ascendió a la categoría de príncipe como prueba del aprecio de su soberano por este "brillante triunfo."

II. ALGECIRAS—UNA DERROTA ALEMANA

Pero si este incidente fué una "humillación aplastante" para Francia, y la marcha de Delcassé la mayor tristeza que Francia sufriera desde Sedán, Alemania perdió en Algeciras casi todo lo que había esperado lograr. En la conferencia, Inglaterra se puso decididamente al lado de Francia. Rusia no fué menos leal a su aliada, mientras que Italia demostró una falta de simpatía tal hacia Alemania que despertó en Berlín las más amargas recriminaciones, siendo éste el primer indicio auténtico del derrumbe futuro del edificio construído por Bismarck. Alemania y Austria se hallaban solas y la cuestión marroquí se trató de manera que aseguraba nuevas perturbaciones, pero, en efecto, la influencia predominante de Francia en Marruecos recibió el sello de la aprobación de Europa, y la participación de Alemania en los estados marroquíes, que el acuerdo anglo-francés había excluído, quedó negada.

Alemania había humillado a Francia y enojado a Inglaterra. Había puesto su espada en la balanza contra la paz de Europa, pero no había prevalecido. No había separado a Francia de Inglaterra, sino que aproximó más aún a ambas naciones. Rusia, ya humillada por sus derrotas en el este, aguantó con mal disimulado resentimiento el esfuerzo del Kaiser para aprovecharse de la debilidad temporal de los ejércitos rusos. Italia se alejó de Alemania y Austria para acercarse a Francia y a Inglaterra y para hacer arreglos destinados a satisfacer sus propias ambiciones en el Mediterráneo. Alemania se dió claramente cuenta de todo esto, que se tradujo en inquina y en aversión para el Kaiser. Él había esperado separar a Francia de Inglaterra y, en lugar de conseguirlo, las había acercado más aún. Había esperado ejercer sobre la Conferencia Europea una dominación comparable a la de Bismarck en el Congreso de Berlín, pero, con excepción de Austria, se encontró sin amigos en el concilio, cuya mayoría le era francamente hostil. Fué Inglaterra y no Alemania quien dominó en Algeciras, y no dejaba lugar a dudas el hecho de que Inglaterra se hallaba dispuesta, aun más que Francia, al riesgo de hacer un deliberado desaire a Alemania, aunque éste tuviese por consecuencia el ir a las armas.

Por lo tanto, para Alemania surgió un nuevo agravio contra Inglaterra, una nueva acentuación del sentimiento anglófobo, una nueva esperanza, cada vez más evidente en su corazón y en su pensamiento, de que llegaría "el día" en el cual el obstáculo británico a sus esperanzas habría de ser destruído por una gran victoria. Existían, sin embargo, razones que debieran haber hecho ver a los estadistas los hechos que se han revelado después. Alemania temía encontrarse frente a una triple alianza. Había hecho un gesto de guerra y descubrió que las tres naciones se hallaban unidas contra ella; y, a menos que se creyese bastante vigorosa para hacerles frente con las armas, no le quedaba otro recurso que seguir la política de Bismarck al separar a Austria de Francia, ajustando cuentas con la primera en 1866 y con la segunda en 1870. En lugar de esto la política alemana tendió fatalmente a unir a tres posibles enemigos convirtiéndoles en tres aliados contra ella, juntando a tres naciones que se hallaban absolutamente separadas hasta el momento de Tánger.

Para Francia el incidente de Tánger fué memorable. Señala el principio de ese nuevo espíritu francés que había de brillar en el Marne y en Verdún, asombrando al mundo con la gloria del valor y del patriotismo de los franceses. Fué aquél el comienzo de la reconstrucción de Francia, política, espiritual, y nacionalmente. Los franceses se dieron cuenta del peligro y de la amenaza de la política alemana. Se dieron cuenta de que había llegado a plantearse el problema de la futura existencia del país, y a esa amenaza Francia respondió como tuvo que hacerlo a la de toda Europa en los días de la Revolución.

III. DESPUÉS DE TÁNGER—LA NUEVA FRANCIA

Si los políticos franceses aún se hallaban atareados con la preparación del país, si la organización de Francia era aún inferior a la de Alemania, y si Francia fué a la guerra en 1914 careciendo aún de muchas cosas, no había sin embargo comparación con la Francia de 1905, en cuya época hubiera aquélla caído anonadada al primer golpe. Y lo que tuvo una importancia capital fué que el espíritu francés se movilizó al primer llamamiento. Francia se salvó por Tánger, aunque diez años debieron transcurrir todavía antes de que se diese cuenta del hecho de su liberación.

Con Inglaterra era muy distinto. El ministerio *tory*—conservador—que negoció la convención anglo-francesa, abandonó el poder poco después; y el gobierno liberal, que entró a substituir a aquél, desvió la atención del país hacia los problemas interiores, la guerra de clases y las disputas irlandesas, haciendo que la situación internacional se borrase del pensamiento del pueblo inglés. Se olvidó éste de Alemania, del Imperio, del mundo exterior, y dedicó su energía y su atención a sus diferencias internas, prestando oídos con impaciencia a las pocas voces que, como la de Lord Roberts, de tiempo en tiempo, advertíanle del peligro que constituía Alemania. Sin embargo, aun cuando se negaron a reconocer el peligro exterior, los ministros británicos no renunciaron a la política de la cual emanaba el peligro. Fieles a la tradición de su raza, no renunciaron a la idea de que Inglaterra debía ser suprema en el mar, y si durante algunos pocos años habían permitido que sus construcciones navales

EL ASPECTO GRÁFICO DE LA GUERRA



Propiedad registrada, 1895, por Henry Graves & Co. *De un Cuadro por Stanley Berkeley*

LOS CORACEROS DE NAPOLEÓN EN WATERLOO

La batalla de Waterloo (18 de junio de 1815) marcó la derrota de las ambiciones de Napoleón de dominar a Europa. Alemania acarició más tarde el sueño de la dominación mundial

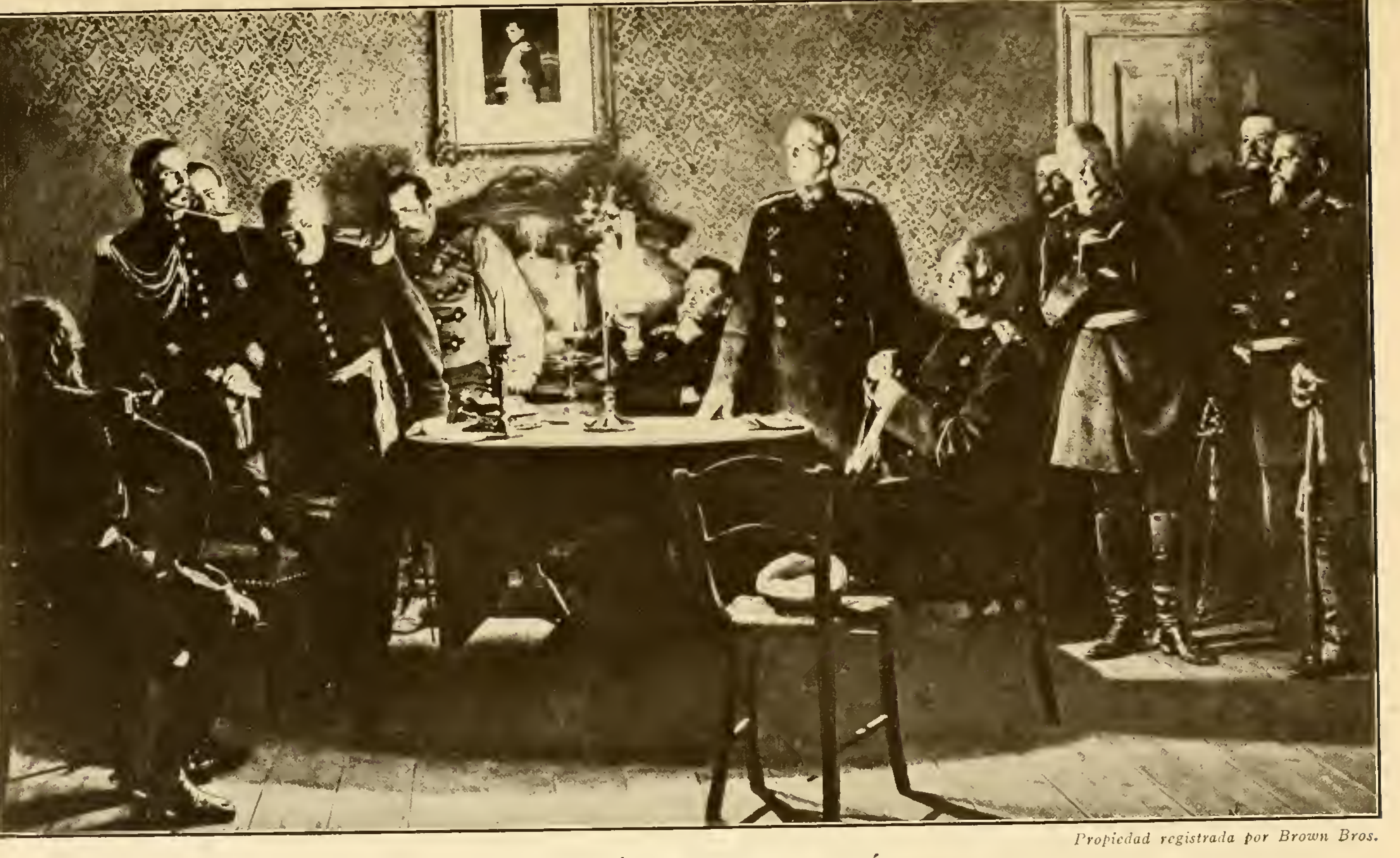
EL ENGRANDECIMIENTO DE ALEMANIA
BISMARCK



Por permiso de la Berlin Photographic Co.

LA CREACIÓN DEL IMPERIO ALEMÁN

I. La batalla de Königgrätz, o de Sadowa, un episodio importante en la creación del Imperio alemán. Fué la batalla decisiva en la guerra de las siete semanas (1866) en la que doscientos veinte mil prusianos derrotaron a doscientos cinco mil austriacos. Esta victoria aseguró a Prusia una posición dominante en los asuntos políticos de Alemania.



Propiedad registrada por Brown Bros.

LA CREACIÓN DEL IMPERIO ALEMÁN

II. La capitulación de Napoleón III en Sedán (1870) fué otro importante paso en la creación del Imperio alemán. Fué la primera de la serie de rendiciones francesas en la guerra franco-prusiana, que le costaron el trono al Emperador. La proclamación de la Tercera República en Francia prodújose inmediatamente y cinco meses despúes la paz de Francfort ponia término a la guerra. Francia cedió Alsacia y Lorena al Imperio alemán y Prusia se hizo más fuerte que nunca.

El príncipe Bismarck está sentado ante la mesa frente a los generales franceses derrotados. Von Moltke, el victorioso general prusiano, se halla de pie apoyando la mano sobre la mesa. Era tio del conde Von Moltke que fué jefe del Estado Mayor alemán al iniciarse la guerra mundial en 1914.



Propiedad registrada por Brown Bros.

LA CREACIÓN DEL IMPERIO ALEMÁN

III. Guillermo I, abuelo del ex kaiser, fué proclamado emperador de Alemania en Versalles pocas semanas antes de terminarse la guerra franco-prusiana. Éste fué otro paso en la unificación de Alemania, bajo la dirección de Prusia. (Es interesante hacer notar que los estados menores alemanes nunca han reconocido a los reyes de Prusia como *emperadores de Alemania.* Solamente puede hablarse de ellos como *emperadores alemanes.*)

En el grabado Bismarck está de pie, en el apogeo de su carrera, junto al primer peldaño del trono.



EL CREADOR DEL IMPERIO ALEMÁN

El príncipe Bismarck, el "Canciller de Hierro" de los alemanes, que tuvo una participación culminante en la creación del Imperio alemán y en la constitución de la Triple Alianza, durante la vida del padre y del abuelo del Kaiser. No comprendió la necesidad de la expansión colonial por la que Alemania podía haber asegurado su "lugar al sol" mientras otras potencias aseguraban el suyo. Pero Alemania entró en el campo colonial demasiado tarde para adquirir su parte pacíficamente. Ésta fué una de las causas más hondas de la guerra mundial.



BISMARCK COMO EL MÁS GRANDE ESTADISTA DE EUROPA

El Congreso de Berlin se reunió en 1878 a invitación de Bismarck, para arreglar los asuntos de los siempre inquietos estados balkánicos. Austria, Francia, Italia, Inglaterra, Rusia, Turquia, y Alemania, los principales combatientes de la gran guerra, se hallaban representadas. Los miembros más influyentes de la Conferencia eran el principe Gortchakoff, el conde Andrassy, Lord Beaconsfield, Lord Salisbury, M. Waddington, el conde Corti y Caratheodori, algunos de los cuales pueden reconocerse en el grabado. Bismarck fué elegido presidente y se le ve dando la bienvenida a los delegados.



Con permiso de Manzi Joy & Co. *Del cuadro por A. de Neuville*

"LA DEFENSA DE LA PUERTA LONGBOYEAU" DURANTE EL SITIO DE PARÍS
1870–71



CUATRO GENERACIONES DE LOS HOHENZOLLERN

Guillermo I está sentado; Federico III, su hijo, que se casó con una hija de la Reina Victoria, se halla de pie a su derecha; el emperador Guillermo II, hijo de Federico III, está de pie a la izquierda de su abuelo; y el Kronprinz es el niño que Guillermo I, su bisabuelo, tiene en los brazos.

GUILLERMO II, EMPERADOR DE ALEMANIA

Este retrato fué tomado un año o dos antes de su ascensión al trono en 1888, cuando contaba 29 años de edad

estuviesen por bajo, comparativamente, de las de Alemania, cambiaron su táctica a tiempo. Aceptaron los lazos de amistad con Francia, aceptaron la norma de conducta de Lansdowne en el asunto marroquí, y permanecieron firmemente resueltos a no ceder absolutamente nada del Império británico o de la influencia británica a Alemania, que era lo único que hubiera aplacado a los alemanes.

En todo esto había una paradoja fatal. Pretendiendo o aun creyendo que Alemania abrigaba sentimientos amistosos, la mayoría liberal y radical continuó pidiendo un plan de conducta que no daba a Alemania promesa alguna de que habría de realizar sus sueños. Pero contra el peligro que esta política significaba no dieron paso alguno, y ciertos miembros del gobierno, como Haldane, continuaban llamando a Alemania su "hogar espiritual," haciendo visitas frecuentes a Berlín aun después de que toda esperanza de una verdadera conciliación de la rivalidad anglo-alemana había desaparecido. La voz de Lord Roberts, pidiendo una preparación militar adecuada, no despertaba sino burlas de los liberales y los radicales; y el pueblo inglés, adormecido por sus mandatarios y excitadas sus pasiones por los problemas y debates domésticos, no prestaba atención a los asuntos europeos. Así fué, pues, que cuando por fin toda la estructura del Imperio británico se vió en peligro de muerte, el pueblo inglés se hallaba por completo abstraído a la verdad, y los periódicos liberales podían decirle que el conflicto que se avecinaba en los primeros días de agosto de 1914 no tenía importancia para Inglaterra.

IV. EL FINAL DEL CONCIERTO EUROPEO

Para Francia, para Rusia, para Alemania o para Italia, Tánger es sólo un punto en el mapa; pero su significación pronto llegó a revelarse a los millones de seres de tales países dando forma a la política e impulso a los propósitos de los hombres patriotas de aquellas naciones. Los franceses, los rusos y los alemanes por igual vieron en el incidente la señal de una guerra inevitable. Pero los ingleses no veían nada. Desde Tánger hasta el día de la invasión de Bélgica el concepto inglés de las condiciones internacionales y la influencia inglesa en el mundo declinaron hasta que Alemania llegó a creer que Inglaterra había olvidado su desafío al poder naval y en julio de

1914, supuso todavía, aunque durante breves horas solamente, que Inglaterra podría permanecer neutral.

Finalmente, y esto es de capital importancia, con la Conferencia de Algeciras expiró la leyenda del Concierto Europeo. De allí en adelante quedaron constituídos dos grupos de grandes potencias que, natural e inevitablemente, se encontraban el uno frente al otro en toda cuestión internacional de importancia que surgiera, llegando su hostilidad a paralizar su influencia en el mundo, y permitiendo así a los pequeños estados balkánicos que desencadenasen la tempestad con su ataque a Turquía en 1912.

Después de Tánger también, era evidente que el acuerdo entre Francia, Inglaterra y Rusia marchaba seguro a una alianza de hecho, alianza que incidental o deliberadamente se oponía a la política alemana. Por otra parte Italia, en Algeciras, manifestó de manera visible su cansancio de la Triple Alianza y, desde entonces, alejándose de Berlín y de Viena, acercóse al lado de París y de Londres. Esta conducta había de producir rozamientos con Viena sobre Trípoli y los Balkanes, llevándola por último a la alianza con los enemigos de las Potencias Centrales.

El incidente de Tánger, pues, hizo prever que llegaría el instante en que Italia se pasaría al otro bando dejando a Austria y a Alemania en una situación inferior en los concilios europeos, aboliendo esa supremacía que Bismarck había logrado para Alemania en el continente y que supo conservar hasta el momento en que traspasó su poder al joven kaiser. Con sus más grandes ambiciones irrealizadas en absoluto, los alemanes veían que llegaría el tiempo en que no podrían realizar su sueño, de una Alemania proporcionada al concepto que ellos tenían de su grandeza.

Y entre Algeciras y Armagedón, Alemania ha ido de desengaño en desengaño, iniciándose el derrumbe de su poder, no tan solamente por el abandono de Italia, sino por los peligros que el nacimiento de un nuevo estado eslavo en los Balkanes, apoyado por Rusia, representaba para su única aliada fiel, para Austria, la mitad de cuya población también era eslava.

Puede, pues, decirse con exactitud que los diez años que siguieron al incidente de Tánger se hallaban saturados por las consecuencias

de este episodio fatal. Desde entonces toda la corriente de la historia europea fluyó entre márgenes determinadas hacia la inevitable catarata: la guerra mundial. Una vez dentro de estas márgenes obligadas el curso no podía detenerse, y su destino, por oculto que se hallase para aquellos que navegaban en la corriente, era ineludible.

V. BOSNIA—EL SEGUNDO GESTO

Alemania se había dado cuenta con perfecta claridad de que la *entente* entre Francia e Inglaterra llevaría a Rusia inevitablemente a un estado de mejores relaciones con su antigua enemiga. Un estadista ruso había, en efecto, dicho al siguiente día de la convención anglo-francesa, repitiendo un proverbio ruso: "Los amigos de mi amigo son mis amigos." Este cambio había de tener consecuencias profundas en las relaciones internacionales, porque el antagonismo de Inglaterra, que tantas veces cerrara a Rusia el paso de Constantinopla, y el temor de Inglaterra por la seguridad de las fronteras del norte de la India, amenazadas por el avance ruso, eran los puntos capitales sobre los que giró la política alemana durante años. En 1907 Inglaterra y Rusia firmaron un documento, que por todos conceptos recordaba al acuerdo anglo-francés de tres años antes. Las cuestiones que habían separado a ambos países, sobre todo la de Persia, se resolvieron por una partición mutuamente satisfactoria de Persia en diversas zonas. Inglaterra y Rusia se dieron así la mano, transigiendo después de medio siglo de diferencias, hallándose en el fondo del compromiso la insinuación tácita de que con el tiempo desaparecería la oposición que hacía Inglaterra a que Rusia se posesionara de Constantinopla.

Nuevamente la respuesta de Alemania, aunque tardía, no dejó lugar a dudas. Fué Austria quien habló esta vez, pero las palabras se reconocieron como alemanas. La revolución de los Jóvenes Turcos había venido a conmover los inseguros cimientos del poder de los osmanlíes. Europa, asombrada, presenció que un nuevo partido deliberadamente liberal, cogía las riendas del poder en Constantinopla, ligando las manos de Abdul Hamid, quien, al conspirar contra ellos, fué encarcelado, quitándosele el poder, y siendo substituído por un

sultán de la propia elección del nuevo partido. Por el momento hubo la promesa del progreso de una renovada y reformada Turquía y en ese momento las diversas razas vasallas de los turcos—los griegos, los búlgaros y los armenios—compartieron los esfuerzos de los Jóvenes Turcos, y aun los fieles albaneses desertaron de su amigo el depuesto sultán. Pero los Jóvenes Turcos abrigaban sueños grandiosos de una restauración, no por reformas internas de la Turquía que quedaba sino de la restauración de la Turquía del pasado, mediante la reconquista de las provincias perdidas de Bulgaria, de Servia, de Bosnia y de Herzegovina, que habían pasado a la protección de los Hapsburgo, en el Congreso de Berlín.

Valiéndose de este pretexto Austria proclamó en 1908 la anexión de Bosnia, mientras que Fernando de Bulgaria se proclamó zar, colocándose de allí en adelante por encima de la soberanía nominal de los turcos. Los resultados de esta anexión fueron enormes. Austria poseía muchos títulos sobre Bosnia, y ningún esfuerzo colonial en la historia europea tuvo un éxito material mayor. Había llevado la civilización, el desarrollo industrial, ferrocarriles y carreteras a una de las regiones menos adelantadas del mundo; pero por virtud del mandato del Congreso de Berlín su autoridad no se discutía y la ficción de la ocupación había llegado a ser una ficción solamente. Transformarla en una posesión legal y nominal no significaba cambio alguno, sino el advenimiento de dificultades instantáneas.

La protesta de Turquía no era de mayores consecuencias; pero Servia que ahora se había convertido de hecho en una nación protegida de Petrogrado, como lo había sido de Viena en la época de los Obrenovitch, vió que se extinguía su sueño de una Servia restaurada que debía incluir a los dos míllones de servios que vivían en Bosnia y en Herzegovina. Rusia, movida por sus intereses servios, protestó vehementemente contra el hecho de que los acuerdos del Congreso de Berlín se considerasen como "pedazos de papel." Francia e Inglaterra apoyaron a Rusia. Italia se mostró intranquila, puesto que no tenía interés en ver a Austria avanzando por el sur a lo largo del Adriático hacia Salónica. En todo esto Austria era una rival; no una aliada.

En el momento crítico llegó de Berlín otro gesto como el del

Kaiser en Tánger, pero dirigido ahora contra Rusia y no contra Francia. Una vez más colocaba Alemania su espada en la balanza y una vez más los gobiernos de París, Londres y Petrogrado, tuvieron que decidirse entre la guerra o someterse. Y así como Francia se hallaba impotente en 1905, Rusia, que sufría los efectos de sus derrotas japonesas, no podía aventurarse en una guerra con Alemania. Francia e Inglaterra tampoco manifestaron en aquel entonces un entusiasmo decidido por llevar su solidarización con la protesta de Rusia hasta empuñar las armas. Rusia, pues, se sometió, como Francia se sometiera; pero había de llegar el día en que Petrogrado dijese, como se asegura que exclamó el propio zar: "¡Hemos soportado esto demasiado!" Rusia aceptó su humillación con el mismo espíritu que Francia aceptó la suya, pero desde entonces dirigió su vista sobre Europa hacia los Balkanes, del mismo modo que el gesto alemán en Tánger había hecho volver a Francia del África hacia Europa. El asunto de Bosnia hizo volver los pensamientos eslavos del Asia a los Balkanes.

Considerado en su momento, el incidente de Bosnia vino a constituir un brillante éxito para la diplomacia alemana. Pero si momentáneamente la Triple Alianza simbolizaba el poderío y la fuerza, y la Triple *Entente* la debilidad, Bosnia, como Tánger, tuvo consecuencias que no previeron los estadistas alemanes provocadores de este pugilato de fuerzas; consecuencias que anularon las ganancias del juego. Sobre todo, el golpe no rompió permanentemente la conexión entre Rusia, Inglaterra y Francia, que era lo que únicamente podía haberse contado como éxito indiscutible.

Por el contrario, debilitó aun más la unión de Italia a la Triple Alianza, estimulando el temor de esta nación ante las ambiciones de Austria en los Balkanes y a lo largo de la costa albanesa del Adriático. De esto había de salir en no lejana fecha el ataque de Italia a Turquía, mientras que la expresión de la opinión en Roma, sobre el incidente de Bosnia, reveló cuán rápidamente la Triple Alianza se iba quebrantando en lo que a la alianza de Italia se refiere.

VI. AGADIR—LA TERCERA Y ÚLTIMA CRISIS

Antes de que se moviera Italia, sin embargo, hubo otra gran crisis—la última antes de la gran guerra—en la que dos grupos de grandes potencias se pusieron frente a frente. Después de Algeciras los asuntos marroquíes habían ido de mal en peor y la anarquía se había extendido. Esta anarquía ocasionó la llegada de tropas francesas para defender la vida y propiedades de los franceses en Casa Blanca y a lo largo de la frontera. En 1909 se efectuó un tratado por separado entre Francia y Alemania, que se aceptó por el momento como medio de eliminar la cuestión de Marruecos. Pero hubo una demora subsiguiente, por parte de Francia, en el cumplimiento de los términos del tratado, sobre los que Alemania había insistido, referentes a la actividad comercial de consumo en el Camerún alemán y en el Congo francés.

En 1911, por consiguiente, Alemania afirmó de nuevo su libertad, y Marruecos, como había dicho el Principe Bülow después de la Conferencia de Algeciras, era como una campana que Alemania podía tocar cada vez que deseaba llamar la atención de Francia. En 1911 las tropas francesas fueron a Fez, llamadas allá por la revuelta de los moros. La expedición pudo o no pudo ser necesaria, y la estancia de las tropas francesas es posible que fuese demasiado prolongada. Pero estos eran tan sólo meros incidentes y el hecho es que Marruecos no tenía ya modo de salvarse y que la integridad proclamada por el Kaiser en Tánger, y confirmada en Algeciras, se había convertido en una ficción.

En esta situación—y reconociendo que el dominio de Francia en Marruecos se hacía inevitable y que el "afrancesamiento" de Túnez cerraría en breve plazo el Imperio jerifiano a los deseos de Alemania, a menos que Alemania procediese—el Kaiser, repentinamente, mandó el célebre crucero *Panther* a Agadir, advirtiendo así a Francia y a Europa que se proponía participar de la división del estado marroquí. Al mismo tiempo los diarios de Berlín se hallaban llenos con la promesa de *"West Marokko deutsch,"* y mapas en colores se publicaron adjudicando al Kaiser las provincias marroquíes desde la boca del Sebu al Wady Dra.

Una vez más la guerra europea parecía inevitable. Las conferencias entre los ministros franceses y alemanes no adelantaban y el "choque de las espadas" en Berlín era amenazador. Poco a poco empezó a filtrarse el hecho de que Alemania exigía a Francia "compensaciones" por la posición francesa en Marruecos, compensaciones que abarcaban, si no todas, la mayor parte de las posiciones francesas coloniales en el África Central. Mientras tanto la influencia británica y los actos oficiales de Inglaterra tendían más y más a apoyar firmemente a Francia.

La situación se hizo más grave porque súbitamente se manifestó en Francia un nuevo espíritu. El ministerio de Caillaux había dado pruebas de sometimiento hacia Alemania, lo mismo que el ministerio anterior había sacrificado a Delcassé en 1905; pero ahora el pueblo francés habló. Hubo un rápido e innegable despertar del viejo espíritu galo, una firme determinación de no someterse más, aunque la alternativa fuese la guerra. Cayó Caillaux y un ministerio constituído por los hombres más grandes de Francia, presidido por Raymond Poincaré e incluyendo a Delcassé, subió al poder. La Francia de 1911 se hallaba muy lejos de los días de 1905.

En Londres, además, Lloyd George, hablando en un banquete público en nombre del gobierno liberal, pronunció palabras cuyo significado no podía confundirse. Aseguró al mundo que el gobierno liberal y radical que controlaba los destinos británicos, no iba a permitir que los intereses del Imperio se sacrificasen, ni que se ignorase a Inglaterra. Las palabras eran lo de menos, pero su efecto fué extraordinario. Después de una pequeña pausa Alemania cambió de táctica y la disputa marroquí se arregló por medio de concesiones territoriales mutuas en el África Central, entre Francia y Alemania. En el cambio Francia perdió unas cien mil millas cuadradas del Congo, pero adquirió títulos definitivos en Marruecos fuera del alcance de toda futura disputa alemana.

VII. UN DESASTRE ALEMÁN

Agadir, pues, fué una derrota para Alemania; un gran desastre. No hubo aquí ningún éxito superficial como en Tánger y ninguna supremacía temporal de prestigio, como después de Bosnia. Ale-

mania había presentado su reclamación por una parte de Marruecos, después de haber dispensado, en 1905, su protección al sultán. El pueblo había llegado a creer que había en Marruecos una oportunidad para la expansión colonial alemana y un nuevo " lugar al sol." Pero Alemania tuvo que ceder a la amenaza británica y a la entereza francesa todo cuanto había ganado en Algeciras, en lo que a Marruecos se refería, y todo lo que había adquirido en prestigio con el episodio de Bosnia. Alemania había adquirido unos cuantos miles de millas cuadradas de terrenos bajos y pantanosos mientras que Francia, la "decadente" Francia, se había anexionado un imperio, apoyando su posesión con la intervención británica. Agadir fué para los alemanes un desastre tan completo y una humillación nacional como Tánger lo había sido para Francia.

Al Kaiser se le atribuyó esta rendición a Inglaterra. Nunca durante su reinado había conocido horas de mayor impopularidad y hasta su hijo se unió a sus detractores. Se refiere que en el momento crítico convocó a los financieros de Alemania y les preguntó si estaban preparados, y que la respuesta negativa que dieron inclinó su decisión en favor de la paz. Pero si esto es tan sólo una leyenda existen hechos positivos para demostrar que la nación entera le inculpó del resultado. Mirando hacia el futuro era claro que jamás podría Guillermo II oponerse a la voluntad de sus súbditos, aunque fuera para conservar la paz europea, y el incidente de Agadir se hallaba en el ánimo de muchos cuando la crisis de julio de 1914 puso en las manos del Kaiser los destinos de Europa.

Después de Agadir toda esperanza de paz en Europa desapareció, y Alemania se dedicó febrilmente a prepararse. Francia volvió en seguida a implantar los tres años de servicio militar para hacer frente a las nuevas levas de Alemania y ésta respondió con una leva en masa, no para reclutar soldados, sino para levantar fondos destinados a las arcas de la guerra. Ni en Francia ni en Rusia se equivocaron sobre el futuro, y si después de Tánger muchos franceses y muchos rusos abrigaban la esperanza de evitar la guerra, después de Agadir la perdieron. Solamente Inglaterra volvió a confundir la verdad y volvió a sus querellas domésticas, después de haber humillado con su

breve intervención al soberano más orgulloso y al pueblo de mayor ambición de la tierra.

Para Berlín, para Petrogrado, y para París, la pregunta era ahora: "¿Cuándo ocurrirá?" Los hombres miraban al futuro ansiosamente, conscientes de que la tormenta no tardaría en desencadenarse, tratando de descubrir en las nubes pasajeras las señales seguras del próximo vendaval. Léase el *Libro amarillo* francés publicado después que empezó la guerra y se encontrará que este estado de espíritu se revela por encima de todas las demás preocupaciones embargando la mente de aquellos que dirigían las fortunas de Francia, de Rusia y de Alemania. Tan absoluta era esta creencia que cuando Austria envió su ultimátum a Servia, en Julio de 1914, los hombres de los tres países exclamaban: "¡Al fin ha llegado!"

La crisis de Agadir fué seguida inmediatamente por el ataque de Italia a Turquía. Italia obtuvo, de las actividades de Alemania en la costa occidental de Marruecos, el convencimiento de que podía producirse nuevamente el caso del *Panther,* en la costa tripolitana. De la demanda que hizo Alemania a Francia, exigiéndole una "compensación" por su expansión en Marruecos, dedujo una justificación para pedir también otra compensación que equilibrase la anexión de Bosnia a Austria. Vió que en el desorden creado por el régimen de los Jóvenes Turcos, en el desconcierto de las fuerzas militares de Turquía, se le presentaba esa oportunidad que tanto había esperado; y finalmente, otorgó su consentimiento a los tratos de Francia e Inglaterra en el Mediterráneo por el asentimiento de estas potencias a la realización de sus planes.

Pero el ataque a Turquía era un ataque a la nación que Berlín consideraba como aliada. Las susceptibilidades de Austria se sintieron inmediatamente provocadas por las operaciones navales de Italia en el Adriático, y, en efecto, en Viena y en Berlín se acusó a Italia de deslealtad para con sus aliadas y de haber atacado la solidaridad de la alianza de las Potencias Centrales a la que pertenecía Turquía, si no de hecho, en teoría. Bernhardi pudo escribir aquel mismo año que Alemania debía haber atacado a Italia cuando ésta atacó a Turquía, vislumbrándose así el derrumbe completo de la

Triple Alianza. He aquí, pues, un nuevo golpe a la estructura de la influencia alemana.

Después que la guerra tripolitana se había prolongado durante varios meses sin mayor gloria para las armas de Italia, y aunque las tropas italianas lentamente ocupaban los pueblos de la costa africana, Turquía se entregó repentinamente y el Tratado de Lausanne dió Trípoli a Italia. La rendición de Turquía se debió a la nueva tormenta que se acercaba y que había de proporcionar nuevas ansiedades a los estadistas austro-alemanes y un nuevo peligro, sobre todo, a la política alemana.

VIII. LA PRIMERA GUERRA BALKÁNICA

Las dificultades y las derrotas de Turquía habían hecho nacer otras esperanzas. Los estados balkánicos que acariciaban la liberación de sus hermanos cristianos que vivían más allá de sus propias fronteras, justamente alarmados con el programa de los Jóvenes Turcos, se aprovecharon de las circunstancias para unirse en una alianza contra el enemigo común. Para asombro de Europa los griegos y los búlgaros dieron de lado sus odios milenarios, y búlgaros y servios, olvidando sus rivalidades macedónicas, juntáronse para atacar a los otomanos.

En tanto que la discordia entre los dos grandes grupos de potencias no hubiera paralizado a Europa, tal alianza habría sido impotente ante la autoridad de un concierto europeo. Pero este concierto no existía, y ninguno de los dos grupos quería ganarse la hostilidad de esta nueva alianza, tan perfecto era el equilibrio entre la Triple Alianza y la Triple *Entente*. Un grupo, influído por Rusia, que había ayudado a formar la alianza balkánica, deseaba el éxito de ésta; el otro, movido por sus propias ambiciones en los Balkanes, anhelaba la victoria turca.

Pero los turcos fueron derrotados rápidamente y de un modo definitivo. Los búlgaros vencieron al principal ejército turco en Lule Burgas, sitiaron Andrinópolis y llegaron hasta la base de la península donde se alza Constantinopla. Los servios vengaron a Kosovo en Kumanova, tomaron Uskup, completaron su victoria delante de Monastir, y bajaron por el valle del Vardar, hacia Salónica,

donde convergían las tropas griegas y búlgaras. Hasta Grecia, borrando la humillación de la primera guerra turca, derrotó a los ejércitos de Turquía y se apoderó de Salónica, el premio del cercano Oriente, y al mismo tiempo envió sus tropas a Albania, conquistó todo el norte de Epiro y sitió a Janina, como los búlgaros habían sitiado a Andrinópolis. El Imperio turco en Europa había terminado. La lucha duró breve tiempo, como en el caso de Alemania con Francia en 1870. La presa se había logrado y todo era cuestión de su reparto. Europa, finalmente, intervino. Rechazados los búlgaros en Chatalja, la línea de defensa exterior de Constantinopla, se les hizo saber que no se les permitiría la posesión de la ciudad aunque la tomaran. Servios, búlgaros y griegos fueron convocados en Londres para que expusiesen su caso ante el Concierto Europeo, al fin restablecido, y a esta conferencia fueron los pequeños estados para lo que después hubo de ser su ruina. Sólo Grecia se negó a interrumpir sus operaciones militares, mientras que Bulgaria se opuso al abastecimiento de Adrianópolis.

IX. LA CONFERENCIA DE LONDRES

En esta conferencia los propósitos de los Imperios Centrales se revelaron finalmente. La alianza balkánica había constituído un golpe para todo su plan, y de haber durado hubiese cerrado el paso de la expansión austro-alemana hacia el este, levantando una Servia fuerte en el flanco de Austria, una Servia dúctil a la influencia rusa y deseosa de liberar a los millones de eslavos del sur que se hallaban bajo el dominio de los Hapsburgo. Italia desaprobaba abiertamente la marcha de los griegos por el norte hacia Avlona y Skunbi, y convino con Austria en oponerse a la expansión eslava hacia el sur, desde la frontera montenegrina hacia la nueva frontera griega.

Austria, pues, hizo saber que debía haber una libre Albania y si bien esta exigencia parecía justa, porque los albaneses habitaban toda la región desde las proximidades de Janina a Scutari, y los albaneses deseaban ser libres y no hallarse sometidos a un soberano griego o eslavo, los verdaderos propósitos de Austria nada tenían que ver con los deseos de los albaneses, y su fin era el de romper la Liga Balkanica. Si a Servia se le negaba el derecho de llegar hasta el mar, a través del

norte de Albania, era inevitable que Servia buscaría una compensación en el valle del Vardar. Tal compensación sería a expensas de Bulgaria, porque aunque Bulgaria y Servia habían firmado un tratado repartiéndose Macedonia, antes de declararse en guerra, Servia y no Bulgaria era la que había conquistado y la que estaba en posesión de Macedonia, donde podía cobrarse a su gusto.

La comedia de Albania ocupó, durante largo tiempo, la atención de los representantes de las grandes potencias europeas. Alemania hábilmente convirtió a Sir Edward Grey en el "agente honrado" de la Conferencia y utilizó su ignorancia de la situación en el cercano Oriente para destruír la Liga Balkánica. Se le dejó que arreglara las diferencias entre Austria y Rusia, sobre los futuros límites de Servia y Albania. Se hicieron mutuas concesiones con gran exhibición de buena voluntad, aunque era de una importancia más que pasajera que la paz de Europa dependiese de la disposición final de Ipek y de Jakova, miserables aldeas albanesas desconocidas para la mayor parte de los millones de hombres que hubiesen sido llamados a las armas si la Conferencia de Londres hubiera terminado con la guerra.

Haciendo caso omiso del mandato de Europa, Bulgaria abandonó impetuosamente la conferencia y volvió a su obra, que era la captura de Andrinópolis. Conseguido esto se inclinó ante la decisión de Londres y se conformó con aceptar la frontera trazada desde Midia al golfo de Enos, mientras que Grecia consintió en ceder el norte de Epiro, y Servia y Montenegro abandonaron Scutari y Durazzo. Pero era ahora necesario arreglar la división del territorio conquistado por los tres vencedores. Servia y Grecia ya estaban de acuerdo; mas privada la primera de estas naciones del norte de Albania, por efecto de la resolución de Sir Edward Grey en la cuestión albanesa, Servia insistió en que se le permitiese conservar la región macedónica al oeste del Vardar, mientras que Grecia insistía en conservar Salónica, cediendo sin embargo Kavala y el norte de Epiro.

X. LA SEGUNDA GUERRA BALKÁNICA

Bulgaria, llevada por la influencia de Austria, rehusó toda transacción, insistiendo sobre la posesión de todo aquello que le ase-

guraba su tratado con Servia y mantuvo sus tropas en Salónica, como señal de su propósito de quedarse también con esta ciudad. Hizo oídos sordos a todos los llamamientos de Rusia, a todos los dictados de cautela impuestos por la alianza de Servia y de Grecia, y hasta las advertencias de Rumania, combinadas con la demanda de "compensación" sobre Silistria, la dejaron insensible y, decidida a llevar a cabo su plan macedónico, negóse a negociar.

Finalmente, en los últimos días de julio de 1913 un gran ejército búlgaro en Macedonia atacó a los servios detrás del Bregalnitza, ganando una ventaja momentánea pero viéndose obligado luego a retirarse, mientras que un avance griego, desde Salónica, y una victoria de los mismos griegos en Kilkis, forzaron la rápida retirada de los búlgaros de toda Macedonia. Un ejército rumano entró por el norte de Bulgaria, en tanto que los turcos volvían a ocupar la Tracia recobrando Andrinópolis. La derrota de Bulgaria era completa. Había escuchado los consejos de Austria, y ésta participó de su desgracia. El plan austriaco de destruir la Liga había prevalecido gracias a Sir Edward Grey; pero había fortalecido a una Servia peligrosa, había aumentado, en lugar de disminuir, la influencia rusa en los Balkanes, aflojando los lazos que habían unido a los rumanos con Austria durante toda una generación. Las tropas rumanas que habían invadido Bulgaria proclamaron abiertamente que seguían a través de Bulgaria el camino para la Transilvania y la Bukowina.

El Tratado de Bucarest confirmó le derrota búlgara. Servia adquirió toda la Macedonia y salió de sus tribulaciones convertida en un estado igual en extensión y en importancia a Cerdeña, cuando los franceses ayudaron a Italia a arrojar de allí a los austriacos. Grecia se quedó con toda la costa de su antigua frontera hasta el Mesta, incluyendo Kavala y Salónica. Rumania se quedó con una provincia de Bulgaria, y los turcos con los distritos de Tracia. Después de dos guerras sangrientas y de terribles sacrificios, Bulgaria no encontró otra cosa que una estrecha franja de tierra entre Rodas y el mar Egeo. Perdió la Macedonia, y el sueño de su hegemonía en los Balkanes se desvaneció temporalmente.

Mas el peor aspecto de este arreglo balkánico fué la amenaza para la paz de Europa, debido a la inevitable rivalidad entre Austria y

Servia. Desde que el cambio de dinastía había dado a Petrogrado y no a Viena el control en Belgrado, las relaciones entre Servia y Austria eran tirantes, y una y otra vez Austria había intimidado a su pequeña vecina. La anexión de Bosnia había sido un golpe tan duro para Servia como la anexión de Alsacia-Lorena por Alemania lo fué para los franceses, y con su negativa a que Servia tuviese un acceso al mar, Austria había renovado todos los resentimientos servios.

XI. BUCAREST Y EL PERÍODO SUBSIGUIENTE

Por el Tratado de Bucarest, Servia se había convertido en un estado considerable, y a los ojos de sus propios soldados y ciudadanos era una verdadera potencia militar, cuyas fáciles victorias sobre los turcos y los búlgaros se tomaron como indicio de éxitos futuros contra Austria. Más allá del Drina y del Save había cuatro millones de servios y dos millones de croatas, a quienes los servios consideraban del mismo modo que los italianos del reino de Cerdeña consideraban a sus compatriotas de los reinos de Milán y de Nápoles. Tampoco dejaba lugar a dudas la agitación similar de simpatía de razas que existía dentro de los dominios de los Hapsburgo.

Lo peor de todo era que Rusia, de allí en adelante, consideraría a Servia como su protegida y nunca permitiría que Austria atacase al pequeño estado eslavo. El desarrollo y la gloria de una libre Servia podían sacudir los cimientos mismos del Imperio austriaco con sus millones de eslavos que sufrían a disgusto el yugo de alemanes y húngaros. Pero, apoyada por Rusia, Servia no podía sino constituír una verdadera amenaza para Austria a juicio de los estadistas de esta nación. Austria había desafiado a Rusia cuando el incidente de Bosnia, y Rusia se había sometido temporalmente; pero la verdadera respuesta vino cuando Rusia se presentó en Londres, después de la primera guerra balkánica, apoyando las reclamaciones de los servios y protegiendo a la nueva y fuerte nación, después del Tratado de Bucarest, cerrando no solamente el paso de los Hapsburgo al mar Egeo, sino también acariciando el sueño de extender este renacimiento de los eslavos del sur hasta Fiume y Trieste, privando así a

los alemanes y a los húngaros de una salida al mar, del cual éstos habían excluído a Servia.

El Tratado de Bucarest había expuesto a Austria-Hungría, y apenas fué promulgado cuando ésta pidió permiso a su aliada, Italia, para atacar a Servia. Italia, según confesión posterior de Giolitti, se negó; pero este paso de Austria no deja duda alguna sobre sus propósitos. El golpe que se contuvo en 1913 debía darse en 1914. No podía ya impedirse por más tiempo, después de la importancia que había adquirido Servia y del fracaso de la diplomacia austriaca en las guerras balkánicas.

Desgraciadamente las diferencias entre Austria y Rusia sobre Servia no se podían considerar como afectando exclusivamente a estas naciones. Tánger, Agadir, y el episodio intermediario de Bosnia, habían dividido a Europa en dos campos contrarios. Una disputa entre dos naciones pertenecientes a cada uno de los dos grupos era instantáneamente causa de diferencias entre éstos. Alemania había desafiado dos veces a Francia e Inglaterra y este reto había contribuído a unir a estas naciones aun más estrechamente. La amistad anglo-francesa acogía también dentro de su seno a Rusia, la aliada de Francia, y las relaciones entre estos tres grandes países, Rusia, Francia, e Inglaterra, habían cortado para Alemania el camino de su expansión colonial en Tánger y en Agadir, habían tratado de frustrar los planes de Austria en los Balkanes cuando el incidente de Bosnia, y habían demostrado, en efecto, su fuerza potencial en la Conferencia de Londres, aunque nunca estuvieron obligadas a declarar su solidaridad porque ninguna cuestión se llevó hasta el extremo de poner aquella a prueba.

Tal fué, en suma, la transformación que había experimentado Europa en menos de diez años. Tales fueron las consecuencias inexorables de la determinación del Kaiser al desafiar al poderío naval británico y la determinación posterior de impedir que Inglaterra se acercase a Rusia y a Francia. Inglaterra hizo frente al desafío en el mar y estrechó sus lazos con Francia y con Rusia, hasta que la guerra vino a demostrar que se hallaba solidarizada en absoluto con las dos naciones. El juego, después de diez años, se volvía

en contra de Alemania. Su influencia en Europa había sido minada. La seguridad de Austria se había comprometido. La lealtad de Italia se había debilitado y, como después resultó, había sido destruída. Y todo esto le había ocurrido a Alemania que cada año crecía en fuerza y en todo aquello que hace a una nación poderosa; dueña, además, de un ejército sin igual en Europa y sin ejemplo en la historia. En el pensamiento de todo alemán la sombra de Inglaterra se atravesaba en el paso de la legítima expansión teutónica, y una Alemania que sabía que por medio de la espada podría conquistar su puesto legítimo al sol, sabía también que en los diez años precedentes, no solamente no lo había alcanzado, sino que lo había innegablemente perdido por haberse confiado en los procedimientos pacíficos.

Ésta fué la Alemania que habló en julio de 1914, poco menos de un año después. El Tratado de Bucarest, al restaurar la paz en los Balkanes, sentenció a muerte la paz del mundo.

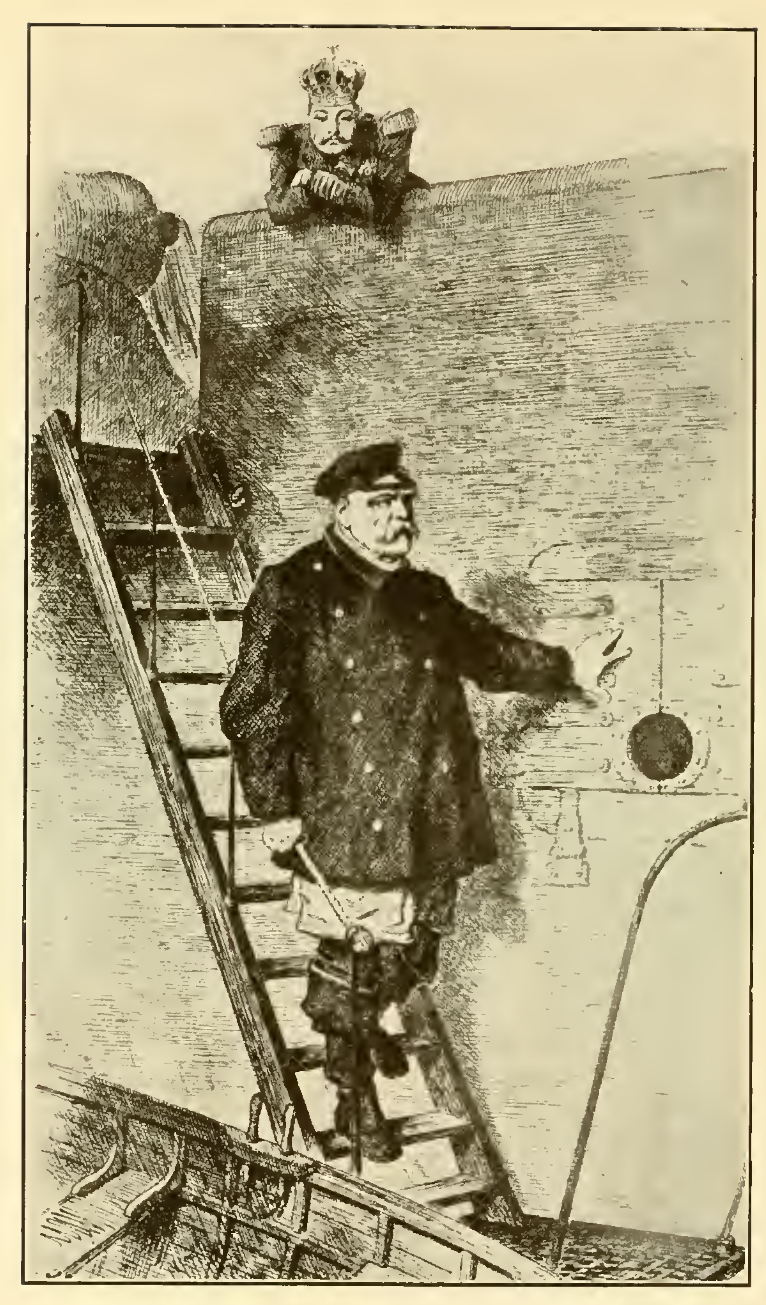
EL ASPECTO GRÁFICO DE LA GUERRA



ENTRE KAISERS

Alemania y Austria, dos miembros fieles de la Triple Alianza, se saludan mutuamente en la persona de sus soberanos, Guillermo y Francisco José

LOS DOS KAISERS
ECHANDO AL PILOTO
PROGRESOS DE LA *ENTENTE*
EL CRIMEN DE SERAJEVO

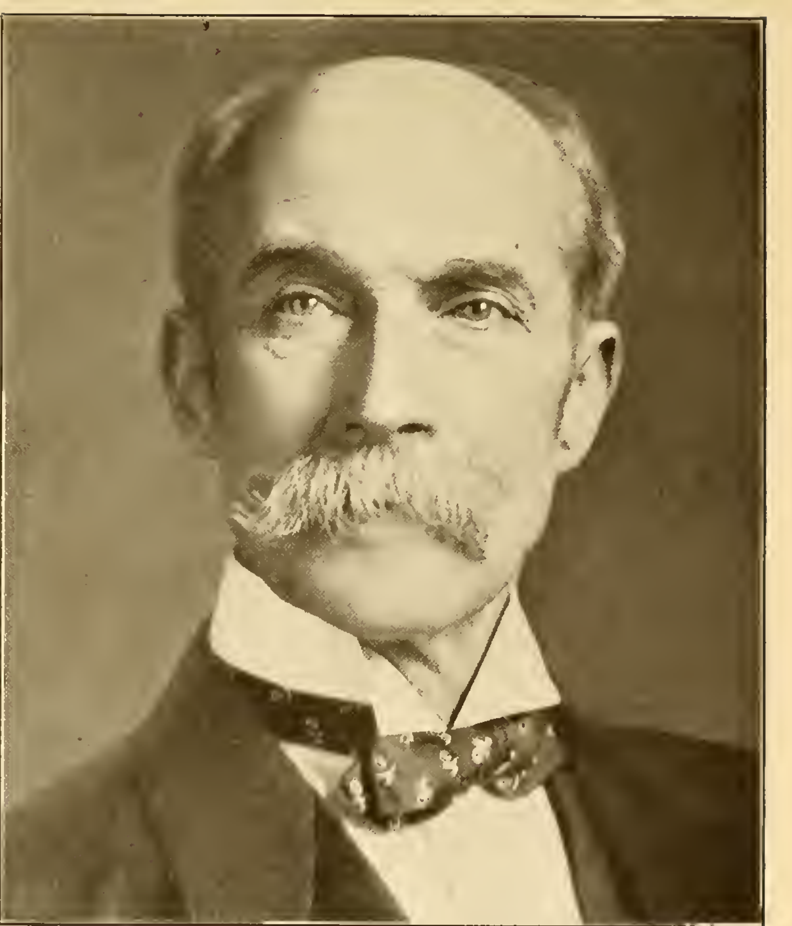


ECHANDO AL PILOTO.—FAMOSO DIBUJO DE TENNIEL

Era inevitable el choque entre dos personalidades tan poderosas como la de Guillermo II y la de Bismarck. Las aspiraciones del viejo estadista se habían reducido a levantar y afianzar el poderío de Prusia primero, y luego el de Alemania, dentro de sus propias fronteras. El joven, con visión más amplia, extendía sus miradas allende los mares, tratando de encontrar para Alemania en otras tierras un "lugar al sol." Bismarck se retiró en 1890, dos años después del advenimiento de Guillermo al trono

M. DELCASSÉ, MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES EN FRANCIA, EN 1904

M. Delcassé y Lord Lansdowne negociaron el importantísimo acuerdo anglo-francés sin consultar a Alemania. "Fué un largo y lúgubre descenso de aquellos días del Congreso de Berlín, cuando Bismarck en representación de Alemania, presidiera el Concilio de las Naciones. Constituyó el golpe más rudo que había recibido el prestigio alemán desde la proclamación del Imperio en Versalles."



LORD LANSDOWNE

Lord Lansdowne era ministro de Relaciones Exteriores en Inglaterra, en 1904, y se llama el "padre del acuerdo anglo-francés." El "domingo nefasto" durante los ominosos Doce Días en agosto de 1914, escribió con Mr. Balfour una carta a Mr. Asquith declarando en términos positivos que "no es posible abondonar a Francia."



DOS VERDADEROS AMIGOS INICIADORES DE LA *ENTENTE CORDIALE*

El presidente de Francia, Fallières, y el rey Eduardo VII de Inglaterra, padre del rey actual y tío del Kaiser. El rey Eduardo comprendia mejor que nadie el peligro alemán y contribuyó más que cualquiera a resolver las dificultades entre Francia y su patria. Muchos alemanes le atribuían el proyecto de encerrar a Alemania en un círculo de hierro.





EL GENERAL KITCHENER Y EL CORONEL MARCHAND, PERSONAJES PRINCIPALES EN EL INCIDENTE DE FASHODA

Seis años antes del acuerdo anglo-francés, los proyectos británicos y franceses se encontraban en antagonismo con respecto a la expansión colonial, cuando Kitchener y Marchand se reunieron en Fashoda, sobre la frontera de las posesiones inglesas y francesas en África. "Parecía inevitable que Francia y la Gran Bretaña se comprometieran en una nueva guerra. Pero la crisis pasó. Francia cedió." Ambos oficiales debían encontrarse dieciséis años después, como aliados en la llanura de Artois.



Fotografía de Paul Thompson

EL ZAR NICOLÁS Y EL PRESIDENTE POINCARÉ

Revélase en esta fotografía la amistad política que cultivaban efusivamente las potencias del este y del oeste de Alemania. En los momentos en que se desarrollaban las negociaciones diplomáticas de los Doce Días (agosto de 1914), el presidente de Francia, Poincaré, regresaba de visitar al Zar de Rusia.



EL KAISER CON UN AMIGO DE OTROS TIEMPOS, EL REY ALBERTO DE BÉLGICA

En los primeros años de su reinado el Kaiser se complacía tanto en visitar a los demás monarcas, que a veces era criticado en su patria por sus correrías y recibió el apodo de *Der Reise Kaiser*, el Kaiser viajero. Guillermo II explicaba sus jornadas de la manera siguiente: "No solamente me impulsa a viajar el deseo de conocer los países e instituciones extranjeras y de fomentar relaciones amistosas con los gobernantes vecinos, sino que estas jornadas, que con frecuencia han sido mal interpretadas, son muy valiosas para mí, permitiéndome observar a la distancia los asuntos de la nación y someterlos a un tranquilo análisis."





LORD ROBERTS Y LORD HALDANE

El uno insistió en vano en que su país se preparase para la guerra; el otro disminuía el peligro y llamaba a Alemania su "patria espiritual," aun después de que se hubo desvanecido toda esperanza de arreglo entre la rivalidad alemana y la británica. "La voz de Lord Roberts, pidiendo preparación militar adecuada, provocó únicamente las burlas de liberales y radicales."

Fotografía de Brown Brothers *Fotografía del International News Service*

EL ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO, HEREDERO AL TRONO DE AUSTRIA, Y SU MORGANÁTICA ESPOSA

Ambos fueron víctimas de la bomba lanzada por un asesino, en Serajevo, Bosnia, el 28 de junio de 1914.



LA CAPTURA DEL ASESINO

Austria afirmó que el crimen había sido inspirado por la propaganda paneslavista en Servia y declaró la guerra. Rusia apoyó a Servia. Alemania sostuvo a Austria. Entonces se produjo un Armagedón.

CAPÍTULO TERCERO

LOS DOCE DÍAS

I

EL ASESINATO DEL ARCHIDUQUE

El Tratado de Bucarest se firmó el 10 de agosto de 1913. Las reservas relativas a las provisiones de dicho tratado, que los gobiernos de Petrogrado, Viena y Roma habrían deseado introducir, fueron descartadas cuando el Kaiser, con un gesto desde entonces memorable, comunicó a su cuñado, el Rey de Grecia, que reconocía como definitivos los términos pactados. Y durante los diez meses subsiguientes Europa recobró su tranquilidad después de dos años de aguda tensión. La calma reinaba en apariencia, aunque posteriores declaraciones de Giolitti han revelado que aun estaba fresca la tinta con que se escribiera el documento de Bucarest cuando el Gobierno de Viena comenzaba a sondear la opinión del Gobierno italiano sobre la posibilidad de un ataque a Servia. Roma se mostró indiferente, y el momento crítico pasó.

El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando y su morganática esposa fueron asesinados en las calles de Serajevo, capital de Bosnia-Herzegovina. El criminal era de raza servia, pero residente en Bosnia y súbdito del Emperador Francisco José. Fué un atentado horroroso; y si bien no se ha presentado hasta hoy, ante jurado imparcial alguno, la prueba que haga recaer sobre la Corona o el Gobierno de Servia complicidad en el hecho, es evidente, sin embargo, que tal crimen fué resultado de la campaña agitadora del panservismo, que aspiraba a extender el dominio del Rey Pedro desde el Drina hasta el Adriático y desde Cattaro hasta Fiume.

Fué consecuencia lógica y fatal de la propaganda servia en favor de la unidad étnica, propaganda permitida por el Gobierno de Belgrado y mirada con benevolencia por el Gobierno ruso.

En aquellos días Europa, presa de la ansiedad más intensa, estuvo pendiente de la actitud de Viena. Pero el Gobierno austro-húngaro no dió señales de adoptar decisión alguna; y el crimen desapareció paulatinamente de las columnas de la prensa diaria y de la memoria del público hasta quedar al fin olvidado por completo. A juzgar por las apariencias, la política europea había alcanzado un período de absoluta tranquilidad, después de la larga y agitada década que acababa de pasar. Una escuadra británica había visitado Kiel; el presidente de Francia se dirigía a Petrogrado; no existía la ondulación más ligera en la tersa superficie de las aguas de la diplomacia. Era solamente, sin embargo, la calma que presagiaba la tormenta. El 23 de julio Austria envió a Servia el ultimátum más formidable que jamás hubiera presentado nación alguna.

El ultimátum, además de prescribir normas y regulaciones referentes a la propaganda antiaustriaca y a sus adeptos en Servia; además de exigir la disolución de las sociedades patrióticas adversas al Austria y el castigo de sus caudillos, servidores también de la Corona de Servia en el ejército y la organización civil, demandaba la admisión de funcionarios austriacos, asociados a los servios, para vigilar el cumplimiento de las obligaciones impuestas. El ultimátum fijaba para la respuesta el término máximo de cuarenta y ocho horas.

De tal manera se originó el 23 de julio una nueva crisis, más grave que las anteriores, porque en vez de problemas abstractos de territorio y de comercio, tratábase ahora de cuestiones concretas relativas al honor nacional y a intereses dinásticos comprometidos por el crimen de Serajevo. Con el pretexto ostensible de castigar a los agitadores cuya propaganda había provocado el asesinato del heredero al trono austro-húngaro; con el objeto ostensible de poner término a una agitación que amenazaba la seguridad de Austria, el Gobierno de Viena arrojaba verdaderamente el guante a Rusia, protectora declarada de Servia.

Si Rusia no salía a la defensa de Servia, era evidente que este reino sucumbiría bajo el peso de las armas austriacas; y si Servia accedía a las exigencias de Austria quedaría sometida de hecho, si no oficialmente, a la influencia de Viena. Si Rusia se mantenía aparte y permitía que aquello se llevara a cabo, perdía todo su prestigio en

los Balkanes y entre los pueblos eslavos de Europa. La cuestión de Bosnia surgía nuevamente, esta vez con mayores y más graves complicaciones, porque al anexarse Bosnia, Austria había cambiado solamente el nombre en virtud del cual ejercía su autoridad, mientras que ahora destruiría la independencia de Servia, reduciéndola a un estado de servidumbre.

Si Rusia, por otra parte, tomaba el partido de Servia, afirmaba por este solo acto sus pretensiones al derecho de protección de Servia; reclamaba el derecho de levantar la voz por Servia; extendía la influencia y soberanía rusa hasta las orillas mismas del Danubio y, tanto desde Belgrado como desde la frontera de Galizia, amenazaba la tranquilidad de la Monarquía austro-húngara. Si las imposiciones de Austria prevalecían, Servia convertíase entonces en feudo de los Hapsburgo; pero no resultaba menos cierto, ahora que el problema se planteaba en términos perentorios, que si Rusia intervenía haciendo prevalecer su influencia, la seguridad de Austria quedaba comprometida y destruído su prestigio.

II. EL CASO DE AUSTRIA

El hecho real era que Servia, si no por acción directa gubernativa, al menos a la sombra de la general agitación popular y de la benevolente ceguera del gobierno, conspiraba para minar la unidad de Austria. Indudablemente que este movimiento tuvo su origen en el hecho de existir en Austria varios millones de eslavos, servios de raza, y que aspiraban a convertirse en súbditos del Rey Pedro. La situación se asemejaba en todos sus aspectos a la que reinaba en Italia antes de la guerra austriaca con Francia. Mas, cualquiera que sea el derecho moral que una nación posee sobre territorios y súbditos propios, ningún estado permitirá que intrigas externas atenten contra su integridad, ni entregará de buen grado sus provincias y ciudadanos.

Cuando Francia resolvió prestar su apoyo para liberar del yugo de los Hapsburgo la Italia septentrional, sobrevino fatalmente la guerra. Si en este caso Rusia adoptaba en favor de Servia la misma doctrina que Napoleón III puso en práctica con respecto a Cerdeña, Austria se vería obligada a ir a la guerra. La única diferencia consistía en que esta vez era Austria quien suscitaba la cuestión. Ver-

dad que no la suscitó hasta que el heredero al trono de los Hapsburgo fué asesinado, aun cuando tenía intención de hacerlo diez meses antes de que el crimen se realizara; pero una vez promovida, no podía hacerse atrás porque su seguridad, su integridad, su existencia misma como gran potencia, se hallaban en juego.

Y examinando los hechos con imparcialidad, es indudable que se vió obligada a adoptar aquella actitud, porque la agitación paneslavista estaba destruyendo los fundamentos mismos de su vida nacional. En el terreno moral puede objetarse el derecho que asistía a diez millones de alemanes y casi igual número de magiares para gobernar a veinticinco millones de eslavos; pero es indiscutible el derecho legal e internacional que asiste a una nación para defender su propia existencia, salvo el caso de alguna ley superior al principio aceptado por las naciones en sus relaciones recíprocas.

La forma en que Austria se condujo con los eslavos que vivían dentro de sus fronteras y con los estados eslavos vecinos fué estúpida y brutal. Conquistóse así el odio que merecía. En las guerras de los Balkanes intentó oponerse al desarrollo de los eslavos y esta política resultó desastrosa. Mas aunque fueron sus errores los que le granjearon una justa aversión, y sus desatinos dieron ocasión al estado que más la odiaba para amenazarla en su existencia, no es menos cierto que Austria se vió forzada a salvaguardar su unidad y vida como nación.

Según criterio muy generalizado, Servia ha llegado a compartir la gloria de Bélgica y ocupar, casi al mismo nivel, un puesto de mártir en la historia. Tal idea es completamente falsa. Bélgica no amenazaba a nadie, no conspiraba para dañar a sus vecinos, no permitía propaganda alguna que pusiera en peligro la seguridad ni la tranquilidad de Francia o de Alemania, por ejemplo, para justificar una invasión dentro de sus fronteras. Servia incurría en todas esas faltas. Las cometió del mismo modo que Cerdeña proclamó el *risorgimento;* las llevó a cabo en nombre y a impulsos del patriotismo; quería libertar y unir a su raza, pero esta liberación envolvía la ruina de Austria.

Aun cuando el crimen de Serajevo no hubiera tenido lugar, era inevitable que Austria desenvainara la espada contra Servia, porque sólo levantándose en armas podía defenderse. Pero igualmente

inevitable era que Rusia, unida a los servios por vínculos de raza y religión, animada como había estado siempre por intensos sentimientos fraternales hacia los eslavos de otros países, tomara la defensa de Servia, de la que había hecho su soldado en las márgenes del Danubio y su aliada para oponerse al sueño de Austria de avanzar hasta el Egeo. A decir verdad, Servia no era sino un incidente en la historia de la rivalidad secular entre los Romanoff y los Hapsburgo.

El mismo Bismarck había vacilado en aliarse al Austria, porque previó que esto significaría participar en la rivalidad existente entre ambas naciones con respecto a los Balkanes. Su influencia en Viena había sido bastante poderosa para conservar la paz; pero el apoyo que prestara al Austria en el Congreso de Berlín hizo inevitable una alianza franco-rusa. Por el momento, durante el período de su administración, pudo contrarrestarla induciendo a Italia a entrar en la alianza austro-alemana, manteniéndose en términos amistosos con Inglaterra y firmando el "Tratado de Confirmación" con Rusia. Mas se necesitaba toda la habilidad de un Bismarck para mantener el equilibrio así alcanzado y los sucesores de Bismarck no poseían su habilidad ni sus recursos. Italia y Austria eran enemigas naturales y él las hizo aliadas; Rusia y Austria eran rivales naturales y Bismarck preservó la paz entre ellas. Pero, transcurridas apenas dos décadas después que hubo abandonado las riendas del gobierno, las tendencias naturales predominaron sobre las circunstancias fortuitas.

El peligro de la situación balkánica no consistía ya en la contingencia de una guerra entre Austria y Rusia o entre Austria y Alemania por un lado y Francia y Rusia por el otro, con Italia como aliada posible de los Imperios Centrales. El reto que el Kaiser lanzara a Inglaterra, hízola mezclarse nuevamente en asuntos continentales. Aun la misma Francia habría vacilado, a comienzos de la última década del siglo pasado, en combatir al lado de su aliada Rusia por la cuestión servia; pero el espíritu francés había experimentado una transformación a raíz de los incidentes de Tánger y Agadir.

Desde que estalló la guerra se han publicado muchos libros con el propósito exclusivo de demostrar a cuál de las naciones corresponde la responsabilidad por el conflicto y a probar que la una o la otra,

durante el ominoso período de los doce días transcurridos antes de que la tempestad se desencadenara en plena furia, deseaba efectivamente la guerra o servía la causa de la paz con mayor lealtad.

El historiador del futuro, probablemente, prescindirá de estos detalles, comprendiendo que los doce días carecían de importancia; que solamente marcaron el lapso en que se desvaneció toda esperanza de paz; que el sistema entero sobre el cual había descansado Europa por largo tiempo se derrumbaba; y que los estadistas que febrilmente se esforzaron por sostenerlo durante los últimos momentos, se encontraron tan impotentes para conjurarlo como los hechiceros que hacen uso de ensalmos e invocan espíritus para alejar un ciclón.

III. SIR EDWARD GREY

Cuando surgió el incidente de Albania, Sir Edward Grey, con anuencia de Europa, asumió las funciones de delegado. Visitó los diversos grupos de potencias, persuadiendo a Rusia a que renunciara a Scutari en favor del nuevo reino de Albania, convenciendo al Austria de que debía abandonar Dibra a los servios. Austria e Italia se manifestaron de acuerdo, siquiera por una vez, tratando ambas de salvar de Grecia y de Servia aquella Albania que cada cual esperaba heredar. Ni Rusia ni Alemania se encontraban entonces preparadas para la guerra; y Francia estaba dispuesta, como continuó en los críticos días de 1914, a servir hasta donde fuera posible la causa de la paz, siempre que ello no afectara su deber como aliada de Rusia.

Cuando se produjo la crisis servia, Sir Edward Grey, todavía bajo la influencia del éxito alcanzado en la cuestión de Albania, convencido aún de que se trataba de un problema que podría arreglarse como se arreglara la cuestión de Albania, inició aquella campaña fervorosa y diligente en obsequio de la paz, que continúa siendo la admiración de los ingleses y el blanco de ataque de los alemanes.

En esta campaña tuvo el apoyo de los estadistas franceses e italianos, desde el primero hasta el último; contó con el asentimiento de Rusia a todas las proposiciones que formulara; pero ni por un momento, hasta la última hora, parece haber comprendido que se hallaba ante un problema imposible de solucionar mediante conferen-

cias, puesto que comprometía la seguridad de Austria y el honor de Servia.

El tenor de todas las declaraciones, mensajes y explicaciones de Sir Edward Grey revela su convicción de que, para preservar la paz de Europa, era necesario persuadir al Austria de que debía retirar su ultimátum, suspender toda acción contra Servia, consentir en someter a las deliberaciones de Europa la cuestión con Servia, cuestión que envolvía su propia integridad, agravada entonces por el nuevo problema que surgiera a raíz del asesinato del archiduque Francisco Fernando.

Por la misma naturaleza de las cosas Rusia estaba dispuesta a consentir en cualquier arreglo favorable a Servia; pero todo arreglo que favoreciese a Servia y sometiera esta cuestión a las deliberaciones de las grandes potencias europeas, justificando las pretensiones de Rusia al derecho de proteger a Servia, constituía una victoria moral para Rusia y un nuevo golpe para la seguridad de Austria. Y Austria, recordando lo sucedido a Alemania en Algeciras, no podía abrigar la esperanza de salir airosa en otra nueva asamblea internacional.

Sir Edward Grey continuó apelando a Alemania a fin de que refrenara la actitud de Austria. Probablemente fué la misma Alemania quien incitó al Austria a obrar, presentando el ultimátum; pero hasta ahora no existe de ello prueba suficiente. Sin duda estaba dentro del poder del Gobierno alemán quitar a Austria con una palabra, con un gesto, la seguridad que le prestara el apoyo de Alemania. Pero esto habría sido a la verdad abandonar a su fiel aliada en momentos de inminente peligro, y habría significado la ruina de la alianza austro-alemana, si no el preludio del derrumbamiento de la Monarquía dual, sacudida ya hasta sus cimientos por las intrigas eslavas tanto en el interior como en el exterior.

A menos que Rusia abandonara el papel de campeón de Servia o que Austria consintiese en retirar su ultimátum, dejando a Europa la tarea de disciplinar a su pequeña vecina—tarea superior a la capacidad del frágil Concilio europeo—era fatal que estallara la guerra. Y no había probabilidad alguna de que Rusia ni Austria tomaran esta

determinación. Cuando Sir Edward Grey solicitó de Alemania que interviniese para moderar las exigencias de Austria, Alemania con toda justicia replicó pidiendo a Inglaterra que refrenara las pretensiones de Rusia. Parece que el primer ministro inglés estuvo siempre obsesionado con el inmediato presente; parece que la actitud de Austria al lanzar su ultimátum despertó siempre su indignación y sus protestas; mas parece también que jamás haya dado consideración a la cadena fatal de acontecimientos que hacían de Servia un peligro mortal para la existencia de Austria.

Realmente nada llevó a cabo de importancia en buen o mal sentido; sólo buscó la paz mediante paliativos temporales que carecían de valor para conjurar la tormenta que se preparaba. Cuando estalló la tempestad se halló sin rumbo político definido, en cuanto a su propio gobierno se refería; pero compelido por razones de honor, ya que no por tratado escrito alguno, a sostener a Francia y Rusia. No solamente encontróse comprometido por razones de honor. Había descuidado de manera imperdonable, lo mismo que sus colegas, prevenir al pueblo inglés del peligro creciente que le amenazaba hacía diez años; y comprendía ahora con la mayor claridad que Inglaterra no podría resistir ni evitar el ataque de una Alemania victoriosa sobre Francia.

La invasión alemana de Bélgica salvó a Sir Edward Grey, salvó a Inglaterra, procurando el pretexto y el impulso moral necesarios para concentrar los esfuerzos de la Gran Bretaña, hasta que la nación comprendiera al cabo que sus intereses primordiales, su existencia nacional, estaban en juego. Pero si el sucesor de Bismarck habrá de responder ante su propio pueblo y ante la historia por haber comprometido a Alemania en una guerra contra tres naciones a la vez, el sucesor de Pitt y Beaconsfield deberá afrontar la acusacion de haber permitido que Inglaterra llegara al borde de Armagedón sin que el pueblo inglés sospechase que su propia vida y su imperio estaban amenazados.

Existiendo un acuerdo con Francia, en virtud del cual la escuadra francesa debía salvaguardar los intereses de Inglaterra en el Mediterráneo mientras la flota inglesa se concentraba en el mar del Norte contra el peligro alemán, Sir Edward Grey no podía aban-



LORD ROBERTS DE CANDAHAR

Cuando fracasaban los últimos esfuerzos alemanes ante Ipres, falleció dentro de las líneas británicas el único jefe inglés que había previsto lo que iba a suceder, cuyas palabras fueron recibidas con befa, cuya voz fué apagada por el optimismo hueco y trivial de los políticos liberales y radicales. Viejo y gastado, Lord Roberts se dirigió a Francia en el momento crítico para dar la bienvenida a sus amadas tropas indias. Murió en vísperas de una gran victoria que salvaba a su patria de los males que él había temido y pronosticado.

donar a Francia al comienzo de la guerra, aun cuando no hubiera tratado escrito de alianza. Mas si el pueblo inglés no se hubiera rebelado ante la invasión de Bélgica, es cuestionable que Sir Edward Grey llegara a convencer a su gobierno de que debía cumplir sus obligaciones, o a sus compatriotas de que se hallaban en el caso de hacer honor a los compromisos del gobierno.

Es difícil encontrar en la conducta de Sir Edward motivos para el torrente de acusaciones que han dirigido contra él los alemanes, haciéndole aparecer como un monstruo de perfidia; pero es igualmente difícil para quien escribe, hallándose al tanto de los acontecimientos, evadir la certidumbre de que procedió con una inconsciencia y una fatuidad que sobrepasan casi la comprensión humana. Los colegas de Sir Edward mantuvieron a la Gran Bretaña ciega a la verdad de los asuntos de la política mundial durante una década, y cuando estalló la tormenta no existía el entendimiento nacional que pudiera dar fuerza a las decisiones de un primer ministro, consciente al cabo del peligro mortal que amenazaba a la nación. Comprendía que Inglaterra debía proteger a Francia para salvaguardar su propia existencia, pero carecía de los medios para revelar a sus compatriotas la inminencia y la magnitud del peligro.

Todo aquel que tuvo ocasión de observar a Sir Edward Grey en los momentos críticos en que una guerra mundial se hacía inevitable, encontró que descubría en sus acciones y palabras la emoción del hombre que contempla las esperanzas y la obra de una vida entera derrumbarse súbitamente, reducidas a polvo y a cenizas. Había creído posible un arreglo con Alemania, que disipara por completo en adelante el peligro de los acontecimientos a punto de sobrevenir. En la época de la cuestión de Bosnia, en la crisis de Agadir, en la Conferencia de Londres, no solamente se esforzó en impedir la guerra sino que alimentó la esperanza de que, habiéndose evitado en aquellas tres ocasiones, sería posible desvanecer asimismo, y para siempre esta vez, las nubes fatídicas que por tanto tiempo habían envuelto a Europa.

Su optimismo le arrastró muy lejos. Habíale impulsado a sacrificar la alianza de los Balkanes en la Conferencia de Londres, aceptando el programa austro-germano respecto de Albania. Iba a costar

un precio enorme a su patria en los primeros años de una guerra, que la encontraba desprevenida porque un gobierno liberal, bajo la influencia de Sir Edward, se había hecho el sordo a todas las advertencias de quienes veían a Europa como era en realidad y no a través del dorado prisma de sueños, elevados pero falaces, de paz universal. Sin embargo, por completo que fuera su error, por absoluta que hubiera sido su falta de comprensión de los significativos acontecimientos de la época en que ocupaba un puesto de honor y responsabilidad, nadie puede dudar de la sinceridad de sus propósitos ni de la tragedia, tragedia personal, que encarnaba la destrucción de la obra de toda su existencia.

IV. EL ULTIMÁTUM DE AUSTRIA

El ultimátum de Austria fué presentado a Servia el 23 de julio, concediendo para la decisión un término fijo de cuarenta y ocho horas. En el momento de su presentación, el Presidente de Francia y los miembros principales del Gabinete francés se hallaban a bordo, de regreso de Rusia. La crisis irlandesa en la Gran Bretaña parecía a punto de resolverse en una guerra civil. El Kaiser se encontraba en aguas de Noruega. No había embajador ruso en Viena. El juicio de Caillaux absorbía la atención de Francia, y cierto senador francés, hablando en nombre del acusado, acababa justamente de señalar graves deficiencias en la organización militar francesa.

Un solo detalle, pero de importancia vital, favorecía a la Triple *Entente.* La armada inglesa se había movilizado para las maniobras anuales poco antes de que se produjera la crisis, y en virtud de una insinuación de Italia, recibida en la tercera semana de julio, habíase postergado la desmovilización. El poder marítimo de Inglaterra se encontró así en pie de guerra en el momento crítico. Si Alemania había proyectado una incursión en las playas inglesas durante los primeros días de un conflicto anglo-alemán, como creen las autoridades británicas—incursión tan violenta como la que llevaron a cabo los japoneses en Puerto Arturo en las horas iniciales de la guerra ruso-japonesa—este plan quedó frustrado por la situación fortuita de la escuadra inglesa y la oportuna insinuación de Italia.

El viernes 24 de julio, Austria informó a Rusia de que no abri-

gaba intención alguna de anexarse territorio servio, y Rusia contestó pidiendo que prorrogara el límite señalado al ultimátum de Servia. Austria rehusó acceder a esta demanda el sábado, día en que Rusia lanzaba su primer manifiesto, publicado por la prensa de Petrogrado, en que daba a conocer oficialmente que la nación no permanecería indiferente a la suerte de Servia, quien, por intermedio del príncipe heredero que entonces hacía de regente, había apelado al Zar el día anterior.

Precisamente aquel día, sabado 25 de julio, dentro del término requerido en el ultimátum, Servia envió su respuesta al Austria, aceptando casi todos los puntos y comprometiéndose a someter el resto a arbitraje. Austria declaró inmediatamente que la respuesta de Servia no era satisfactoria y retiró su representante de Belgrado.

El domingo 26 de julio, inició Sir Edward Grey sus labores encaminadas al arreglo de la crisis mundial. Sugirió que la cuestión entre Rusia y Austria se sometiera a la mediación de las cuatro grandes potencias que no estaban directamente interesadas en el asunto, por intermedio de sus respectivos embajadores en Viena y en Petrogrado. Estas naciones eran, naturalmente, Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania. Rusia, que había propuesto previamente conferencias directas entre Viena y Petrogrado, proposición rechazada por Alemania, aceptó la indicación de Sir Edward, pero Alemania manifestó su repulsa al día siguiente.

El lunes 27 de julio, a raíz de la negativa de Alemania a su proposición, Sir Edward invitó al Gobierno alemán a presentar una fórmula de mediación. Berlín no respondió a esta invitación porque ya había solicitado de antemano, el 25 de julio, de los gobiernos de Francia y la Gran Bretaña, que se opusieran a las pretensiones de Rusia; esto es que ejercieran presión sobre Rusia para que se mantuviera neutral y permitiera al Austria imponer un castigo a Servia. Esta proposición, calificada de "localización" por los alemanes, fué desechada tanto por parte de Francia como de la Gran Bretaña.

Al fracaso de las negociaciones preliminares de Sir Edward siguió la declaración de guerra de Austria a Servia, el martes 28 de julio, dándose principio al punto a la campaña. Al mismo tiempo el Kaiser, que había regresado de su viaje a Noruega en la noche del

domingo, dirigía su primer mensaje al Zar invitándole a que dejara en libertad al Austria para administrar una corrección a Servia. A esto replicó el Zar el día siguiente instando para que todo el asunto fuera sometido a La Haya, proposición a que nunca respondió el Kaiser.

En aquellos momentos la cuestión de la movilización alcanzaba un período crítico. Austria había iniciado una movilización general contra Servia, y desde el 25 de julio el concejo ruso principió a considerar una movilización parcial contra el Austria, informando al mismo tiempo al Gobierno alemán de que la medida que proyectaba no encerraba significado alguno agresivo contra Alemania.

Ahora bien; el 29 comenzó Alemania por primera vez a sondear a la Gran Bretaña sobre la posibilidad de que se mantuviera alejada en caso de una guerra. Todas las proposiciones de esta índole fueron prontamente rechazadas por Sir Edward Grey.

El viernes 30 de julio fué proclamada la movilización general en Rusia; pero a última hora propuso Sir Edward Grey que las operaciones de Austria contra Servia fueran consideradas como expedición punitiva, y que Austria, una vez llegada a cierto punto fijado de antemano dentro del territorio servio, permitiera que sus decisiones futuras estuvieran sometidas a deliberación en una asamblea de las potencias. Austria asintió a algunas de estas proposiciones, manifestando por vez primera un cambio decidido en su política. Rusia aceptó.

Pero el 31 de julio envió Alemania un ultimátum a Rusia exigiendo que desistiera de su movilización en el término de doce horas. Rusia, naturalmente, no tomó en cuenta tal imposición; y el sábado, primero de agosto, Alemania declaró la guerra a Rusia. Hízose entonces inevitable una guerra general, quedando sólo por definirse la actitud de Inglaterra y de Italia.

V. LA ACTITUD DE ALEMANIA

Es evidente que durante todo este período, tanto los estadistas ingleses como los alemanes adoptaron ostensible y al parecer sinceramente una política encaminada a evitar una guerra general. Pero Alemania insistía en que la guerra podía evitarse únicamente

por la acción de la Gran Bretaña y de Francia impidiendo que Rusia interviniera en la querella entre Austria y Servia; mientras Inglaterra insistía, por su parte, en que Alemania obligara a su aliada, Austria, a someter la disputa con Servia ante una conferencia europea, exigiendo de Alemania que interpusiera su influencia sobre Austria en este sentido.

Ambas proposiciones eran irreconciliables en principio y estaban lógicamente destinadas a fracasar, a menos que una de las dos grandes naciones interesadas consintiera en abandonar todas sus pretensiones, como Francia había cedido en Tánger y Rusia en la cuestión de Bosnia. De actuar el Emperador alemán en el sentido que demandaba Sir Edward Grey se habría atraído el descontento de su pueblo en mayor escala aún que en la época de Agadir. La paz no podía ya preservarse mediante un compromiso entre dos grupos de naciones; la única probabilidad de evitar la guerra, desde el 23 de julio en adelante, era el sometimiento de uno de ambos grupos; y esta solución, posible en 1905 y en 1909, era inimaginable en 1914.

La actitud de Alemania antes de que estallara la guerra, su política en relación a los esfuerzos de Sir Edward Grey para mantener la paz, han sido afectadas naturalmente por el justo odio que despertó la conducta de aquella nación al iniciarse el conflicto, tanto a causa de la invasión de Bélgica como por la forma en que llevó a cabo sus operaciones bélicas en los territorios francés y belga, y en los mares. Esto fué inevitable si no del todo lógico. Indudablemente Alemania tenía derecho absoluto de sostener al Austria, como lo tenía Francia de ayudar a Rusia. Francia jamás tomó en cuenta la proposición de exigir a Rusia que abandonara a Servia, y era igualmente exorbitante esperar que Alemania exigiera de Austria el abstenerse de abolir la amenaza servia cuando Austria tenía un pretexo tan excelente como el asesinato del archiduque.

La circunstancia de que únicamente Alemania se encontraba preparada cuando estalló la guerra ha contribuído a crear la convicción de que Alemania sola la deseaba. Es indiscutible que durante veinte años había proclamado con sus actos la intención de modificar el *status quo;* había desafiado a la Gran Bretaña en el mar, había asaltado a Francia en la cuestión de Marruecos y sostenido al Austria

contra Rusia. Sus militares y sus pedagogos habían proclamado que sólo mediante una guerra victoriosa podía Alemania obtener el lugar que le correspondía bajo el sol. Era ésta doctrina extraña en el siglo XX, pero ordinaria en las centurias precedentes que contemplaron el engrandecimiento de Francia y la Gran Bretaña. Es esencial reconocer que millones de alemanes advocaban tal doctrina. Eran los mismos principios a que Europa se había resistido años enteros cuando Napoleón los aplicaba, cuando Luis XIV los declaraba, cuando Carlos V los ponía en práctica. Europa debía resistirlos lógicamente ahora; pero en la larga perspectiva de la historia ocuparán sin duda un lugar entre los demás esfuerzos de las grandes razas para revivir la tradición romana y valerse de su organización superior para dominar un continente.

Que Alemania tendiera realmente a la guerra en los días críticos de julio es una simple aserción que hasta hoy no se ha comprobado; pero es difícil alimentar duda alguna de que el rumbo entero de su política, desde que Guillermo II subió al trono, hizo la guerra inevitable. Que las enseñanzas de sus pedagogos y eruditos, las palabras de su emperador y las frecuentes declaraciones de sus oradores oficiales acabaron por llevar la convicción al ánimo de los estadistas y de muchos pueblos de Europa de que Alemania perseguía la supremacía mundial, y provocaron una alianza de naciones cuya unidad, al realizarse, amenazaba los intereses de Alemania, sus intereses legítimos y quizá todas sus esperanzas y ambiciones, es asimismo enteramente manifiesto.

Pero, en medio de todo, los incidentes de los días que precedieron a la guerra son de menor importancia. Vemos y comprendemos que la guerra era consecuencia inevitable de las nuevas aspiraciones y propósitos del pueblo alemán; pero es difícil dejar de ver y comprender que el motivo que la produjera fué puramente accidental y que la decisión de ir a una guerra primero que rendirse estaba formada antes de que Sir Edward Grey fracasara en la tarea que se impuso, tarea en que fracasara asimismo Mrs. Partington con honores semejantes.

VI. INGLATERRA Y ALEMANIA

Un intervalo menor de cien horas transcurrió entre el momento en que Alemania declaró la guerra a Rusia y aquel en que la declaración de guerra de la Gran Bretaña fué transmitida a Alemania, el 4 de agosto después de la media noche. En aquellos días el verdadero drama se desarrolló entre Inglaterra y Alemania, porque Italia manifestó su neutralidad en debida forma, en tanto que Francia afirmaba su fidelidad a Rusia.

En aquellas graves horas todo el manejo de la diplomacia alemana se encaminó a mantener la neutralidad de Inglaterra en el conflicto, por razones demasiado obvias para que sea necesario mencionarlas. Y conviene hacer notar que no sólo tenía Alemania buenas razones para esperar alcanzarla, sino que estuvo a punto de realizarlo así, como se revelará cuando la historia de lo que aconteció en Londres el 4 de agosto salga al cabo a la luz pública.

Fué también muy lógica la actitud de Sir Edward Grey en esta época. Sabía que su patria necesitaba ir a la guerra, no por causa de Bélgica, no por simpatía al reino de Alberto o porque le cupiera responsabilidad alguna en la integridad de su territorio, ni por compromisos de honor, poderosos aunque verbales, que ligaran la Gran Bretaña a la suerte de Francia. Comprendía al cabo que se trataba de una cuestión de vida o muerte para la nación británica, y que la victoria de las armas alemanas y la destrucción de Francia harían de Alemania enemigo más terrible aún de lo que Napoleón había sido, y más agresivo que todos los adversarios que Inglaterra contaba en su larga historia. Sin temor de errar puede asegurarse que su política estuvo encaminada a descubrir una causa a la cual su nación pudiera afiliarse, precisamente como la política de Alemania tendía a eliminar todas las causas.

En tales condiciones la posición de Sir Edward Grey era excesivamente delicada. El gabinete de que formaba parte no se inclinaba a la guerra. Algunos de sus miembros se oponían francamente a que la nación tomara el partido de Francia; otros se mostraban vacilantes, por decir lo menos. Ciertos diarios liberales, que apoyaban el partido de la mayoría, proclamaban abiertamente que no

había motivo para que la Gran Bretaña tomara participación en la guerra. La nación en general ignoraba la verdadera situación europea, y, gracias al partido liberal-radical que gobernaba casi una década, habíase acostumbrado a mirar toda discusión respecto de la amenaza alemana únicamente como justificación de las exigencias políticas del interior. En la hora crítica Inglaterra estaba dormida, y los colegas de Sir Edward Grey divididos en la concepción de su deber y paralizados por la falta de un sentimiento popular que sancionara la acción gubernativa.

Alemania salvó a Sir Edward de este terrible dilema con su decisión de atacar a Francia atropellando a Bélgica. Mas nadie puede leer los diversos documentos que existen a este respecto sin comprender que Bélgica fué más bien un pretexto que un verdadero motivo político. Era evidente el deber y el derecho que asistían a Inglaterra para defender a Bélgica; pero la salvación de Francia era igualmente esencial para los intereses y la política de Inglaterra, y se habría sacrificado la seguridad británica si, a falta de la cuestión belga, Sir Edward no hubiera encontrado alguna otra forma de llevar a la nación a la guerra. No es menos evidente que, desde el momento en que Francia se vió envuelta en la guerra, los pactos navales franco-británicos compelían a Inglaterra a apoyar a Francia, cualquiera que fuese la actitud de Alemania, a menos que se comprometiera a respetar la integridad de Francia, sus colonias y sus costas, y a abstenerse de todo ataque contra el territorio francés.

Lord Lansdowne, que había negociado el convenio anglo-francés de 1904, percibió claramente la situación y el "domingo nefasto," cuando el partido liberal inglés se detenía lleno de estupor y estremecido ante el abismo, dirigió con Mr. Balfour una carta a Mr. Asquith expresando la convicción, que compartía todo el partido *tory* de que no era posible abandonar a Francia. Verosímilmente ésta fué la nota decisiva. Pero sólo cuando la invasión de Bélgica tuvo lugar, las palabras y acciones de Sir Edward o sus colegas revelaron la orientación de una política definida.

Sólo resta ahora enumerar brevemente los acontecimientos sobrevenidos desde el primero de agosto, fecha en que Alemania declaró

LOS DOCE DÍAS
(DEL 4 AL 16 DE AGOSTO DE 1914)



EL REY PEDRO DE SERVIA

No es muy usual contemplar en pleno siglo XX un rey que, ataviado de terciopelo y armiño y ciñendo la dorada corona, recorre las calles de su capital, jinete en un blanco corcel. Pero el Rey Pedro es un monarca de los viejos tiempos, de los libros de hadas. En diciembre de 1914 cuando sus tropas iban a iniciar con buen éxito los esfuerzos para reconquistar Belgrado, revistó el frente de su línea, arengando a los soldados, como acostumbraban hacerlo los caudillos de remotas edades

RETRATOS DE PERSONAJES PROMINENTES EN AQUELLOS DÍAS



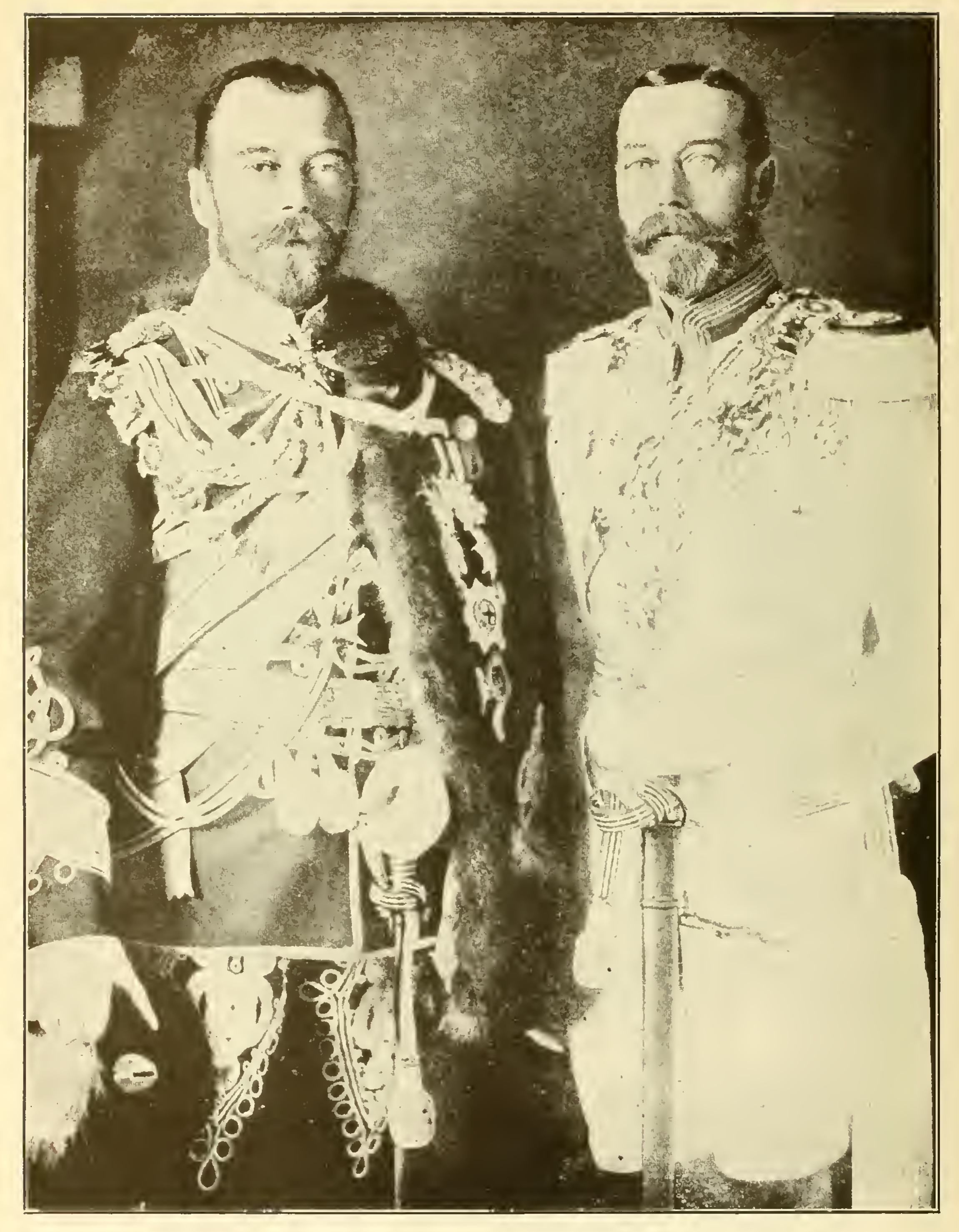
GUILLERMO II, EMPERADOR DE ALEMANIA

"El soldado y el ejército," decía en 1891, "y no las decisiones de la mayoría parlamentaria, han forjado el Imperio alemán. Mi confianza está puesta en el ejército." En 1900 añadía: "Para resolver cualquier asunto en este mundo, la pluma sola es insuficiente si no está sostenida por la fuerza de la espada." Y en 1906: "Mi mayor preocupación es mi ejército activo de mar y tierra."



EL DIFUNTO EMPERADOR DE AUSTRIA-HUNGRÍA, FRANCISCO JOSÉ

Cuando subió al trono en 1848, varias revoluciones habian estallado en sus dominios. Durante su reinado, su ejército fué desastrosamente vencido por los alemanes, y surgieron graves disensiones entre las diversas razas que dominaba. Sus desgracias de familia fueron numerosas y desgarradoras, incluyendo el asesinato de su mujer y el suicidio de su hijo. A pesar de todo, reinó durante un período excepcionalmente largo, que alcanza casi setenta años, y murió dejando a su pueblo sumido en la tragedia más funesta que registra la historia.



LOS CAUDILLOS DE LA TRIPLE *ENTENTE*

Nicolás, en otro tiempo zar de los rusos *(izquierda)*, el único gobernante autócrata entre los Aliados, fué un caudillo débil, que se hallaba bajo la influencia de su mujer, alemana de raza, y de monjes hechiceros. Pero cuando amenazaba la revolución se dice que rechazó indignado el consejo traidor de uno de sus generales, de subyugar a "la canalla," dejando entrar a los alemanes.

El Rey Jorge de Inglaterra *(derecha)*, es más afortunado. Soberano solamente en el nombre, tiene un lugar seguro en el corazón de sus compatriotas, representando el punto céntrico y el símbolo de la lealtad patriótica, basada en la propia estimación.



LOS CAUDILLOS DE LA TRIPLE *ENTENTE*

M. Raymond Poincaré, presidente de la República francesa, apresuróse a regresar de Petrogrado durante los ominosos Doce Días de 1914, para ponerse en comunicación diplomática con Inglaterra. El 30 de julio apeló al embajador británico en París, y al día siguiente se dirigió personalmente por escrito al rey Jorge en demanda de seguridades del apoyo británico. Ambas solicitudes fueron rechazadas. Inglaterra rehusó comprometerse hasta que tuvo la certeza de que Alemania invadiría Bélgica y de que Bélgica se preparaba a la resistencia.



MR. ASQUITH, PRIMER MINISTRO DE INGLATERRA, Y SIR EDWARD GREY, MINISTRO INGLÉS DE RELACIONES EXTERIORES

Sir Edward Grey nunca comprendió que una guerra mundial era inevitable. Por consiguiente, vióse arrastrado a una politica de contemporización cuando la gran catástrofe se aproximaba. A la clara luz retrospectiva es evidente que su posición exigia que hubiera prevenido al pueblo británico del peligro que durante diez años aumentaba sin cesar.

Mr. Asquith, como Sir Edward Grey, parece haberse hallado perplejo ante la crisis. Ambos comprendían que era preciso sostener a Francia, pero fué necesaria la invasión de Bélgica para impulsar al pueblo inglés a la accion. Únicamente después de esos sucesos se reveló una politica definida en las palabras y acciones de los miembros del Gabinete.



EL DOCTOR VON BETHMANN-HOLLWEG, CANCILLER DEL IMPERIO ALEMÁN

Durante cerca de cuarenta años—nació en 1856—el canciller alemán ocupó elevados puestos oficiales. Es oriundo de Brandenburgo, es decir, prusiano entre los prusianos. Antes de ser nombrado canciller en 1909 fué ministro del Interior en Prusia (1905) y secretario imperial de estado en asuntos internos (1907). Tocóle en suerte la ardua tarea de confesar al mundo, el 4 de agosto de 1914, que Alemania se encontraba en un "estado de necesidad" que "no reconocía ley," y en consecuencia había invadido Bélgica.

EL CONDE BERCHTOLD, PRIMER MINISTRO AUSTRIACO 1914

Después del asesinato del archiduque austriaco, Europa, presa de la ansiedad más intensa, estuvo pendiente de la actitud de Viena. Pero Viena no tomó actitud definida alguna y parecía que hubiera pasado la crisis cuando, transcurrido casi un mes desde el crimen de Serajevo, el Conde Berchtold envió a Servia el ultimátum más formidable que jamás estado alguno haya dirigido. Este ultimátum fijaba para la respuesta un término máximo de cuarenta y ocho horas. Apenas es posible imaginar lo que pasaba en el secreto de los circulos diplomáticos durante estas semanas de aparente inacción.



M. SAZONOFF — VON JAGOW — M. VIVIANI

Fotografía de Paul Thompson

DIPLOMÁTICOS DURANTE LOS DOCE DÍAS

M. Sazonoff, ministro ruso de Relaciones Exteriores, apeló a Inglaterra al día siguiente del ultimátum a Servia, solicitando una declaración de que apoyaría a Francia y Rusia. Sir Edward Grey replicó entonces que la nación no se hallaba dispuesta a entrar en la guerra por causa de Servia. Pero la violación de la neutralidad de Bélgica cambió la actitud de Inglaterra.

Gottlieb von Jagow, ministro alemán de Relaciones Exteriores, cuya admisión de la violación de la neutralidad de Bélgica al embajador británico en Alemania, provocó inmediatamente el ultimátum de Inglaterra.

René Viviani, Primer ministro de Francia durante los Doce Días, después ministro de Justicia y, en 1917, presidente de la comisión de guerra de los Aliados en los Estados Unidos.



PROCURANDO EL NERVIO DE LA GUERRA

Los ministros de Finanzas de la Triple *Entente,* reunidos para discutir la mejor forma y los medios de conseguir los mejores resultados. A la izquierda se encuentra M. Bark, que representa a Rusia; en el centro, M. Ribot, representando a Francia—fué primer ministro en 1917; y a la derecha Lloyd George, en aquel tiempo ministro de Hacienda británico, y más tarde primer ministro.

la guerra a Rusia, hasta la expiración del término fijado en el ultimátum que la Gran Bretaña dirigió a Berlín.

Debe recordarse al mismo tiempo que Alemania, además de declarar la guerra a Rusia, había pedido a Francia que definiera su actitud, a lo que Francia había contestado que seguiría el camino que le dictaran sus intereses; y que declaró oficialmente la guerra a la República francesa el 3 de agosto, alegando ciertos hechos demasiado ridículos para merecer el más ligero crédito, cometidos por aviadores en el territorio alemán.

VII. EL DILEMA DE SIR EDWARD

El 24 de julio, un día después de presentado el ultimátum austriaco, Sazonoff, ministro de Relaciones Exteriores en Rusia, pidió al embajador británico en Petrogrado que interpusiera su influencia a fin de inducir a la Gran Bretaña a hacer causa común con Francia y Rusia. Los altos funcionarios del Gobierno moscovita tenían la convicción—convicción de que habían participado firmemente la diplomacia rusa y la francesa—de que la única esperanza de paz residía en la posibilidad de que Alemania no se decidiera a luchar si sabía que iba a encontrar en la arena a Inglaterra. Este criterio fué invariablemente rechazado por Sir Edward, quien el 25 de julio informó al embajador británico en Petrogrado que la Gran Bretaña no podía dar seguridades de apoyo, porque el sentimiento público no sancionaría la decisión de participar en una guerra provocada por la cuestión servia.

Los diplomáticos ingleses mantuvieron esta actitud hasta el momento mismo en que Alemania declaró la guerra a Rusia. El 30 de julio, el Presidente de Francia dirigió un llamamiento al embajador británico en París y el 31 de julio escribió directamente al Rey Jorge, solicitando la promesa del apoyo británico. El Gobierno inglés declinó acceder en ambos casos. Pero, con respecto a la actuación de Sir Edward, creemos justo reconocer que al propio tiempo habló mucho más explícitamente a Alemania, previniendo al embajador alemán en Londres, el 29 de julio, que no debía interpretar erróneamente el tono pacífico de la diplomacia británica, tomándolo como indicio de que la Gran Bretaña se mantendría fuera del conflicto.

Los hombres de estado hicieron caso omiso de esta advertencia en Berlín, cifrando sus esperanzas en las debilidades de la política exterior británica y la división del Gabinete de Londres.

El mismo día el Gobierno alemán hizo una oferta desembozada para asegurar la neutralidad británica, ofreciendo respetar la neutralidad holandesa, garantizar la integridad e independencia belgas, siempre que Bélgica no se declarara contra Alemania, y no anexarse territorio francés en Europa si Alemania resultaba favorecida por las armas. Pero Alemania se negaba tácitamente así a prometer que respetaría la neutralidad belga o que no intentaría anexarse colonias francesas después de la guerra. Tal fué la "vergonzosa" propuesta, según el término empleado por Sir Edward, que Inglaterra rechazara el 30 de julio.

El mismo día también, el embajador francés en Londres recordó al Gobierno británico las comunicaciones cambiadas entre Francia y la Gran Bretaña después de la crisis de Agadir en 1912, correspondencia diplomática en que ambas naciones se comprometían a discutir su actitud conjuntamente en caso de que la paz de Europa se viera amenazada. En el hecho, esto significaba acordar operaciones combinadas de tierra y mar. A pesar de ello, Sir Edward no dió señales de acceder; y el Rey Jorge, el viernes 31 de julio, sólo contestó con vagas expresiones de seguridad al llamamiento directo que recibiera del Presidente de la República francesa.

Y sin embargo, el mismo día, la situación comenzó a definirse, porque Sir Edward Grey dirigió a Francia y Alemania notas idénticas inquiriendo los propósitos de aquellas naciones respecto a la neutralidad belga. Por los términos del tratado de 1839, confirmado por el de 1870, la Gran Bretaña había declarado su propósito de defender la neutralidad de Bélgica, compromiso que a la vez contrajeron Rusia, Prusia y Austria. En contestación a la nota británica, Francia convino prontamente en respetar la neutralidad belga; pero el embajador británico en Berlín no pudo obtener respuesta de ese gobierno. El siguiente día, el embajador alemán indagó en Londres si la promesa de respetar la neutralidad belga por parte de Alemania bastaría para asegurar la neutralidad británica. Sir Edward rehusó entrar en semejante convenio.

Mas el primero de agosto surgió un nuevo problema. En virtud de un arreglo celebrado mucho antes de 1914, probablemente a raíz del incidente de Agadir, la escuadra francesa se había encargado de las tareas de la escuadra británica en el Mediterráneo con el objeto de que Inglaterra pudiese concentrar sus flotas en el mar del Norte. La costa francesa sobre el Atlántico carecía, pues, de defensa. En vista de estas circunstancias, Sir Edward prometió al embajador francés pedir en la sesión del gabinete aquella tarde que se acordara la intervención de la flota británica en caso de que la escuadra alemana atacase las costas de Francia. El Gabinete inglés resolvió afirmativamente y puso la resolución en conocimiento del Gobierno francés el 2 de agosto.

El 3 de agosto, Alemania se comprometió por su parte a abstenerse de atacar a Francia por el mar, si la Gran Bretaña se mantenía neutral; pero rehusó comprometerse en el mismo sentido respecto a Bélgica. Esto no produjo sorpresa alguna, porque el día anterior Alemania había informado al Gobierno belga sobre sus intenciones, originadas por supuestos preparativos franceses, de penetrar en territorio belga y avanzar hasta el valle del Mosa para atacar a Francia.

El mismo día también Bélgica dirigió un llamamiento a la Gran Bretaña solicitando apoyo diplomático, y Sir Edward manifestó al ministro belga que una invasión alemana significaría la guerra con la Gran Bretaña. Francia ofreció a Bélgica cinco cuerpos de ejército, ofrecimiento que declinó este reino. Pero la comunicación que enviara Inglaterra prometiendo su apoyo a Bélgica llegó sólo en la mañana del 4 de agosto, cuando el ejército alemán había comenzado la invasión.

VIII. BÉLGICA DECIDE LUCHAR

En la mañana del 3 de agosto, Bélgica tomó la heroica resolución de defender su propia neutralidad y contestar el ultimátum brutal de Alemania con una declaración de propósitos, expresados en lenguaje moderado, que será siempre memorable. Declarando que se proponía defender su territorio contra la violación alemana, afirmaba Bélgica que había estado dispuesta en todo tiempo a defenderse igualmente contra Francia o la Gran Bretaña, echando así por tierra el

edificio entero de los alegatos alemanes según los cuales Francia se preparaba a atacar a Alemania a través de Bélgica.

Sir Edward sintióse entonces en terreno firme. Si Bélgica no hubiera resuelto defenderse, la invasión de su territorio podría haber dejado indiferente al Gabinete británico; pero una vez que Bélgica decidió luchar, Grey tuvo la certeza de que habría en adelante muy poca resistencia en Inglaterra para la intervención bélica.

El 4 de agosto fué el último día. El Rey Alberto, precisado entonces a afrontar la invasión, apeló a la Gran Bretaña, Rusia y Francia para que le ayudaran a defender su suelo. La Gran Bretaña envió a Alemania un ultimátum, cuyo plazo expiraba a la medianoche, demandando garantías satisfactorias de que Alemania respetaría la neutralidad belga.

Hecho notable acaecido también el mismo día fué discurso que pronunció el canciller alemán anunciando a su país y al mundo entero que Alemania se hallaba en un "estado de necesidad" que "no reconocía ley," y que, en consecuencia, había invadido Bélgica. En aquel discurso admitió asimismo francamente que la invasión de Bélgica violaba las leyes del derecho internacional. Reconoció además el canciller abiertamente que Alemania incurría en

> un agravio que trataremos de reparar tan pronto como hayamos alcanzado nuestros fines militares. Cuando un hombre se encuentra amenazado, como nos encontramos, y su existencia entera está en peligro, sólo puede pensar en el modo de salir del aprieto.

Cuando la indignación del mundo se puso de manifiesto, el Gobierno alemán buscó una justificación extemporánea de su conducta en Bélgica, "descubriendo" en Bruselas documentos que, según pretendía, revelaban una conspiración de Bélgica con la Gran Bretaña y Francia. Tales recursos eran tan fútiles como los esfuerzos para justificar la declaratoria de guerra a Francia basándose en imaginarias incursiones aéreas y lanzamiento de bombas, ataques atribuídos a aeroplanos franceses. Cualquiera que fuese el efecto que tuvieran en la opinión alemana, estas ficciones han sido desechadas hace tiempo por el público neutral, que ha aceptado como definitivas las palabras rudas y brutales, pero al menos sinceras, del canciller alemán, pronunciadas en el momento en que la decisión de invadir Bélgica se adoptara.

No menos notable es el incidente que sobrevino en la última entrevista que celebraron el embajador británico y el canciller alemán. Habiéndose apersonado Sir Edward Goschen ante el canciller alemán para despedirse, Bethmann-Hollweg le hizo la famosa pregunta acerca del propósito de la Gran Bretaña al declarar la guerra a Alemania sólo por "un pedazo de papel." El "pedazo de papel" era la garantía británica sobre la integridad belga, garantía pactada en el tratado de 1839 y confirmada en el documento de 1870. Por primera vez, en aquella entrevista, reveláronse en toda su intensidad la sorpresa, el temor y la ira que en Alemania había despertado la decision de la Gran Bretaña.

Mientras tanto, como Von Jagow había declarado ya al embajador inglés, la invasión de Bélgica era un hecho consumado y Alemania no podía retroceder. Al expirar el plazo del ultimátum británico, pues, en la media noche del 4 de agosto, la Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. De ese modo, la Triple *Entente* convertíase por la guerra en una triple alianza, en el momento preciso en que la Triple Alianza estaba a punto de sufrir la defección de Italia, quien se apresuró a declarar que los términos de la alianza con Austria y Alemania, aplicables sólo a una guerra defensiva, no la obligaban a entrar en una guerra que consideraba agresiva por parte de aquellas potencias, proclamando, en consecuencia, su neutralidad. Esta pronta declaración de la neutralidad italiana constituyó una ventaja militar de valor incalculable para Francia, porque puso en libertad inmediatamente para servir en la frontera alemana varios cuerpos de ejército que se hallaban estacionados en los Alpes.

El día 4 de agosto de 1914 marca, pues, la ruina completa del edificio entero que levantó Bismarck. Derrumbábase la alianza que había creado y se realizaba la unión de todos los enemigos de Alemania, como lo había temido y evitado mientras viviera. Los estadistas alemanes podían haber previsto lo que inevitablemente iba a ocurrir, si hubiesen tenido en cuenta la tradición británica más bien que la política contemporánea inglesa. Tal ha sido, a través de los siglos, la respuesta invariable de Inglaterra a quien desafiara su supremacía en los mares.

CAPÍTULO CUARTO

EL ATAQUE ALEMÁN

I

LAS DOS CONCEPCIONES ESTRATÉGICAS

DESDE el amanecer del día en que terminó la guerra franco-prusiana el estado mayor general alemán, lo mismo que el francés, había estado ocupado formulando los planes con que había de proceder en la siguiente guerra. Con el transcurso de los años había llegado a aceptarse como inevitable que la organización superior y el aumento de población de Alemania, unido a la posición central de esta nación, le permitirían tomar la ofensiva desde el comienzo mismo de las operaciones. La alianza de Francia con Rusia y la de Alemania con Austria e Italia, habían ensanchado la extensión de los planes, sin cambiar el hecho fundamental de que Alemania tendría la iniciativa. Y a medida que Italia, año por año, se alejaba de sus aliadas, su concurso acabó por eliminarse como factor, tanto por Alemania como por sus enemigas.

En posesión de la ofensiva, el problema de Alemania era el de decidirse sobre si atacar a Francia, dejando a Austria, reforzada por algunas tropas alemanas en la Prusia Oriental y en Posen, la tarea de contener a Rusia hasta haber derrotado Alemania a Francia, o la de contener a Francia en la frontera de Alsacia-Lorena, fuertemente fortificada y de fácil defensa, y dirigir el golpe principal sobre Rusia. La decisión fué la de atacar a Francia. Desde que fracasó, y tal vez antes, la disyuntiva ha tenido sus decididos partidarios, pero es fácil comprender y aceptar las razones que decidieron la invasión de Francia. Estas razones eran varias. En cuanto a Rusia, se sabía que su movilización sería lenta, y que la organización y el equipo de sus tropas eran inferiores a los de Alemania, pero era igualmente notorio que la estrategia rusa no incluía una ofensiva inmediata, que

los planes de la movilización rusa habían de llevarse a cabo detrás del Bug y avanzando al este de Varsovia; y que la estrategia rusa, en efecto, se basaba en la concepción, que aun persistía desde la era napoleónica, de una retirada sin encuentros decisivos, hacia el interior de las vastas regiones al este, donde el ejército de Napoleón había perecido, donde los caminos eran pocos, los medios de transporte difíciles, y donde la maquinaria del ejército alemán operaría con las menores ventajas posibles. Finalmente esto no significaba una decisión rápida, sino una tardanza dilatada. Significaba también que, en una guerra empezada en agosto, el invierno saldría al encuentro de Alemania en el camino de Moscou o Petrogrado.

La rapidez también era la esencia misma de la estrategia alemana. Napoleón había sido derrotado en la campaña de Waterloo en menos de una semana, después que entró en operaciones. Seis semanas habían bastado para derrotar al Austria en 1866, y las batallas decisivas de la guerra franco-prusiana no se hallaban separadas por períodos de tiempo mayores desde la fecha de la movilización. Las finanzas alemanas y toda la estructura económica de Alemania no se adaptaban a una guerra larga. Lo que se buscaba era una decisión rápida que al mismo tiempo podría servir para mantener a Inglaterra alejada de la guerra, así como una derrota francesa podría conducir a que Rusia abandonase la lucha cuando París hubiese caído.

Una rápida decisión solamente podía lograrse en el oeste, pero de esa decisión podía esperarse que terminase la guerra. De todos modos, con el ejército francés derrotado, rechazado hasta más allá del Loira, conquistados París y el norte de Francia, los alemanes podrían después mandar sus mejores tropas al este y fiarse en sus reservas para hacer frente a los esfuerzos de Francia, mientras que el costo de la guerra tendría ya así que soportarlo esta nación, a la que sería imposible evitar el tener que pagar la inmensa indemnización con que Alemania había contado en sus cálculos antes de la guerra. Todos los cómputos de Alemania coincidían en el mismo punto de que Francia podría ser aniquilada dentro de seis semanas después del estallido de la guerra y de que durante este tiempo las actividades de Rusia no podían llegar a ser demasiado serias para que Austria por sí sola, o ayudada por algunos cuerpos de ejército alemanes en el

norte, no pudiese hacerles frente. Pero el éxito o el fracaso de la estrategia alemana sería medido por el éxito o el fracaso de los ejércitos alemanes, obligando a Francia a una batalla decisiva en los comienzos del segundo mes de la guerra, destruyendo los ejércitos franceses en esa batalla y, gracias a la artillería alemana de grueso calibre, tomando París y todas las fortalezas desde el Luxemburgo hasta Suiza.

Desgraciadamente para Alemania la cuestión de Bélgica se hallaba implicada por el modo con que la estrategia francesa durante los años subsiguientes al gran desastre de la guerra franco-prusiana se había preparado para resguardarse contra el golpe que le estaba disponiendo la estrategia alemana.

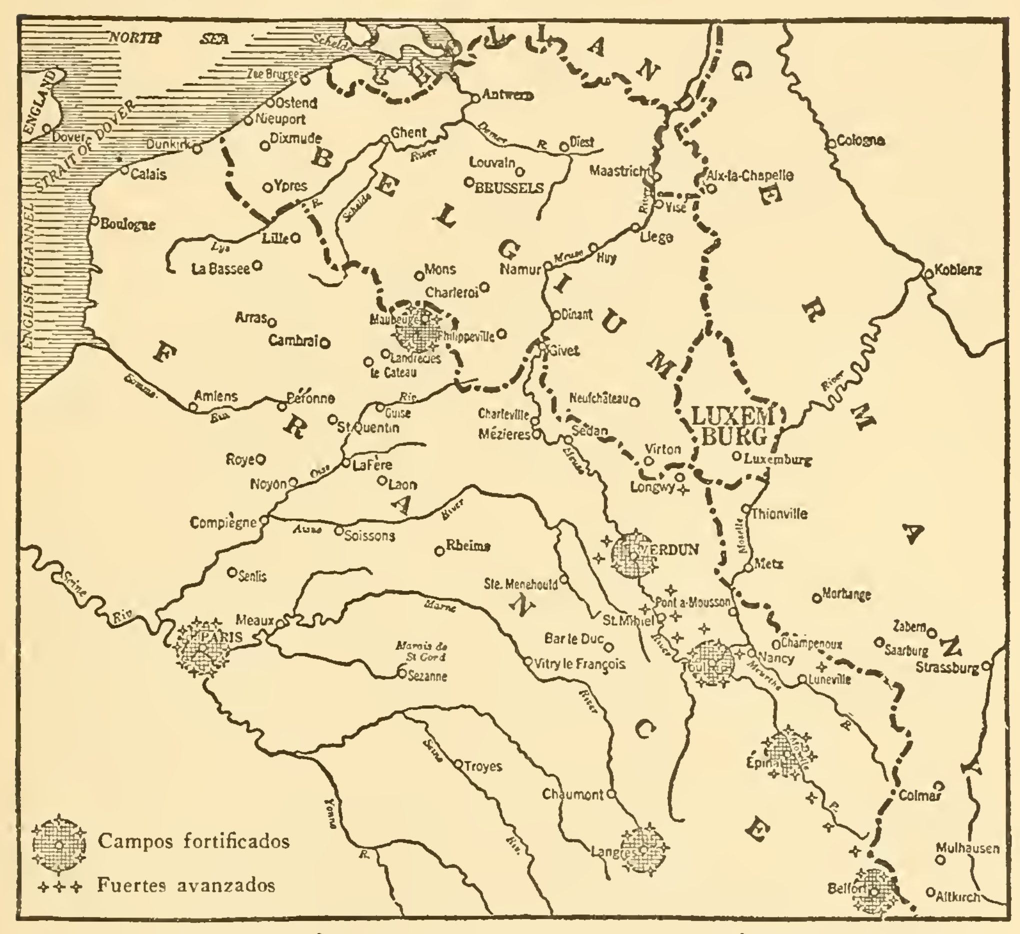
II. EL PROBLEMA BELGA

Reconociendo la creciente superioridad numérica de Alemania, Francia había tratado de hacerle frente con la erección en su frontera oriental de un espléndido sistema de fuertes, basados en las cuatro grandes fortalezas de Verdún, Toul, Épinal y Belfort, apoyadas por muchos otros fuertes aislados, enlazando las plazas fuertes mayores. Una verdadera muralla de acero, con sólo una brecha al sudoeste de Nancy, se oponía al avance alemán a todo lo largo de la frontera franco-alemana.

Dada la superioridad de la gruesa artillería alemana, estos fuertes era de suponer que caerían; pero defendidos por todo el ejército de campaña de Francia, existían todas las probabilidades de que se sostendrían más allá del período de seis semanas. Y sabiendo, como ahora sabemos, que la guerra de trincheras vendría forzosamente, no se puede evitar el conceder que la decisión del estado mayor general alemán, de no intentar forzar esta barrera, por lo limitado del tiempo de que disponían, fué una medida acertada.

Quedaba, pues, tan solamente el camino a través de Bélgica, desde el momento en que la ruta suiza no se prestaba para el movimiento de grandes masas de hombres, aparte de que Suiza poseía un ejército mucho más formidable que el belga. La decisión, por tanto, era la de tomar la ruta de Bélgica, y se había convenido en ello muchos años antes de la guerra. La prueba de esto está en la construcción de

ferrocarriles estratégicos hasta la frontera belga, señalados ya por los escritores militares en 1909. Líneas de doble vía, magníficamente construídas, atravesaban el territorio comparativamente desierto de las Ardenas del este, y terminaban exactamente en la frontera



POR QUÉ LOS ALEMANES ATRAVESARON BÉLGICA
"Una verdadera muralla de acero, con sólo una brecha al sudoeste de Nancy, se oponia al avance alemán a todo lo largo de la frontera franco-alemana."

belga, sin valor comercial aparente y superfluas para todo destino de paz. Pero estas líneas férreas permitieron a Alemania la movilización de grandes masas de hombres sobre la frontera belga, mucho más rápidamente de lo que se sospechaba.

Una vez cruzadas las Ardenas el camino por los valles del Mosa y del Sambre conducía directamente a las llanuras del norte de Francia. Este camino no estaba defendido por ningún fuerte francés, y los únicos obstáculos eran las fortalezas belgas de Lieja y de Namur,

ambas anticuadas y desprovistas de tipos modernos y de defensas subsidiarias. Alemania calculó bien, como lo demostraron los hechos, que no constituirían obstáculos de consideración y que caerían ante el ataque de sus grandes cañones en un período mínimo. En cuanto al ejército belga, el alto comando alemán pudo esperar que no intervendría; pero de hacerlo era demasiado pequeño y pobremente organizado para ofrecer una resistencia seria, como así ocurrió. Los aspectos políticos y morales del problema, implicados en la invasión de Bélgica, no le concernían al alto comando alemán. Pudo esperar, como lo había esperado con Bélgica, que Inglaterra no intervendría en la marcha de las huestes teutónicas hacia Francia, atravesando Bélgica, y que si Inglaterra entraba en la guerra no mandaría su pequeño ejército al continente a tiempo de tomar participación (otro cálculo casi justificado por los hechos) ; pero estaba satisfecho de que, aunque esto se efectuase, poseía todavía un margen de superioridad tal en material de guerra y en hombres, que aseguraba la victoria, aun en el peor de los casos.

Es imposible dejar de creer que el alto comando alemán se impuso a la diplomacia alemana en el asunto de la neutralidad de Bélgica y que el soldado hizo prevalecer su voluntad sobre el estadista. La convicción de los militares era la de que, utilizando a Bélgica para pasar, podían destruir a Francia en el tiempo de que disponían y que no podía emplearse ninguna otra alternativa. El triunfo absoluto se vió tan cerca que es imposible censurar esta decisión desde el punto de vista militar.

He aquí, en resumen, toda la concepción estratégica alemana para el primer avance de la guerra. En la batalla del Marne quedó destruída, pero no fué resueltamente abandonada hasta después que las batallas de Flandes habían hecho absoluta la detención de ambos ejércitos en el oeste. Constituye la clave de toda la primera parte de la guerra. En esta concepción todo estaba previsto, excepto la posibilidad de una retirada francesa sin una batalla decisiva, hasta que las condiciones de la lucha se hubiesen vuelto en contra de Alemania y el equilibrio de las fuerzas, de las que se juzgaba con acierto que el invasor tenía la preponderancia, se hubiese restaurado parcialmente.

III. LA ESTRATEGIA FRANCESA

El alto comando francés había basado sus planes sobre las lecciones de 1870. Conocía el propósito de Alemania de arriesgarlo todo de una sola vez y de buscar una victoria decisiva en las primeras semanas. Sabía que Alemania podía llegar a través de Bélgica, pero nunca podía tener la seguridad de ello y se hallaba obligado a basar su concentración inicial sobre el objetivo más probable del ataque alemán: la frontera oriental. Había hecho sus planes, sin embargo, para hacer frente a la invasión por Bélgica. Lo que no pudo prever fué el número de tropas que Alemania enviaría a través de Bélgica ni la rapidez con que caerían los fuertes belgas, ni la extraordinaria movilidad de las tropas alemanas debida al uso inesperado de los transportes automóviles.

Se había acordado entre Francia y Rusia que si el golpe se dirigía primero a Francia, las tropas rusas entrarían por la Prusia Oriental en la tercera semana de la guerra, como así lo hicieron. Se creía que esto obligaría a los alemanes a regresar al este debilitando sus ejércitos en Francia antes de la batalla decisiva. La terrible derrota de los rusos en Tannenberg destruyó parcialmente esta esperanza, pero las victorias rusas en Galizia obligaron finalmente a los alemanes a abandonar sus esfuerzos en el oeste y a correr en ayuda de Austria.

Esperaban los franceses, si los alemanes venían por Bélgica, que tomando la ofensiva en Alsacia y Lorena, como también en las Ardenas, lograrían allí tales éxitos que pondrían en peligro a los ejércitos alemanes del norte y les obligarían a regresar al Rhin para defender su propio país. Estas esperanzas se desvanecieron con las grandes derrotas de los franceses en Morhange y en Neufchâteau, durante las tres primeras semanas de la guerra. Pensaban los franceses, si eran derrotados en estos combates iniciales, detenerse sobre su propia frontera, delante de Nancy, detras del Mosa, desde Verdún a Charleville y por allí hasta Lille, y romper la furia del asalto alemán en líneas preparadas desde hacía largo tiempo. Esta esperanza se realizó de un modo absoluto delante de Nancy, y momentáneamente detrás del Mosa, pero fracasó cuando los alemanes lograron mandar inesperadamente hacia el oeste grandes masas que

dominaron a los ingleses. Esperaban, además, los franceses, que si todos estos planes fallaban sería posible detenerse con éxito detras del Aisne, del Oise y del Soma; pero el colapso de los ingleses y la rapidez imprevista del avance de Von Kluck, destruyó también esta esperanza.

Pero por encima de todas estas concepciones se hallaba el propósito fundamental de no arriesgar la suerte de todo el ejército francés hasta que la posibilidad de la victoria fuese inequívoca. No habían de repetirse los errores de 1870, la derrota de los ejércitos franceses por separado, el aislamiento de Bazaine y el sacrificio de Mac-Mahon a consideraciones políticas y dinásticas. El alto comando francés se hallaba preparado para evacuar París si era necesario, pero no estaba dispuesto a arriesgar una batalla decisiva con las probabilidades en contra. Ésta fué la concepción que dominó en toda la campaña francesa y condujo a la victoria suprema del Marne, haciendo fracasar toda la estrategia alemana y logrando, además, un triunfo de táctica en el campo de batalla.

Así, pues, aun cuando los varios ejércitos franceses sufrieron derrotas locales, ninguno fué puesto en fuga ni capturado, y todos conservaron su formación desde el principio hasta el fin de la campaña. Este propósito, y no los reveses locales experimentados por los franceses en los primeros días de la guerra, explica la gran retirada que en aquel entonces supuso el mundo que significaba la próxima ruina de Francia, y que durante mucho tiempo hizo creer a los jefes alemanes que habían conseguido el propósito que perseguían. De no haber sido por el desastre ruso de Tannenberg toda la concepción fundamental francesa hubiera prevalecido, y después del Marne los alemanes se hubieran visto tal vez obligados a regresar a sus fronteras debido a la presión rusa en la Prusia Oriental y a lo largo del Vístula inferior.

La segunda parte de la guerra vino con el ataque alemán sobre Rusia, en mayo de 1915. Alemania adoptó entonces, definitivamente, el plan de derrotar a Rusia, mientras contenía a Francia e Inglaterra en el oeste. Pudo hacer esto porque con todos sus éxitos Rusia no había podido realizar del todo su parte en el plan franco-ruso. No había podido invadir la Prusia Oriental y mantenerse allí.

Pero para comprender los primeros meses de la guerra, es necesario simplemente ver cómo se desarrollaron los planes rivales, observar cómo Alemania trataba de derrotar a Francia mientras contenía a Rusia con la ayuda de Austria; a Francia tratando de evitar el desastre y de devolver el golpe en el momento oportuno; a Rusia tratando de sacar ventajas del traslado de las tropas alemanas al oeste para invadir la Prusia Oriental hasta el Vístula, mientras derrotaba a los austriacos en Galizia y en Volhynia.

Derrotada en el Marne, Alemania pudo, por medio de su artillería pesada y de sus ametralladoras, con lo que creyó ganar la batalla decisiva, tomar una posición defensiva en Francia y mantenerla, pero ya nunca pudo ganar considerable extensión de terreno con su ofensiva, ni aun en el tremendo ataque a Verdún en 1916, ni pudo impedir que sus enemigos en el oeste pasasen, finalmente, a la ofensiva. Todas sus concepciones maduradas durante cuarenta años encaminábanse a un ataque rápido, a un golpe tremendo, a una batalla colosal y a una victoria que acabaría con Francia durante el período de la guerra y tal vez para siempre. Cuando la decisión del Marne se hizo absoluta en Flandes, todo el carácter de la guerra y la naturaleza de los resultados, cambiaron. Por esto es por lo que a juicio de los expertos militares la batalla del Marne es el incidente de más importancia en los dos primeros años de la guerra.

Tannenberg sigue al Marne en importancia porque produjo el fracaso del plan original franco-ruso, dando a Alemania el tiempo necesario para sostener su garra en Francia y para realizar su esfuerzo final en Flandes. La presión rusa en el este, finalmente, se hizo sentir tal como la habían esperado el estado mayor de Francia y el de Rusia, solamente que tuvo lugar en noviembre y no en septiembre y fué en Galizia y no en la Prusia Oriental, obligando a Alemania a abandonar su campaña en el oeste y a dirigir su atención hacia el este; a llevar a cabo una serie de esfuerzos más o menos limitados, y a organizar, por último, su gran invasión de Rusia que empezó a fines de abril de 1915.

Si Joffre hubiese sido derrotado en el Marne, todo el plan alemán se hubiera desarrollado tal cual lo calculó Alemania. Si Hindenburg hubiese sido derrotado en Tannenberg, todo el plan alemán

hubiera fracasado, como lo habían previsto los estratégicos franceses y rusos. Pero Tannenberg fué relativamente un hecho de menor cuantía y las pérdidas rusas, aunque grandes, fueron insignificantes comparadas con sus enormes fuerzas. Pudo, pues, seguir en Galizia y obligar últimamente a los alemanes a que abandonasen el oeste. Por otra parte, todo el plan militar alemán fué derrotado en el Marne, porque el grueso de las fuerzas militares de Alemania se empleó allí.

CAPÍTULO QUINTO

LA DEFENSA BELGA Y LA OFENSIVA FRANCESA

I

LIEJA

EN CASO de un ataque alemán, el baluarte principal de la defensa belga era la fortaleza de Lieja, situada a unas veinte millas al oeste de la frontera alemana, dominando los pasos del río Mosa y la línea férrea más importante entre Bélgica y Alemania, que une Colonia, sobre el Rhin, a Bruselas y Amberes.

Lieja estaba rodeada por doce fuertes aislados, obra del célebre Brialmont. En la época en que se construyó, era considerada una de las mejores fortalezas europeas; pero luego deterioróse y las autoridades militares belgas no se habían empeñado en reforzar sus fortificaciones a medida que se acentuaba el perfeccionamiento de la artillería pesada, como lo hicieron los franceses con las fortalezas de Verdún y Belfort. Los fuertes de Lieja se encontraban aislados, no estaban unidos por fortificaciones de campo de ninguna clase y nunca se había cuidado de mantener libre su campo de fuego prohibiendo la construcción de edificios dentro de su radio.

Los fuertes tenían guarniciones de artilleros competentes, pero la ciudad misma carecía de guarnición adecuada. Calculábase que se requerían setenta y cinco mil hombres para defender su vasto círculo. No obstante, en Europa era expectativa general que Lieja, insuficiente como barrera invencible contra el avance alemán, serviría como obstáculo retardador mientras llegaban tropas francesas y británicas al oeste de la ciudad y se unían al ejército de campo belga. Este ejército, que entonces se hallaba en proceso de reconstrucción, había sido organizado con el plan de ocupar posiciones al oeste de Lieja, más allá del río Geete, apoyando su derecha en Namur y su

izquierda en Diest, sobre el Diemer. Esperábase que en tales posiciones, y gracias a la resistencia de Lieja, pudiera ofrecer sólido frente hasta que acudieran refuerzos, evitando que las masas alemanas se desbordaran en la llanura situada al este de Lovaina.

La movilización belga fué decretada el primero de agosto y terminó el 6 del mismo mes. El ejército nacional de campo, poco más de cien mil hombres, se concentró tras del Geete. El Rey asumió el comando, estableciendo su cuartel general en Lovaina.

Mientras tanto, habían ocurrido notables acontecimientos. El 4 de agosto, doce regimientos alemanes de caballería cruzaron la frontera, viniendo por la ruta de Aix-la-Chapelle; avanzaron rápidamente al oeste, hacia el Mosa, llegando a aquel río por Vise, punto situado precisamente al sur de la frontera holandesa y al norte de Lieja; forzaron el paso del río, arrollando a un débil destacamento belga que retrocedió sobre Lieja, y ganaron de tal modo la orilla occidental del Mosa.

El 5 de agosto el décimo cuerpo de ejército alemán, bajo las órdenes de Emmich, llegó al frente formado por los fuertes orientales de Lieja, solicitó permiso para pasar sin oposición, y como el permiso le fuera rehusado, inició la acción para tomar la plaza por asalto, tratando de penetrar entre los fuertes.

En tales circunstancias, la tercera division del ejército de campo belga y dos brigadas de la cuarta, ocuparon el terreno entre los fuertes y, apoyadas por el fuego de su artillería, repelieron con éxito los ataques alemanes el 5 y el 6 de agosto. El 6, sin embargo, la llegada de grandes refuerzos alemanes, que comenzaron a cruzar el río por diversos puntos aguas arriba y aguas abajo, amenazó cortar la retirada de las fuerzas de campo, y el general Leman, comandante de Lieja, les dió la orden de replegarse sobre el principal ejército belga concentrado tras del Geete. El repliegue se llevó a cabo con éxito.

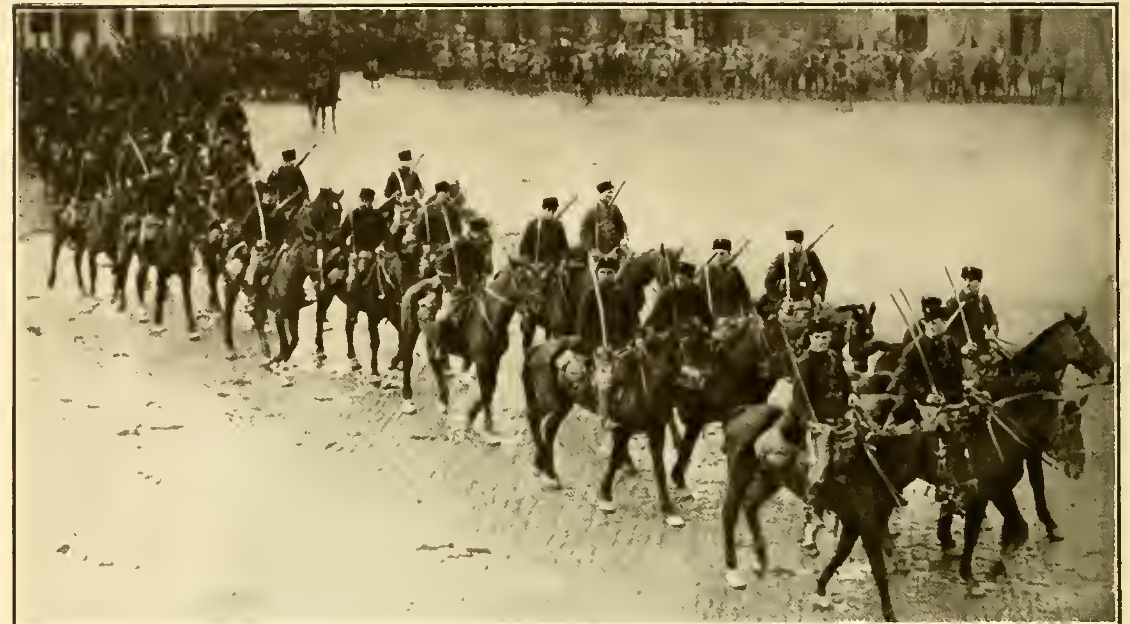
El 7 de agosto, fuerzas alemanas de infantería rompieron la línea de los fuertes, ocupando la ciudad y la ciudadela; pero no pudieron tomar los fuertes, que continuaron haciendo fuego hasta que los invasores emplearon cañones pesados alemanes y austriacos. Bajo el ataque de la artillería, los fuertes belgas se desmoronaron casi instantáneamente. Según los partes oficiales belgas el último fuerte cayó

BÉLGICA "EL REÑIDERO" DE EUROPA



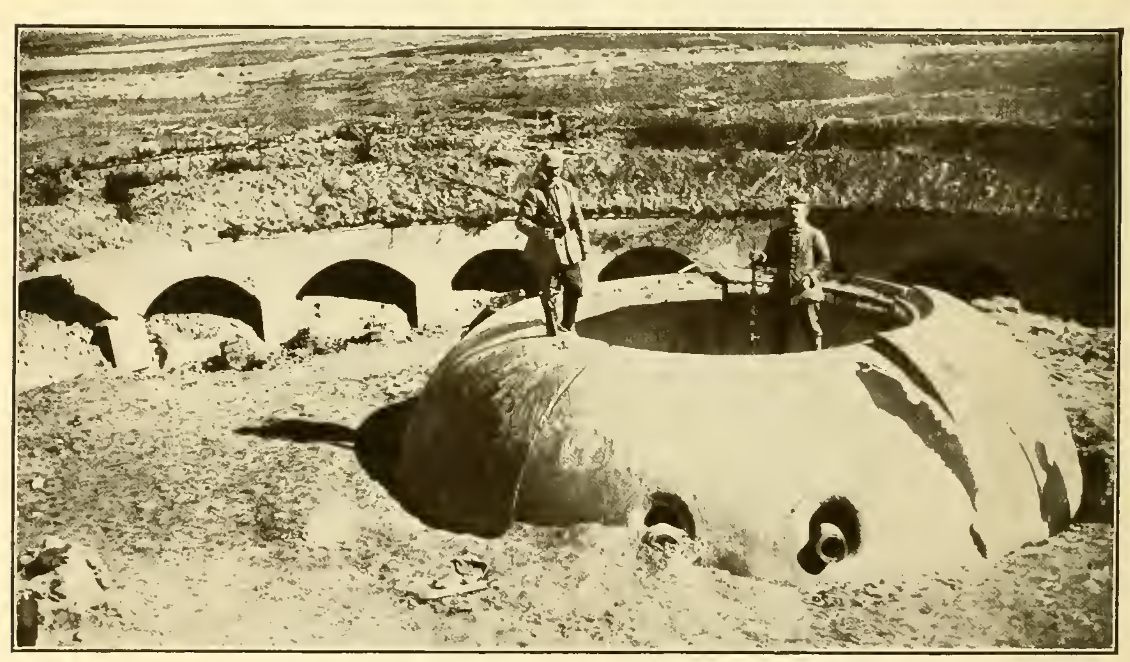
ALBERTO DE BÉLGICA—NACIÓ EN 1875, ASCENDIÓ AL TRONO EN 1909

El batallador rey de Bélgica, llamada el "reñidero de Europa," es forjado tan a la antigua que se puso personalmente a la cabeza de su ejército sin aspirar a otra cosa que a compartir las penalidades y peligros de sus soldados. Atribuye él mismo su actitud democrática para con sus súbditos al ejemplo del que fué James J. Hill hacia sus empleados ferroviarios; porque el Rey Alberto, antes de su advenimiento al trono, hizo una larga visita a los Estados Unidos, dedicando gran parte de su tiempo a estudiar los ferrocarriles norteamericanos, como huésped de Mr. Hill



Propiedad registrada por el International News Service

LA CABALLERÍA BELGA



Fotografía de Paul Thompson

UN SOLO DISPARO DE UN CAÑÓN ALEMÁN DE 42 CENTÍMETROS DESTRUYÓ ESTE FUERTE BELGA

Ciertos críticos de la estrategia alemana aseguran que los alemanes habían decidido hace largo tiempo atacar violentamente a Francia a través de Bélgica cuando llegara "el Día." La frontera francesa estaba sólidamente fortificada. Suiza es un país montañoso y fuertemente defendido. Quedaba Bélgica, Bélgica peligrosamente pacífica y próspera, como los Estados Unidos.

Su pequeño ejército y sus fuertes fueron reducidos fácilmente por los terribles cañones alemanes.



Propiedod registrada por la American Press Associatian

UNA BATERÍA BELGA EN MARCHA

Propiedod registrada por la American Press Association

ENTUSIASMO BÉLICO EN BRUSELAS

Multitudes bulliciosas llevando banderas ondeantes manifestaban con aclamaciones en las ciudades de Bélgica su aprobación de la actitud del gobierno al resistir la violación del territorio belga. Y el pequeño ejército belga, perfectamente consciente de que había pasado la época de los cuentos de hadas, preparóse a representar el papel de Pulgarcillo contra el Gigante alemán.



Propiedad registrada por la American Press Association

SOLDADOS BELGAS DESCANSANDO DURANTE UNA PAUSA EN EL COMBATE

Los alemanes comandados por Emmich llegaron frente a Lieja el 5 de agosto de 1914. Durante dos días de combate casi incesante, mantuvo el general Leman, con la tercera división del ejército belga, la defensa de la ciudad. Entonces llegaron numerosas tropas de refuerzo alemanas, y Leman, para salvar a sus exhaustos soldados, se replegó sobre el grueso del ejército belga concentrado detrás del Geete.

Los alemanes ocuparon la ciudad el 7 de agosto, pero los fuertes circunvecinos se mantuvieron aún por varios días.



Propiedad registrada por el International News Service

TIPO DE SOLDADO BELGA

Propiedad registrada por Underwood & Underwood

EL GENERAL LEMAN, DEFENSOR DE LIEJA



Fotografías por la International News Service

AGUARDANDO A LOS ULANOS





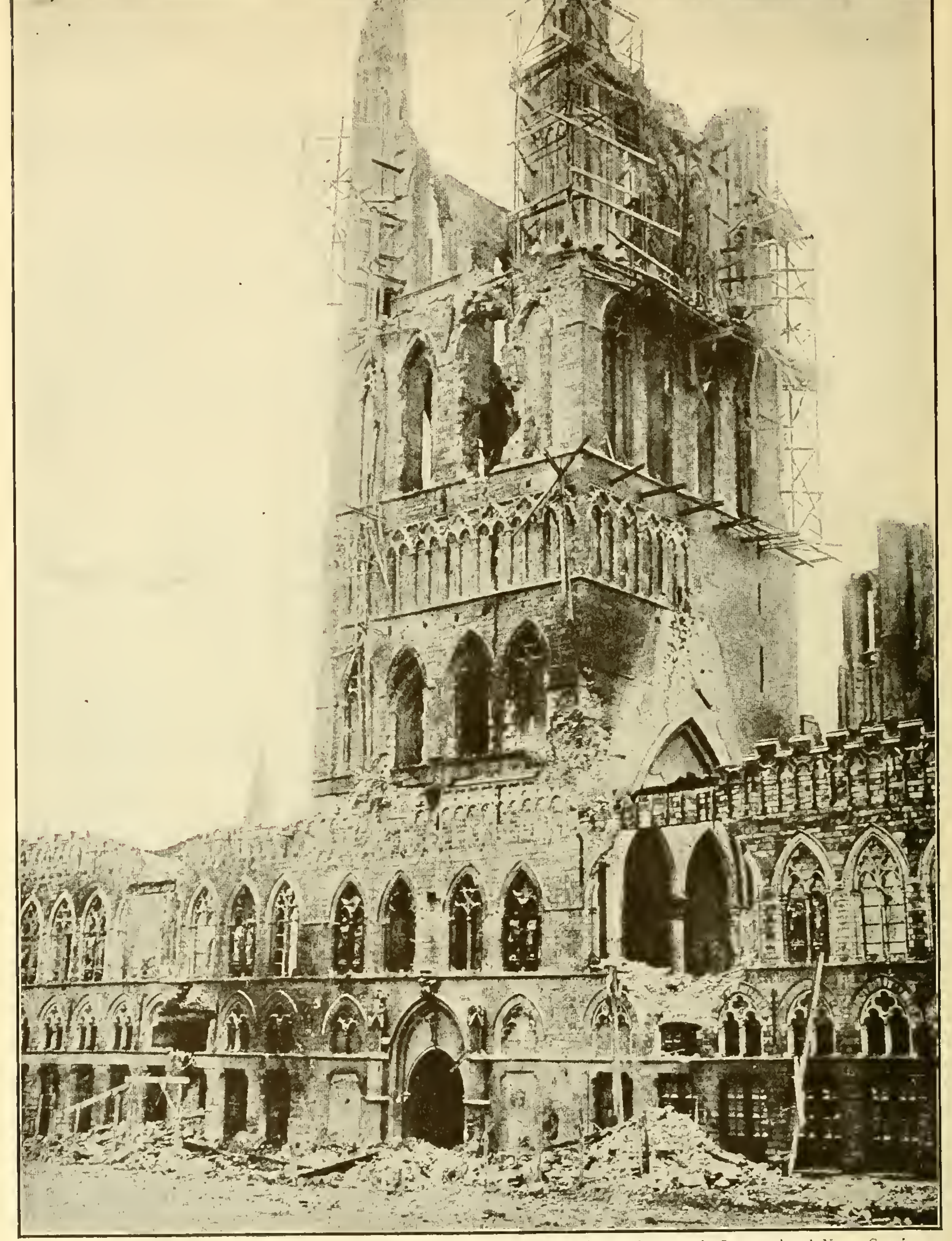


Propiedad registrada por el International News Service

LA INVASIÓN DE BÉLGICA SINTETIZADA EN FOTOGRAFÍAS

Las hordas alemanas invadieron el territorio abierto, llano, rodeado por el mar, que parecía invitar al invasor.

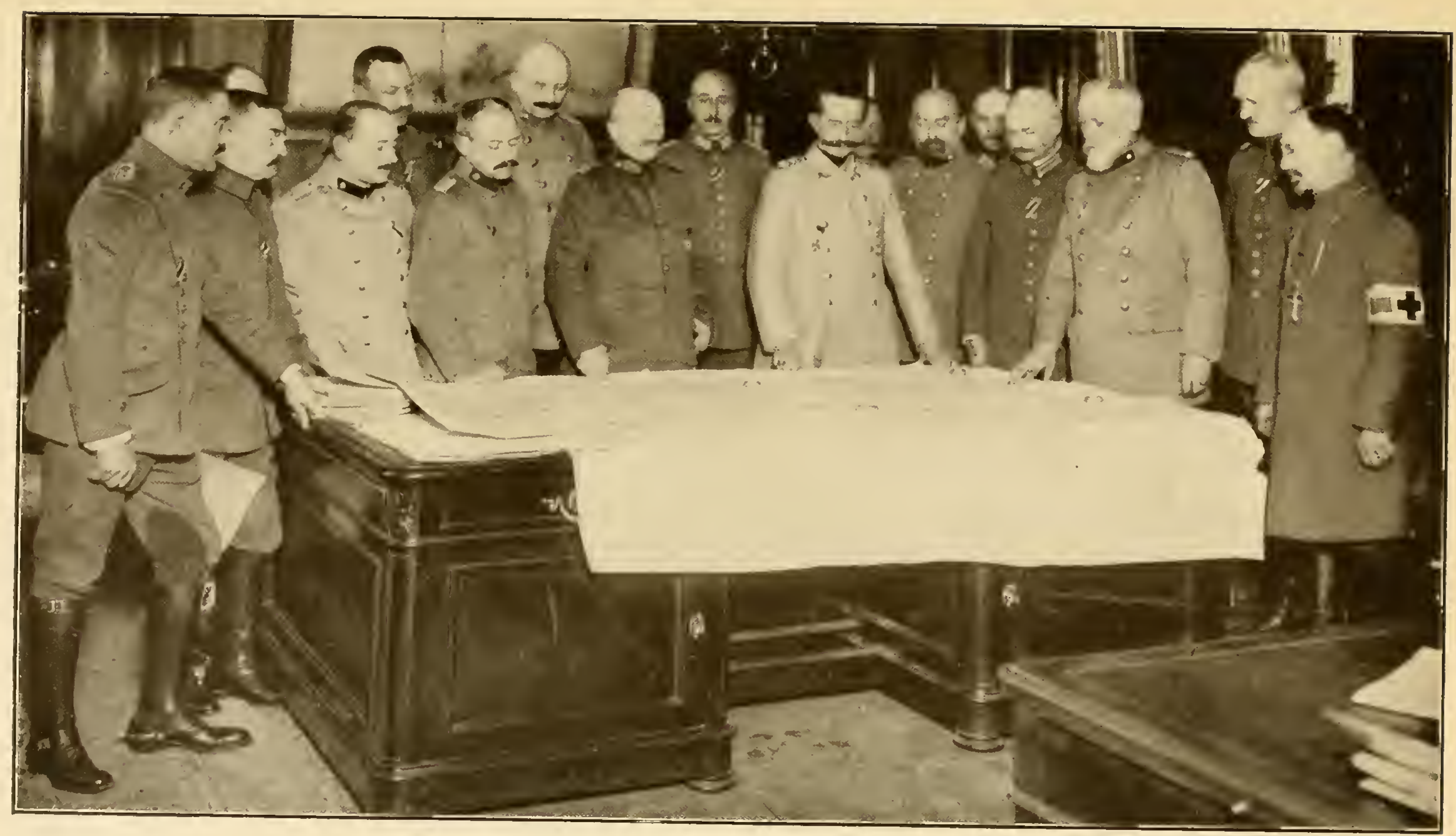
El pequeño ejército belga sostuvo el campo durante tanto tiempo como fué posible, resistiendo hasta el último extremo. Pero de nada sirvió su heroísmo y los alemanes penetraron en Bruselas, la capital, el 20 de agosto, diecisiete días después de haber cruzado la frontera.



Fotografías por la International News Service

CASA CONSISTORIAL ARRUINADA EN IPRES

En torno de la pequeña y tranquila ciudad flamenca de Ipres se desencadenó por más de un mes uno de los conflictos más intrincados, confusos, e indescriptibles de toda la historia de la guerra; donde combatieron hombres de razas, religiones, colores y nacionalidades tan diversas como jamás había contemplado campo de batalla alguno de la Europa occidental, desde la época en que la invasión de los soldados del Islam fué contenida en el campo de Tours. El Asia, el África, y aun América y Australia compartieron la gloria y la matanza.



Propiedad registrada por Brown & Dawson

BÉLGICA BAJO EL DOMINIO ALEMÁN

I. El general von Bissing, gobernador militar de Bélgica, en consulta con su estado mayor. Es el hombre de grueso bigote que apoya los nudillos de ambas manos sobre el mapa sobre el cual se concentra la atención general. Falleció cuando desempeñaba su cargo en Bélgica en marzo de 1917.



Propiedad registrada por Brown & Dawson

BÉLGICA BAJO EL DOMINIO ALEMÁN

II. Aun los gobernadores civiles que muestra esta fotografía tienen marcada apostura militar. Casi todos visten uniforme y calzan botas y espuelas. Su excelencia von Sandt, presidente de la comisión, aparece al extremo de la mesa inclinándose ligeramente hacia adelante y con los ojos bajos.

el 16 de agosto; pero los partes alemanes mencionaron fecha muy anterior. Lieja perdió de hecho su importancia como obstáculo contra la invasión, al rededor del 10 de agosto, y la ciudad misma estuvo desde el 7 en manos de los teutones.

Como la movilización y concentración alemanas apenas terminaron el 12 de agosto, y el gran avance no comenzó sino algunos días más tarde, puede decirse con criterio imparcial que Lieja, a pesar de la creencia general en aquellos días, no retardó substancialmente el progreso alemán. Dió gran aliento moral a los pueblos británico y francés y ganó un puesto en la historia por el ardoroso valor de sus defensores; pero fué conquistada, no obstante, sin grandes pérdidas, contrariamente a lo que afirmaron los informes de aquel tiempo. No fué tomada por un *coup de main,* como proyectaron los alemanes.

II. LAS "BATALLAS" BELGAS

Entre tanto, el ejército de campo belga, terminada su concentración, se hallaba tras del Geete entre Diest y Namur, esto es, entre el Mosa y el Diemer. Contra este ejército comenzaron entonces a chocar las primeras olas de la invasion, la pantalla de caballería que precedía el avance de la infantería. El 12 de agosto se produjo una aguda escaramuza en Haelen, siendo brillantemente rechazada la caballería alemana. Esta "batalla" llenó las columnas de la prensa en aquellos días y, con las ridículas informaciones que circulaban sobre la resistencia de Lieja, dió una impresión totalmente inexacta de lo que ocurría.

Desde el 12 hasta el 18 de agosto las escaramuzas continuaron y el ejército belga mantuvo sus posiciones. Apoyando uno de sus flancos en Amberes, protegiendo Bruselas con su centro y continuando por Namur de modo tal que las tropas francesas siguieran formando la línea en las márgenes del Mosa hasta los fuertes de Givet, en Francia, esperaban los belgas el arribo oportuno de tropas francesas y británicas para defender a Bélgica sobre la línea del Geete, o al menos, sobre las líneas del Dyle, famosas durante las guerras de Luis XIV. El 15 de agosto, las tropas francesas que acababan de llegar a Dinant rechazaron el primer ataque alemán contra la línea del Mosa, al sur de Namur.

En la mañana del 18 de agosto el Rey de los belgas comprendió por fin que ni los franceses ni los ingleses llegarían a tiempo. En aquellos momentos tenía que afrontar seis cuerpos de ejército alemanes: tres que avanzaban desde el Mosa, habiéndolo cruzado al norte de Lieja, y tres que venían por el sur, habiendo forzado el paso del río en Huy. Era la vanguardia de los ejércitos que comandaban Von Kluck y Von Bülow, respectivamente. Tras de ellos, sabíase que avanzaban cinco cuerpos más. Contra quinientos mil alemanes (once cuerpos) los belgas tenían cien mil hombres, equivalencia de dos grandes cuerpos de ejército. En aquel momento los ingleses llegaban cerca de Maubeuge, y el ejército francés que debía actuar con los belgas se encontraba al sur de Philippeville, en la frontera del territorio de Francia.

Era innecesario esperar. La resistencia belga se había prolongado hasta el último momento y, a menos que el ejército de Alberto se sacrificara estérilmente, hacíase inevitable la retirada. En vista de las circunstancias, en la mañana del 18 de agosto, el Rey ordenó una retirada sobre el campo fortificado de Amberes, construído para servir de refugio a todo el ejército de campo belga en una emergencia justamente como la que se presentaba. La retirada llevóse a cabo el 19 de agosto; y el 20, el ejército entero, menos una división destacada a Namur, se encontraba dentro de las defensas de Amberes.

En tanto, el ejército alemán, comenzando a desplegar aquella rapidez debida a su enorme tren de vehículos de motor, avanzó velozmente, ocupó Lovaina el 19 de agosto, y luego, doblando sobre su izquierda, se dirigió hacia Francia. Era el ejército de Von Kluck. El mismo día en que ocupaba Lovaina, la vanguardia de Von Bülow llegaba ante Namur, defendida por una débil división belga, que cuatro días más tarde iba a ser reforzada por dos batallones franceses. Las tropas francesas llegaron en el momento de la retirada, haciendo así precisamente lo que los destacamentos británicos enviados por Winston Churchill harían poco menos de dos meses después, en el caso de Amberes.

La plaza de Namur, como Amberes y Lieja, estaba defendida por un círculo de fuertes destacados que se hallaban, sin embargo, en condiciones mucho peores que los de estas fortalezas. Los germanos

emplearon contra los fuertes de Namur la artillería pesada que había demolido los de Lieja. El bombardeo comenzó el 21 de agosto, un día después de caer Bruselas; el día siguiente, la mayor parte de los fuertes estaban convertidos en ruinas. Un día después la situación era desesperada y casi todos los fuertes habían sido reducidos al silencio. Entonces la guarnición, compuesta de unos doce mil belgas y de las tropas francesas que tanto tardaran en arribar, evacuó la plaza, evitando verse envuelta, y se retiró hacia el sur. Así, pues, el 23 de agosto los invasores ocuparon Namur, piedra angular de la estrategia anglo-francesa en la campaña belga. Dos días después cayó el último fuerte; pero ya la invasión había seguido rumbo al sur penetrando en Francia.

La caída de Lieja se produjo mucho antes de lo que esperaban los comandantes aliados; mas no perjudicó seriamente sus planes. Evitó la unión de los ejércitos anglo-francés y belga, si es que tal unión se había proyectado. Sin embargo, esto no se puede afirmar con certeza porque toda la campaña en la parte oriental de Bélgica presentaba graves peligros. Por otro lado, la caída de Namur después de dos días de bombardeo, no sólo fué inesperada sino que resultó un verdadero desastre, preludio de otros muchos que ocurrirían en el porvenir.

III. EL VALOR MORAL

Tal es, en breves términos, la historia de la campaña belga que duró desde el 4 hasta el 18 de agosto, fecha en que el ejército belga se retiró del camino que seguía el avance alemán. La resistencia belga se prolongó en Namur durante cinco días. En realidad el ejército belga sólo pudo contrarrestar las operaciones de la vanguardia de caballería del avance alemán en los días transcurridos antes de que la infantería se concentrase y comenzara su formidable arremetida. Cuando la inició, el ejército belga no tuvo otra alternativa que despejar el camino.

Durante este período no hubo combates de importancia ni batallas, y los fuertes de Lieja y Namur cayeron según los cálculos alemanes. Respecto a la confianza que los teutones abrigaban sobre la sumisión belga, sufrieron un desengaño; por lo demás, sus planes se

llevaron a cabo exactamente como habían sido trazados. Apartaron de su camino al ejército belga en un tiempo mínimo y con pérdidas insignificantes. Y habiéndolo forzado a refugiarse en Amberes, volviéronse hacia el sur, iniciando la campaña sobre París el 20 de agosto, fecha de la ocupación de Bruselas que marca el cambio de rumbo del ejército de Von Kluck.

Dos sorpresas ofreció esta breve campaña belga: la eficacia de la artillería pesada germana y el número de tropas que los alemanes habían podido movilizar y enviar a través de Bélgica. En cuanto al primer punto, el cálculo erróneo de los Aliados hizo fracasar sus planes de unirse al ejército de campo belga en las márgenes del Geete o del Dyle. Por lo que se refiere al segundo, la imprevisión de los Aliados iba a traerles por resultado en corto tiempo las graves derrotas de Mons y Charleroi. Aun más: las tropas alemanas en Bélgica no se reducían a los diez cuerpos de Von Bülow y Von Kluck; un undécimo cuerpo habíase destacado para vigilar a los belgas en Amberes. Por añadidura, un tercer ejército iba a constituir nueva sorpresa para los Aliados, contribuyendo también a la destrucción de sus planes: ejército compuesto de tres cuerpos sajones bajo las órdenes de Hausen que avanzaba hacia el oeste, a través de las Ardenas, y tenía por objetivo los pasos del Mosa al sur de Namur, particularmente a la altura de Dinant. Por el 21 de agosto setecientos mil germanos, cuando menos, habían cruzado Bélgica y se aproximaban a la frontera francesa. Avanzaba también el ejército del gran duque de Würtemberg que se componía de cinco cuerpos y estaba en las Ardenas belgas al norte de Sedán; y el ejército del príncipe heredero que constaba también de cinco cuerpos, había atravesado el Luxemburgo y pentraba en Francia por Longwy. Los alemanes empleaban, pues, veintitrés cuerpos para el ataque, aparte de dos cuerpos de caballería y uno destacado en Bélgica. Veintiún cuerpos debían llegar al campo de batalla del Marne. En Alsacia-Lorena se comprobó la presencia de ocho cuerpos de ejército adicionales.

Ni el resumen más sucinto del episodio belga puede olvidar, sin embargo, el valor moral de la defensa. Los belgas fueron derrotados, como lo fueron los espartanos en las Termópilas. Un enano se

había opuesto a un gigante y, como sucede invariablemente salvo en los cuentos de hadas, salía vencido. No obstante, la decisión de resistir tomada por los belgas, transformó el carácter de la guerra en la mente de las naciones que luchaban contra Alemania: ejerció poderosa influencia en el sentimiento italiano, dió forma y colorido al conflicto mundial, y produjo un efecto que no puede medirse por menudos episodios o escaramuzas insignificantes, cuyos nombres fueron olvidados en pocos días por un mundo que iba a asistir a la batalla del Marne antes de cumplirse una quincena de la caída de Namur.

Si Bélgica no hubiera resistido la invasión alemana, el significado de la violación del tratado de 1839, cometida por Alemania, no habría atraído la atención del mundo. Pero Bélgica llegó a ser en sentido estricto la cuestión predominante de la guerra, y Alemania, en los comienzos del conflicto, perdió la simpatía popular de todos los países neutrales del globo. Ello habría sido de poca importancia si hubiera podido ganar una victoria decisiva que justificara la invasión de Bélgica a sus propios ojos. Pero cuando la decisión del Marne se volvió contra Alemania y la guerra apareció, no como un triunfo rápido y fácil, sino como agonía larga y terrible, el incidente belga se convirtió en obstáculo grave y permanente.

Nadie que haya vivido fuera de las fronteras alemana y austriaca en los días de agosto de 1914, en que comenzó la resistencia belga, olvidará jamás la súbita y prolongada impresión que produjo el heroísmo de Bélgica. En los Estados Unidos más que en ninguna otra parte, vino el incidente a destruir las esperanzas que cifraba Alemania en la simpatía de los neutrales y aun en el apoyo práctico que necesitaba en su tremenda lucha. Sin la invasión de Bélgica es posible creer que la neutralidad norteamericana habría tomado un carácter muy diferente, y habría sido harto improbable que los Aliados encontrasen en los Estados Unidos el abastecimiento de municiones que tanto iba a contribuir a salvarles del desastre durante los dos primeros años de la guerra.

IV. LA CAMPAÑA FRANCESA: MÜHLHAUSEN

La movilización francesa, necesariamente, se basaba en el supuesto de que Alemania atacaría por Alsacia y Lorena. Sin embargo, con larga anticipación se habían preparado las modificaciones que debían ponerse en práctica cuando se revelara el propósito alemán de pasar por Bélgica. Pero no sólo se presentaba la cuestión de saber si los alemanes habían decidido atravesar Bélgica, sino también la de descubrir si realizarían por tal dirección el ataque principal o cuando menos algún ataque importante. No era posible saberlo con anticipación; por consiguiente, los franceses asignaron cinco cuerpos de ejército para operar entre el Mosa y el Sambre, confiando en que el ejército expedicionario británico suministraría las fuerzas que faltaban para mantener esta línea de batalla en caso de que los alemanes atacaran por aquella ruta. Los franceses contaban también, probablemente, con el ejército belga.

La movilización francesa llevóse a cabo con extrema regularidad. Grandes masas humanas fueron equipadas y concentradas dentro del plazo señalado. No ocurrieron ni el desorden ni la confusión de 1870, aunque pronto se descubrió la falta de cañones y equipo entre las reservas. La movilización francesa fué más lenta que la alemana, la cual aventajó a aquélla en el número de tropas preparadas para el primer encuentro; pero tuvo éxito eminentemente halagüeño.

Mientras la movilización se llevaba a cabo, los franceses emprendieron su primer asalto. En tiempos de paz se había mantenido una fuerte guarnición en la fortaleza de Belfort, que domina la hondonada entre los Vosgos y Suiza. Esta guarnición, reforzada por las primeras tropas movilizadas, salió de la fortaleza y cruzó la frontera el 7 de agosto, día en que los alemanes penetraban en Lieja. El día siguiente había llegado a Altkirch y derrotado una fuerza alemana. El 9 de agosto entró en Mühlhausen, la ciudad más importante de Alsacia-Lorena después de Estrasburgo. Este éxito arrebató a Francia, considerándose como indicio del cercano rescate de las "provincias perdidas."

Pero en la noche del 9 de agosto un ataque alemán, realizado por sorpresa, expulsó a los franceses de Mühlhausen, vuelto a tomar des-

pués de una lucha desesperada en las calles. En esta primera operación los comandantes franceses comenzaron a emplear procedimientos defectuosos que pronto iban a costarles caro. Nuevas fuerzas se habían enviado a Alsacia; el general Pau asumió el comando, sucediendo al general que había fracasado. El 19 de agosto, los franceses se hallaban de nuevo en Mühlhausen, mientras que otros destacamentos transmontaban las cumbres de los Vosgos acercándose al Rhin. Desgraciadamente para los franceses la campaña iba a tener brusco término: el primer desastre verdadero no estaba lejos.

V. MORHANGE: EL PRIMER DESASTRE

En todas las discusiones militares pertinentes que se suscitaron antes de la guerra, admitióse que el primer choque importante entre las fuerzas francesas y alemanas en una lucha venidera se produciría al este de Nancy y a lo largo de la frontera trazada por el Tratado de Francfort. Ningún fuerte, a cualquiera de los lados de la línea, defendía la entrada natural entre los valles del Rhin y del Mosela. Nancy misma distaba solamente once millas de la frontera. Al norte de esta entrada cerraban el camino los fuertes de Metz y Thionville en Alemania, y la barrera Verdun-Toul en Francia; al sur, los Vosgos y los fuertes de Épinal hacían imposible efectuar operaciones generales hasta la hondonada de Belfort. Pero se creía que en aquella región abierta había de librarse la primera y acaso decisiva batalla de la guerra.

La movilización y la concentración francesas se llevaron a cabo tras del Mosa y el Meurthe, mientras que tropas encubridoras ocupaban su puesto regular sobre la cadena de colinas conocida por el nombre de Gran Corona de Nancy, que se extiende a través del Meurthe prolongándose hacia el norte, casi hasta Pont-à-Mousson. A pesar de las escaramuzas que en el comienzo tuvieron lugar en la frontera, los alemanes no hicieron, según parece, esfuerzo alguno ni aun para perturbar la concentración francesa.

El 12 de agosto apareció el primer parte oficial sobre las operaciones francesas. Las tropas republicanas avanzaban firmemente obteniendo el 13 de agosto un triunfo en la frontera de Alemania. La semana siguiente, el movimiento creció, asumiendo casi las pro-

porciones de una verdadera invasión. El 19 de agosto, día en que reocuparon Mühlhausen, los franceses habían pasado la línea férrea Metz-Estrasburgo y entrado en Saarburg, Dieuze, y Delme, puntos situados a quince o veinte millas de la frontera. Ésta fué la culminación.

El 20 de agosto el ejército francés entró en contacto con las principales fuerzas alemanas, el ejército del príncipe heredero de Baviera; y al propio tiempo, un segundo ejército germano al mando de Heeringen, fué observado al oeste de Estrasburgo y al norte del monte Donon. Estos dos ejércitos se oponían a los de Castelnau y Dubail, respectivamente. Parece que esperaron el ataque francés en posiciones cuidadosamente elegidas y preparadas.

La batalla que se libró entonces, llamada batalla de Morhange por los franceses y de Metz por los alemanes, se distingue, aparte de su valor local, por caracterizar la índole de los combates durante los primeros días de la guerra. Al avanzar al ataque, los franceses, desplegando gran ímpetu y cierta falta de disciplina, se encontraron de pronto bajo el fuego de la artillería alemana, artillería de campo, de clase diversa a la de los morteros que habían arrasado los fuertes de Lieja.

Esta artillería pesada tenía alcance mayor que el cañón de campo francés, el famoso "75," y la infantería francesa, careciendo del apoyo de la artillería, fué desbaratada por una tormenta de bombas disparadas desde gran distancia por un enemigo invisible. Viose detenida también por barreras de alambre de púa y trincheras. Después de breve combate, un cuerpo francés, el décimoquinto, procedente de Marsella, rompió líneas y se dió a la fuga. Su derrota comprometió a todo aquel ejército, aunque el vigésimo cuerpo, el famoso "cuerpo de hierro" comandado por Foch, quien ganó entonces sus primeros laureles, realizara milagros en la subsecuente retirada. Al mismo tiempo, los alemanes asumieron la ofensiva. Así terminó la invasión de Lorena.

La retirada francesa fué rápida en los días subsiguientes; algunos millares de prisioneros, unos cuantos cañones y varias banderas quedaron en poder de los alemanes. El 23 de agosto los alemanes habían penetrado bastante en territorio francés, ocupando Lunéville, y avan-

zando más allá de Gerbéviller llegaron hasta el borde de la Gran Corona, a ocho millas apenas de Nancy. Su progreso en territorio francés equivalía más o menos a la distancia a que los franceses se internaran en suelo alemán cuando libraron la batalla de Morhange. Pero este combate marcaba también otra culminación.

Las tropas francesas, que habían reconquistado Mühlhausen, fueron retiradas de Alsacia con gran rapidez y trasladadas al frente de Nancy. Pronto entraron en acción, mientras se concentraban en la altiplanicie de Saffais, algunas millas al sur de Nancy, numerosas baterías francesas. El avance alemán fué detenido; y los franceses, pasando a la ofensiva, forzaron a los alemanes a retroceder un espacio considerable.

La victoria alemana de Morhange no tuvo, por lo tanto, consecuencias de importancia. Constituyó un serio revés para los franceses y desbarató su ofensiva; pero las fuerzas derrotadas pudieron reunirse en buen orden y salvar Nancy. En los primeros días de septiembre y durante la batalla del Marne fué rechazado en aquel frente un nuevo ataque alemán; y más tarde los franceses, aunque debilitados por el traslado de varios cuerpos al Marne, fueron capaces de repeler primero otro ataque, más vigoroso todavía, y luego tomar la ofensiva y expulsar a los alemanes a la frontera. Sobrevino entonces una paralización de la lucha, que se prolongó por dos años en aquel sector. Después de septiembre de 1914 el frente de Nancy permaneció inactivo.

Morhange fué la primera batalla de importancia que se libró entre franceses y alemanes desde la guerra de 1870. Resultó una verdadera derrota para los franceses y, considerada en conjunto con los reveses subsiguientes, recuerda en forma desagradable la batalla de Wörth y la anterior *débâcle*. Pero la pronta reorganización de los franceses demostró, como después lo admitieron los partes oficiales alemanes, que los ejércitos republicanos de entonces no se parecían a los de cuarenta y cuatro años antes, en 1870.

VI. NEUFCHÂTEAU Y CHARLEROI

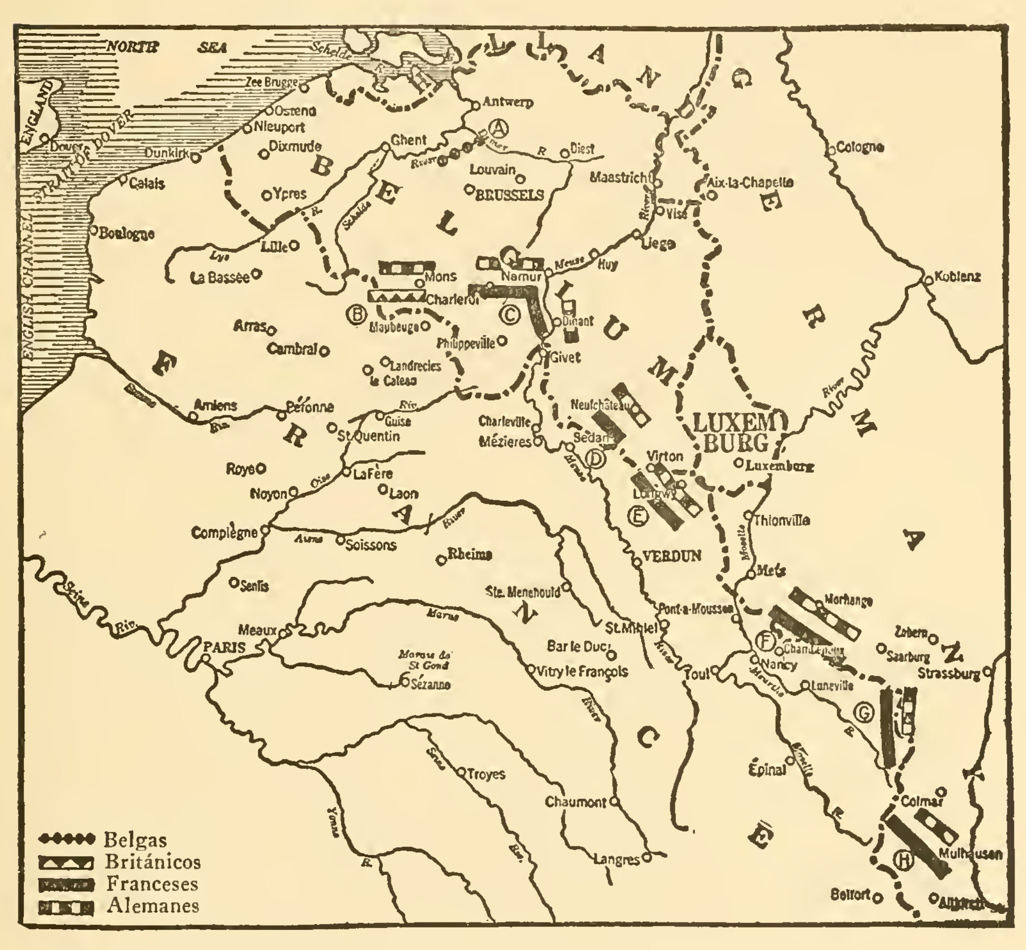
En el momento en que se iniciaba la acción de Morhange, otros dos ejércitos franceses al norte de Verdún tomaban también la ofen-

siva sobre un frente que se extendía desde el Luxemburgo hasta el punto en que el Mosa sale de Francia. Nos referimos a los ejércitos de Ruffey, al norte de Verdún, y el de De Langle de Cary, al norte de Sedán. Un día después de la derrota de Morhange, aquellos ejércitos sufrieron igualmente un grave revés. En la difícil región de las Ardenas encontraron a los ejércitos del príncipe heredero, cerca de Virton, al sur de Arlon, y del duque de Würtemberg, al norte de Neufchâteau. La artillería pesada alemana triunfó una vez más; y los franceses, sorprendidos por las barreras de alambrado de púa y privados de todo apoyo de artillería, fueron rechazados en desorden, perdieron banderas y cañones, y tuvieron que desistir de su ofensiva.

Habiendo ganado la batalla, las tropas alemanas avanzaron. Los franceses se retiraron, primero más allá del Othain y el Semois, después a la margen opuesta del Mosa. Esta retirada se realizó con más orden que la de Morhange. Tomando posiciones tras del Semois y el Othain, las fuerzas republicanas pudieron inflingir fuertes pérdidas a los germanos y mantener las posiciones tras del Mosa, como los soldados de Castelnau habían sostenido sus posiciones ante Nancy. De allí en adelante, la retirada de ambos ejércitos—el de Ruffey, a quien poco después sucedió Sarrail en el comando, y el de De Langle de Cary—no se vió seriamente amenazada. Participaron en la retirada general porque estaban obligados a mantenerse en línea con los demás ejércitos; pero hasta el 28 de agosto ocasionaron serias pérdidas a los alemanes, quienes intentaban cruzar el Mosa en la extensión comprendida entre Sedán y Dun.

Estas dos acciones iniciales fueron derrotas francesas y contribuyeron a alentar las esperanzas y expectativas de los germanos; pero la verdadera acción decisiva había de librarse en otra parte. Era dentro del triángulo formado por el Mosa, el Sambre y la región occidental, hasta Mons más o menos, donde iba a asestarse el golpe decisivo. Después de haber acabado con el ejército belga, trece cuerpos de ejército alemanes—los de Von Kluck, Von Bülow y Hausen—atacaban aquel triángulo en que se encontraban cuatro cuerpos regulares franceses y algunas divisiones de reserva y tropas africanas, apoyadas a su izquierda por el ejército británico.

El 22 de agosto, dos días después de Morhange y uno después de Neufchâteau, el ejército francés comandado por Lanzerac, que ocupaba los pasos del Sambre al rededor de Charleroi, fué atacado de pronto por Von Bülow. Sobrevino una terrible batalla. Luchóse



LAS PRIMERAS BATALLAS DEL 15 AL 23 DE AGOSTO DE 1914

A—Belgas
B—Británicos
C—Lanzerac
D—De Langle de Cary
E—Ruffey
F—Castelnau
G—Dubail
H—Pau

en las calles en la forma más desesperada; se ganó y se perdió terreno; las pérdidas humanas resultaron graves para ambos combatientes; y por la noche los franceses viéronse forzados a retroceder a través del Sambre y los teutones ocupaban los pasos del río. Lanzerac había perdido la jornada, pero pudo reanudar la lucha. Desgraciadamente en aquellas circunstancias llegó a saber que Namur estaba

próxima a caer y que el ejército de Hausen, que se componía de tres cuerpos y cuya presencia no se había sospechado hasta entonces, había forzado el paso del Mosa por Dinant y avanzaba a retaguardia de Lanzerac con el propósito de cortarle su línea de retirada a Francia.

Una retirada era inevitable y los franceses retrocedieron rápidamente hasta tener sus flancos apoyados en los fuertes de Givet y Maubeuge. Al día siguiente todo peligro de envolvimiento había pasado, pero la superioridad numérica del adversario hacía necesaria una nueva retirada. El día subsiguiente, los reveses sufridos por el ejército británico comprometieron las tropas de Lanzerac, que pronto pasarían a las órdenes de Franchet d'Esperey y que no pudieron hacer alto en su retirada hasta llegar al Oise. Sobre las márgenes de este río, en Guise, impusieron un grave rechazo a la Guardia Prusiana. Pero por aquel tiempo, y debido a las condiciones en que se encontraban los británicos, su retirada había afectado a los ejércitos de De Langle y de Ruffey que se vieron compelidos a abandonar el Mosa y retirarse hacia el sur.

Por el 23 de agosto, pues, cuatro ejércitos franceses habían sido derrotados en suelo belga o alemán y forzados a regresar a territorio francés. Dos habían sufrido derrotas como las de Morhange y Neufchâteau; un tercero había perdido batalla tan importante como la de Charleroi, abandonando el campo en orden, sin embargo. Pero todos se rehabilitarían nuevamente, disponiéndose otra vez para la lucha. Las probabilidades de que la primera victoria alemana tuviese resultados decisivos, desaparecían rápidamente. Un nuevo ejército francés, a las órdenes de Foch, estaba listo para alinearse al norte, entre los de De Langle y Lanzerac.

Para comprender los acontecimientos que luego sobrevinieron es de importancia esencial recordar que, por el 30 de agosto, todos los ejércitos franceses se hallaban en condiciones de atacar nuevamente y que desde el Oise hasta el Mosa, al norte de Verdún, la línea francesa estaba intacta. Sólo teniendo en cuenta tales circunstancias se puede comprender cómo los franceses, después de otra semana de retirada, pasaran de pronto a la ofensiva ganando la batalla del Marne.

VII. EL DESASTRE BRITÁNICO

La concepción del plan original de Joffre parece haber sido la de mantener los ejércitos de Lanzerac y el británico en la frontera francesa, dando frente a Bélgica, hasta que pudiera medirse la magnitud de la ofensiva alemana a través de Bélgica. En aquellos días confió en que los ejércitos republicanos que operaban hacia el este, particularmente el que avanzaba de Nancy a la Lorena, asestaran duros golpes a los germanos, obligándoles a retirar tropas de Bélgica para reforzar sus ejércitos en Alsacia y Lorena. De acuerdo a tal plan, el ejército británico y las tropas de Lanzerac debían haberse mantenido en el frente comprendido entre el Escalda y el Mosa, apoyándose en Valenciennes, Maubeuge, y Givet.

Sin embargo, cediendo a las solicitaciones de los belgas y a las exigencias de los políticos franceses, Joffre cambió sus planes y envió a Lanzerac y a los británicos hacia el norte, a Charleroi y Mons, precisamente antes de que la derrota experimentada por su ejército de Lorena eliminara definitivamente la posibilidad de debilitar las fuerzas ofensivas alemanas en Bélgica. Este cambio de planes acarreó los desastres que luego se produjeron porque aventuraba a dos pequeños ejércitos, aun imperfectamente concentrados y compuestos de siete cuerpos apenas, contra las masas germánicas, que sumaban trece cuerpos. Debemos deducir también que Joffre no tenía idea de la importancia de las fuerzas que los alemanes enviaran a través de Bélgica ni de la rapidez con que avanzaban, gracias al transporte por vehículos de motor.

Estos errores de cálculo, y otro más, aun no explicado, iban a poner a los británicos al borde de la ruina. El domingo 23 de agosto, el ejército británico, compuesto de dos cuerpos, ochenta mil hombres acaso, tomó posiciones tras de un canal extendiendo sus líneas desde Condé, sobre el Escalda, hasta el punto en que se unía con las fuerzas de Lanzerac, al norte del Sambre, cerca de Binche. Mons era el centro de sus posiciones. Y allí, antes de tener tiempo para atrincherarse, se encontró atacado por masas de tropas alemanas cuya aproximación pasó casi completamente inadvertida, según parece.

La batalla que se produjo fué reñida, pero nunca llegó a un estado decisivo. En algunos puntos los británicos se retiraron para rectificar sus líneas; y la artillería pesada alemana ocasionó pérdidas considerables pero no excesivas. Los británicos se mantuvieron durante toda la tarde; nada indicaba que se les oponía un enemigo de abrumadora superioridad numérica, ni existía el más débil indicio de que estaban amenazados de envolvimiento por el flanco izquierdo. En aquel momento el ejército británico se hallaba al extremo occidental, o sea, a la izquierda de todo el frente de los Aliados, que se extendía desde Suiza hasta Condé. Al oeste de Condé, hasta Lille, los británicos creían que su flanco estaba cubierto por reservas francesas.

Pero a las cinco de la tarde, el feldmariscal French recibió un despacho de Joffre informándole que Namur había caído, que el ejército de Lanzerac estaba en plena retirada desde hacía algunas horas, y que los británicos tenían delante, no dos cuerpos como se había pensado, sino cuatro, mientras que un quinto envolvía en aquellos momentos el flanco izquierdo británico—que French imaginaba protegido por reservas francesas—con el propósito de ponerse a retaguardia de los ingleses.

¿Por qué llegaba tan tarde aquel despacho? ¿Qué era de las reservas francesas en la región de Lille? ¿Por qué no se había informado a los británicos más temprano sobre la retirada de Lanzerac? ¿Cómo es que el propio cuerpo de observación británico no pudo descubrir la magnitud de las fuerzas alemanas? Puntos son éstos que se esclarecerán sólo con el tiempo. Pero el despacho descorre el celo que ocultaba el propósito alemán. Era claro entonces que Von Kluck, después de llegar a Bruselas el 20 de agosto, había cambiado de rumbo, del oeste al sur, y que, con trescientos mil hombres, se lanzaba entonces en aquella dirección en un desesperado esfuerzo por envolver el extremo de la línea de los Aliados, interponerse entre esa línea y París, y provocar un Sedán gigantesco.

Se le oponían menos de ochenta mil británicos. Su quinto cuerpo —cuatro daban frente a los británicos—había pasado por Tournai y avanzaba hacia Cambrai, mientras que un fuerte destacamento de la caballería alemana marchaba a través de la región noroeste de

Francia sembrando el pánico y el desorden y llegando hasta la línea británica de comunicaciones con el Canal de la Mancha. El 23 de agosto, día que siguió a la acción de Charleroi, dos días después de Neufchâteau y tres después de Morhange, la campaña entraba en su fase decisiva.

En tales circunstancias, comprendemos claramente que si el ejército británico no lograba escapar, no pudiendo retirarse y proteger su flanco izquierdo, Von Kluck se interpondría entre París y todos los ejércitos aliados. Von Kluck debía jugar el papel decisivo en el plan de los teutones. Y sólo dos semanas después, cuando la suerte comenzara a serle adversa en la fase inicial de la batalla del Marne, iba a perder la ventaja que ganó al emprender su movimiento de flanqueo con abrumadora superioridad numérica, sobre el extremo occidental de los ejércitos aliados.

VIII. LA GRAN RETIRADA

Aun en presencia de un desastre inminente, el feldmariscal French se condujo con la lentitud de acción que por tanto tiempo embarazó las operaciones británicas en la guerra. No inició la retirada durante muchas horas. Ese tiempo precioso fué perdido, y la pérdida le trajo casi la ruina. Sin embargo, a las siete de la noche del siguiente día, su ejército se hallaba de regreso en Francia, con la derecha apoyada en los fuertes de Maubeuge y el centro en Bavay. En aquel momento French comprendió el peligro que le amenazaba. Era claro que los germanos trataban de hacerle retroceder en dirección de Maubeuge, como Bazaine había sido obligado a replegarse sobre Metz en 1870. Esto hubiera significado la captura de su ejército y habría dejado expuesto el flanco de todos los ejércitos franceses que operaban en el este. En vista de tales circunstancias y a pesar del cansancio que experimentaban sus tropas, French ordenó la continuación de la retirada durante la noche.

Comienza entonces un período de terribles sufrimientos para el ejército inglés, sufrimientos que pusieron a prueba la entereza de los veteranos y ocasionaron la pérdida de muchos prisioneros y algunos cañones, pero gracias a los cuales escaparon las fuerzas británicas. En la noche del 25 de agosto los dos cuerpos se encontraban bastante

alejados: uno, al sur de Cambrai, hacia el oeste; el otro, en Landrecies, por el lado del este. El primer cuerpo fué destrozado en un terrible ataque nocturno en las inmediaciones de Landrecies, el cual pudo rechazar a pesar de todo. Pero las tropas iban quedando exhaustas. El 26 de agosto fué el "día más crítico." El peso de la lucha gravitó sobre el segundo cuerpo, a las órdenes de Smith-Dorrien, reforzado por una división fresca que acababa de llegar. Habiendo recibido la orden de reanudar la retirada al rayar del día, Smith-Dorrien descubrió que era imposible realizarla, viéndose obligado a combatir hasta las tres de la tarde antes de poder evadir el combate que se reñía en las inmediaciones de la ciudad de Le Cateau, conocido más generalmente por batalla de Cambrai. La demanda de auxilio a Sordet, al mando de la caballería francesa, no pudo ser atendida; y el segundo cuerpo se sostuvo solo, porque el primero se hallaba aun muy lejos para acudir a socorrerlo.

Mas a una hora avanzada de la tarde, también los alemanes comenzaron a dar señales de fatiga y Smith-Dorrien pudo poner de nuevo sus tropas en marcha. Durante toda la noche, y el día y la noche siguientes, continuó la retirada; pero la crisis había pasado. El 28 de agosto los británicos se hallaban de regreso en el Oise, extendiéndose sus líneas desde Noyon hasta La Fère, y un nuevo ejército francés se había situado a su izquierda, el ejército de Maunoury, enviado por Joffre tan pronto como hubo medido la magnitud del plan de los teutones en su ataque a través de Bélgica.

Los ingleses tuvieron que arrostrar cinco días con sus noches de marchas y de combates desde Mons hasta el Oise; pero al llegar a este punto el ejército no se hallaba en condiciones de tomar parte en la batalla que proyectaba Joffre. En efecto, no recuperó su confianza ni su cohesión hasta después de la batalla del Marne. Fué incapaz de desempeñar la parte que se le asignaba en aquella acción. Y no obstante, es difícil creer que un ejército, aun formado de soldados profesionales y veteranos, pudiese sobrevivir a aquellos cinco días horrendos.

En todo ese período fué el valor y la resistencia individual de los soldados lo que salvó la situación. Acabados apenas de llegar, los soldados británicos viéronse arrojados bruscamente en medio de una

batalla en la que debían mantener un terreno mayor que en Waterloo, siendo el número de sus adversarios tres veces superior al que desplegó Napoleón en su último campo de batalla.

Cuando aún sostenían los ingleses sus posiciones en Mons, se vieron obligados a la retirada por causa de la derrota del ejército francés en Charleroi, que dejó "en el aire" a las fuerzas británicas que operaban en el oeste. Brillantemente apoyados por el ejército francés de Lanzerac a su derecha, en Guisa, no recibieron, sin embargo, ayuda de la caballería francesa, que se hallaba inmediatamente a su izquierda, hasta que hubo pasado la jornada crítica de Cambrai-Le Cateau.

En aquellos días la opinión pública británica, engañada por las informaciones ridículas que publicaban los periódicos ingleses; exaltada por el entusiasmo de tener un ejército nacional en el continente, por primera vez en sesenta años—y podríamos decir cien, porque la guerra de Crimea apenas conmovió la imaginación popular,—y arrebatada de admiración por la rapidez y eficiencia indudables de la movilización y transporte británicos, atribuyó al ejército inglés en la retirada y en el Marne un papel que no había representado. No solamente puede llamarse el Marne una batalla francesa, sino que el golpe más rudo recibido por los alemanes durante la retirada fué asestado por los franceses en Guisa y no por los británicos en Le Cateau. El ejército británico conquistó verdadera gloria en Ipres, durante los primeros meses del conflicto, y allí murió también como pocos ejércitos han muerto. Pero todos los encomios son débiles al hablar de la manera en que los soldados ingleses afrontaron una crisis tan grave y completamente imprevista como aquella.

Es esencial señalar aquí la diferencia que existía entre la posición del ejército británico el 28 de agosto y la de los ejércitos franceses que operaban a ambos flancos de las tropas inglesas. Las tropas republicanas se encontraban no sólo intactas sino en condiciones de tomar la ofensiva. Dos nuevos ejércitos, los de Foch y Maunoury, habían llegado al centro y a la izquierda. Joffre había podido corregir los errores de la primera concentración y afrontar los factores imprevistos de la concentración alemana. Pero la retirada inglesa,

realizada con inevitable precipitación, había abierto una brecha en sus líneas. Esta circunstancia y las condiciones en que se veía el ejército británico, le obligaron a tomar la decisión suprema que condujo directamente a la batalla del Marne.

IX. EL ÚLTIMO PLAN DE JOFFRE

A pesar de todos sus contratiempos, Joffre no había desistido de la idea de asumir la ofensiva en el momento favorable. No consideró nunca los primeros reveses sino como incidentes de la lucha; mientras que el alto comando alemán los interpretó erróneamente como indicios de un completo descalabro. Derrotado en toda la línea en el primer ataque, Joffre estaba dispuesto a luchar de nuevo en la frontera. Sin embargo, comprendió que esto era imposible al descubrir la magnitud del ejército de Von Kluck. Pero el 30 de agosto Joffre se hallaba listo nuevamente para atacar a lo largo de las líneas del Somme, el Oise y el Aisne. Y efectivamente atacó en Guisa y al norte de Rethel, ganando un triunfo bastante halagüeño en el primer punto.

Mas en tales circunstancias afrontaba la cuestión de arriesgar la batalla decisiva con las fuerzas británicas agotadas y retrocediendo al sur del Somme. Decidió entonces continuar la retirada llamando de Guisa a sus victoriosas tropas; pero semejante resolución no se debió a las derrotas sufridas por los franceses sino al desastre de los británicos, desastre que tuvo su origen en la magnitud imprevista de los ejércitos que los alemanes enviaron a través de Bélgica, la ausencia de reservas francesas para cubrir el flanco inglés, y la inopinada rapidez con que Von Kluck, gracias al transporte por vehículos de motor, realizó su avance hacia el sur, desde Mons hasta el Somme.

El 30 de agosto Joffre, sabiendo que los ejércitos rusos se hallaban en Prusia Oriental y en Galizia, pensó sin duda que un éxito ruso en suelo alemán obligaría inmediatamente a los germanos a retirar tropas del oeste. Este cálculo iba a ser desbaratado el día siguiente, cuando los alemanes iniciaron la acción de Tannenberg que eliminaría la presión de los rusos en Prusia Oriental. Animado por la confianza de que Rusia podría desempeñar su parte, era posible esperar para

Joffre, aun cuando el esperar significase una nueva retirada. Pero por el 30 de agosto todos sus ejércitos habíanse rehabilitado y estaban en condiciones de luchar, reorganizados y robustecidos; y Sarrail y D'Esperey habían reemplazado a Ruffey y Lanzerac.

Entre el 20 de agosto, día de la batalla de Morhange, y el 30 del mismo mes, Joffre había, pues, dispuesto en nuevo orden sus ejércitos, restableciendo la cohesión perdida y preparando un instrumento que iba a emplear. Como no se presentara la oportunidad el día 30, ordenó una nueva retirada hasta determinados límites, con el firme propósito de atacar dentro de breve plazo. Había escapado de un gran desastre, conocía los planes de su adversario, y poseía los recursos necesarios para contrarrestarlos.

El primero de septiembre toda la línea francesa desde Verdún hasta el Somme está en retirada; el ejército de Maunoury se halla en marcha hacia el campo atrincherado de París; el de Sarrail comienza a oscilar hasta situarse en forma de apoyar un flanco sobre Verdún y otro sobre el Ornain, al oeste de Bar-le-Duc; y los demás ejércitos republicanos inician un movimiento de repliegue hacia el sur del Marne, teniendo el Sena como punto extremo meridional de retirada. Entre tanto, nuevos contingentes de tropas llegan de la Lorena. Al terminar la nueva concentración, los franceses habrán superado todas las desventajas impuestas por la magnitud de los ejércitos alemanes enviados a través de Bélgica, y resistido las primeras derrotas con sólo pequeñas pérdidas. El ánimo de los ejércitos republicanos no habrá sido afectado, se renovarán las provisiones de pertrechos, y los alemanes comenzarán a mostrar la tensión de sus marchas largas y forzadas, y a experimentar la falta de municiones y artillería pesada.

Para comprender la estrategia francesa es esencial recordar que el comandante en jefe francés tenía indudablemente presentes los acontecimientos de 1870. En aquella época las primeras batallas habían sido graves derrotas para los ejércitos franceses; pero luego las fuerzas se habían separado, quedando Bazaine encerrado en Metz mientras Mac-Mahon, empujado por la presión política, conducía a sus legiones al desastre de Sedán. En 1914 se habían producido los reveses iniciales, desbaratando todos los planes fran-

ceses de ofensiva; mas habíase mantenido firmemente desde el comienzo la idea primordial de preservar la cohesión de todos los ejércitos y evitar el aislamiento o las maniobras envolventes.

En el campo de batalla los jefes franceses demostraron seria inferioridad con respecto a los alemanes durante los primeros encuen-



POSICIÓN DE LOS EJÉRCITOS FRANCÉS Y ALEMÁN EL 30 DE AGOSTO DE 1914

Entre el 20 de agosto, fecha de la batalla de Morhange, y el 30 de agosto, Joffre restableció sus ejércitos, restauró la cohesión, y preparó el instrumento de que se disponía a hacer uso.

tros; pero el alto comando francés no se inmutó ante tales reveses ni se dejó arrastrar a ofensivas prematuras, ni permitió que la presión política le indujera a arriesgar un combate decisivo en condiciones desfavorables. Y el primero de septiembre las ventajas pasaron de pronto al lado de los franceses. La estrategia alemana comenzaba a fracasar. Si bien el comandante francés calculó erróneamente la

magnitud de la arremetida alemana a través de Bélgica y la eficacia de la artillería pesada alemana, el estado mayor alemán se equivocó completamente respecto de las condiciones de los ejércitos franceses y pronto dejóse arrastrar a una posición fundamentalmente defectuosa, perdiendo la batalla decisiva.

CAPÍTULO SEXTO

LA BATALLA DEL MARNE

I

EL 5 DE SEPTIEMBRE

El 5 de septiembre de 1914, a mediodía, una batería francesa del "75" saliendo de la aldea de Iverny, a menos de viente millas al este de París y a menos de cinco millas de Meaux, se encontró repentinamente bajo el fuego de una batería alemana emplazada en las colinas de Monthyon-Penchard, un poco más hacia el este. El capitán de la batería cayó muerto, y los artilleros franceses con sus piezas retrocedieron apresuradamente. Éstos fueron los primeros disparos de la batalla del Marne. Los cuatro días siguientes presenciaron la más grande batalla de la historia moderna, librada por mucho más de dos millones de hombres, en un frente de ciento cincuenta millas, desde las cercanías de París hasta los fuertes de Verdún.

En esta batalla un ejército alemán que había ido de victoria en victoria y uno de cuyos flancos había pasado desde Lieja, a través de Bruselas, casi hasta las puertas de París, fué rechazado y obligado a retroceder no menos de setenta millas en una de sus alas, abandonando cañones, banderas y prisioneros. Más que esto: la batalla decisiva, para la que los militares de Alemania se habían estado preparando durante cuarenta años, se perdió. La esperanza de un golpe rápido, breve e irresistible, que la violación de la neutralidad de Bélgica facilitó, desvanecióse por completo. La ofensiva perdióse, y el ejército derrotado se halló obligado a enterrarse en las trincheras, desde las que, durante los dos siguientes años de guerra, no habría de serle posible hacer ningún avance considerable.

Éste fué el que los franceses llamaron "el milagro del Marne." A medida que se producía no era posible dar informes detallados

sobre este episodio, y, una vez terminado, los acontecimientos subsiguientes despojáronle del interés público. Trataré de narrar brevemente la historia de las fases decisivas de esta batalla tal como me fueron relatadas por los oficiales franceses en los campos de la guerra año y medio después, y según las descripciones de los críticos militares franceses, que desgraciadamente muy poco se han traducido hasta hoy.

Para comprender el curso de esta gigantesca lucha es necesario desechar primeramente la leyenda familiar de que los ejércitos franceses que ganaron la batalla—la participación inglesa fué insignificante—jamás fueron derrotados. La batalla no fué la acometida repentina de miles y centenares de miles de soldados que durante días y días huían delante de un enemigo victorioso. Fué el resultado de un plan claro, frío y deliberado, y de acuerdo con ese plan los varios ejércitos franceses, junto con las pequeñas fuerzas británicas que pelearon en el Marne, habían sido retirados de la frontera y llevados al campo de batalla.

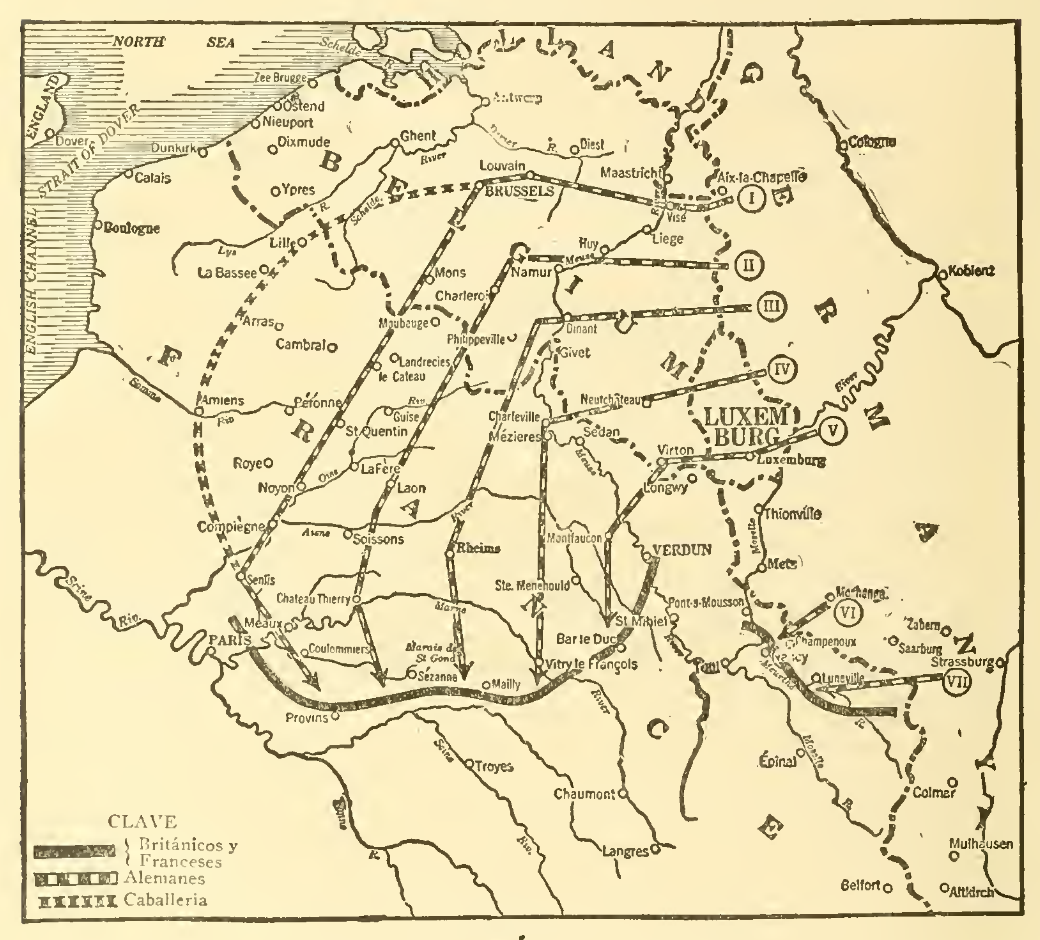
El único propósito de la estrategia francesa en los primeros días de la guerra había sido el de conservar los ejércitos intactos hasta que la dirección y la naturaleza del principal empuje alemán se revelasen. Subordinados a este plan, y no por razones políticas y sentimentales, como se afirmaba en aquel entonces, Joffre había iniciado varias ofensivas secundarias en Alsacia, en Lorena y en el Luxemburgo belga, que dieron como resultado las derrotas en Morhange y Neufchâteau, y la victoria inútil, subsiguiente a una derrota inicial, cerca de Mühlhausen.

Todos los ejércitos comprometidos en estas batallas se retiraron a sus posiciones primitivas, defendiendo sus líneas y rechazando todos los ataques; pero el ejército francés que se envió al norte, hacia Bélgica, junto con las fuerzas expedicionarias británicas, había sido derrotado por una masa alemana, inesperadamente grande, que dividida en tres ejércitos llegara a través de Bélgica. El ejército francés fué derrotado en Charleroi y se retiró en buen orden, y el ejército inglés fué casi destruído porque sobre él cayó toda la fuerza del ataque alemán.

Todo esto era claro para Joffre en los primeros días de la última

semana de agosto. Los alemanes, dueños de la iniciativa, habían decidido mandar a través de Bélgica una enorme masa de tropas, cuyo número no se descubrió hasta que llegaron y pasaron la frontera franco-belga.

Pero hacia el 25 de agosto, Joffre se dedicó a la tarea de hacer



EL AVANCE ALEMÁN HACIA EL MARNE

I—Von Kluck
II—Von Bülow
III—Hausen
IV—Würtemberg
V—El Kronprinz
VI—Los bávaros
VII—Heeringen

frente a los alemanes reconcentrando sus ejércitos para conseguir la superioridad o la igualdad del número en el punto decisivo, ya que nunca pudo conseguir la igualdad numérica en todos los puntos. Mientras se operaba esta reconcentración, el general siempre previó una nueva ofensiva francesa.

Hacia el primero de septiembre parecía que el momento propicio



EL MARISCAL FOCH

Éste es el hombre cuya tremenda embestida puso en fuga a la Guardia Prusiana en la batalla del Marne. Iniciado el ataque, en el momento preciso arrolló a la Guardia Imperial atravesándola "del mismo modo que un cuchillo corta la manteca," desbaratando todo el ejército de Hausen y ganando la condecoración verbal de Joffre como "el primer estratega de Europa." Unas pocas semanas después, por medio de su pericia y de la ayuda de la flor del ejército británico, las tropas de Foch ganaron la terrible batalla de Ipres. Refiérese que esta vez Lord Roberts, después de estudiar sus planes, dijo a los oficiales del estado mayor de Foch: "Tenéis un gran general." Su nombramiento como generalísimo de las fuerzas aliadas señala el principio de la campaña final de la victoria.

había llegado. Joffre había reunido dos nuevos ejércitos, uno en el centro y otro en la izquierda, en el flanco británico, eliminando así el peligro que el ejército de Von Kluck representaba después de Mons. En la línea del Somme, del Oise, del Aisne, desde Amiens a Verdún, los ejércitos franceses estaban prontos, pero desgraciadamente el ejército británico había sufrido extraordinariamente y se había retirado demasiado. Así, pues, a pesar de varias ventajas locales en diversos combates, especialmente en Guisa, Joffre se resolvió a una nueva retirada. Conseguida ésta, su línea descansaría por ambos extremos en París y en Verdún. Su centro describiría una curva hacia el sur llegando casi al Sena. Desde este punto decidió atacar a los alemanes.

Esta retirada que empezó hacia el primero de septiembre y terminó el 4 del mismo mes, colocó a los alemanes en un difícil dilema. Retirándose hacia el sur de París, Joffre ofrecía a Von Kluck, con su ala derecha, la oportunidad de atacar la ciudad. Era una carnada tentadora, pero Von Kluck, sabiamente, la rehusó. Operación tal hubiera consumido demasiado tiempo, debilitando la línea en otra parte para poder conseguir los efectivos numéricos necesarios. Pero habiéndola rehusado no quedaba a Von Kluck otro camino—ya que se hallaba obligado a mantenerse en contacto con Von Bülow—que el de doblar hacia el sudeste y marchar directamente delante de los fuertes de París. Su objetivo era el ala izquierda de los ejércitos franceses, y el propósito de toda la fuerza alemana era aniquilar a los ejércitos de campaña de Francia.

II. VON KLUCK DOBLA HACIA EL SUDESTE

La vuelta de Von Kluck hacia el sudeste ofrecía seguridad solamente en el caso de que no hubiese en París sino una pequeña guarnición. Si existía un ejército, cuando su frente hubiese rebasado el sur de París, su flanco y su retaguardia se hallarían expuestos a un ataque de esta dirección y se hubiera encontrado exactamente en la misma posición que los ingleses se encontraron en Mons y en Cambrai. Y como los ingleses se hallaban al final de toda la línea anglo-francesa, desde los Vosgos al oeste, y estaban así expuestos, toda la línea alemana se encontraría en este caso expuesta del mismo modo.

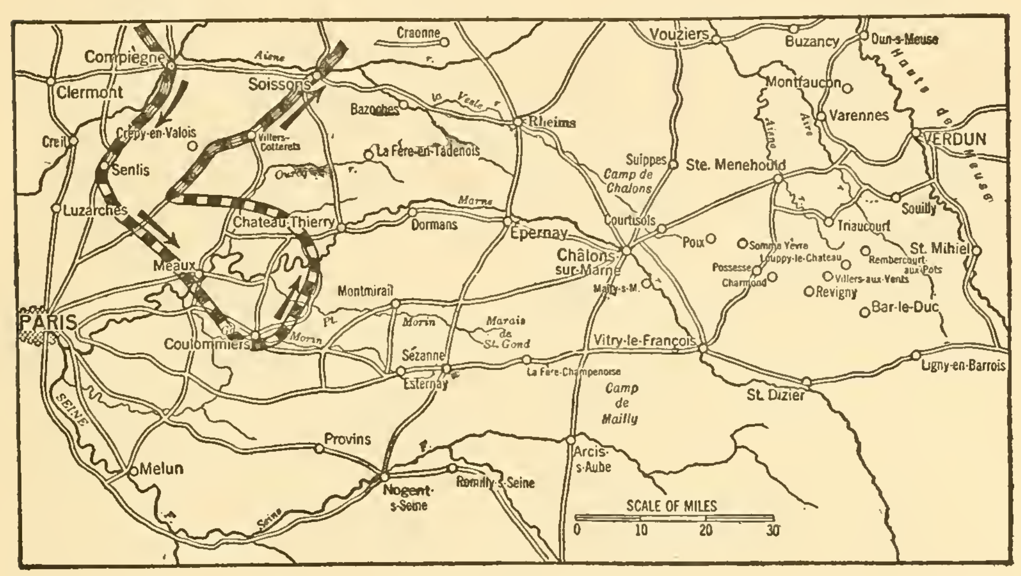
Llegamos ahora a la primera de las dos circunstancias determinantes de la batalla del Marne, que en la historia de Francia se conocen respectivamente con el nombre de la batalla del Ourcq y de Fère-Champenoise. Von Kluck, como los otros generales alemanes, parece que estaba convencido de que todos los combates iniciales de la guerra habían sido decisivos. Al parecer estaba seguro de que tenía ante sí solamente a tropas derrotadas y no sospechaba el hecho de que Joffre había concentrado delante de París un nuevo y fuerte ejército: el de Maunoury, que estaba ahora preparado para atacarle de flanco del mismo modo que él había atacado el flanco anglo-francés, desde Mons al Oise.

Fué en la tarde del 3 de septiembre cuando el general Gallieni, comandante del campo de París, supo por medio de sus exploradores que el ejército de Von Kluck había empezado a alejarse de París y que marchaba hacia el sudeste, de Senlis hacia Meaux y los pasos del Marne. Comunicó el hecho a Joffre por teléfono y al siguiente día se concertó el plan que precipitó la batalla del Marne. El mérito de este plan es aún hoy motivo de disputa por los partidarios de ambos generales. Al día siguiente, el 5 de septiembre, Joffre publicó su famosa orden anunciando que había llegado el momento de atacar, gracias a los errores del enemigo, que no habría perdón para el fracaso y que las tropas que no pudieran avanzar debían morir en sus posiciones.

Se dispuso efectivamente que el ejército de Maunoury, saliendo del campo atrincherado de París y dirigiéndose hacia el este, atacase a los pequeños destacamentos de flanco que Von Kluck había dejado haciendo frente a París, empujándolos hacia el este del otro lado del río Ourcq, que viene del norte y desemboca en el Marne, por encima de Meaux; y, después de pasar el Ourcq, atacar la retaguardia de los ejércitos de Von Kluck y de Von Bülow. El núcleo del ejército de Von Kluck se hallaba muy al sur del Marne, frente a los ingleses y al quinto ejército francés bajo el mando de Franchet d'Esperey. Un paralelo excelente del ataque del Maunoury es el que llevó a cabo "Stonewall" Jackson, sobre la derecha de Hooker en Chancellorsville.

A los ingleses se les asignó precisamente una parte igual a la que

Napoleón confió a Grouchy en la campaña de Waterloo. El feldmariscal French debía atacar y entretener al ejército de Von Kluck, mientras que Maunoury atacaba su flanco y su retaguardia. Von Kluck tenía dos cuerpos de ejército al sur del Marne haciendo frente a los ingleses, además de la caballería. Los ingleses tenían tres cuerpos frente al ejército de Von Kluck y la línea se prolongaba por la derecha con la caballería del general Conneau, en dirección a la izquierda del ejército de D'Esperey.



EL CÍRCULO DE VON KLUCK

Hacia el primero de septiembre en Senlis, Von Kluck empezó a moverse hacia el este, alejándose de París. El 5 de septiembre la vanguardia de su ejército se hallaba al sur del Marne, más allá de Coulommiers. En aquel entonces su retaguardia y su flanco al norte de Meaux, fueron atacados por Maunoury saliendo de París. Von Kluck, entonces, retiró hacia atrás la masa de sus tropas, describiendo un círculo completo al norte del Marne y al oeste del Ourcq. El 9 de septiembre, después de la derrota de Hausen, empezó su retirada sobre Soissons.

III. EL FRACASO BRITÁNICO

En esta misión especial los ingleses fracasaron del mismo modo que fracasó Grouchy y el resultado fué que se escapara Von Kluck restringiendo la extensión de la victoria aliada. El fracaso permaneció ignorado durante mucho tiempo para el público inglés, al que se le informó, desde los primeros momentos, haciéndole creer generalmente que los ingleses habían ganado la batalla del Marne y habían salvado a Francia. Pero los hechos son enteramente distintos. No solamente los ingleses no tomaron parte activa en la

batalla del Marne, sino que si hubiesen hecho lo que se esperaba ya que no lo que se confiaba que harían, Von Kluck podría haber sido aniquilado y la batalla del Marne pudo haber sido tan definitiva como la de Waterloo.

La narración del fracaso británico puede hacerse en pocas palabras. El 4 de septiembre los generales Gallieni y Maunoury se dirigieron en automóvil al cuartel general del feldmariscal French en Melún, y pidieron al comandante británico que cambiase de frente y atacase a los dos cuerpos del ejército de Von Kluck que tenía ante sí, ataque que debía efectuarse al siguiente día, o sea el 5 de septiembre. Al mismo tiempo Maunoury atacaría el flanco y las retaguardias de Von Kluck a lo largo del Ourcq. Tal operación aniquilaría al ejército de Von Kluck cogiéndole en un movimiento semejante al de las hojas de una tijera. Y ésta fué la estrategia de la batalla del Marne.

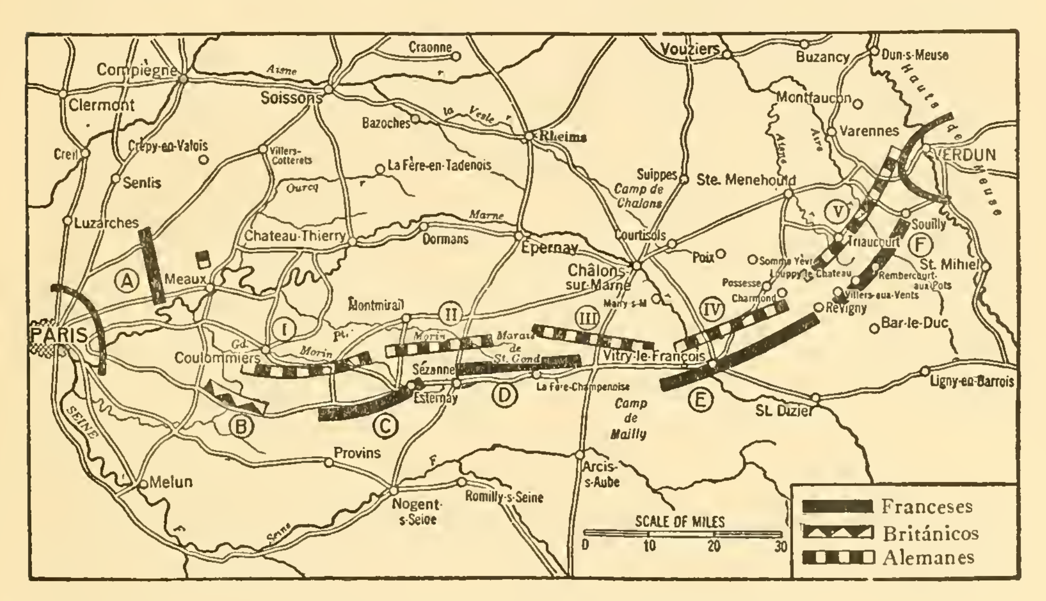
Pero el feldmariscal French declaró que no estaría listo para iniciar el ataque antes de cuarenta y ocho horas, como así fué, con el resultado de que Von Kluck retiró los dos cuerpos de ejército que tenía frente a los ingleses y arrojándolos contra Maunoury destruyó de este modo toda la concepción estratégica del alto comando francés, faltando muy poco para que el ejército de Maunoury fuese destruído ante las mismas murallas de París.

Todo lo que quedó frente a los ingleses fué una pantalla de fuerza de caballería que bastaba para contener el avance inglés. El ejército del feldmariscal French no cruzó el Marne hasta el 9 de septiembre; y el ala izquierda inglesa, cuya ayuda era la que más se deseaba, no atravesó el río a tiempo para ayudar a Maunoury ni en lo más mínimo.

De modo, pues, que los ingleses no tomaron parte en absoluto en la batalla del Marne; y sobre este punto los comentadores franceses e ingleses de alguna autoridad están completamente de acuerdo. Ha terminado, por tanto, la leyenda de que los ingleses salvaran nada en el Marne; y la única cuestión que queda es la de si lo que se perdió, como consecuencia de su fracaso, se perdió inevitablemente. ¿Pudo el feldmariscal French haberse movido con más rapidez? ¿Dejó que se le escapara de entre las manos la suprema oportunidad de la

guerra? Ésta es indudablemente la opinión de los comentadores militares franceses y hacia esta misma conclusión se inclina claramente hoy en día la crítica del elemento militar británico.

Los apologistas del feldmariscal French insisten en que Maunoury atacó demasiado pronto y que la responsabilidad del fracaso es suya y no del general inglés. Pero, ¿podrá sostenerse esa defensa? Sabemos ahora que el golpe decisivo de la batalla lo llevó a cabo el mariscal Foch el 9 de septiembre, en Fère-Champenoise; sabemos



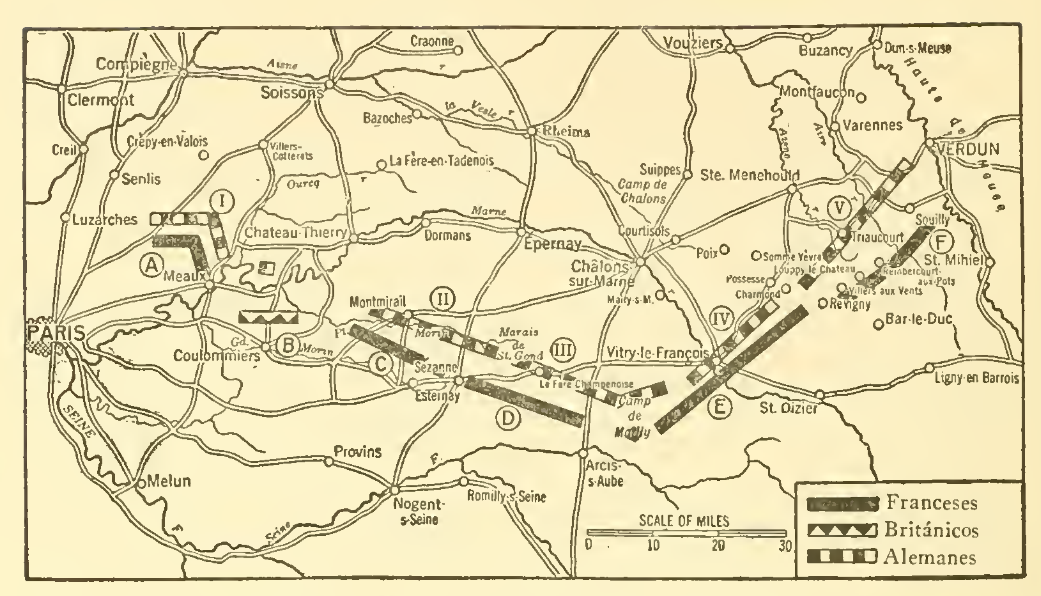
BATALLA DEL MARNE, 5 DE SEPTIEMBRE

A—Maunoury
B—Ingleses
C—Franchet d'Esperey
D—Foch
E—De Langle de Cary
F—Sarrail
I—Von Kluck
II—Von Bülow
III—Hausen
IV—Würtemberg
V—Kronprinz

NOTA—El pequeño cuadrado blanco y negro encima de Meaux, representa al cuarto cuerpo de reserva dejado por Von Kluck para cubrir su flanco.

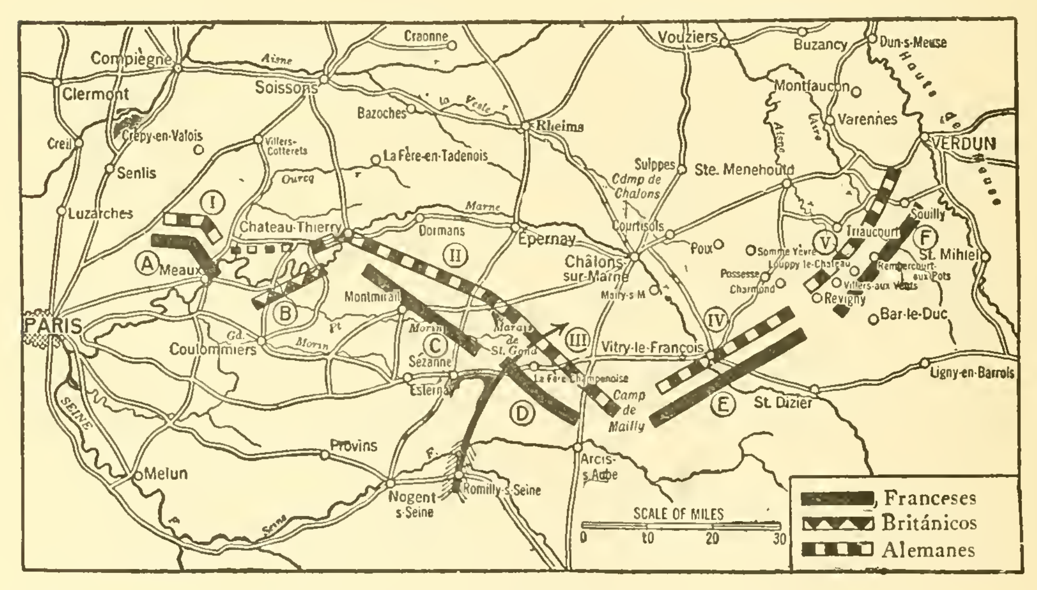
que atacó cuando su ejército se hallaba en una crítica situación y que tuvo éxito solamente porque el ataque de Maunoury, iniciado el 5 de septiembre, acababa de producir esa dislocación en las líneas alemanas que abrió el boquete por donde penetró Foch.

Podemos, pues, decir, sin ambages, que Maunoury no atacó prematuramente. Atacó en el momento señalado por Joffre que dominaba todo el campo de batalla, mientras que el feldmariscal French solo veía parte del mismo, y atacó porque Joffre se dió cuenta de que había llegado la hora y que esperar más tiempo sería peligroso. Lo



BATALLA DEL MARNE, 8 DE SEPTIEMBRE

Los ejércitos están designados por los mismos signos que en el mapa anterior. El pequeño cuadro al norte de los ingleses representa el cuerpo de caballería.



BATALLA DEL MARNE, 9 DE SEPTIEMBRE

Los ejércitos se indican como en los mapas anteriores. La flecha muestra el ataque de la división 42 de Foch que ganó la batalla de Fère-Champenoise.

que ocurrió el 9 de septiembre, antes de que Foch se aprovechase de la oportunidad de salvarse a sí mismo y de salvar a Francia, demuestra completamente el acierto de la decisión de Joffre.

Esto indicaría que el ataque de Maunoury no era prematuro, pero no probaría que el feldmariscal French anduvo remiso, o "demasiado cauteloso" para repetir las palabras de un severo comentador británico. Pero desgraciadamente para el feldmariscal French todos los antecedentes están en contra suya. Se retardó en Mons; se retardó en la retirada, especialmente en Guisa, en circunstancias que tuvieron consecuencias trágicas para un comandante francés; se retardó en el envío de refuerzos en Neuve-Chapelle y en Loos. Todas estas demoras fueron fatales para el éxito del momento y el efecto acumulativo de todas ellas ocasionó su retiro del mando del ejército británico en Francia.

Según los propios informes de French, basados en multitud de testimonios con respecto a sus procedimientos en la batalla del Marne—cuando insistía en solicitar refuerzos del hostigado Maunoury, después de haber dejado que el ejército de Von Kluck, con excepción de una pantalla de caballería, escapara de su frente para atacar a Maunoury,—se hace difícil no llegar a la conclusión de que el feldmariscal no supo mostrarse a la altura de la más grande oportunidad de la guerra, sea porque no se dió cuenta de ella o sea porque no tuvo la suficiente energía e iniciativa.

De todas maneras no puede existir duda alguna sobre el hecho principal. Los ingleses no lucharon nunca seriamente en la batalla del Marne y en lo material no contribuyeron a la victoria francesa. El feldmariscal French fracasó aquí de manera tan completa como Grouchy en la campaña de Waterloo. El fracaso de Grouchy le costó el trono a su emperador. El fracaso de French no tuvo consecuencias tan graves, pero privó a Francia de las ventajas máximas de un plan magníficamente concebido y salvó infaliblemente de la destrucción al ejército de Von Kluck.

IV. LA BATALLA DEL OURCQ

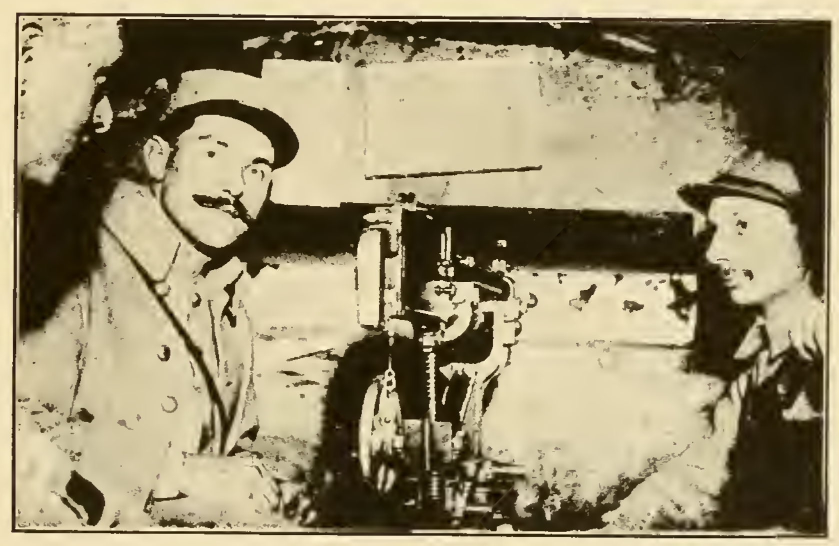
El 5 de septiembre el ejército de Maunoury se puso en movimiento, la mitad avanzando contra el flanco de Von Kluck (el cuarto

cuerpo de reserva) y la otra mitad describiendo un círculo desde el norte, dirigiéndose contra el otro flanco y la retaguardia de dicho cuerpo. Maunoury tenía menos de cien mil hombres al empezar el combate, pero su número se duplicó a medida que se desarrollaba la batalla, aunque con toda clase de elementos heterogéneos, tropas de Argelia y de Marruecos y reservistas, con sólo unas pocas unidades de primera línea. El 5 de septiembre tenía ante sí no más de cuarenta mil alemanes.

El campo de batalla del Ourcq es una planicie nivelada, ancha, que se extiende hacia el norte, desde el Marne, y termina por el este abruptamente, en rápido declive hacia el hondo valle del Ourcq. A la vista parece una llanura perfectamente lisa, salvo dos colinas cubiertas de árboles a unas cuantas millas al este de Meaux: las colinas de Monthyon y de Penchard. Está cortado por varios arroyos y encierra algunas pequeñas aldeas, sin paredes ni cercas, ni nada que constituya un obstáculo para las tropas o para el fuego de la artillería. Varias grandes granjas, que recordaban el Château de Hougoumont en Waterloo, desempeñaron un papel similar en la batalla. En la tarde del 5 de septiembre este ejército de Maunoury avanzó y se puso en contacto con las tropas alemanas sobre las colinas de Monthyon y de Penchard. Estas colinas fueron tomadas al anochecer. En la mañana del 6 de septiembre los alemanes se hallaban en retirada hacia el mismo margen de la meseta, con el valle del Ourcq a sus espaldas. Una serie de aldeas fueron tomadas por asalto, especialmente las de Barcy y Étrépilly, y los franceses, por el lado norte, pudieron amenazar con un movimiento de flanco que prometía arrojar fuera de sus posiciones al cuarto cuerpo de reserva alemán.

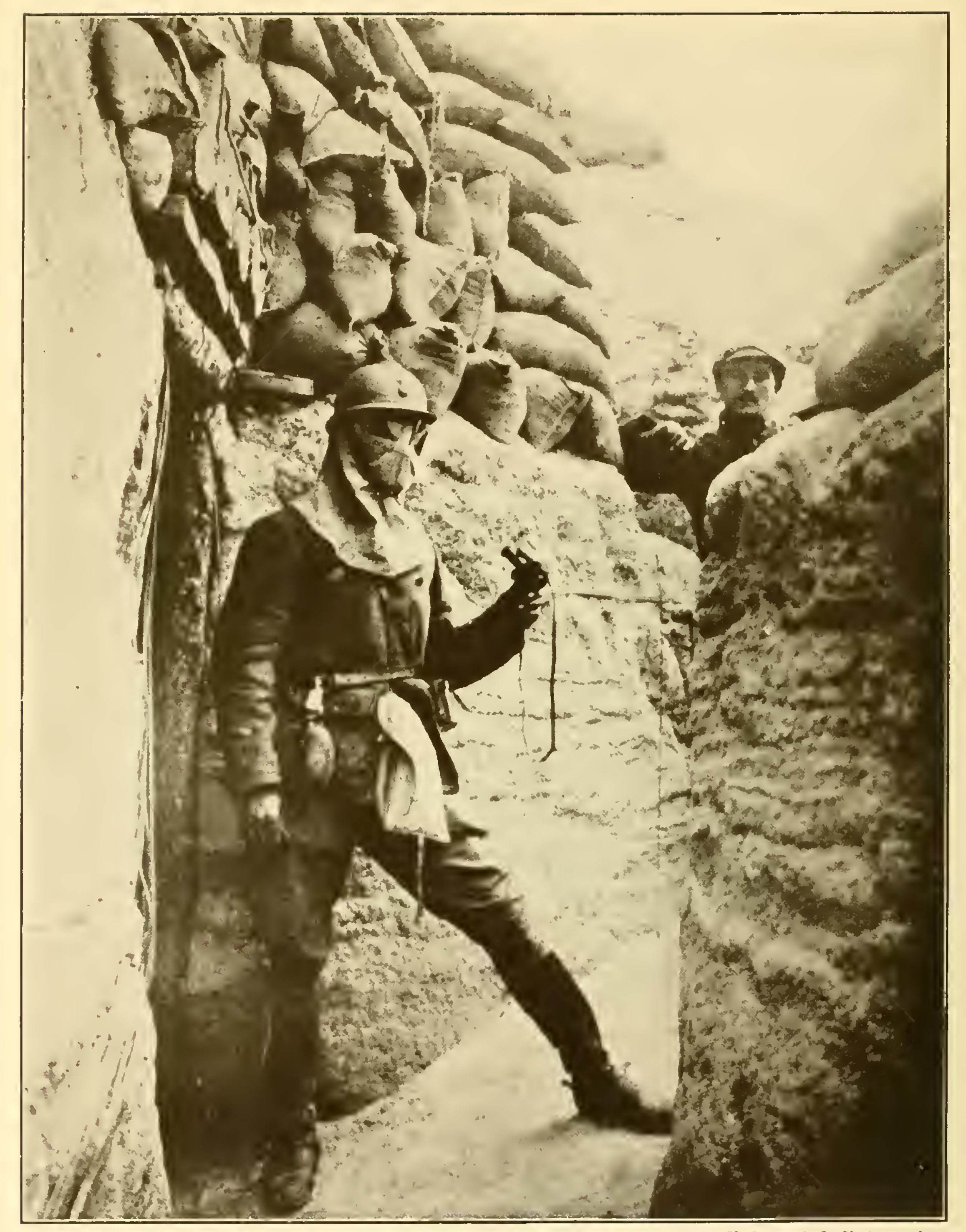
Pero entonces se produjo el cambio. Von Kluck pareció apreciar todo el peligro con una rapidez increíble y el 6 de septiembre empezó a retirar sus tropas del frente británico. Pudo retirar primero el segundo cuerpo (activo) y después el cuarto cuerpo (activo) dejando solamente la caballería a las ordenes de Marwitz, para contener a los ingleses. Con estas tropas contraatacó a Maunoury, haciéndole retroceder considerablemente el 8 de septiembre, y al siguiente día dobló hacia atrás el flanco norte del ejército francés colo-

NUEVAS FASES PICTÓRICAS DE LA GUERRA MODERNA



POSICIÓN DEFÉNDIDA DE UNA AMETRALLADORA ESCONDIDA

A no ser por el ruido igual al de una máquina neumática de remachar, esta ametralladora no daría indicio alguno de su presencia al enemigo. Hace fuego a través de una cortina de red pintada.



EL *AGENT DE LIAISON*

El nombre oficial de este soldado francés es tan siniestro como su apariencia. Es un *agent de liaison.* Consuela saber que esto significa simplemente el cargo de operador telefónico. Usa su mascarilla para protegerse contra los gases asfixiantes. Una granada de mano está en su cartuchera suspendida del cinto.

Fotografías por Paul Thompson

GASES ASFIXIANTES EN LA GUERRA

La fotografía superior muestra los tubos cilíndricos de donde sale el gas venenoso. Dejáronlos abandonados los austriacos cuando los rusos los arrojaron de esta posición. Algunas veces hay que cavar trincheras cuando las bombas y granadas de gas explotan en las cercanías. Estos soldados británicos llevan puesta la mascarilla para protegerse contra los vapores deletéreos.



AMETRALLADORAS EN POSICIÓN DESCUBIERTA

Las armas y los hombres se hallan protegidos solamente por pequeñas excavaciones y hoyos de granadas, condiciones propias de todo avance.

EL PERISCOPIO Y EL CASCO DE METAL

Los soldados franceses pronto se inclinaron a la dura necesidad de abandonar sus túnicas azules y pantalones rojos, tan queridos para ellos, y de tradición tan gloriosa como romántica. Estos *poilus* en las trincheras buscan toda la seguridad y la comodidad posibles. Vestidos con el útil y poco visible uniforme de color azul celeste y con cascos de metal, uno de ellos está tratando de disparar su rifle, equipado con un periscopio con el fin de no exponerse más de lo necesario, mientras que su camarada se distrae leyendo su periódico favorito de Paris.



LO QUE SE VE DE UN BOSQUE CONVERTIDO EN CAMPO DE BATALLA

© *Underwood & Underwood*

YELMO, GRANADA DE MANO, Y ESCUDO

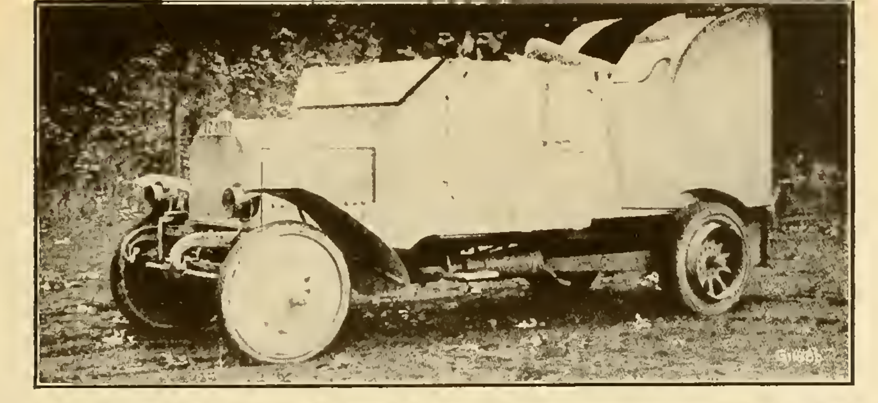
La historia se repite en la guerra como en las demás relaciones humanas. En 1913 el mundo creía que el día de los guerreros con cascos de acero y escudos había pasado para siempre, pero he aquí uno vivo y palpitante. También es un granadero, en el verdadero sentido de la palabra, porque se halla dispuesto a arrojar una granada de mano al enemigo.

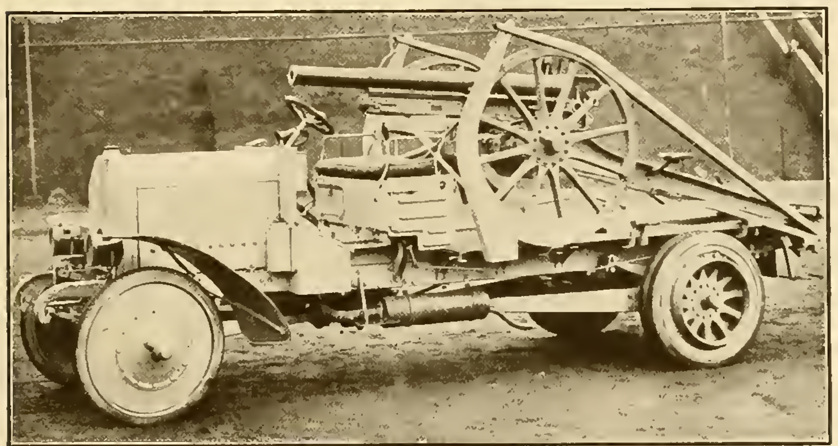


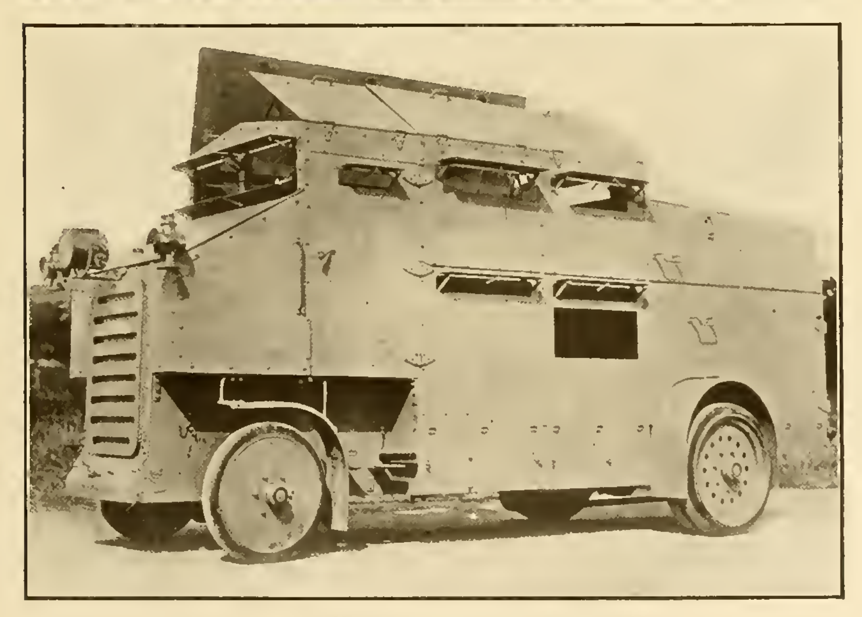
Propiedad registrada por el International News Service

ALAMBRADAS DE PUAS

El alambre de púas se ha empleado en una escala sin precedente en la guerra mundial. Estas tropas (*fotografía superior*) avanzan sobre un fuerte abandonado costeando una formidable alambrada sostenido por fuertes postes. Los franceses han inventado un cañón (*fotografía inferior*) que dispara en medio de las alambradas un gancho adherido a un cable. El gancho se enreda en éstas y después se tira del cable, arrastrando así grandes cantidades de alambre.







EL MOTOR DE GASOLINA

El motor de gasolina ha aumentado extraordinariamente la movilidad de las tropas modernas. La figura inferior muestra una pequeña fortaleza británica que puede moverse a razón de veinticinco o treinta millas por hora donde haya buenos caminos. La fotografía superior y la del centro indican un método que adoptaron los alemanes para aumentar la movilidad de su artillería. El carro blindado protege a la dotación del cañón durante el tránsito al punto de su emplazamiento. Una vez llegado se remueve el blindaje como se indica en la figura del centro y el cañón se halla dispuesto para hacer fuego en dos o tres minutos.

TRABAJO Y DIVERSIONES EN EL FRENTE

Estos artilleros franceses (*figura superior*) se hallan en una excavación perfectamente escondida a las observaciones aéreas del enemigo.

Aunque parezca un lugar extraño para una dulcería, sin embargo hace un brillante negocio. La Asociación Cristiana de Jóvenes tuvo muchos establecimientos como éste detrás mismo de la línea de fuego. Los soldados aprecian muchísimo la oportunidad de poder comprar dulces y otras golosinas.

cándolo en posición de ángulo recto con el resto de la línea, y ese mismo día parecía que Maunoury iba a ser rechazado nuevamente hacia dentro de París. La noche del 9 al 10 de septiembre la guarnición de París la pasó sobre las armas y las tropas de Maunoury esperaron ansiosamente el amanecer, y aunque con órdenes de atacar, pensando que ellos serían los atacados y destruídos. Después de tres días y medio de combate se hallaban completamente agotados. Cuando amaneció el 10 de septiembre los alemanes se habían ido. Había empezado para Von Kluck la retirada hacia el Aisne, pero no fué una retirada debida a su derrota. El primer golpe de los franceses había sido contenido. El fracaso de los ingleses para retener, aunque sólo fuese uno de los cuerpos de ejército de Von Kluck, y la extrema lentitud de sus movimientos, habían permitido a Von Kluck reconcentrar su ejército, escapando de la mala situación en que se hallaba cuando comenzó la batalla, le habían dado ocasión de rechazar al ejército de Maunoury, asegurándose de ese modo la retirada, y le habían puesto casi a punto de ganar una batalla decisiva.

V. FÈRE-CHAMPENOISE

Si el ataque de Maunoury había fallado en su objetivo principal, logró sin embargo dislocar, no solamente al ejército de Von Kluck, sino al de Von Bülow, que se hallaba hacia el este, ejército que había vencido en Charleroi y que se hallaba ahora frente al quinto ejército francés a lo largo del Grand Morin, al sur de Montmirail y al este de los pantanos de Saint-Gond. Este ejército se retiró para conservar su línea con Von Kluck, perseguido constantemente y sosteniendo muchos combates menores en los mismos campos de batalla de la famosa campaña napoleónica de 1814. Montmirail, Vauchamps y Champaubert despertaron del sueño de un siglo de paz a una nueva carnicería. Pero la lucha entre D'Esperey y Von Bülow no era decisiva porque Von Bülow se vió obligado a retirarse gradualmente para mantener su contacto con Von Kluck, y de ahí que esta parte de toda la batalla del Marne sea de una importancia relativamente menor. Si Von Kluck hubiese atacado a París, el ejército de D'Esperey podría haber desempeñado otra parte decisiva porque Joffre había también previsto esta eventualidad.

Al este de D'Esperey se hallaba el ejército de Foch, al que tocó desempeñar ahora un papel decisivo. Este ejército se hallaba al principio con sus avanzadas en la parte norte de los famosos pantanos de Saint-Gond; extraños terrenos bajos llenos de lagos estancados y atravesados tan solamente por muy pocas carreteras, constituyendo así un obstáculo militar considerable. Detrás álzase una línea de colinas al norte del pueblo de Sézanne, que declinan hacia el sudeste, frente a Fère-Champenoise, desde el Plateau de Euvy, perdiéndose en la monótona llanura del campo de Mailly.

Cuando el ataque de Maunoury obligó a la retirada inmediata de las tropas de Von Kluck al sur del Marne, y al retroceso de Von Bülow, el alto comando alemán resolvió buscar la victoria redoblando el ataque sobre el centro francés mandado por Foch. En una palabra, los alemanes decidiéronse a romper la línea francesa, toda la línea desde París a Verdún, y romperla exactamente por el centro, donde se hallaba Foch. La inferioridad numérica de éste era grande y aunque el 7 de septiembre inició una valiente ofensiva, fué empujado gradualmente hacia el sur sufriendo grandes pérdidas. La lucha aquí fué la más sangrienta de toda la batalla, y solamente en la pequeña aldea de Fère-Champenoise hay diez mil sepulturas.

No fué esto lo peor. No solamente Foch fué rechazado hacia el sur, sino que su derecha o flanco del este fué empujado tan al sur que su ejército, en lugar de hacer frente al norte, vino a quedar dando la cara al este abriéndose un ancho boquete en toda la línea francesa, entre Foch y el ejército francés de De Langle de Cary al este.

El 9 de septiembre, aquí como en el Ourcq, fué el día decisivo, durante el cual Franchet d'Esperey, habiendo rechazado a Von Bülow de las márgenes del Petit Morin y liberado su décimo cuerpo de ejército por la retirada de Von Bülow hacia el noroeste en la dirección de Von Kluck, prestó este cuerpo a Foch, que empezó a actuar sobre el flanco occidental del centro alemán.

Esta ayuda aseguró el flanco occidental de Foch, que retiró su división 42 de este flanco, transportándola al este, a Linthes, y muy tarde aquel día la lanzó a un terrible ataque contra la Guardia Prusiana entre los pantanos de Saint-Gond y Fère-Champenoise.

En este punto la línea alemana se había debilitado como resultado primero de la retirada de Von Bülow hacia Von Kluck, y segundo, como consecuencia de la resolución de los alemanes de proseguir sus ventajas hacia el sur donde se hallaban a punto de romper toda la línea francesa cerca de Gourgançon. Estos dos movimientos, realizados simultáneamente, hicieron estirar la línea de la Guardia Prusiana encargada de conservar el contacto entre el ejército de Von Bülow en el oeste y el de Hausen en el centro frente a Foch, de igual manera que un elástico se estira tirando de las extremidades. La división 42 atravesó la Guardia Imperial del mismo modo que un cuchillo corta la manteca, según los franceses explicaron después, desorganizando a los sajones en Fère-Champenoise y sus alrededores y poniéndolos en fuga, porque en el mismo momento Foch inició un ataque general.

Esta tremenda acometida le valió a Foch la condecoración verbal de Joffre, de "primer estratégico de Europa." La derrota de la Guardia Prusiana, que perdió la mayor parte de su artillería, el destrozo del flanco de los dos cuerpos sajones, y la derrota de todo el ejército de Hausen, que fué destituído, fueron los resultados del ataque de Foch. Aquí y solamente aquí se produjo algo parecido a un gran triunfo en el campo de batalla. Von Bülow se había retirado con poco o ningún desorden, Von Kluck se había desquitado de sus primeros reveses, y, en el mismo momento en que Foch daba su golpe, ganaba la batalla del Ourcq.

Pero la retirada de Von Kluck y de Von Bülow y el desastre que había experimentado el ejército alemán con Hausen, decidieron juntos la suerte de la batalla. Fué al recibir las noticias de este desastre cuando Von Kluck se retiró rápidamente al Aisne; cuando Von Bülow abandonó por fin sus esfuerzos para recobrar el control de la margen norte del Marne, que demasiado precipitadamente había abandonado; y desde París a Vitry-le-François los ejércitos alemanes iniciaron la retirada hacia sus fronteras.

VI. DE LANGLE DE CARY Y SARRAIL

Quedan por mencionar brevemente los incidentes en el este. Aquí, detrás del Ornain, el ejército de De Langle de Cary se man-

tuvo tres días estrictamente a la defensiva, rechazando todos los ataques alemanes del ejército de Würtemberg en un frente desde Vitry-le-François a Revigny. La destrucción física más considerable de todo el campo de batalla tuvo lugar aquí y las ruinas de Sermaize revelan la furia feroz de los bávaros. Pero, a semejanza de las batallas en los alrededores de Montmirail, estos combates no fueron decisivos porque la batalla de Fère-Champenoise obligó finalmente a los bávaros a retirarse.

En cuanto al ejército de Sarrail, que se hallaba desde Revigny por el norte hasta Souilly, donde tocaba con las posiciones de la guarnición de Verdún, resistió a todos los ataques del ejército del Kronprinz que operaba al este del Argona, en su intento de penetrar en el frente y de aislar a Verdún. Tuvo un momento crítico cuando su retaguardia se halló amenazada a lo largo del Mosa en los fuertes de Tryon y de Liouville por un ataque iniciado desde Metz, pero las guarniciones de estos fuertes se sostuvieron hasta que llegaron refuerzos y la destrucción de los puentes sobre el Mosa fué bastante para contener a los alemanes.

El 9 de septiembre fué el día decisivo para los ejércitos de Von Kluck, Von Bülow y Hausen; pero ya el 6 de septiembre se hallaban los dos primeros parcialmente en retirada. El ejército de Würtemberg y el del Kronprinz se sostuvieron durante algunos días más y se retiraron finalmente en buen orden, cuando el retroceso de los ejércitos del oeste hizo la retirada imprescindible para conservar la línea. De los cinco ejércitos alemanes, solamente el de Von Kluck y el de Hausen desplegaron toda su fuerza íntegra y solamente el de Hausen fué derrotado decisivamente. De los ejércitos franceses tan sólo los de Maunoury y de Foch entraron en combate con todos sus efectivos, y Maunoury fracasó en la realización de su propósito porque no obtuvo la ayuda británica que se esperaba.

Si el plan concebido por Joffre o por Gallieni, o por ambos conjuntamente, se hubiese realizado, los alemanes hubieran sufrido una derrota decisiva y no hubieran podido sostenerse en Francia. Si Hausen hubiera podido romper el centro francés, aun después del ataque de Maunoury y de la retirada de Von Kluck y de Von Bülow, la batalla del Marne hubiera terminado en una victoria decisiva para

los alemanes y el ejército francés hubiera sido cortado en dos partes, una de ellas rechazada hasta París y la otra hacia la región fortificada del este.

Hubo un tiempo en que se creía generalmente que la batalla del Marne fué ganada por las operaciones militares cerca de París, y existe una leyenda sobre una victoria ganada por el transporte de tropas desde París en *taxis*. Las tropas fueron transportadas en *taxis,* efectivamente, pero no llegaron a tiempo para ganar la batalla del Marne, sino para salvar la batalla del Ourcq. Igualmente imaginativa es la historia de la participación inglesa en la batalla. Los ingleses nunca tomaron parte activa alguna en la batalla. Nunca tuvieron encuentros sino con las retaguardias que los contuvieron, hasta que la oportunidad de un éxito supremo había desaparecido totalmente.

Puede discutirse el que Foch hubiera podido dar su golpe decisivo si el ataque de Maunoury no hubiera obligado a Von Bülow a desviarse haciendo que Von Kluck sacase sus fuerzas del norte del Marne y del oeste del Ourcq, dislocando así todo el frente alemán, pero no puede discutirse que el golpe de Foch fuese decisivo. Lo realizó un ejército vencido que se hallaba en las últimas; un ejército que se había estado retirando bajo un presión incesante durante tres días y que había sufrido pérdidas que en alguna de sus unidades había llegado a la exterminación completa. Oficiales del ejército americano que visitaron el campo de batalla antes de que se enterrasen los cadáveres, darán testimonio algún día de la intensidad de la pelea, revelada en la matanza.

VII. LAS CONSECUENCIAS

Ningún cálculo de pérdidas totales de prisioneros y de botín de guerra se ha publicado jamás, pero estímase cálculo aproximado el de que de los dos millones trescientos cincuenta mil hombres que se hallaban frente a frente entre Verdún y París, más de trescientos mil murieron o fueron heridos. Las pérdidas francesas no fueron menores que las alemanas. Es posible que fueran mayores, porque los franceses en muchos sectores eran los atacantes. Ciertamente, entre el comienzo de la campaña y el final de la retirada alemana

después del Marne, las pérdidas francesas excedieron a las alemanas en muertos y heridos, mientras que el total de prisioneros tomados por los alemanes en las varias posiciones fortificadas de Maubeuge, de Longwy, etc., fué mucho mayor.

Es razonablemente cierto que los alemanes sobrepujaban a los franceses en número en el campo de batalla; pero debido a errores en la concentración y en el despliegue de las fuerzas alemanas, los franceses lograron muchas más ventajas a pesar de su inferioridad numérica, mientras que los alemanes parece que manejaron mal sus masas, concentrando número excesivo de tropas en ciertos puntos sin importancia.

Las consecuencias de la batalla no fueron comprendidas al principio por los franceses ni por los alemanes. Los franceses creían que habían ganado una victoria que arrojaría a los alemanes de Francia. Los alemanes creyeron que habían sufrido simplemente un revés de escasa consideración y que después de una nueva concentración podrían reanudar la ofensiva para llegar a un resultado definitivo. Ambas ilusiones desvaneciéronse en el Aisne. Los alemanes pudieron aquí rechazar a los franceses y enterrarse en las trincheras, pero nunca pudieron rehacerse ni volver a avanzar.

La batalla del Marne rompió de hecho la ofensiva alemana, haciendo que se desmoronase toda su estrategia, que consistía en llevar a los franceses a una batalla decisiva dentro de las seis primeras semanas de la guerra, ganarla, y eliminarlos del conflicto. Avanzaron hacia el Marne buscando un segundo Sedán y los franceses allí ganaron un Antietam. Todas las concepciones originales de Alemania fueron derrotadas definitivamente en esta batalla, hallándose obligada a retirarse, a abandonar la ofensiva, y a aceptar una larga guerra. Pero, con excepción de la Guardia Prusiana y de los sajones de Hausen, en ninguna parte fueron los alemanes puestos en fuga, y pudieron una semana después del día decisivo del Marne, el 9 de septiembre, contener a los Aliados a lo largo del Aisne, establecer un frente continuo desde el Aisne al Mosa, y aun iniciar un nuevo ataque. Pero éste fracasó instantáneamente.

Es esencial, como se ha dicho antes, y como no puede repetirse

demasiado, tener presente al analizar la batalla del Marne la historia de las semanas iniciales de la guerra franco-prusiana. Las dos campañas empezaron de modo semejante y en ambos casos la movilización alemana puso en campaña mayor número de tropas y mejor equipadas: en ambos casos las batallas iniciales ganáronlas los alemanes. Pero aquí termina el paralelismo. En lugar de Mars-la-Tour y de Sedán, con sus terminaciones fatales, prodúcese una retirada ordenada de todos los ejércitos franceses hasta que una nueva concentración permite una nueva ofensiva, y cuando esto ocurre obsérvase también la retirada alemana seguida de una nueva concentración que termina en una paralización y en una guerra de trincheras de más de tres años de duración.

Esto es, después de todo, "el milagro del Marne." El alto comando alemán dice: "Tenemos más hombres, mejores cañones, mejores tropas; violaremos la neutralidad de Bélgica; franquearemos las fortalezas francesas, y llegando a las llanuras del norte de Francia, destruiremos los ejércitos franceses; tomaremos París, volveremos luego al este y terminaremos con Rusia. Ganaremos la guerra en seis semanas y tomaremos París en siete. Conservaremos a Francia en rehenes y eliminaremos para siempre el peligro francés."

Ni un solo detalle de este grandioso plan se realizó. Ni un solo detalle se ha realizado después de tres años de guerra. Todos sabemos que si Francia hubiese fracasado, Rusia habría sido conquistada, y hasta el Imperio británico se hubiese encontrado al margen de su ruina. Pero Francia no fracasó. Ganó la mayor victoria de su historia maravillosa con el menor apoyo posible de Inglaterra, salvándose a sí misma, y salvando a Inglaterra y a Rusia; y después del Marne la guerra tuvo nuevos horizontes y diferentes posibilidades. Así, pues, en todos sentidos, la batalla del Marne fué una de las pocas batallas verdaderamente decisivas en toda la historia humana. Una batalla cuyas consecuencias, aunque todavía no puedan medirse con exactitud, parecen, a varios años de distancia, incomparablemente mayores que en el día mismo en que el mundo supo por vez primera que la invasión alemana no llegaría a París.

VIII. LA SEGUNDA BATALLA DE NANCY

Durante toda la primera semana de septiembre, antes de que la batalla del Marne alcanzara su fase decisiva, otra lucha tenía lugar en el frente que los franceses habían defendido con éxito después de su derrota en Morhange. Coordinando sus movimientos con los de los ejércitos del oeste, ocho cuerpos de ejército, a las órdenes del príncipe de Baviera y del general Heeringen, animados bajo los ojos mismos del Kaiser, emprendieron la operación de abrirse paso en la brecha de la barrera francesa entre los fuertes de Toul y Épinal, para llegar a atacar el flanco y la retaguardia de todos los ejércitos franceses que combatían desde Verdún a París.

Si este avance hubiera tenido éxito la decisión del Marne hubiese sido anulada y la estrategia alemana hubiera triunfado a pesar de sus fracasos en otras partes. No sucedió así porque el general de Castelnau, aun cuando sus ejércitos se habían debilitado en gran manera para reforzar las tropas del oeste, logró rechazar todos los ataques en una batalla que indudablemente fué la más costosa para los alemanes en todo el período de la guerra que precedió a la lucha en Flandes. Desgraciadamente la trascendencia de la batalla del Marne y la proximidad del campo de batalla occidental hasta París obscurecieron estas operaciones. Y, precisamente, así como la victoria de Foch en Fère-Champenoise es conocida tan sólo de los militares, aunque en realidad decidió la batalla del Marne, el éxito de Castelnau, que hizo posible esa victoria y sostuvo todo el frente de batalla oriental de los ejércitos franceses, no ocupa todavía el lugar que le corresponde en la historia.

Cuando empezó el ataque alemán, Castelnau tenía su izquierda, o sea su flanco norte, apoyándose en el Mosa, al sur de Pont-à-Mousson y en la meseta de Sainte-Geneviève, una suave colina que es la extremidad norte de la Gran Corona. Desde ahí seguía por la Gran Corona frente al pequeño río Seille, hasta la meseta de Amance, en el extremo sur de la Gran Corona. Aquí declina violentamente el terreno y la línea francesa, pasando por el bosque de Champenoux y por una docena de pequeñas aldeas en las cuales se libraron combates desperados, aun desconocidos, cruzaba el Meurthe al pie de la



EL MARISCAL HINDENBURG, VENCEDOR DE TANNENBERG

Cuando los rusos sorprendieron a los alemanes con su rápida movilización y con la invasión de la Prusia Oriental en agosto de 1914, el Emperador alemán llamó al general Hindenburg del retiro en que vivia y le dió el mando de la región que había estudiado durante toda su vida. Concentró la mayor parte de sus fuerzas contra el ejército de Varsovia en la región que tan bien conocía. Habiendo tendido una red a sus víctimas concentró sobre ellas su artilleria pesada aniquilando prácticamente al ejército ruso que perdió unos cien mil hombres además de innumerables cañones y banderas. Ésta fué la victoria de Tannenberg que convirtió a Hindenburg en el ídolo del pueblo alemán.

meseta de Saffais-Belchamps, al sur de Nancy, extendiéndose a lo largo de las colinas entre el Meurthe y el Mosa por el sur de los Vosgos.

Esta posición hacía tiempo que se había elegido como la línea final de la resistencia francesa, si el ataque alemán venía por Alsacia y Lorena. Todos los oficiales superiores lo sabían en Francia y aquí más que en ninguna otra parte se esperaba que los franceses se resistiesen con éxito, como efectivamente lo hicieron.

El primer ataque cayó sobre Sainte-Geneviève. Los alemanes avanzaron por ambas márgenes del Mosa, tomaron Pont-à-Mousson, penetraron en el bosque de la guardia avanzada, y tomaron a dos fuegos a los franceses en Sainte-Geneviève. A pesar de las órdenes que tenían de retirarse, los franceses, con sólo un batallón, contuvieron y rechazaron ataques en masa en que los alemanes dejaron cuatro mil cadáveres en el bosque de Facq. Finalmente, en el momento de retirarse, obedeciendo órdenes perentorias, el comandante francés advirtió que los alemanes también se retiraban, por lo que volvió a ocupar sus líneas.

El segundo y principal ataque se produjo en el otro extremo de la Gran Corona, en el margen mismo de la meseta de Amance y en el gran bosque de Champenoux. En ninguna parte durante toda la guerra se luchó más desesperadamente que aquí. Abrumados por fuerzas superiores los franceses fueron arrojados de la parte occidental del bosque y los alemanes durante una hora escasa se apoderaron de una pequeña granja al pie de la meseta de Amance, de la que fueron rechazados. Una lucha terrible, con enormes pérdidas, caracterizó los combates al sur, especialmente al rededor de la aldea de Corbessaux. Delante de la meseta de Saffais-Belchamps los alemanes eran segados en masa en su tentativa de atravesar el Meurthe.

Un ataque final, al rededor de Amance y del bosque de Champenoux—que se cree generalmente que tuvo lugar mientras el Kaiser rodeado de su guardia, vestido con uniforme blanco, esperaba en Eply para entrar en Nancy—fué contenido. Antes de que Foch ganase su gran acción de Fère-Champenoise, el ataque por la Lorena había terminado y la segunda batalla de Nancy había salvado la barrera oriental de Francia. Después, cuando los alemanes empe-

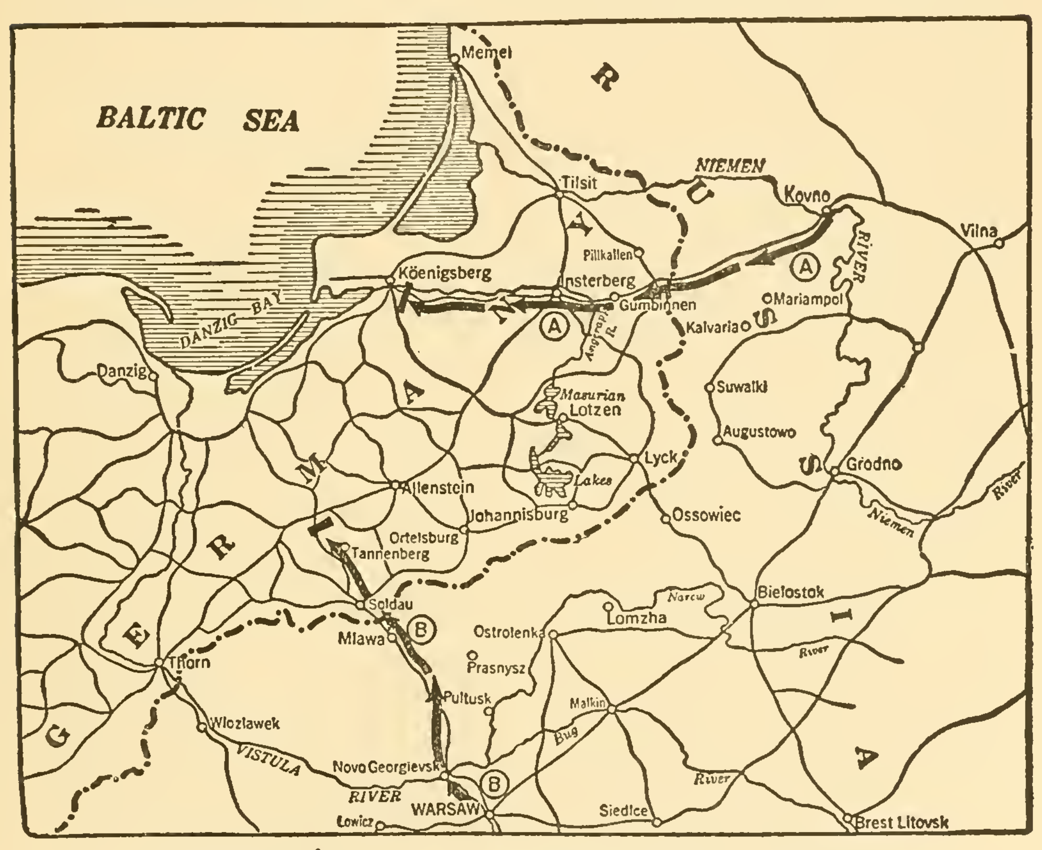
zaron a sacar tropas de esta línea para hacer frente a la nueva situación en el oeste, los franceses avanzaron, recobraron Pont-à-Mousson y Lunéville y restablecieron su frente a lo largo de la frontera, desde los Vosgos a Pont-à-Mousson.

La segunda batalla de Nancy fué una acción de defensiva para salvar la operación principal francesa al oeste del Marne. Fué realmente una fase vital del mismo Marne y los cimientos sobre los que Joffre levantó toda su estrategia. Fué probablemente la batalla más sangrienta de todas las del Marne, y su valor relativo debe reconocerse para apreciar el cuadro total de la campaña del Marne. Fué ganada por el ejército que había sido derrotado en Morhange, aunque sólo por una fracción de la fuerza que peleó en ese desastroso encuentro, porque Joffre hacía ya tiempo que la había disminuído retirando tropas para reforzar sus nuevos ejércitos, mientras la batalla del Marne progresaba.

IX. TANNENBERG

Para completar la historia del Marne es necesario volver a mencionar el desastre que experimentó el ejército ruso al invadir la Prusia Oriental desde Varsovia. En el plan general franco-ruso estaba convenido que Rusia invadiría inmediatamente la Prusia Oriental, si Alemania enviaba sus tropas contra Francia atravesando Bélgica. Se creía que esa operación obligaría a Alemania a dejar sin defensas importantes su frontera oriental y que una invasión rusa la haría quitar en seguida tropas de Francia, antes de que se produjese el encuentro decisivo. En consecuencia, los ejércitos rusos fueron enviados a la Prusia Oriental, uno desde el frente del Niemen y otro por el norte desde Varsovia. Ambos lograron un éxito considerable e inmediato y los alemanes, el mismo día que llegaban a Bruselas, supieron que los ejércitos rusos habían traspasado toda la frontera oriental y que después de las victorias de Gumbinnen y de Insterburg, avanzaban hacia Königsberg y hacia la margen oriental del Vístula al norte de Thorn. Los refugiados que huían de la invasión llegaban sin cesar a Berlín, precisamente al mismo tiempo que los franceses y los expatriados belgas llegaban a París. Hasta ahora el plan de los Aliados se había desarrollado extraordinariamente bien y la rapidez

de la invasión rusa había sorprendido a los alemanes. Entonces fué cuando el Emperador llamo a Hindenburg del retiro en que vivía y le dió el mando de la región que había estudiado durante toda su vida. Hindenburg procedió rápidamente. Dejó tan sólo una cortina de tropas frente al ejército ruso que avanzaba desde el este y



PRIMERA INVASIÓN RUSA DE LA PRUSIA ORIENTAL CONTENIDA POR HINDENBURG EN TANNENBERG EL 31 DE AGOSTO DE 1914

Dos ejércitos rusos fueron enviados a la Prusia Oriental. Uno desde el frente del Niemen y otro hacia el norte desde Varsovia. Hindenburg derrotó definitivamente el ejército de Varsovia en Tannenberg y el otro ejército entonces se retiró.

A—Rennenkampf B—Samsonoff

concentró sus fuerzas contra el ejército ruso de Varsovia en los difíciles terrenos pantanosos que él conocía tan bien, atrayendo a sus víctimas a la red que les preparara, concentrando sobre ellos su artillería pesada y aniquilando prácticamente a todo el ejército ruso que perdió más de cien mil hombres con innumerables cañones y banderas. Ésta fué la victoria de Tannenberg, celebrada el día de

Sedán por toda Alemania como la liberación de un peligro mortal.

Después de Tannenberg el otro ejército ruso se retiró sin mayor riesgo, y Hindenburg, que carecía aún de los efectivos necesarios para perseguirlo, pudo, sin embargo, liberar el territorio alemán, y los ejércitos alemanes en Francia pudieron avanzar para librar su batalla decisiva sin temores del frente oriental. La mitad de la concepción estratégica franco-ruso había fracasado y después del Marne los alemanes no se hallaban confrontados con un peligro inmediato simultáneo en el este y en el oeste. Podían aún concentrar sus energías para desquitarse de su situación en el Aisne.

La victoria francesa en el Marne y la gran victoria rusa en Lemberg obscurecieron en el ánimo de los Aliados y de los neutrales el valor de la victoria de Tannenberg y ni aun ahora, fuera de Alemania, ha merecido una justiciera consideración. Sin embargo, para juzgarla debidamente es necesario considerar cuál hubiera sido la situación si en el momento de la derrota del Marne las tropas rusas hubiesen ocupado toda la Prusia al este del Vístula. Esto hubiera ocurrido de no ser por Tannenberg, y hubiera ocurrido infaliblemente si la acción de los dos ejércitos rusos se hubiese coordinado, puesto que la fuerza combinada de ambos era muy superior a la de Hindenburg. Lemberg no fué un contrapeso para este desastre, porque Alemania y no Austria era la enemiga, y un desastre alemán pudo haber terminado la guerra. Si los alemanes hubiesen sido arrojados detrás del Vístula inferior, todas sus campañas y éxitos posteriores hubieran sido imposibles y con el fracaso de Austria en Lemberg y la derrota del Marne, las Potencias Centrales al finalizar el segundo mes de la guerra, se hubiesen encontrado en una situación difícil en extremo, si no desesperada.

Todo esto se evitó con la asombrosa victoria de Hindenburg, una de las más completas en la historia, que rivaliza con cualquiera de las combinaciones napoleónicas en habilidad y en resultados. Más que todo, esta victoria alemana en el otro extremo de Europa restó al Marne sus mejores frutos y condenó al norte de Francia a la ocupación alemana. La victoria en el frente oriental permitió a Alemania continuar su marcha hacia el Marne sin vacilaciones. No le

permitió ganar esta batalla, pero después de su retirada al Aisne hizo posible que concentrase sus energías y sus recursos para nuevos ataques en el frente del oeste, que no cesaron hasta la batalla de Flandes a mediados de noviembre.

De modo que, así como la batalla del Marne privó a Alemania de toda oportunidad de lograr una rápida decisión en su frente principal, el desastre de Tannenberg privó a los Aliados de esa misma oportunidad para una rápida victoria. Los historiadores venideros harán ciertamente mayor justicia a la importancia que a la utilidad de la victoria de Tannenberg para Alemania. No fué la mayor victoria alemana de la guerra, pero fué, sin duda, la más útil; y como tal puede colocarse en segundo lugar al lado del Marne en los dos primeros años de la guerra. No es demasiado decir el afirmar que salvó a Alemania tan inequívocamente como el Marne salvó a Francia.

CAPÍTULO SÉPTIMO

PARALIZACIÓN DE LAS OPERACIONES EN EL OESTE

I

LA BATALLA DEL AISNE

DESPUÉS de la victoria del Marne, el objetivo de los franceses se define con toda claridad. Se había ganado una gran batalla estratégica; habíase desbaratado todo el plan de los alemanes. El ejército alemán estaba en retirada. Era esencial perseguir a ese ejército, convertir la retirada en derrota si era posible, evitar en todo caso que los alemanes se afirmaran en Francia y se lanzaran a una nueva ofensiva general, cambiando el resultado de la batalla del Marne. En todos estos puntos, con excepción del último, fracasó la estrategia de los franceses.

Este fracaso, al que contribuyeron las condiciones del ejército francés después de su larga campaña y la desorganización de la caballería, se debió principalmente en realidad a la circunstancia de que tan sólo uno de los ejércitos alemanes, el más pequeño, el de Hausen, había sido vencido en el campo de batalla. Los ejércitos alemanes habíanse dejado arrastrar a una posición desesperada, habían sufrido fuertes pérdidas, y hasta una verdadera derrota en cuanto se refiere al ejército sajón; pero en conjunto, habían comprendido el peligro a tiempo, habían escapado de la trampa con gran rapidez y habilidad, e iniciado una retirada que, aun cuando precipitada, se llevaba a cabo ordenada y satisfactoriamente. En justicia a los ingleses es preciso añadir que, si bien su parte en la batalla del Marne fué insignificante, contribuyeron en forma muy considerable a la persecucion; y no solamente la verificaron en forma excelente sino que, habiéndose recobrado de la desorganización inherente a su larga retirada, emprendieron dichas operaciones de persecución relativa-

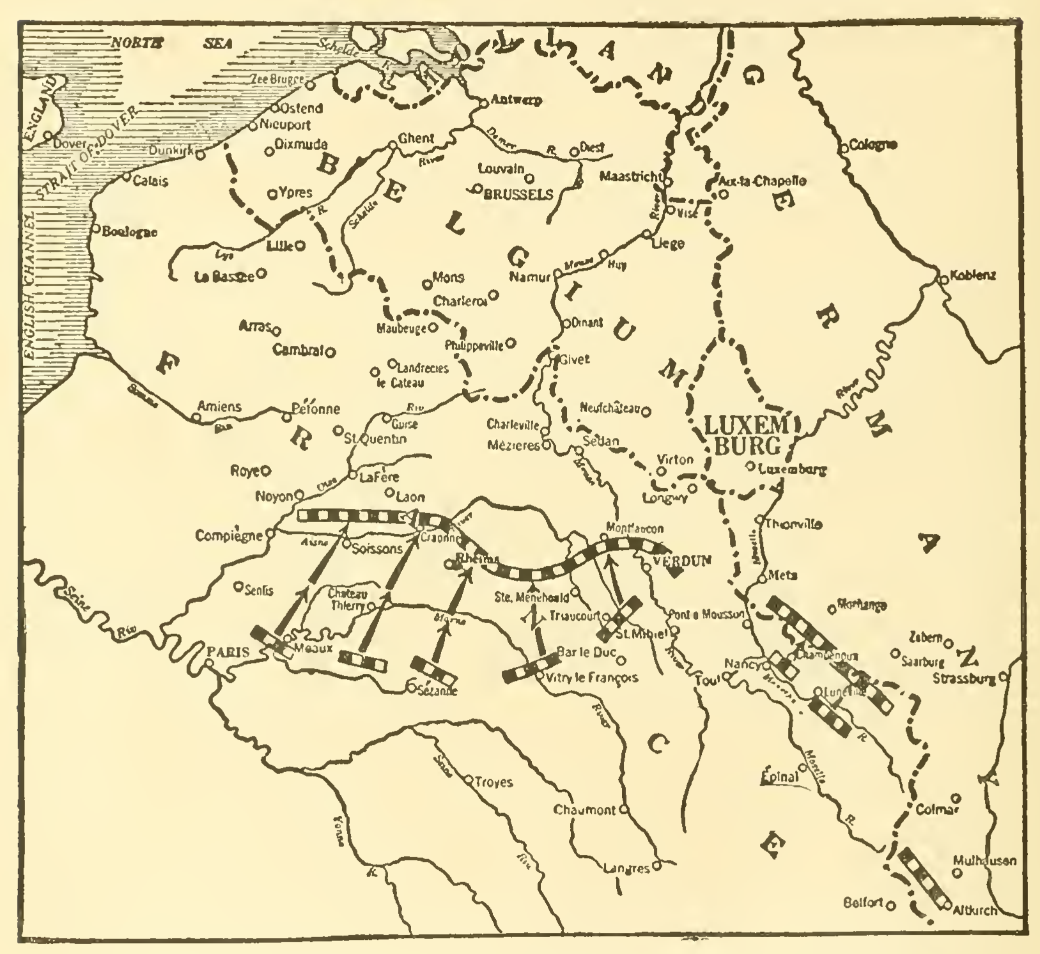
mente frescos y en condiciones de llevar a cabo aquello que habría sido imposible realizar a sus exhaustos aliados si hubieran carecido de esta ayuda.

Por aquel tiempo el propósito de la estrategia alemana consistía en asegurarse nuevas posiciones en Francia, restablecer el contacto entre los diversos ejércitos separados por los movimientos de la batalla, y procurar luego vencer en un nuevo encuentro aquella batalla decisiva que perdieron en el Marne. Los partes oficiales alemanes no admitieron, sin embargo, la pérdida de la batalla del Marne. Desde el 3 hasta el 13 de septiembre guardaron absoluto silencio sobre las operaciones de la zona occidental. Es evidente, por otra parte, que aun el 25 de septiembre el alto comando alemán no consideraba la batalla del Marne como acción decisiva y alentaba la confianza de que un nuevo combate les devolvería lo que habían perdido momentáneamente.

Y precisamente en ese tiempo perdió el alto comando alemán para siempre la oportunidad de apoderarse de las costas francesa y belga, que estuvieron francas a su ocupación desde el momento en que atravesó el Somme hasta que fueron contrarrestados sus esfuerzos desde el Oise hasta el Mosa. Algunas semanas después observamos sus esfuerzos desesperados para reparar este grave error, cuando era ya demasiado tarde. A causa de este gran desacierto y de otras equivocaciones que se decían cometidas en la batalla del Marne, que aun no han tenido confirmación, el menor y menos apto de los Moltke perdió su encumbrado cargo de jefe del estado mayor general alemán, pasando la investidura a manos del favorito del Kaiser, Falkenhayn, cuya estrella iba a apagarse a su turno en Verdún como se eclipsó la de Moltke en el camino a Calais.

Los ejércitos alemanes realizaron muchas de las esperanzas y planes de sus jefes en las semanas que siguieron a la batalla del Marne. Afirmaron sus posiciones en Francia, tras del profundo Aisne, apoyándose en las colinas que se extienden desde Noyon hasta la altiplanicie de Craonne. Restablecieron el contacto entre todos sus ejércitos, y diez dias después de la campaña decisiva del Marne se hallaron nuevamente capaces de reasumir la ofensiva. No pudieron, con todo, volver sobre la solución del Marne, porque, mientras

comenzaban una nueva ofensiva entre Noyon y Verdún, asestando un golpe terrible a St. Mihiel, al sur de Verdún, el alto comando francés inició un gran movimiento envolvente, al oeste del Oise, que obligó a los alemanes a dislocar sus ejércitos y renunciar a sus planes de avance



LA RETIRADA ALEMANA HACIA EL AISNE, SEPTIEMBRE 10 A 15 DE 1914

El propósito de la estrategia alemana consistía en asegurarse una nueva posición en Francia, restablecer el contactó entre los diversos ejércitos, y procurar luego vencer, en un nuevo encuentro, aquella batalla decisiva que perdieron en el Marne.

hacía el este, enviando grandes masas desde la Lorena y la Champaña hasta la Picardía y el Artois.

Todas estas operaciones, muy complejas cuando se leían en los partes oficiales y absolutamente confusas para el público en el tiempo en que se desarrollaban, resultan perfectamente claras si no se pierde de vista el objeto principal a que tendían. Tenemos, en primer lugar,

"ST. GEORGE FOR ENGLAND!"

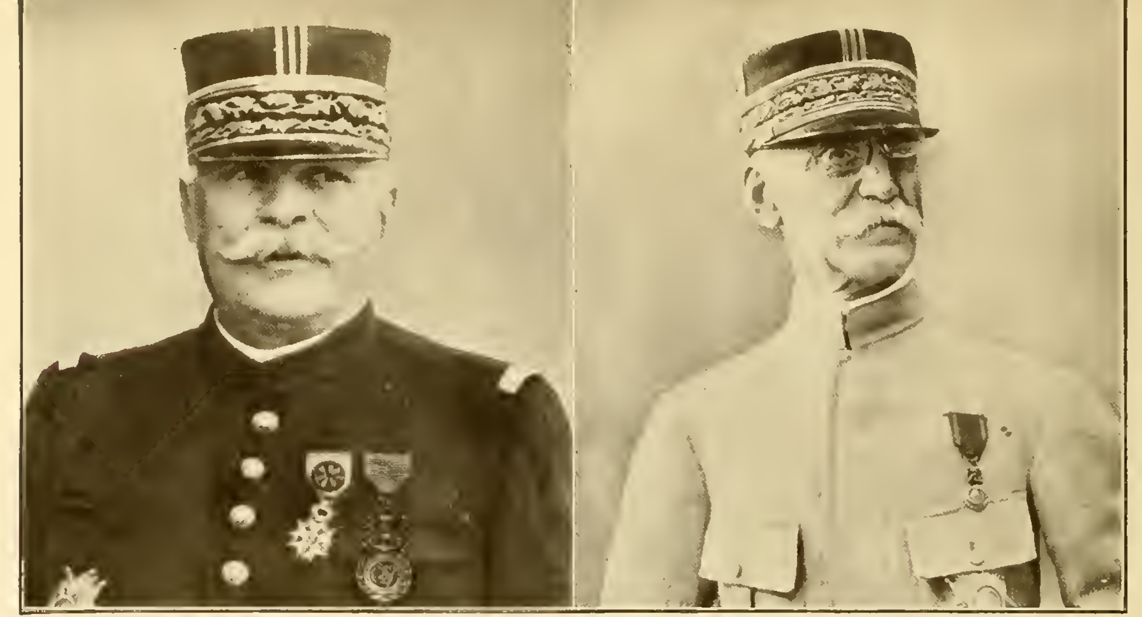
FRANCIA E INGLATERRA ALIADAS



Propiedad registrada par Underwood & Underwood

LOS ESCOCESES DESEMBARCANDO EN BOLOÑA

"VIVE LA RÉPUBLIQUE!"



Propiedad registrada por el International News Service

EL MARISCAL JOFFRE — EL GENERAL GALLIENI

El general Joffre tuvo el mando de los franceses durante los primeros diecisiete meses de la guerra, retiróse entonces como mariscal de Francia, y en abril de 1917 vino a los Estados Unidos como miembro de la Comisión Francesa de Guerra. Era el ídolo de sus soldados que hablaban de él cariñosamente llamándole "El abuelo" o "Nuestro Joffre." Su vibrante proclama al ejército antes de la batalla del Marne será de larga recordación: "Cueste lo que cueste, la hora del avance ha llegado. Aun cuando el último soldado deba morir en su puesto, no hemos de retroceder."

El general Gallieni era el defensor de París. En la noche del 3 septiembre, recibió de sus puestos de observación, el informe de que el ejército de Kluck había comenzado a retirarse de Paris y se dirigía al sudeste hacia Meaux y el Marne. Avisó a Joffre por teléfono y al siguiente día quedó decidido el plan para la batalla del Marne.



Fotografía de Paul Thompson

TRES GENERALES FRANCESES

Estos generales estuvieron en servicio activo durante todo el primer año de la guerra. "El abuelo Joffre" está de pie en su actitud característica llevando al cuello el anteojo de campaña. A la derecha e izquierda de Joffre están Castelnau y Pau. Todos ellos examinan benévolamente al ordenanza que se vergue en atención, mientras el hombre de la izquierda se divierte al ver a su camarada "en el tapete."



LORD KITCHENER Y SIR JOHN FRENCH

Han corrido rumores persistentes de ciertas diferencias entre Lord Kitchener, secretario de estado en el departamento de Guerra británico, y Sir John French, comandante del ejército expedicionario británico. El general French fué relevado del mando seis meses antes de la trágica muerte de Lord Kitchener en el mar, el 5 de junio de 1916. Los británicos creyeron por mucho tiempo que su ayuda había contribuído al triunfo de los franceses en la batalla del Marne. Pero los ingleses no tuvieron parte en ningún sentido en esta batalla. Cuando Joffre solicitó una ayuda inmediata, el feldmariscal French contestó que necesitaba cuarenta y ocho horas para prepararse. No se puso a la altura de la mayor oportunidad de la guerra, sea porque no pudo comprenderla o porque careció de la energía e iniciativa necesarias. Éste es el fallo de los críticos franceses; y los criticos de guerra británicos se ven forzados a admitir igual conclusión.



Propiedad registrada por J. Russel & Sons *Propiedad registrada por Underwood & Underwood*

EL GENERAL SIR DOUGLAS HAIG Y EL GENERAL SIR HORACE LOCKWOOD SMITH-DORRIEN

Sir Douglas Haig sucedió a Sir John French en el mando de las fuerzas británicas en Francia. Es hombre más activo que su predecesor, y casi diez años más joven, habiendo nacido en 1861. En todo el curso de su carrera militar se ha interesado especialmente en la caballeria, y posee todo el fuego e intrepidez tradicionales de ese cuerpo.

El general Smith-Dorrien estaba al mando del segundo cuerpo del ejército británico durante los terribles días de la retirada que precedieron a la batalla del Marne.

Propiedad registrada por Underwood & Underwood

EL EJÉRCITO FRANCÉS SE REÚNE A LOS BELGAS

Vanguardia del ejército francés en marcha para reunirse a los belgas.
Soldados de marina franceses recibiendo la bienvenida de los habitantes de Gante.

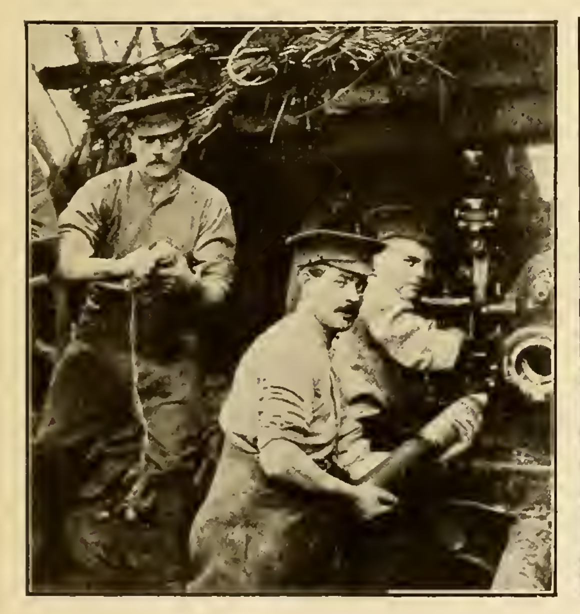


Artillería británica en un encuentro a retaguardia en Bélgica.



Propiedad registrada por Underwood & Underwood

Los soldados de marina británicos recibieron una estruendosa bienvenida de los belgas al desembarcar en Ostende



LA ARTILLERÍA INGLESA EN ACCIÓN

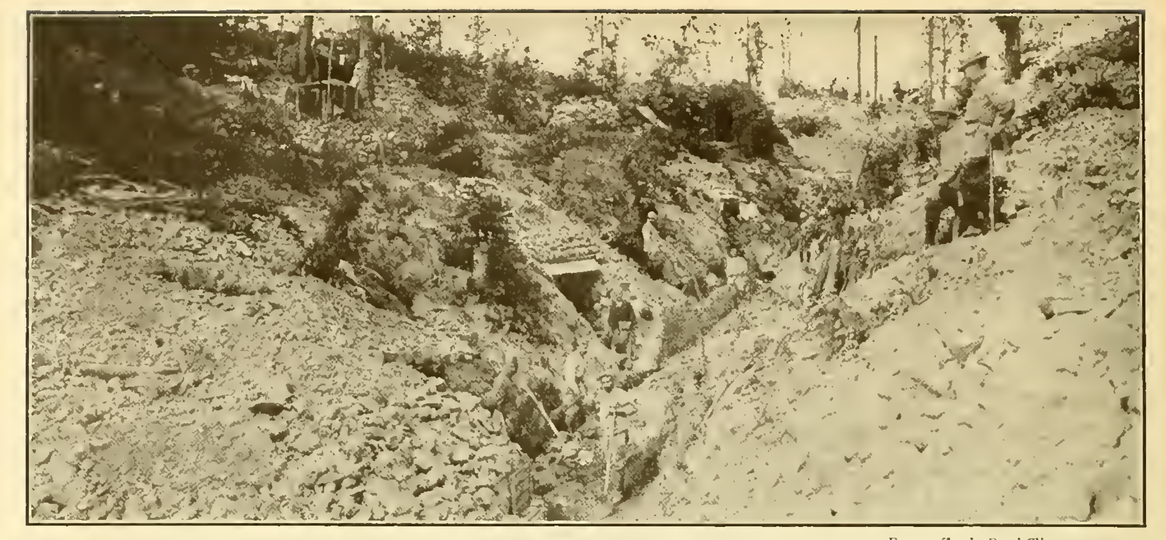
Cuando el soldado inglés se pone a la obra, se siente feliz. Aun la vida en las trincheras le resulta "un poquito regular," como lo expresan ellos.



Propiedad registrada por la American Press Association

EL PRÍNCIPE DE GALES CON SU REGIMIENTO

El príncipe ha experimentado el servicio en el extranjero, y circulan muchas anécdotas respecto de su buen humor y sus maneras democráticas.



Fotografía de Paul Thompson

EN EL FRENTE DE CHAMPAGNE

Estos hombres están construyendo una serie de cavernas llamadas "Robinson Crusoes" en la jerga militar.

Fotografía del International News Service

DRAGONES FRANCESES CON SUS PRISIONEROS ULANOS

Ésto es lo que sucedió a algunos de los ulanos alemanes que figuraron tan prominentemente en las columnas de los diarios durante los primeros días de la guerra. Fueron capturados por los dragones franceses quienes les quitaron los cascos para enviarlos como recuerdo a sus mujeres y sus novias en Francia. El general Joffre prohibió más tarde esta costumbre con una orden explícita dictada en términos severos.

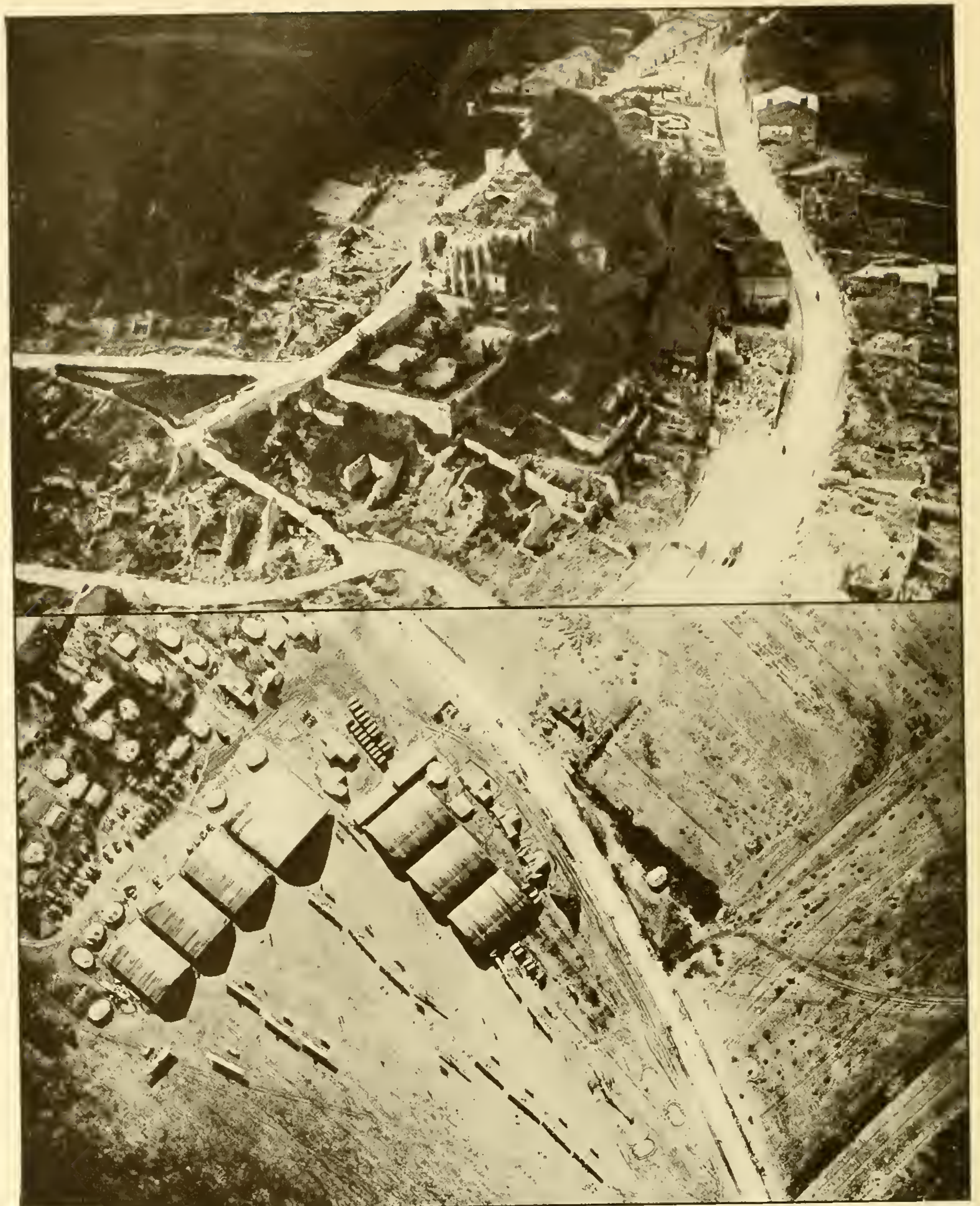
Propiedad registrada por Underwood & Underwood

AVANCE DE LOS ARTILLEROS Y FUSILEROS FRANCESES

Ciertos tipos de ametralladoras pueden ser transportados por un solo hombre. Otros se llevan por piezas entre dos o más soldados. En este caso, el segundo artillero lleva el cañón al hombro y el tercero sigue con la trípode.

UN GIGANTESCO CAÑÓN FRANCÉS EN EL FERROCARRIL DE VERDÚN

Los grandes cañones alemanes de 42 centímetros parecían incomparables e irresistibles en los primeros días de la guerra. Pero cuando aparecieron creaciones de esta naturaleza, la artillería francesa recobró su tradicional superioridad.



Propiedad registrada por Underwood & Underwood

DOS ADMIRABLES FOTOGRAFIAS DESDE AEROPLANOS EN EL FRENTE FRANCÉS

(Arriba). La devastada ciudad de Clermont en la región del Argona. Fué quemada por los alemanes cuando la batalla del Marne. Muros arruinados, sin techo, es todo lo que queda en primer término. Siguiendo el camino hacia la parte superior de la fotografía aparece un grupo de edificios que debe haberse encontrado fuera de la zona del fuego.

(Abajo). El campo de aviación francés en las inmediaciones de Verdún. Pueden distinguirse claramente los hangares con los aeroplanos de guerra al frente, semejando insectos. Detrás de los hangares están amontonados los camiones automóviles, y detrás aún las tiendas donde acampan los aviadores.

la persecución que llevaron a cabo ingleses y franceses, a partir del 10 de septiembre. Tenemos en seguida el rechazo completo de esta persecución cuando, después del 13 de septiembre, Kluck toma posiciones detrás del Aisne, se fortifica allí, y, reforzado por las tropas y material de guerra disponibles a raíz de la toma de Maubeuge, el 7 de septiembre, detiene al feldmariscal French, a Maunoury, y a D'Esperey. El 18 de septiembre Von Kluck toma de nuevo la ofensiva desalojando a británicos y franceses de parte del territorio que habían ocupado al norte del Aisne.

Por el este, entre tanto, Von Bülow, Einem (que sucede a Hausen), Würtemberg, y el Kronprinz habían retrocedido lentamente, con excepción de las fuerzas sajonas, que pronto desaparecieron como unidad de ejército. La línea de batalla alemana formaba una curva al rededor de Reims y a través del Argona. En la tercera semana de septiembre, Von Bülow, que había contenido a Foch en las afueras de Reims, ataca y toma los fuertes de Brimont y Nogent-l'Abbesse, bombardea la catedral de Reims; pero es rechazado. Würtemberg y el Kronprinz avanzan considerablemente por el oeste y el este del Argona, siendo rechazados a su vez. Tropas procedentes de Metz acometen súbita y victoriosamente la barrera de fuertes al sur de Verdún y toman posesión de St. Mihiel.

Ninguno de estos tres ataques tuvo consecuencias de importancia militar inmediata, pero todos asumen, sin embargo, interés permanente: el de Von Bülow, a causa del bombardeo de la catedral de Reims, que produjo sobre el pueblo francés un efecto moral más intenso que cualquier otro acontecimiento de la guerra, salvo la victoria del Marne; el del príncipe heredero porque, en conexión con las operaciones al rededor de St. Mihiel, fué de gran valor en una fase posterior de la guerra, cuando los alemanes atacaron Verdún.

El ejército del Kronprinz fué contenido a los pocos días; pero había avanzado bastante en la misma vía por donde efectuó su retirada poco tiempo antes, y ocupado la ciudad de Varennes; y desde allí y otros puntos pudo cortar el ferrocarril de París-Verdún mediante el fuego indirecto de su artillería pesada. Éxito más completo aún fué el que obtuvieron los alemanes en el sur, donde, apoderándose del fuerte del Camp des Romains y ocupando la orilla occi-

dental del Mosa, frente a St. Mihiel, lograron cortar la línea de Commercy-Verdún. Hubo un momento en que pareció posible que penetraran decididamente por la brecha abierta en las líneas francesas y pudieran unirse al príncipe heredero. Este peligro pasó. Verdún no fué envuelto, pero quedó prácticamente sin comunicaciones ferroviarias con el resto de Francia, circunstancia que contribuyó a agravar su situacion cuando los alemanes reanudaron el ataque en febrero de 1916.

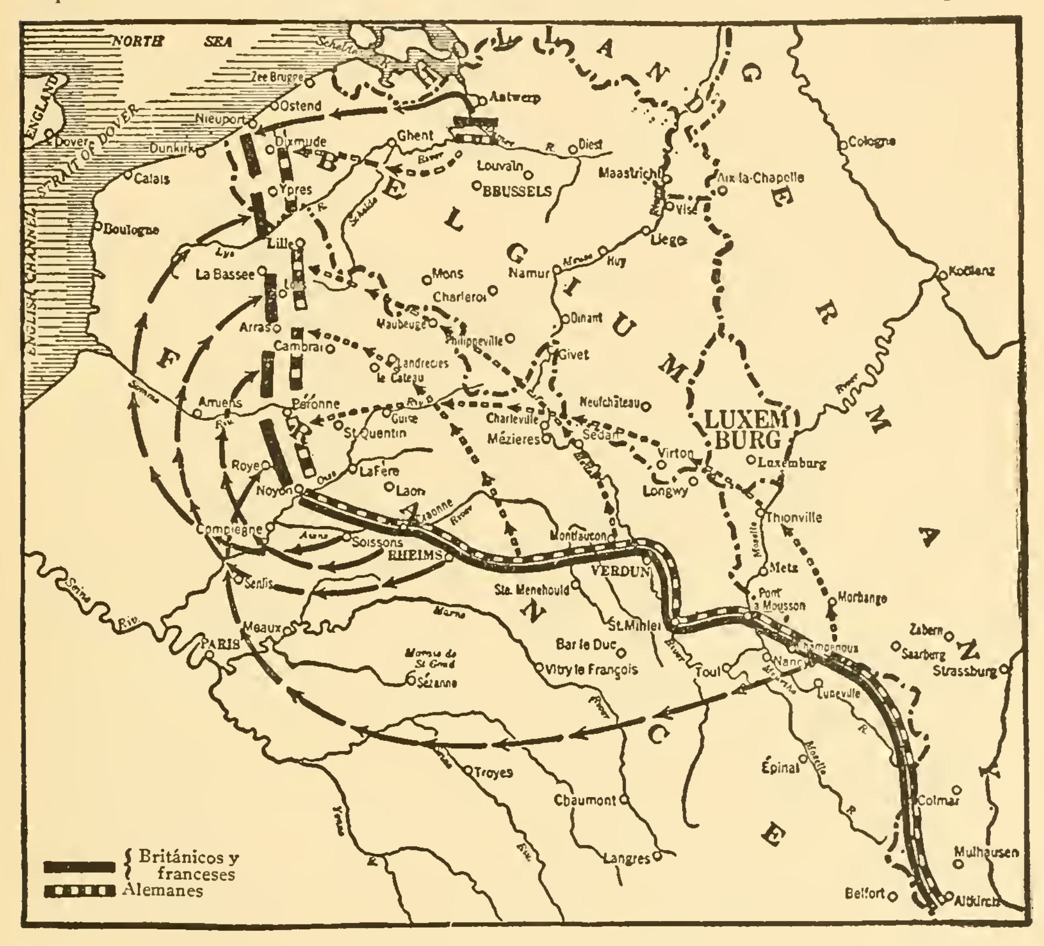
Al rededor del 20 de septiembre, Joffre, convencido de que no podría romper las líneas alemanas, que se habían convertido en un muro de trincheras desde los Vosgos hasta el Oise, principió a enviar tropas contra el ala derecha alemana que no se extendía al oeste del Oise. Estas tropas salieron de Amiens en dirección al este, donde tenían como objetivo St. Quentin y toda la red ferroviaria de la cual dependían las provisiones del ejército alemán. Tan confiados se hallaban los franceses del éxito de este movimiento, que por aquel tiempo Millerand, ministro de Guerra francés, pronosticaba la retirada inmediata de los alemanes en Francia y corría en Londres la versión de que Von Kluck se había rendido.

Nada de esto sucedió. Por el contrario, los alemanes contestaron a la operación de flanqueo de los franceses retirando tropas de su frente principal de batalla y disponiéndolas al oeste del Oise. Estas tropas contrarrestaron muy pronto el primer movimiento de flanqueo de los franceses, ocuparon de nuevo Perona, Roye, Lassigny, y quedaron vencedoras en un encuentro en Bapaume, estableciendo en aquel sector la línea de batalla que habría de sostenerse hasta el momento de la gran batalla del Somme en el verano de 1916.

II. EL AVANCE HACIA EL MAR

Joffre, sin embargo, continuó firme en su plan. Hizo venir de Lorena a Castelnau con gran parte del ejército que había defendido Nancy. Por extraña coincidencia, las tropas de Castelnau, que por largo tiempo habían hecho frente al ejército de Rupprecht de Baviera al este del Mosela, llegaron al oeste del Oise, en el momento preciso para combatir de nuevo con el mismo ejército alemán. Continuó por cierto tiempo una dislocación general de los ejércitos

francés y alemán; el general Maud'huy, llamado del Aisne para ser puesto al mando de un nuevo ejército, hace frente a Von Bülow, a quien se había hecho venir del sector de Reims. Finalmente el gran



EL AVANCE HACIA EL MAR

El campo de operaciones se encuentra ahora entre el Oise y el mar, y el centro del conflicto avanza día a día hacia el norte. Los franceses y los alemanes están exactamente en la situación de dos muchachos que construyeran torres con bloques de piedra o de madera, tratando cada cual de edificar la fábrica más elevada.

duque de Würtemberg llega del Argona y confronta a Foch, quien acababa de tomar el mando del ejército que había reconquistado Reims.

Con este cambio general se desvanecen las esperanzas de los alemanes de reasumir la ofensiva entre el Oise y el Mosela. La campaña entra en su segunda fase. El frente de Noyon a Nancy pierde relativamente su importancia y la paralización inherente a la guerra

de trincheras, se hace absoluta en toda esta línea. El campo de operaciones se encuentra ahora entre el Oise y el mar, y el centro del conflicto avanza día a día hacia el norte. Los franceses y los alemanes están exactamente en la situación de dos muchachos que construyeran torres con bloques de piedra o de madera, tratando cada cual de edificar la fábrica más elevada. Joffre coloca a Castelnau en los alrededores de Roye, haciendo frente así a Rupprecht de Baviera. Hace venir a Mand'huy y reta a Von Bülow en esta forma al este de Arras. Llama a Foch, quien hace frente no sólo a Würtemberg, venido del Argona, sino a Besseler, que se dirigía al sur, terminado el episodio de Amberes. Aun el feldmariscal French, abandonando sus trincheras cerca de Soissons, llega muy pronto a Ipres.

Comienza a revelarse la estrategia francesa. La línea francesa se extiende primero en dirección de Lille, perdida en las primeras horas de la invasión y reconquistada después, y luego hacia Amberes, donde todavía se mantiene el ejército belga, con la retirada franca hacia el sur, sobre la margen occidental del Escalda.

El alto comando alemán comprende al cabo el significado de este movimiento. No puede ya continuar sus esfuerzos para avanzar entre el Oise y el Mosa, hase visto obligado a retirar tropas de Lorena y la Champaña para hacer frente al nuevo ataque en la Picardía y en el Artois. El frente activo de batalla se ha extendido por el norte hasta penetrar en Flandes. A menos que sobrevenga un cambio rápido, la línea francesa seguirá avanzando hasta llegar a Bélgica, se unirá con el frente belga tras del Escalda, y se producirá entonces no solamente una paralización de operaciones y la guerra de trincheras desde Holanda hasta Suiza, sino que los alemanes perderán definitivamente el acceso a la costa marítima de Bélgica. Si esta paralización llega a tener lugar, aquello será el fin de esperanzas que van haciéndose más y más remotas: la esperanza de una decisión rápida con Francia, la esperanza de una guerra corta.

A fines de septiembre sólo quedaba entre las fuerzas francesas desplegadas al sur de Lille y el canal de la Mancha un espacio abierto de cuarenta millas. A menos que las tropas alemanas pudieran penetrar en este espacio y avanzar hacia el sur, pasando detrás de los puertos de Calais y Boloña en el canal, toda la campaña del

oeste terminaría en un empate, formando franceses, británicos y belgas una línea ininterrumpida desde Amberes hasta Belfort.

A consecuencia de esta situación comienza, a fines de septiembre, la nueva y final concentración de los alemanes. La estrategia alemana tiene ahora tres propósitos: tomar Amberes y capturar al ejército belga, impidiendo así la union de los belgas con sus aliados; avanzar hacia el sur por el espacio abierto entre Lille y el canal de la Mancha, ocupando los puertos del canal; y, por último, tomar nuevamente la ofensiva para volver si era posible sobre la decisión del Marne y ganar una verdadera victoria al norte de Amiens. Aun cuando este último objetivo no llegara a realizarse, tienen los alemanes el recurso de reducir su frente de batalla extendiendo su flanco occidental hasta el mar, cerca de la desembocadura del Somme, y completar al mismo tiempo la ocupación de la Francia septentrional y de la costa, que sería entonces la base natural de las operaciones contra la Gran Bretaña. Para el pueblo alemán esta campaña se sintetizaba en la palabra "Calais," como la primera ofensiva estuvo simbolizada en la mágica palabra "París."

Para mayor claridad podemos considerar la batalla del Aisne como culminación de todas las operaciones que se desarrollaron entre Soissons y St. Mihiel durante el período en que los alemanes trataron de reconquistar la iniciativa y avanzar en el territorio que habían ocupado en su progreso hacia el Marne. Por la denominación "avance hacia el mar" queremos significar las complicadas operaciones que realizaron los franceses para contraflanquear a los alemanes entre el Oise y el canal, que dieron por resultado el extender la paralización de la guerra de trincheras en ángulos rectos hasta el antiguo frente, llegando por el norte casi hasta la ciudad de Lille.

Viene luego el esfuerzo de los alemanes para destruir el ejército belga en Amberes y el avance hacia el sur por el espacio franco entre Lille y el mar, que se resuelve en la captura de Amberes y el progreso al sur hasta el Iser e Ipres; la ocupación de la mayor parte de la costa belga; y finalmente las sangrientas derrotas del Iser y de Ipres, donde franceses y británicos cerraron el último claro en su línea desde el mar hasta Suiza dando así jaque mate a la estrategia alemana.

La captura de Amberes representó para los alemanes una victoria moral, más bien que una victoria militar, puesto que escapó el ejército belga. Pero la ocupación de la costa marítima belga era una ventaja considerable y debióse principalmente a la intervención fatal de Winston Churchill, que efectuó su famosa entrada en Amberes después que el Rey Alberto y el estado mayor francés habían convenido en la evacuación, juzgándola inevitable a causa del avance alemán a través de las defensas belgas. Cediendo a las importunidades de Churchill, el Rey Alberto retardó su salida por dos días. Cuando llevó a cabo la evacuación, perdió una división entera que los alemanes arrojaron dentro de territorio holandés, su ejército se desorganizó por la retirada precipitada, fué imposible sostener más tiempo la línea del Escalda, y los alemanes pudieron apoderarse no solamene de Ostende y de la costa, sino que también ocuparon Lille, la ciudad manufacturera más importante de la Francia septentrional, que, pasados dos años y medio de guerra, ocupaban todavía.

La intervención de Churchill estuvo a punto de ocasionar la captura del ejército entero del Rey Alberto y provocar un inmenso desastre para los Aliados. Jamás ha habido ejemplo más patente de la insensatez de permitir que los políticos se mezclen en las operaciones militares; nunca error alguno fué tan costoso para los Aliados en los primeros tiempos de la guerra como este grotesco episodio de un ministro del Gabinete inglés usurpando los dominios de la alta estrategia.

III. AMBERES

El sitio de Amberes representa la única acción definida de la lucha de octubre, y, desde el punto de vista humano, es el único incidente dramático de la guerra que se había convertido en una confusión vertiginosa de operaciones obscuras para el observador contemporáneo y sin resultado inmediato aparente. Desde el ataque a Lieja hasta la batalla del Aisne el mundo esperaba ansioso algo semejante a un Sedán o un Waterloo; pero hízose evidente en octubre que la época de los Sedán y los Waterloo había pasado.

Por tal razón los primeros disparos de los cañones alemanes frente a Amberes, el 29 de septiembre, atrajeron instantáneamente

la atención del mundo hacia una acción cuyo objeto era fácil de comprender y que prometía solución rápida y decisiva. Y más aún: el gesto postrero del patriotismo belga comprometió la admiración de los Estados Unidos, que no se había despertado ante una guerra de civilizaciones, ambiciones y razas rivales. Aquella resistencia del débil contra el fuerte, aquella defensa de la libertad, de todo lo que ama y venera el hombre, mantenida por el número menor contra el mayor a costa de la vida, era un espectáculo conmovedor para la nación cuya historia había comenzado en Léxington. La tragedia final de Bélgica era un título irresistible a la simpatía de los norteamericanos. Ante los ojos de los neutrales, allende el Atlántico, la resistencia belga había asumido ya el mismo carácter que la de Holanda contra España y la de los griegos contra Persia.

El ataque alemán sobre Amberes tenía fácil explicación en el sentido militar. Los esfuerzos alemanes para abrirse una vía corta hacia la Francia septentrional mediante la toma de Verdún, habían fracasado. Al oeste del Oise y del Escalda progresaba el avance de los Aliados hacia el norte en dirección a Amberes. Si los Aliados y los belgas llegaban a ponerse en contacto, la ocupación de los alemanes en Bélgica sería muy precaria porque Amberes era entonces como la ciudadela de una fortaleza capturada, que todavía se sostiene. De importancia mayor aún era la circunstancia de que esta reunión cerraría el último espacio abierto en el frente occidental, privando a Alemania de la única probabilidad no solamente de alterar el resultado de la batalla del Marne sino también de llegar al canal de la Mancha y al mar del Norte, colocándose frente a la costa inglesa.

La resistencia de Bélgica había contribuído ya seriamente a perturbar los planes alemanes. En momentos en que Alemania necesitaba en Francia hasta de su último soldado, vióse obligada a conservar un cuerpo de ejército en Bélgica para proteger sus líneas de comunicación y mantener el ejército de campo belga dentro de los muros de Amberes. En tanto que se libraba la batalla de Charleroi el ejército belga practicó una salida, durante la cual llegó casi hasta Lovaina. A este combate siguió la destrucción de la ciudad como acto de represalias por parte de los alemanes, quienes ejecutaron despiadadamente a muchísimos hombres y mujeres. Este hecho llenó de horror

al mundo civilizado y despertó protestas en todo el globo. Durante la batalla del Marne, una segunda salida de los belgas detuvo las tropas que se dirigían al sur y las tuvo en jaque hasta que hubieron pasado los días críticos de la retirada del Aisne.

Para librarse de estos inconvenientes, para despejar sus flancos y prepararse el terreno para un ataque al sur, resolvieron los alemanes acabar con el Rey Alberto y su bizarro y pequeño ejército. En consecuencia, los últimos días de septiembre presenciaron la aproximación de la agonía final de Bélgica.

En toda historia militar futura, la toma de Amberes marcará necesariamente una época. Demostróse allí de manera rápida, terrible, la superioridad del cañón sobre el fuerte, de la mecánica sobre la ingeniería. Con excepción de París, ninguna plaza se consideraba tan bien fortificada como Amberes, y la suerte de Amberes discernió mérito mayor a los franceses por la reciente salvación de París. A diferencia de París, sin embargo, la posición de Amberes, sobre las márgenes neutrales del Escalda y cerca de la frontera holandesa, evitaba que pudiera cercársela por completo. A diez millas de distancia, siguiendo el frente meridional, corría el Nethe entre pantanos profundos, formando un ribazo natural defendido por fuertes que hasta entonces se juzgaban inexpugnables.

Delante de estos fuertes, en trincheras preparadas con gran anticipación, situóse todo el ejército de campo belga, reforzado en los últimos días por tropas de marina británicas. Todo cuanto el arte de la ingeniería, todo cuanto el valor de hombres heroicos resueltos a combatir hasta el último extremo, puede contribuir a que una fortaleza sea inexpugnable, se encontraba en la antigua ciudad flamenca.

No obstante, las defensas de Amberes se desplomaron con rapidez increíble ante el fuego de la artillería alemana. Lo que el cañón de cuarenta y dos centímetros y los "305" austriacos habían realizado antes a cubierto, lleváronlo a cabo en Lieja, Namur y Maubeuge, ante las miradas del mundo entero. En menos de una semana, aquellos fuertes que se consideraban inexpugnables quedaron convertidos en montones de escombros; y las fuerzas alemanas, arrollando a las belgas, forzaron las defensas del río y las trincheras del campo de batalla. El 7 de octubre caían las bombas Krupp sobre la

noble torre de la catedral de Amberes. La ciudad y los arrabales ardían. El final estaba próximo.

Al día siguiente el ejército de campo de Bélgica, comandado por su indomable monarca, cruzaba el Escalda en pontones, seguía en dirección oeste a lo largo de la frontera holandesa, acompañado por el contingente inglés, y realizaba su escape uniéndose a las fuerzas de los Aliados, que continuaban viniendo del sur, aun cuando veinte mil belgas fueron arrojados sobre la frontera holandesa, desarmados e internados. Entre tanto millares de refugiados, huyendo del bombardeo de Amberes, inundaban los barcos, trenes, y carreteras, en dirección a Holanda, Inglaterra, y Francia. Comenzaba el éxodo de un pueblo.

El final se produjo el 9 de octubre cuando la ciudad se rindió, escapando a Holanda las fuerzas que quedaban en Bélgica y entregando allí las armas que habían usado tan valerosamente. No era una ciudad la que había caído; era una nación. Para Inglaterra la caída de Amberes fué un golpe terrible, casi tan grande como para la misma Bélgica. La "pistola apuntada al corazón de Inglaterra," como Napoleón llamaba a la ciudad, se encontraba ahora en manos de Guillermo II.

Con la caída de Amberes y la de Ostende que siguió muy pronto, el 15 de octubre, comprendió al cabo la opinión pública inglesa que necesitaba afrontar una nueva guerra napoleónica, en que se jugaban los mismos resultados y en la cual se destacaban muchas circunstancias análogas. Los críticos militares ingleses habían pronosticado ya detalladamente el empleo de Zeebrugge como base para los submarinos y zeppelines alemanes. Un nuevo Napoleón había llegado a la Mancha. Una vez más veíase obligado el pueblo inglés a vigilar la estrecha faja de mar, como lo hizo hacía un siglo. Mas ahora era necesario vigilar también el espacio a causa de la nueva invención que tanto ha contribuído a aumentar los terrores de la guerra.

IV. LAS BATALLAS DE FLANDES

A fines de octubre se inició entre La Bassée y el mar la campaña más mortífera que la guerra haya presenciado. Durante las seis

semanas subsiguientes, centenas de millares de hombres combatieron día y noche, en un frente apenas de cuarenta millas, por la posesión de una veintena de aldeas situadas en la vía del avance alemán, entre el Lys y la desembocadura del Iser. Terminada esta campaña, debido en parte al agotamiento de los combatientes, los alemanes habían ganado unos cuantos trozos de territorio, algunas aldeas arruinadas; pero en conjunto la línea continuaba conforme había estado en las horas iniciales del conflicto, a pesar de que el Emperador alemán había venido personalmente a estimular a sus valientes pero fatigados soldados, y de que toda la nación alemana tenía sus aspiraciones puestas en Calais.

El propósito de la estrategia alemana era muy claro. Tomada Amberes, capturada Ostende, se presentaba evidentemente la oportunidad para seguir a lo largo de la costa por Calais y Boloña; apoderarse de Dunquerque, la última fortaleza francesa hacia el norte; afirmarse en la orilla oriental del Paso de Calais; traer por las vías fluviales los submarinos que tan fatales habían sido para los buques de guerra británicos; amenazar a Inglaterra con la invasión como Napoleón la amenazó en otro tiempo; amenazar a Londres con escuadras de zeppelines; cerrar el paso de Calais con artillería pesada y minas, y dejar el puerto de Londres tan muerto como el de Hamburgo. En el fondo de todos estos proyectos grandiosos palpitaba asimismo la idea predominante de reasumir la ofensiva, de orientar nuevamente el ataque en dirección a Francia.

Inmediatamente después de la caída de Amberes, el cuerpo de ejército relevado de esta operación se dirigió hacia el sur sobre las huellas de los belgas en retirada. De todos los extremos del Imperio alemán reuniéronse las guarniciones y la artillería para un ataque supremo, ataque a través de Francia pero dirigido en parte a Inglaterra, la nación que se había convertido ahora en el objeto del odio y la ira reconcentrada de toda Alemania.

La concentración de los Aliados no fué menos rápida. Tropas francesas regulares, fuerzas inglesas retiradas del Aisne a principios de octubre, *sikhas, ghurkas,* todo el contingente indio que debía recibir entonces su bautismo de fuego; tiradores senegalenses y marroquíes, turcos, y legionarios; y finalmente los restos del ejército belga

en retirada, reforzados por divisiones francesas e inglesas, avanzaron hacia el norte cruzando la frontera francesa, y reuniéronse en torno de la tranquila y pequeña ciudad flamenca de Ipres, sobre las orillas del mar del Norte en Nieuport, y detrás del río Iser y el canal por donde se une al Lys, para conjurar la tempestad. Y una vez más el puesto de honor y de peligro correspondió a Foch, bajo cuyo mando supremo combatieron los británicos y los belgas, lo mismo que los franceses.

Es difícil imaginar un país más admirable para la defensa que el del Iser. Desde las dunas hacia el este se extiende un intrincado laberinto formado por el río, el canal y los fosos, siendo gran parte del terreno susceptible de inundación con sólo abrir las compuertas, y fácil de convertirse todo en un pantano cuando comenzaran las primeras tormentas invernales. Una docena de aldeas grandes y pequeñas y centenares de reducidas alquerías de piedra, ofrecían defensa en este frente. Las trincheras abiertas hoy, podían inundarse mañana, la artillería colocada un día en posición conveniente sobre terrenos planos, podía encontrarse sumergida y enterrada en el cieno al día siguiente.

Tal era el campo que se extendía entre el Iser y el mar. En este territorio y en las orillas del Ipres continuó por más de un mes, con pequeñas interrupciones, uno de los conflictos más complicados, confusos e indescriptibles en toda la historia de la guerra; conflicto en el cual tomaron parte hombres de razas, religiones, colores y nacionalidades tan diferentes como jamás habíanse reunido en campo alguno de batalla en la Europa occidental, desde que la invasión de los soldados del Islam fué detenida en el campo de Tours. El Asia, el África, y aun la América y Australia compartieron la gloria y la carnicería del combate.

El primer ataque fué dirigido a lo largo de la costa marítima, al sur de Ostende, sobre el resto de las fuerzas belgas, conducidas por su intrépido monarca y desplegadas detrás del río Iser en Nieuport, cerca de su desembocadura en el mar. Durante varios días sostuvieron allí los belgas un combate desigual. En el momento crítico una escuadra inglesa se estacionó detrás de las dunas y con su artillería pesada impidió el avance alemán después de horrible matanza.

Detenidos allí los alemanes se dirigieron hacia el interior, retrocediendo hasta la proximidad de Dixmude, a mitad del camino entre Ipres y Nieuport. De allí avanzaron nuevamente hasta que los belgas desesperados abrieron las compuertas y el agua inundó los fértiles campos, sembrando la ruina, convirtiendo toda el área en un lago, ahogando grandes cantidades de invasores, creando por el momento un obstáculo invencible, y repitiendo la hazaña de los holandeses en su gloriosa campaña contra Alba.

Desde el este de Dixmude—que después de lucha desesperada y de haber cambiado de manos muchas veces quedó por entonces en poder de los alemanes, a quienes detuvo en su obra destructora la resistencia por siempre memorable de los famosos fusileros navales, los *"Golden Lads"* de la Gran Bretaña—el ataque se dirigió a Ipres. Allí se encontraban los ingleses. Cumplíase el deseo del Kaiser, y las tropas de Inglaterra hicieron frente a los bizarros bávaros; pero no sucumbieron. En ciertos puntos la línea se replegó. Las ventajas reales correspondieron a los alemanes, pero la línea se mantuvo firme. La carnicería continuó día y noche. Tomábanse y se reconquistaban trincheras, colinas y granjas. Aldeas y ciudades quedaban transformadas en montones de escombros.

Para completar el horror de la situación comenzó el otoño y cayó la lluvia y el granizo, y por último la nieve, convirtiendo todo el terreno en un pantano. Los cadáveres de los soldados yacían sin enterrar por varios días en medio de la confusión indescriptible de caminos, edificios y ciudades arruinadas. Los arroyos y las zanjas estaban obstruídos con despojos humanos. Toda apariencia de estrategia habíase desvanecido.

Las consideraciones tácticas estaban subordinadas al próposito único y primordial de un avance en virtud de la superioridad numérica. No era ya un combate basado en la aplicación de las teorías modernas, sino un encuentro mortal entre millares y millares de hombres convertidos en animales por el sufrimiento, las privaciones, la inclemencia de las tempestades otoñales, y cuyas ropas se habían vuelto harapos o estaban literalmente cubiertas de lodo.

Pérdidas cada vez más terribles, colisiones horrorosas, paracieron

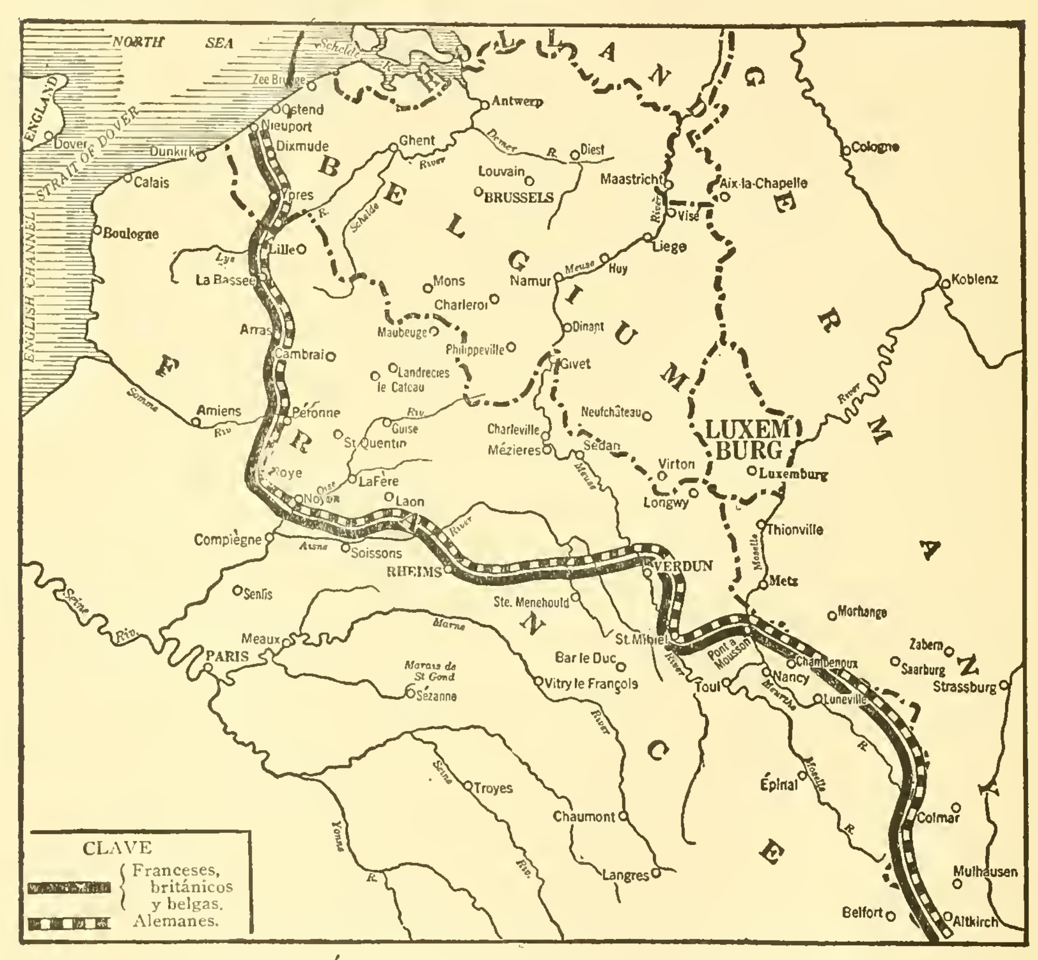
detener los esfuerzos alemanes. Sin embargo, algunas horas o algunos días después, nuevos millares de hombres volvían a la carga, y volvían siempre marchando impávidos hacia adelante y entonando cantos. Regimientos de jóvenes reemplazaban a los hombres de más edad de la primera línea; pero los adolescentes no eran menos bravos que los hombres, ni los reclutas lo eran menos que los veteranos.

V. EL JAQUE MATE

Tales fueron las batallas de Flandes: la batalla del Iser ganada por los belgas y los franceses, la batalla de Ipres ganada por los británicos y los franceses. Nunca tuvo lugar combate más reñido. Jamás estuvo la victoria más próxima para los alemanes que en los primeros días de noviembre. El dique construído por Joffre apresuradamente y con materiales endebles, habíase extendido a través de la última brecha abierta en el frente que a duras penas se sostuviera. El 15 de noviembre, cuando fracasó el último esfuerzo de la Guardia Prusiana, el ejército expedicionario británico era casi un recuerdo y sus pérdidas habían sobrepasado todas las que registra la historia de Inglaterra. Cincuenta mil ingleses, la tercera parte de todo el ejército expedicionario, fueron muertos, heridos o capturados en Ipres. Los franceses perdieron setenta mil hombres en el mismo campo, y los belgas veinte mil. Las pérdidas alemanas ascendieron ciertamente a más de doscientos cincuenta mil hombres.

Hecho memorable en el futuro será el que mientras fracasaba el último ataque alemán delante de Ipres, moría dentro de las líneas británicas el único jefe inglés que había previsto lo que iba a suceder, cuyas palabras fueron recibidas con mofa y cuya voz había sido casi ahogada por el optimismo hueco y trivial de los políticos de los partidos liberal y radical. Habiendo venido a Francia en el momento de la crisis para saludar a sus amadas tropas de la India, que combatían entonces en la línea occidental, Lord Roberts murió en vísperas de una gran victoria que salvaba a su país de los males que él había pronosticado. Es digna de mencionarse también la anécdota atribuída a De Souza, quien relata que después de estudiar Lord Roberts los mapas y examinar los planos y combinaciones del general francés

que tenía el mando supremo, tanto sobre las tropas británicas como sobre las francesas, dijo a los oficiales del estado mayor de Foch: "Tenéis un gran general."



PARALIZACIÓN EN EL OESTE, 15 DE NOVIEMBRE DE 1914

El 15 de noviembre marca la terminación del esfuerzo comenzado el 5 de agosto ante Lieja. Detrás de su línea de trincheras disponía entonces Alemania de casi toda la región industrial y de la mayor parte de los establecimientos de maquinaria y minerales de Francia. Toda Bélgica, salvo una pequeña porción, estaba en sus manos. Francia no se hallaba en estado de tomar la iniciativa y habían de pasar casi dos años antes de que la Gran Bretaña llegara a contribuir con fuerzas suficientes para lanzar una ofensiva de importancia.

Las tropas británicas realizaron en Ipres todo lo que se esperaba de ellas y más de lo que podía esperarse de cualquier ejército. El *"Wipers"* de los *Tommies* ingleses figurará a nivel de Waterloo y Blenheim en la historia militar inglesa. Sin embargo, aquí como en todas partes, era al soldado inglés individualmente a quien per-

tenecía la gloria, porque el comando supremo era francés y la victoria se obtuvo mediante el genio del general que lanzó el ataque decisivo del Marne. Y Foch tuvo que afrontar esta prueba suprema en la noche del día en que su hijo y su yerno habían perecido en el campo del honor.

Mas por reñida que fuera la lucha, el resultado fué absoluto. La entera concepción alemana de un ataque rápido, terrible y decisivo contra Francia había terminado en la sangrienta carnicería del Iser y de Ipres. Ni un solo ejército francés fué destruído, ni un solo ejército francés fué capturado. La gran batalla que debía tener lugar seis semanas después de la declaración de la guerra se había librado, había sido una victoria francesa; no un Waterloo o un Sedán, sino una victoria que obligaba a los alemanes a una retirada general dislocando toda su concepción estratégica. Después de esta retirada nunca les fué posible reasumir la ofensiva ni encontrar una posibilidad de alterar los resultados. Todos los esfuerzos independientes que llevaron a cabo para tomar de nuevo la ofensiva desde St. Mihiel hasta Nieuport fueron contrarrestados casi desde que se iniciaron.

A no ser por la derrota rusa en Tannenberg, la derrota del Marne hubiera provocado una retirada hasta el Rhin. La victoria de Hindenburg dió a Alemania dos meses más en el oeste. Habían ya transcurrido, y ahora la situación se hacía crítica en el este. La presión rusa sobre la Prusia Oriental no había ocasionado el retiro de cuerpos de ejército alemanes en el Marne o antes de la batalla del Marne; pero las victorias rusas en Galizia, los desastres que habían abrumado a Austria y parecían augurar su ruina, la crisis de la campaña de Hindenburg en Polonia, reclamaban la atención de Alemania.

El 15 de noviembre marca, por consiguiente, la terminación del esfuerzo comenzado el 5 de agosto ante Lieja. En este intervalo Alemania había atropellado a Bélgica, había ocupado más de ocho mil millas cuadradas de Francia, devastando extensión mayor aún de territorio. Habíase aproximado a París, cuyos suburbios eran visibles desde el punto donde llegaron sus ejércitos el 5 de septiembre; pero casi al alcance ya de su meta, se había visto obligada a reple-

garse, y desde este momento hasta el final en Flandes su estrategia quedó subordinada a la de Joffre y todos sus propósitos fracasaron en la partida que jugaba contra el general francés.

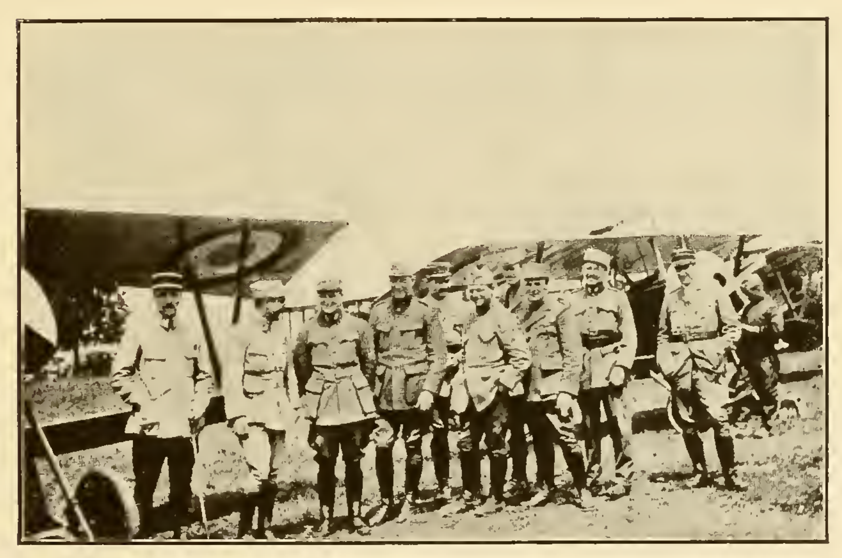
Detrás de su línea de trincheras disponía entonces Alemania de casi todas las regiones industriales francesas y de la mayor parte de los establecimientos de maquinaria y minerales de Francia. Toda Bélgica, salvo una pequeña porción, encontrábase en sus manos. Después de una lucha terrorífica Francia no se hallaba en estado de tomar la ofensiva, y habían de pasar casi dos años antes de que la Gran Bretaña llegara a contribuir con fuerzas suficientes para iniciar una ofensiva de importancia. La previsión de Alemania con respecto a la artillería pesada y a las ametralladoras dió a sus ejércitos real y prolongada ventaja en la guerra de trincheras.

Pero el lado opuesto del cuadro era inequívoco. Alemania lo había aventurado todo, contando con una rápida decisión, y en lugar de esto encontrábase envuelta en una guerra prolongada. Había proyectado derrotar a sus enemigos por separado, destruyendo primero el poder militar francés y luego el ruso; no había podido aniquilar a Francia y los ejércitos rusos transmontaban ahora los Cárpatos.

A pesar de sus triunfos evidentes y de sus brillantes victorias preliminares, Alemania había perdido, pues, la primera partida de la guerra. Habíala perdido en el Marne y de nada le habían servido sus luchas desesperadas desde el Marne hasta el Iser. Ahora necesitaba dirigirse al este por fin y entenderse con Rusia; nuevos horizontes y nuevas victorias aparecen en perspectiva; pero mientras vuelve sus miradas hacia el este, la Gran Bretaña y Francia, detrás de la barrera construída en el oeste, comienzan a reunir sus fuerzas para renovar la ofensiva en un futuro mucho más lejano de lo que podían soñar.

Con la terminación de la lucha en Ipres, el frente occidental quedó paralizado hasta marzo de 1917, sin cambio esencial alguno en los frentes de batalla.

VISTAS DE LOS ESCUADRONES AÉREOS



NORTEAMERICANOS QUE PRESTARON SERVICIOS A FRANCIA COMO AVIADORES

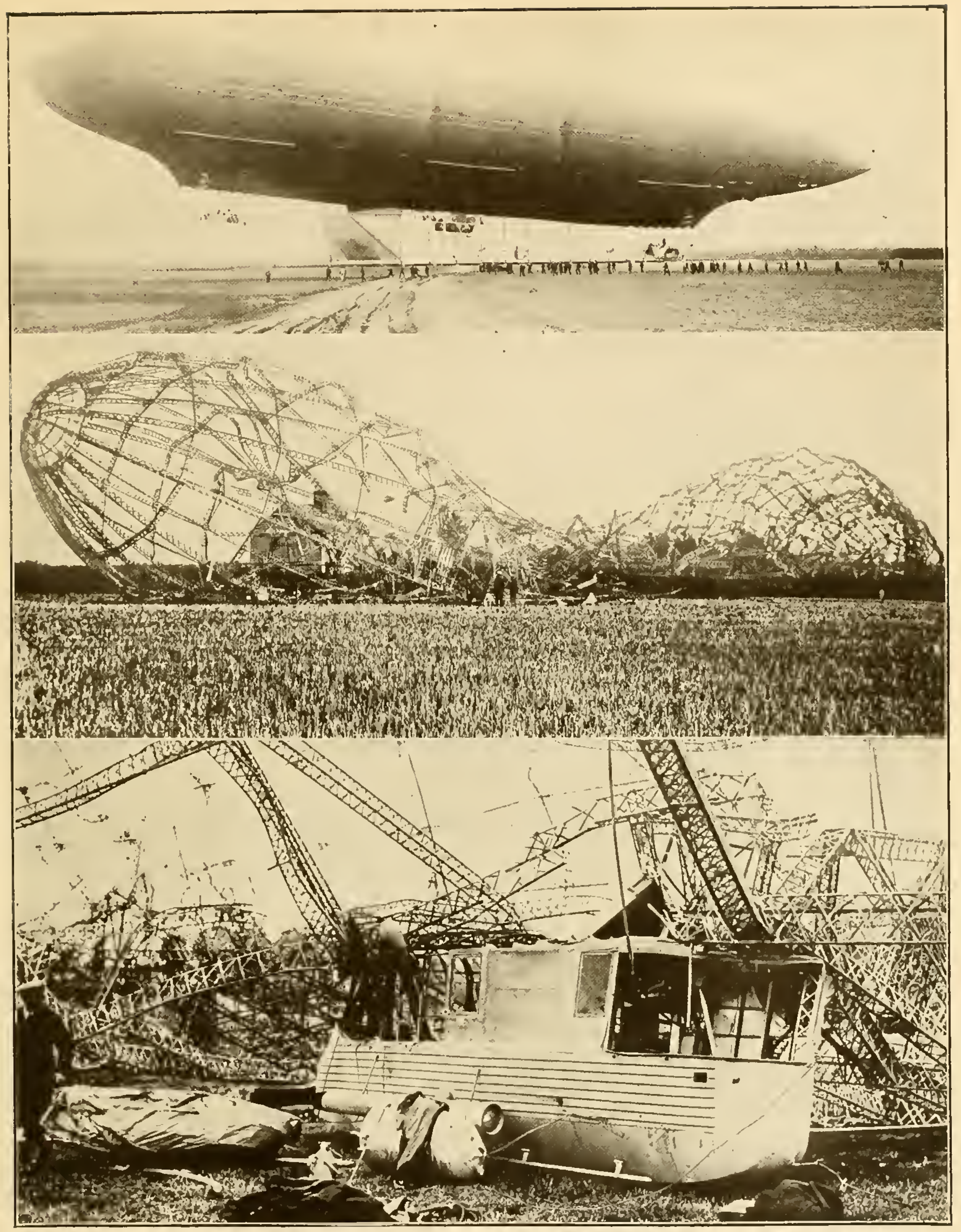
La fotografía presenta algunos de los miembros de la escuadrilla Lafayette. organización compuesta de aviadores norteamericanos. *De derecha a izquierda:* el subteniente de Laage de Mieux, (instructor francés), Johnson, Rumsey, McConnell, Thaw, Lufbery, Rockwell, Massom, Prince, y Hall. Poco tiempo después de haberse tomado esta fotografía McConnell, Rockwell, y Prince morían en la guerra.

EL *DREADNOUGHT* DEL AIRE

El gigantesco crucero aéreo *Brequet,* usado para el bombardeo. Lleva ametralladoras, así como también tubos lanza bombas.

EL CRUCERO DE BATALLA AÉREO

El nuevo modelo "Nieuport," de combate. Se eleva con gran rapidez llegando a siete mil pies de altura en seis minutos y pudiendo llegar a veinte mil pies. La ametralladora está montada en la cubierta y dispara a través del propulsor.



Propiedad registrada por el International Film Service

LA GUERRA EN EL AIRE

Este gigantesco zeppelin fué derribado en los suburbios de Londres por los cañones contra ataques aéreos. La envoltura se quemó completamente pero la góndola estaba casi intacta. El incidente ofreció a los ingleses la excelente oportunidad de estudiar los secretos de la construcción de los zeppelines alemanes. La fotografia superior es la de un dirigible alemán intacto.





VOLUNTARIAS PARA EL SERVICIO AÉREO EN FRANCIA

Propiedad registrada por Underwood & Underwood

Esta fotografía recuerda las que se han obtenido de los cráteres de la luna, pero en realidad es la fotografía de un moderno campo de batalla tomada sacada por un aviador. Los numerosos puntos son los cráteres hechos por la explosión de las granadas. Las líneas gruesas trazadas con precisión matemática son las fortificaciones. Las otras líneas, más o menos ondulantes son las trincheras.

SOLDADOS DE LOS SIESTE MARES



UN PAR DE FORNIDOS ZUAVOS DE LA COSTA DE ORO DE ÁFRICA

Los cultos europeos en el frente, a menudo se hallaban perplejos para explicar los horrores de la guerra a hombres medio civilizados como éstos, que se hallaban familiarizados con tales espectáculos entre los salvajes y las fieras de las selvas africanas, pero como los misioneros les habían asegurado que tal conducta era terrible para los hombres civilizados, se hallaban confundidos y atónitos ante los horrores que presenciaban en Francia y en Bélgica.



Propiedad registrada por el International News Service

TURCOS

En esta guerra de muchas naciones se encontraban hombres con toda clase de indumentaria. En esta fotografía se ve un grupo de turco-franceses de Argelia, muy afanados en la manera de preparar su café al mediodía.

Propiedad registrada por el International News Service

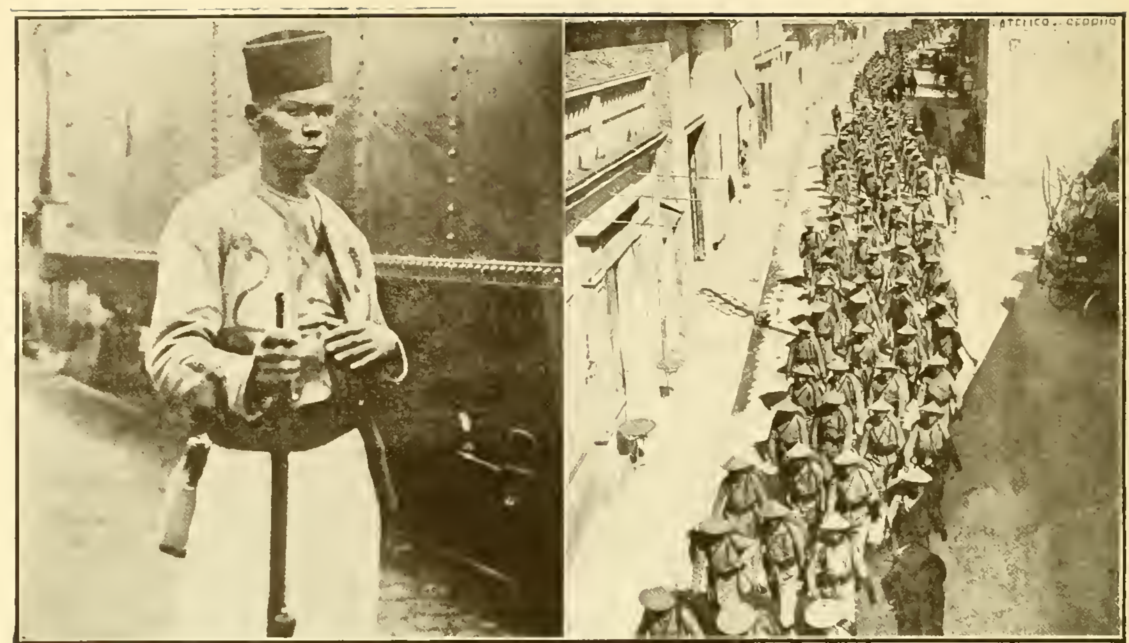
TROPAS CANADIENSES

Una gran proporción de la escasa población del Canadá cruzó los mares para pelear por la madre patria. Con ellos fueron muchos americanos. Después de un período de instrucción en Inglaterra, los canadienses y los norteamericanos fueron a parar juntos a las trincheras de Francia.



UNA VERDADERA GUERRA MUNDIAL

De todas partes del mundo venían hombres para resistir la agresión de los Hohenzollern y los Hapsburgo. Nunca antes, en la historia del mundo, ni aun en las cruzadas, hombres de razas tan diversas y tan desparramadas se agruparon para defender juntos una causa común. Aquí están los cosacos de Rusia, los sikhas de la India y los coloniales ingleses de Nueva Gales del Sur.



Propiedad registrada por Underwood & Underwood

UN SOLDADO SENEGALÉS DE INFANTERÍA

SOLDADOS ANNAMESES



HOMBRES DEL ASIA Y DEL ÁFRICA

Pocos se dieron cuenta de que había tropas de raza mongólica en los campos de batalla de Europa. Los japoneses participaron solamente en las batallas navales y en Kiao-Chau; pero aquí, *(fotografía superior)* vemos una columna de soldados de la Cochinchina francesa que marchan a su campamento cerca de Versalles. La fotografía de abajo muestra un batallón de senegaleses avanzando para tomar parte en la gran ofensiva del Somme.

CAPÍTULO OCTAVO

EL FRENTE ORIENTAL

I

LOS PROPÓSITOS RUSOS Y LOS ALEMANES

CON el fracaso del esfuerzo alemán en Ipres, el frente occidental pierde su importancia durante cerca de año y medio. No es hasta el colosal ataque a Verdún, en febrero de 1916, cuando los acontecimientos en el frente francés y en el belga adquieren la preponderancia que tuvieron en los primeros días de la guerra. Verdad es que mucho antes de las batallas de Flandes, en octubre y en noviembre, el frente oriental había sido teatro de muchos encuentros terribles y de campañas cuya relación con las del occidente no se hizo visible aún. Sin embargo, para los fines de la narración, es más sencillo relatar primero las operaciones del frente occidental, incluyendo toda la batalla del Marne, hasta que la decisión se hizo absoluta en Flandes, y examinar luego, en detalle, las operaciones orientales desde el comienzo de las hostilidades.

Estas operaciones se vieron confusamente y poco se comprendieron durante los primeros días de la guerra. Falta aún, y faltará tal vez durante muchos años, ese conocimiento completo que poseemos ya de las operaciones francesas en el frente occidental; pero es posible percibir, con el menor estudio científico, que desde que se inició la lucha en el oriente hasta que la victoria alemana en el Dunajec transformó toda la situación oriental, dos planes muy claros y bien definidos se estaban desarrollando.

En los últimos días de agosto, de absoluto acuerdo con un plan convenido de antemano entre el estado mayor de Rusia y el de Francia, dos ejércitos rusos fueron enviados a la Prusia Oriental, donde uno fué derrotado en Tannenberg y el otro obligado a retirarse a

la frontera y a adoptar una actitud defensiva. A pesar de otros avances subsiguientes, que llevaron a los rusos directamente a un segundo desastre en la batalla de los lagos Masurianos, la campaña de la Prusia Oriental vino a ser de importancia secundaria.

Por otra parte, al mismo tiempo que eran derrotados los rusos en Tannenberg, producíanse las dos grandes victorias rusas, en las cercanías de Lemberg, que ejercieron una influencia permanente sobre la campaña oriental hasta la batalla del Dunajec. En estas batallas de Lemberg el poder militar de Austria fué destrozado temporalmente y la estrategia rusa concentró sus esfuerzos para que las consecuencias de sus primeras victorias fuesen absolutas, forzando la decisión de Lemberg a la eliminación de Austria en la guerra.

Este propósito motivó la constante presión sobre Austria, en el frente de Galizia, el avance al San, hasta los suburbios de Cracovia, y, finalmente, cuando fué imposible adelantar más en esta dirección, la gigantesca campaña en los Cárpatos, cuyo objetivo era el de traspasar las crestas de estas montañas e invadir las llanuras de Hungría. En el curso de estas campañas muchas batallas se libraron, la mayoría de ellas victoriosas para Rusia; y la gran fortaleza de Przemysl, con una enorme guarnición, fué capturada. El desastre del Dunajec ocurrió cuando la lucha de los Cárpatos aun se desarrollaba en favor de Rusia, pero no es menos cierto, sin embargo, que esta nación había fracasado en su propósito principal cuando se vió obligada a abandonar sus esfuerzos.

Como contraste con la campaña y los propósitos de Rusia, los esfuerzos de Alemania en el este tenían por objeto impedir que Rusia aniquilase a Austria. Estos esfuerzos no se limitaron a sostener a Austria en Galizia, sino que más bien los alemanes emprendieron una campaña propia para obligar a Rusia a desviar su atención de Austria y dar tiempo a que esta nación, bajo la dirección de Alemania, pudiese levantarse nuevamente. Además, el plan alemán tenía, como objetivo local, la captura de Varsovia, la de la margen occidental del Vístula, uno de los obstáculos militares más serios de Europa, y la consolidación consiguiente de su propio frente occidental.

Cuando empezaron sus operaciones en Polonia, en octubre, y simultáneamente se hallaban atacando a Amberes, preparándose para

su esfuerzo final de romper la decisión del Marne, los alemanes contaban solamente con escasas fuerzas, y su avance hasta los arrabales de Varsovia sugiere el recuerdo del ataque de Early a Wáshington en 1864, con el propósito de debilitar la posición de Grant en Ríchmond y Pétersburg. Aun si no lograban tomar Varsovia, que era azaroso, los alemanes esperaban cuerdamente obligar a Rusia a que mandase tropas de Galizia, aliviando así la situación de Austria. En esta parte los alemanes lograron un éxito completo.

El segundo avance, que empezó en noviembre y que pronto culminó en la terrible batalla de Lodz, fué una empresa más seria. Los alemanes, esta vez, esperaban no solamente aliviar la presión sobre los austriacos, sino tomar Varsovia. Temporalmente ayudaron a Austria, pero fracasaron en su intento de capturar Varsovia y pronto volvieron los austriacos a encontrarse de nuevo en peligro.

En el mes de noviembre los alemanes abandonaron finalmente su propósito de forzar la decisión del Marne. Lo abandonaron, no porque lo consideraran imposible—en efecto los alemanes estuvieron a punto de obtener una victoria completa cuando se detuvieron en Ipres—sino porque ya no era seguro seguir con probabilidades de triunfo la campaña oriental con las pocas fuerzas que allí tenían. Hasta este momento la campaña rusa no había afectado materialmente al frente occidental. Había obligado a sacar, es cierto, dos cuerpos austriacos de Alsacia, en el peligroso momento del Marne, pero no impuso la retirada de tropas alemanas de ese frente. Por el contrario, los alemanes habían mandado seis nuevos cuerpos de ejército a Bélgica para las batallas de Ipres y del Iser.

Si los rusos hubieran ganado en Tannenberg, el efecto se hubiera hecho sentir en el occidente antes de la batalla del Marne, pero el haber fracasado permitió a los alemanes continuar con su campaña occidental hasta noviembre. En aquel entonces la batalla de Lemberg empezó a tener consecuencias, iguales a las que hubiera tenido la batalla de Tannenberg si los rusos hubieran ganado. Con la campaña en el oeste sin ganar, tuvo Alemania que dirigirse al oriente en noviembre. Hasta aquí la estrategia franco-rusa había prevalecido sobre la alemana, pero se había llegado tan tarde a los resultados que los ejércitos alemanes en el oeste habían tenido tiempo de atrin-

cherarse en el suelo de Francia y en el de Bélgica, desde los Vosgos hasta el mar.

Después de Lodz, Alemania concentra su atención principal en el frente ruso. Cuando empezó las operaciones en noviembre es evidente que su alto comando contaba con la toma de Varsovia y la eliminación del peligro ruso antes de la primavera, utilizando varios cuerpos de ejército sacados del frente del oeste donde se había convertido la campaña en una guerra de trincheras. El alto comando, sin duda, esperaba regresar al oeste en la primavera, tratando de romper la decisión del Marne, que siempre pesaba sobre Alemania, porque si no se forzaba este estado de cosas, el tiempo daría lugar a que Inglaterra armase, equipase y municionase a sus millones de hombres.

Una vez que Alemania se dirigió hacia el oriente, inició un esfuerzo tremendo. En diciembre, en enero y en febrero tuvieron lugar terribles ataques sobre todo el frente de Polonia, frente a Varsovia, y una gran tentativa para tomar Varsovia, atacándola desde la Prusia Oriental. Pero todo esto falló. Los fracasos de febrero demuestran que Varsovia no puede tomarse por el norte ni por el oeste, y las nuevas victorias rusas en Galizia dan prueba de que el esfuerzo alemán de aliviar a Austria con la campaña de Varsovia, ha fracasado.

En el mes de febrero, a lo sumo, Alemania descubre que no es posible quitarse a Rusia de encima a tiempo para volver al frente del oeste y reanudar el esfuerzo para eliminar a Francia, el principal enemigo, durante la primavera y el verano de 1915. En lugar de esto es evidente que Austria debe continuar la guerra, a favor de un nuevo y más grande esfuerzo dirigido contra Rusia. Es, pues, esencial, desde el momento en que hay que atacar a Rusia, que el golpe sea tan decisivo que quede esta nación completamente eliminada del conflicto, a fin de que Alemania tenga las manos libres para la lucha con Francia, reforzada por Inglaterra, pero antes de que ésta haya podido prepararse y pueda dar a Francia toda la ayuda necesaria.

He aquí el génesis de la gran campaña alemana de 1915, que empieza en Galizia y termina lejos, dentro del territorio ruso. Pero

a esta campaña no nos referiremos ahora. Lo que es necesario reconocer es que Rusia logró defender a Varsovia y contener a Alemania el tiempo necesario para impedir que Alemania volviese al oeste en 1915 al mismo tiempo que atacaba a Austria. Dió con esto motivo a que Francia e Inglaterra tuviesen quince meses para prepararse. El servicio fué de un valor inapreciable, y Rusia, por este medio, provocó el ataque alemán que la llevó al borde de su ruina; pero a su vez también escapó.

He aquí, pues, toda la historia de la campaña del este durante el período que vamos a examinar. Rusia, por aquel entonces, ejerce cada vez más presión sobre la castigada Austria, arrojándola de Lemberg, desde el San; se acerca a Cracovia, y, contenida allí, se vuelve sobre los Cárpatos, cruzando los pasos de las montañas en algunas partes. Al mismo tiempo Alemania trata, cada vez con menos éxito, de distraer el ataque ruso sobre Austria, atacando a Rusia a su vez en Polonia. La presión alemana es bastante intensa para restar a Rusia la eficacia de su campaña, pero no basta para atraer y desviar la atención rusa suficientemente; y llégase, por fin, a la decisión de pasar el verano en el frente del este para dar el golpe decisivo en la primavera y en el verano siguiente contra Rusia.

Mientras ocurre todo esto en el este, Francia y la Gran Bretaña hacen todos los esfuerzos imaginables para que sus fuerzas militares estén prontas para aliviar a Rusia de la presión alemana en la primavera. La obra es demasiado larga y demasiado grande para los ingleses. Más de un año después de la batalla del Dunajec es cuando Inglaterra puede considerarse preparada. Francia, después de los sacrificios del Marne, no es por sí sola lo suficientemente fuerte para romper las líneas alemanas en el oeste. El fracaso de los esfuerzos de Francia y de Inglaterra desde Alsacia hasta Flandes, revela al alto comando alemán que la campaña que ha iniciado contra Rusia puede llevarla adelante en la primavera, sin que corra peligro el frente occidental. Es al fracaso de los esfuerzos aliados en el oeste, durante el invierno, a lo que se debe la pesada carga que tiene que soportar Rusia, y el fracaso en la primavera es lo que precipita la catástrofe del Dunajec.

II. LA ENTRADA DE TURQUÍA

La intervención de Turquía, colocándose al lado de las Potencias Centrales afectó el curso de las operaciones del frente oriental, y, finalmente, contribuyó al desastre de Rusia. En los días de la caída de Amberes y cuando Varsovia estaba a punto de rendirse ante los ataques de Hindenburg, Turquía entró repentinamente en la guerra. La decisión de Turquía no pudo impedirse, ni por la acción militar ni por la diplomática de parte de los Aliados; pero el hecho marca el primero de una larga serie de reveses para la diplomacia aliada y para su alto comando, que cambiaron durante el segundo año todo el curso de la guerra.

El efecto militar de la entrada de Turquía no podía medirse por el nuevo frente que abría sobre el Cáucaso ruso o sobre el de las líneas británicas en Suez. Las operaciones militares turcas no fueron afortunadas ni de influencia, aparte de la defensa de Galípoli; pero, cuando Turquía entró en la guerra, Rusia quedó automáticamente separada del mundo exterior, por los hielos en el norte durante muchos meses y por los fuertes turcos en el Bósforo. Y el resultado fué que sus pertrechos de guerra disminuyeron enormemente. Antes de la primavera había dado fin a todos sus depósitos de municiones y cuando se efectuó el ataque alemán en abril se hallaba casi sin granadas. Ésta fué la causa principal de sus reveses subsiguientes, y éste fué el verdadero servicio que Turquía prestó a sus aliados y la venganza terrible sobre su enemigo hereditario.

Las causas políticas de la entrada de Turquía en la guerra no son difíciles de comprender. Cuando el acercamiento de Rusia y de Inglaterra, ésta renunció de hecho, tal vez por acuerdo especial, a su antiguo papel de defensora de los turcos. Era bien sabido en Stamboul que el convenio persa entre Rusia y Sir Edward Grey implicaba el consentimiento a la eventual posesión de los Dardanelos por Rusia. Bajo estas circunstancias y debido a que los ingleses acababan de adueñarse de un modo absoluto del canal de Suez por renuncia de las ambiciones francesas en Egipto—parte del convenio de 1904—Constantinopla perdió su antiguo valor para Inglaterra.

Ésta renunció a su posición de primera amiga del Sultán, y el Kaiser instantáneamente reemplazó a su rival en el Cuerno de Oro.

Cuando los estados balkánicos atacaron a Turquía, Alemania y Austria desearon la derrota de aquéllos, mientras que Inglaterra, Rusia y Francia deseaban la de Turquía. Rusia y Francia contribuyeron materialmente a la preparación y aprovisionamiento militares de los ejércitos que triunfaron en Lule Burgas, Kumanovo, y Yenidze-Vardar; y fué también por acuerdo con Inglaterra, Francia y Rusia, por lo que Italia atacó a Turquía quitándole Trípoli. Ningún estadista turco podía equivocar el hecho de que Francia e Inglaterra habían abandonado la política que causó la guerra de Crimea y la abrogación del Tratado de San Stefano. Ningún estadisto turco podía dejar de comprender la evidencia de que Rusia nunca más habría de renunciar a Zarigrado ante un mandato británico. Y Rusia, en lo que a Londres, París y Roma concernía, se hallaba en libertad de tomar Constantinopla. La victoria de Rusia y de sus aliados en esta guerra significaba, pues, el ataque de Rusia a Turquía con el consentimiento de los Aliados.

Turquía no podía hacerse ilusiones sobre las ambiciones alemanas. Un imperio osmanlí administrado por funcionarios prusianos era tan odioso para el turco como la pérdida de Constantinopla. Pero este peligro, aunque evidente, no era inmediato, y podían los turcos conservar la esperanza de que la guerra dejaría a los enemigos de Alemania lo suficientemente fuertes para impedirlo, aunque ellos fueran derrotados. Abrigaban la esperanza de que los acontecimientos les salvarían como les habían salvado muchas décadas antes. Pero el peligro ruso, en cambio, era inmediato, inequívoco, y traía consigo la sentencia de muerte para Turquía.

La decisión de Turquía se produjo con la intervención de los dos buques de guerra alemanes, el *Goeben* y el *Breslau,* que se hallaban en el Mediterráneo en el momento de la declaración de guerra y huyeron a los Dardanelos, por la vía de Palermo, escapando a la persecución de las escuadras francesa e inglesa. Si los buques franceses e ingleses les hubiesen seguido por el estrecho, hundiéndolos a la vista del mismo Gobierno turco, los hechos hubieran sido

diferentes y los mayores desastres de los Aliados se hubieran evitado; pero el propósito de los Aliados no había aun llegado a este punto y los almirantes carecían del valor de Nelson en el caso de Copenhague.

Con la llegada de estos buques a puerto seguro, Turquía se puso al lado de Alemania. Con ellos pudo Enver Bajá entregar su gobierno a las manos de los alemanes; y, además, estos mismos buques, saliendo del Bósforo, atacaron los puertos rusos impidiendo el tráfico marítimo de este país, y provocando la declaración de guerra que colocó a Turquía definitivamente del lado de las Potencias Centrales. Las marchas y contramarchas equivocadas del conde d'Erlon en la campaña de Waterloo, fueron solamente un grado más desastrosas para su emperador que este fracaso de los oficiales navales británicos a la causa aliada—los buques franceses en aquel entonces estaban ocupados convoyando el transporte de tropas francesas de Marruecos y de Argelia a Francia—a toda la causa aliada en la primavera y en el verano de 1915.

CAPÍTULO NOVENO

LA BATALLA DE LEMBERG

I

LA MOVILIZACIÓN RUSA

La movilización rusa, para la que se habían impartido órdenes preliminares desde el 25 de julio, dependía de las condiciones peculiares de la frontera occidental de Rusia. Allí Polonia se proyecta muy adentro en el área de los territorios teutónicos, como un puño que se hundiera en un almohadón, para emplear una comparación familiar. Los ejércitos rusos que operaran al rededor de Varsovia o al oeste de aquella plaza se verían fatalmente expuestos a ataques alemanes o austriacos, iniciados desde la Prusia Oriental hacia el sur o desde Galizia hacia el norte. Galizia toca la longitud de Brest-Litovsk a más de cien millas al este de Varsovia.

Rusia se hallaba en un período de restauración cuando estalló la guerra. Al norte de Varsovia, desde el Vístula, en el punto en que confluye con el Bug, hasta el Niemen, los rusos habían levantado una línea de fuertes que se extendía desde Novogeorgievsk hasta Kovno, sobre el Niemen. Era la famosa barrera Bobr-Narew-Niemen, cuya defensa principal no consistía en fortificaciones sino en los pantanos y ríos a que debe su nombre. En otros tiempos la plaza de Varsovia estuvo defendida por fuertes erigidos hacia el oeste; pero los fuertes fueron demolidos, y una vez completado el plan de fortificaciones, los ejércitos rusos se proponían defender Varsovia en la línea del Blonie, sistema de fortificaciones de campo que recuerda las líneas de Chatalja. Desde aquella región hacia el sur, el Vístula, río ancho y profundo, de espesa vegetación en las márgenes, ofrecía excelente posición defensiva a fuer de formidable obstáculo militar.

Pero los preparativos rusos habían comenzado solamente; y al

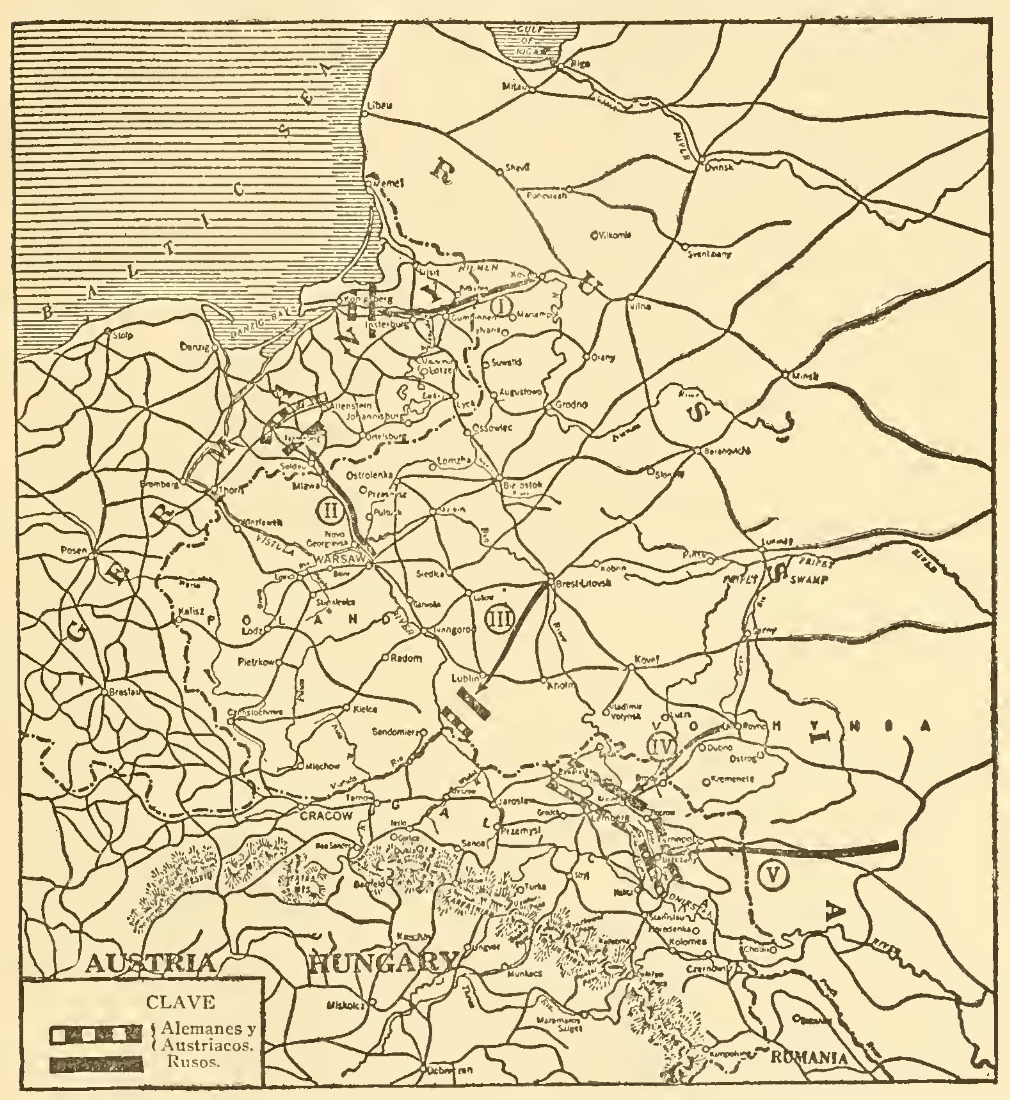
sur del Vístula, desde Ivangorod hasta la provincia de Volhynia, entre Lublin y Cholm, abríase un claro por el cual podían avanzar los ejércitos austriacos, operando mucho más allá de Varsovia y tras de la línea del Vístula. Hasta que no se cerrara este paso, todas las posiciones situadas al oeste estaban seriamente amenazadas. Y conviene notar de paso que cuando se realizó el avance alemán tuvo éxito precisamente a causa de aquel claro.

En tales condiciones, Rusia se vió obligada a movilizar sus tropas tras del Bug en lugar de hacerlo tras del Vístula, aprovechándose del Niemen y las tres fortalezas del triángulo volhynio, Rovno, Dubno y Lutsk, para proteger sus flancos. En Varsovia se dejó únicamente una pantalla de tropas; y solo al descubrir la magnitud de las huestes germanas en Bélgica y Francia y la debilidad del ejército que Alemania dejara en su frontera oriental, Rusia inició su avance en Polonia. La primera manifestación inequívoca del movimiento fué el envío de un ejército desde Varsovia hacia el norte, a la desastrosa batalla de Tannenberg.

Parece averiguado que la movilización rusa, lenta como fué a causa de la inmensidad del territorio y la escasez de ferrocarriles rusos, tomó por sorpresa a alemanes y austriacos, quienes más tarde formularon irritadas acusaciones sobre preparativos rusos anteriores a la crisis servia. Pero esta discusión pertenece al futuro. Lo que parece incontestable es que los ejércitos rusos comenzaron su avance a mediados de agosto. El movimiento se llevó a efecto en dos áreas diferentes. Dos ejércitos, viniendo el uno desde el Niemen y el otro desde el Vístula, o sea desde Varsovia, invadieron la Prusia Oriental obteniendo éxito considerable durante la tercera y la cuarta semana de agosto; pero fueron detenidos completamente por el desastre de Tannenberg que aniquiló uno de los ejércitos invasores, obligando en consecuencia al otro a retirarse.

El segundo grupo de ejército era el más considerable y no sumaba menos de un millón de hombres, esto es, el doble si no mayor número que los otros dos ejércitos reunidos. Este grupo estaba dividido en tres ejércitos, comandados por Ivanoff, Russky y Brusiloff, nombres que se harían famosos en la historia de la guerra. El ejército de Ivanoff tenía como base Brest-Litovsk, y a mediados de agosto

comenzó un avance hacia el sur, protegiendo Lublin y el claro que se abría hacia Brest-Litovsk. Su misión consistía en rechazar una



LA OFENSIVA RUSA EN TODOS LOS FRENTES, PRIMERO DE SEPTIEMBRE DE 1914

I—Rennenkampf
II—Samsonoff
III—Ivanoff
IV—Russky
V—Brusiloff

posible invasión austriaca al sur de Lublin. Los dos ejércitos restantes debían llevar a efecto la acometida principal.

El ejército de Russky, con su base en Kiev, marchó hacia el oeste, siguiendo el ferrocarril Kiev-Lemberg, y avanzó directamente sobre Lemberg cruzando la frontera de Galizia por Brody, en la última

semana de agosto. Brusiloff hizo avanzar a su ejército siguiendo el ferrocarril Odesa-Lemberg, pero iniciando este movimiento tan sólo cuando pareció evidente que Rumania permanecería neutral. La misión original de este ejército era proteger Odesa y la parte sudoeste de Rusia contra un ataque rumano, en caso de que Rumania se mantuviera fiel a su alianza con Austria y Alemania. La posibilidad de emplear estas fuerzas con distinto objeto determinó la victoria de Lemberg; jugando así Rumania a sus antiguos aliados una mala partida, semejante a la que Italia les jugó al proclamar su neutralidad y brindarles ocasión de retirar las tropas francesas que guardaban la frontera para emplearlas en la batalla del Marne. Brusiloff cruzó la frontera cerca de Tarnopol y también al este de Lemberg, avanzando sobre esta plaza con su flanco izquierdo sobre el Dniester. Unióse a Russky antes de comenzar la batalla y desempeñó papel decisivo en el primer encuentro.

II. LOS PLANES DE AUSTRIA

En los planes estratégicos germano-austriacos, correspondía al Austria la misión de afrontar la principal acometida rusa y rechazarla mientras Alemania acababa con Francia. Es evidente que el alto comando de la monarquía dual, desde el comienzo mismo de las hostilidades, calculó errónea y fatalmente la rapidez y fuerza del golpe que Rusia iba a asestar. Alemania había tomado dos de los mejores cuerpos austriacos para la campaña occidental y los ponía en acción en Alsacia cuando se produjo el desastre austriaco. Por otra parte, Austria había enviado tres o cuatro cuerpos más hacia el sur, contra Servia. Estas fuerzas eran demasiado pequeñas para lidiar una campaña ofensiva contra las tropas veteranas, bien preparadas y bien equipadas del Rey Pedro; y sufrieron inmediato y terrible descalabro en el Jedar cuando Rusia comenzaba apenas a cruzar la frontera de Galizia, una semana antes de Tannenberg y por el tiempo en que se libraba la batalla de Charleroi.

Es dudoso que Austria pusiera en movimiento contra Rusia mucho más de seiscientos mil hombres al comenzar la campaña. En todo caso, su adversario le oponía por lo menos el doble de fuerzas. De otro lado, Austria provocó el desastre al dividir sus ejércitos.

Estacionó uno (el de Auffenberg) a través de Galizia, de norte a sur, y al este de Lemberg protegiendo esa plaza; apoyó su flanco derecho o meridional en Halicz, sobre el Dniester, el flanco septentrional tras del Bug y el centro en las tierras altas que se alzan detrás del Zlota Lipa. Esta posición era excelente y se hallaba defendida por fortificaciones de campo bien construídas; pero resultaba demasiado extensa para el número de hombres de que Austria disponía.

El segundo ejército austriaco, comandado por Dankl, apartándose de la línea ferroviaria en el San, avanzó directamente hacia el norte por el claro que se abría en la región de Lublin, teniendo como objetivo inmediato a Brest-Litovsk y como propósito esencial compeler a los rusos a evacuar Varsovia y toda la Polonia. Era una empresa audaz, superior a la capacidad del ejército y de los generales que debían llevarla a cabo la primera vez; pero tuvo éxito cuando se intentó por segunda vez, y este éxito demostró la debilidad de la posición rusa y la sabiduría que inspirara la concepción estratégica original rusa, que incluía la evacuación de todo el territorio al oeste del Bug.

Se observará que en los primeros días del conflicto ni rusos ni austro-alemanes realizaron operaciones en la parte de Polonia que se extiende al oeste de Varsovia. Los germanos carecían de fuerzas suficientes para tales operaciones; los moscovitas no las llevaron a cabo a causa de la concentración de los ejércitos austriacos frente a Lublin, concentración que representaba amenaza mortal para cualquier ejército desplegado al oeste de Varsovia. Sólo después de haber emprendido los alemanes el ataque sobre Varsovia, a raíz de Tannenberg, y fracasado en la operación, aventuróse Rusia en aquella área, abandonando por el momento el campo de operaciones de Galizia y poniéndose al borde de una aplastante derrota en Lodz; después de lo cual no hizo allí esfuerzo nuevo alguno, manteniéndose firmemente a la defensiva.

Al comenzar la última semana de agosto, pues, progresan dos grandes operaciones. Rusia envía dos ejércitos, siguiendo las vías férreas de Kiev y Odesa, y mantiene su tercer ejército en los alrededores de Lublin; Austria despliega un ejército ante Lemberg y envía otro hacia el norte, a Volhynia, encaminado en realidad a Lublin

y cuya presencia indican los partes austriacos sobre victorias en Krasnik. Podemos calcular que los austriacos iban a medir sus armas con un adversario de doble superioridad numérica, y que, al iniciarse la acción de Lemberg, los generales de Francisco José tenían ya noticia del abrumador triunfo servio en Jedar y de que Austria desistía de la invasión de Servia.

Para completar el cuadro de la campaña oriental debemos agregar que al mismo tiempo un ejército ruso se aproximaba a Königsberg habiendo ganado la batalla de Gumbinnen, y un segundo ejército se avecinaba a Allenstein en la Prusia Oriental, mientras Hindenburg preparaba su asombroso contraataque. En el oeste, Namur había caído; los franceses habían sido derrotados en Morhange y Charleroi, y todos los ejércitos aliados iniciaban la gran retirada que Berlín y Viena interpretaron como el derrumbamiento del poderío militar francés.

III. LEMBERG

La primera batalla de Lemberg no duró menos de ocho días. Comenzó en las márgenes del Zlota Lipa, pero luego los austriacos se retiraron a su frente principal, tras del Gnila Lipa, apoyando aún su flanco meridional en Halicz, su centro en Krasne, sobre la línea férrea Brody-Lemberg, en el sitio donde se junta con el ferrocarril Tarnopol-Odesa, que termina allí tras del Bug. Toda aquella zona iba a disputarse nuevamente cuando Brusiloff asumiera su gran ofensiva en julio de 1916.

El hecho de que la resistencia austriaca fuera a la postre quebrantada ha dado lugar a un concepto erróneo sobre la índole de la lucha. El combate fué muy reñido y durante muchos días los rusos, a pesar de graves pérdidas, no pudieron realizar progreso alguno. Finalmente Brusiloff se abrió paso al sur, hacia el Dniester y en las cercanías de Halicz, punto que tomó. Este triunfo puso en peligro la línea entera de los austriacos, quienes se retiraron a través de Lemberg, haciendo alto tras la cadena de lagos de Grodek, algunas millas al oeste de Lemberg, extendiendo su flanco izquierdo algo más allá de Rawaruska. Lemberg cayó a principios de sep-

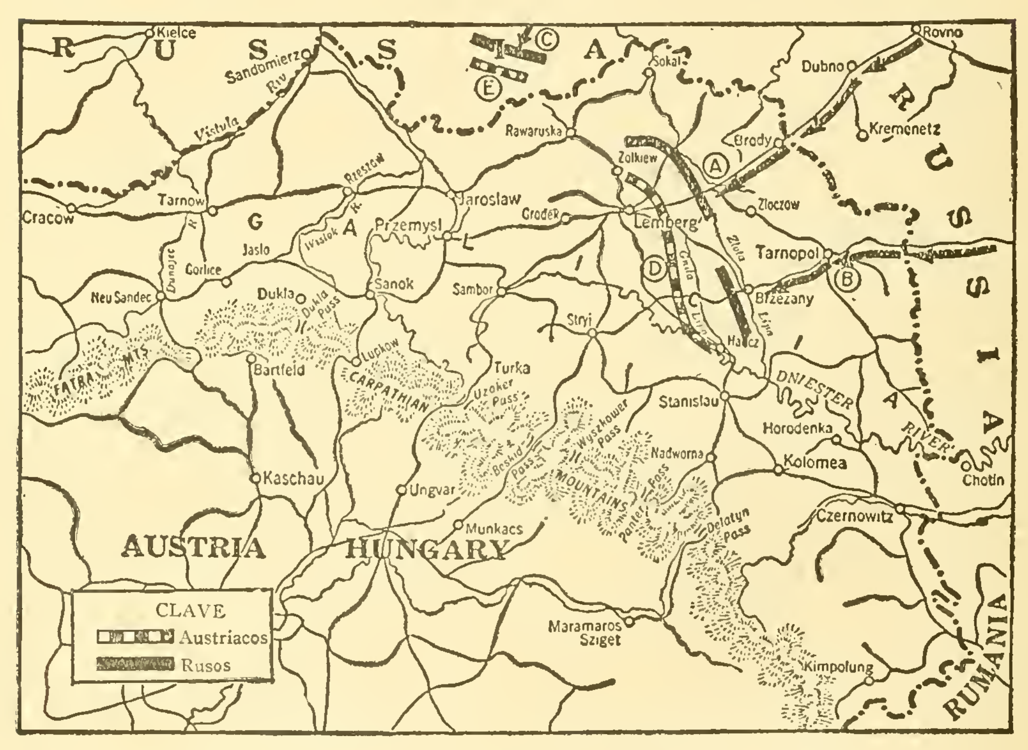
tiembre, al rededor del día en que se libraba la batalla de Tannenberg.

Esta vez Russky lanza el ataque decisivo. La superioridad numérica de sus tropas sobre las de Auffenberg es tan grande que logra envolver el flanco austriaco, forzando a la línea enemiga a girar describiendo un cuarto de círculo al rededor de Rawaruska y disponerse de este a oeste; Russky toma Rawaruska, desbarata todo el centro austriaco y pone en derrota completa al ejército entero de Auffenberg, sacudido ya por los reveses que sufriera ante Lemberg.

Entre tanto Ivanoff, que primero ha retrocedido ante el avance de Dankl con el objeto de que éste se internara en territorio ruso separándose de Auffenberg, se detiene y descarga un rudo golpe sobre su adversario. El ejército de Dankl queda aislado y con su flanco meridional expuesto por el descalabro de Auffenberg, viéndose compelido a emprender una retirada en desorden, casi una fuga, volviendo al San, río que cruza, abandonando Jaroslav, regresando tras del Vístula y aproximándose a Cracovia. El ejército de Auffenberg se retira a Hungría atravesando los pasos de los Cárpatos. Antes de que los austriacos se den punto de reposo en la huída, anuncian los rusos haber tomado doscientos cincuenta mil prisioneros, gran número de cañones y enorme cantidad de pertrechos y elementos de guerra.

Lemberg es uno de los desastres más completos que registra la historia militar. Puso la organización militar austriaca al borde de la ruina y reveló deficiencias fundamentales que, a pesar de los esfuerzos y el éxito momentáneo de los alemanes en la campaña del verano de 1915, no pudo remediarse del todo, y se manifestó de nuevo en el mismo campo durante la campaña que comenzó en el estío de 1916. Diferencias de raza; la falta de voluntad de que adolecían los contingentes eslavos para luchar contra los rusos por satisfacer a sus amos los germanos y los magiares; una preparación defectuosa, insuficiente; y sobre todo, fuerzas insuficientes en número para realizar la tarea que se les había asignado: todas estas causas combinadas hicieron de Lemberg un gravísimo desastre para el Austria.

Como consecuencia inmediata sobrevino la pérdida de toda la región de Galizia hasta el San; el avance de las tropas moscovitas más allá del San, hasta el Wisloka; el sitio de Przemysl; las incursiones de destacamentos austriacos a través de los pasos de los Cárpatos; y la presencia del invasor en las planicies de Hungría. Para restablecer el perdido equilibrio fué necesario llamar a las tropas



LA INVASION RUSA EN GALIZIA—BATALLA DE LEMBERG

A—Russky
B—Brusiloff
C—Ivanoff
D—Auffenberg
E—Dankl

austriacas que operaban en Alsacia y Servia, y pedir a Alemania que acudiera en ayuda de su aliada. La batalla representó para Austria la pérdida de veinte mil millas cuadradas de territorio; de Lemberg, ciudad de más de doscientos mil habitantes, y de la región petrolífera de Galizia oriental. También perdió la monarquía dual por lo menos la mitad de sus tropas de primera línea, contando las bajas sufridas en el Jedar; y elementos bélicos que sólo podían reponerse paulatinamente.

La derrota austriaca coincidió con el rechazo y la retirada de los

LOS HOMBRES Y LAS ARMAS DE LOS DOS KAISERS



LA GUARDIA IMPERIAL DESFILA EN REVISTA ANTE EL EMPERADOR GUILLERMO

A la izquierda del Kaiser está el general Lowenfeldt y en el extremo, a la derecha, el general Von Bülow.

EL GENERAL VON MOLTKE

EL GENERAL VON FALKENHAYN



EL GENERAL VON HEERINGEN

EL PRÍNCIPE HEREDERO RUPERTO DE BAVIERA

El general Von Moltke, sobrino del gran Moltke de la época de Bismarck, era jefe de estado mayor al iniciarse la guerra mundial. Debido a su fracaso para apoderarse y para conservar la costa de Francia y de Bélgica cuando se ofreció la oportunidad de hacerlo y a rumores de equivocaciones en la batalla del Marne, Moltke perdió su posición, que pasó al favorito del Kaiser, el general Falkenhayn, cuya estrella había de declinar delante de Verdún, como la de Moltke en el camino de Calais.

Los ejércitos del general Von Heeringen y del principe heredero Ruperto de Baviera se encontraron con los franceses que habían penetrado en territorio alemán unas quince o veinte millas a las dos semanas de empezar la guerra. La batalla fué una indiscutible victoria alemana. Los cañones franceses de "75" fueron sobrepujados por la artillería de campaña alemana y en tres días los franceses se vieron obligados a volver a cruzar la frontera poniendo término a la invasión de la Lorena.

Dos semanas después, mientras se libraba la batalla del Marne, estos mismos generales se encontraron en un nuevo encuentro en este mismo frente: "la segunda batalla de Nancy." Tuvieron a su frente, como antes, al general francés Castelnau. Su objetivo era atravesar la brecha entre las fortalezas francesas de Toul y de Épinal y caer por el flanco y la retaguardia de todos los ejércitos franceses. Aunque combatieron bajo los ojos del Kaiser mismo fueron rechazados con grandes pérdidas. Si no, la batalla del Marne pudo haber terminado de manera muy distinta.



Fotografía de Paul Thompson

EL GENERAL MACKENSEN

EL GENERAL LUDENDORFF

EL KAISER EN TIEMPO DE GUERRA

EL GENERAL VON KLUCK

El general Mackensen, vencedor de los rusos a las ordenes de Dimitrieff en el Dunajec, en la primavera de 1915. El ejército rumano que cercó, fué obligado a rendírsele en diciembre de 1916.

El general Ludendorff, intimamente asociado con Hindenburg. Se le ha llamado "el cerebro de Hindenburg" y aun "el verdadero dictador alemán." Su dura expresión recuerda el aspecto de tenacidad de Hindenburg y aun más la inquebrantable resolución pintada en las facciones del viejo "Canciller de Hierro," Bismarck.

La fotografía del Kaiser en tiempo de guerra revela que ha envejecido mucho durante el conflicto. Se le ve en uniforme de campaña con el casco cubierto a fin de no ofrecer blanco a los aviadores. A pesar de las docenas de brillantes uniformes con los que tanto se deleitaba, nunca fué lo suficientemente indiscreto para dirigir personalmente un ejército, excepto en tiempos de maniobras. Dícese, sin embargo, que para una o dos entradas triunfales que anticipaba, pero que no se realizaron, se hallaba ya vestido con "reluciente coraza" para tomar parte en ellas.

El general Von Kluck hacia el 23 de agosto hizo un esfuerzo desesperado para "cercar" la línea aliada, interponiéndose entre ésta y París para provocar un nuevo Sedán. No lo consiguió completamente, y se encontró de improviso en una situación muy peligrosa durante la batalla del Marne. Gracias al fracaso de Sir John French de colocarse a la altura de la ocasión, Von Kluck, mediante una lucha desesperada contra el valiente general francés Maunoury, pudo efectuar su retirada al Aisne.



Fotografía de Paul Thompson

UNO DE LOS AVANCES DE HINDENBURG HACIA VARSOVIA

Hay bastante espacio en esta ancha carretera para que los vehículos de suministros y municiones marchen juntos con la infantería.

Propiedad registrada por Brown & Dawson

UN INCIDENTE DURANTE EL ESFUERZO ALEMÁN PARA ARROJAR A LOS RUSOS DE GALIZIA

Los soldados alemanes salen de la iglesia de la guarnición de Przemysl después de asistir al servicio religioso del domingo. Pocos civiles hay en las calles, y las tiendas están todas cerradas.



Propiedad registrada por Brown & Dawson

EFECTOS DEL BOMBARDEO ALEMÁN SOBRE PRZEMYSL

Fotografía de Paul Thompson

EL GENERAL VON AUFFENBERG *(DERECHA)*

El desdichado general austriaco de quien los rusos capturaron doscientos cincuenta mil prisioneros en la batalla de Lemberg, uno de los grandes desastres de la historia militar que llevó el poderío austriaco al borde de la ruina.

TÍPICOS SOLDADOS DE INFANTERÍA AUSTRIACA

Como se demuestra en otra parte de este libro, cada austriaco es un excelente y valeroso soldado. Hombres de muchas razas diversas pelearon bajo las banderas de la monarquía dual sin que se manifestaran distinctiones.

OBSEQUIOS DE LOS AMIGOS QUE LLEGAN PARA ALEGRAR A LOS OFICIALES DE LA ARTILLERÍA ALEMANA DELANTE DE VARSOVIA

Propiedad registrada por el International News Service

Propiedad registrada por el International News Service

LOS AUSTRIACOS

Era la misión de Austria, en la estrategia austro-alemana, hacer frente al principal esfuerzo ruso conteniéndolo mientras que Alemania derrotaba a Francia; pero Austria no pudo realizar su parte y cuando fué derrotada por los servios en el Jedar y por los rusos en Lemberg, Alemania se vío obligada a retirar tropas del frente occidental para socorrerla, perdiendo así la oportunidad de una rápida victoria en Francia.

La fotografía superior es de algunos soldados del célebre cuerpo de tiradores de línea que están protegiendo un camino. En la fotografía inferior hállase un grupo de oficiales sentados delante de uno de los cañones que bombardearon Amberes.



UNO DE LOS CAÑONES HOWITZERS DE SKODA QUE REDUJERON A LIEJA

El 7 de agosto la infantería alemana penetró entre los fuertes delante de Lieja y ocupó la ciudad y la ciudadela, pero no pudo tomar los fuertes, que mantuvieron su fuego hasta que los grandes cañones alemanes y austriacos llegaron. Atacados por éstos los fuertes se desmoronaron instantáneamente. Fueron construídos por el célebre Brialmont y suponíase que eran inexpugnables, pero no se les había hecho reparaciones y su rendición resultó un juego de niños ante las poderosas máquinas nuevas de destrucción.

alemanes en el Marne. A no ser por el desastre de Tannenberg, todos los ejércitos de los imperios centrales se hubieran visto en derrota o en retirada a mediados de septiembre. Si Tannenberg no hubiera permitido hacer uso del ejército de Hindenburg, Alemania habría tenido que retirar tropas de sus ejércitos en el teatro occidental de la guerra para restaurar la situación en Galizia. No se vió obligada a hacerlo; pero las consecuencias de la derrota de Lemberg iban a paralizar durante año y medio las operaciones en Francia y Bélgica.

La derrota de Lemberg no quedó sin respuesta por tanto tiempo como la del Marne: en abril, los alemanes borraron en el Dunajec la victoria rusa. Pero mientras no se produjo cambio en la situación, después de Lemberg, el revés austriaco dificultó y embarazó los esfuerzos de Alemania. Rusia vióse momentáneamente obligada a retirarse de la región occidental del San por la primera ofensiva germana contra Varsovia; pero aun después de Lodz, los moscovitas continuaban todavía ante Cracovia, y fué necesario llevar a efecto un nuevo ataque en Polonia para obligarles a desistir del sitio. Entonces Rusia se volvió a los Cárpatos, y como amenazara a Hungría, Alemania tuvo que enviar tropas para guardar los pasos húngaros.

Últimamente, los ejércitos de Guillermo II debieron desistir de su ofensiva contra Cracovia a través de Polonia, y concentrar su atención principalmente en Galizia. Al hacerlo así, trastrocaron las condiciones que la batalla de Lemberg había producido, expulsando prontamente a los rusos de Galizia; pero ello sólo ocurrió a fines de abril de 1915, y la victoria rusa había comenzado a fines de agosto de 1914. Lemberg constituye, pues, la segunda gran victoria de los Aliados en la guerra, ocupando un puesto inmediatamente después de la batalla del Marne. Reveló al mundo el nuevo espíritu de los ejércitos rusos, demostrando que los males sufridos durante la guerra ruso-japonesa habían sido remediados y que el comando moscovita era tan bueno como el alemán o el francés. Desastres debidos a la falta de municiones empañaron algo la flamante reputación rusa; pero en 1916, cuando los ejércitos del Zar se abastecieron de pertrechos, comenzaron a obtener nuevos y admirables triunfos.

Es justo hacer notar que Lemberg y el Marne demostraron que Alemania había cometido un grave error al juzgar la fuerza de

sus enemigos en el continente. Dos años hubieron de transcurrir antes de que modificara sus cálculos sobre el ejército británico.

Hacia mediados de septiembre Alemania y su aliada el Austria habían librado tres grandes batallas, como la primera lo había proyectado; batallas que en su concepto debieron decidir la guerra, pero de las cuales perdían dos, y la tercera únicamente salvaba a Alemania de la ruina sin que hubiera logrado aniquilar a Francia ni a Rusia.

CAPÍTULO DÉCIMO

VARSOVIA

I

LAS CONDICIONES DE LA PRIMERA TENTATIVA

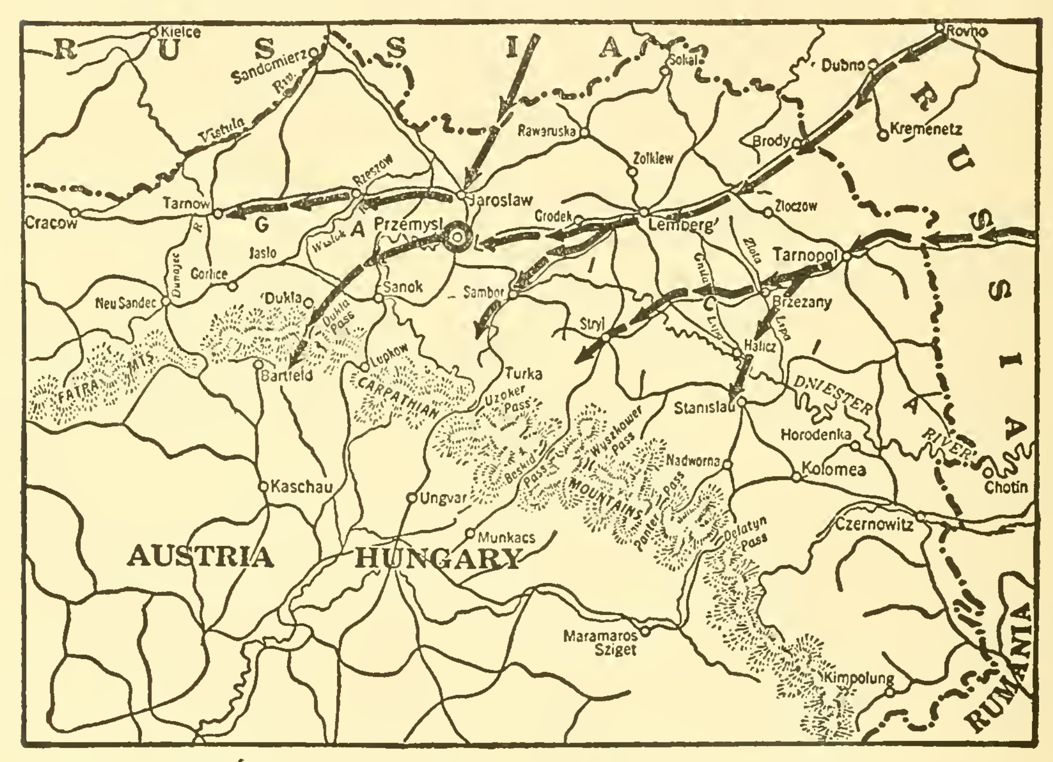
Hacia el primero de octubre los rusos habían cruzado el San en Galizia y avanzaban hacia Cracovia. El primer sitio de Przemysl había empezado y los cosacos atravesaban los pasos aun sin fortificar de los Cárpatos y penetraban en las llanuras de Hungría. En el oeste, el sitio de Amberes se acercaba rápidamente a su fase decisiva; y la campaña alemana, para borrar la decisión del Marne, mediante una ofensiva final en Flandes, adquiría formas definitivas.

Era necesario ahora ayudar a los austriacos, pero no era posible retirar tropas del oeste, a menos que Alemania estuviese dispuesta a aceptar un empate, desde Suiza hasta el mar del Norte, cosa que se hallaba muy lejos de hacer. Quedaba la posibilidad de usar la mayor parte del ejército de Hindenburg, que había triunfado en Tannenberg y perseguido al segundo ejército ruso de Rennenkampf en la Prusia Oriental, echándolo de las mismas puertas de Königsberg, más allá de la frontera. Reuniendo la masa de este ejército y dejando al resto que se retirase lentamente delante de los rusos, el estado mayor alemán podría transportarlo rápidamente mediante sus admirables ferrocarriles estratégicos, que se extienden a lo largo de la frontera en un semicírculo desde la Prusia Oriental a Cracovia, meterlo en Lodz, que había caído en poder de los alemanes al principio de la guerra, llamar a las tropas austriacas que regresaban de Servia o de Alsacia, y atacar de improviso a Varsovia.

Si el ataque lograba el éxito máximo, Varsovia caería, junto con Ivangorod, al sur, que era el objetivo de la sección austriaca del ejército de Hindenburg, y Alemania, de un solo golpe, conseguiría coger la margen occidental del Vístula, extraordinariamente fuerte como

posición militar. Detrás de esta línea inexpugnable ya podía esperar y dedicar sus esfuerzos para preparar la renovación de la campaña en el oeste, en la primavera.

Pero si no se lograba el máximum, se aseguraba un mínimum. Rusia no tenía fuerzas importantes entre Lodz y Varsovia. La



INVASIÓN RUSA DE GALIZIA A PRIMEROS DE OCTUBRE DE 1914

Los rusos avanzaban hacia Cracovia y el primer sitio de Przemysl había empezado, mientras que los cosacos penetraban por los pasos aun no fortificados de los Cárpatos, invadiendo las llanuras de Hungría.

mayor parte de su potencia militar se hallaba en Galizia, haciendo presión sobre Austria y dirigiéndose hacia Cracovia. Sin duda, la primer señal de un empuje alemán hacia Varsovia obligaría a los rusos a abandonar sus operaciones en Galizia, a retirar muchos cuerpos de ejército y a mandarlos para salvar a Varsovia, dislocando así toda su concentración en Galizia. Iniciado esto, los austriacos podrían empezar aquí una nueva ofensiva destinada a aniquilar a los ejércitos rusos debilitados, y el peligro de Cracovia, así como la amenaza de Hungría por los Cárpatos, quedaría abolido.

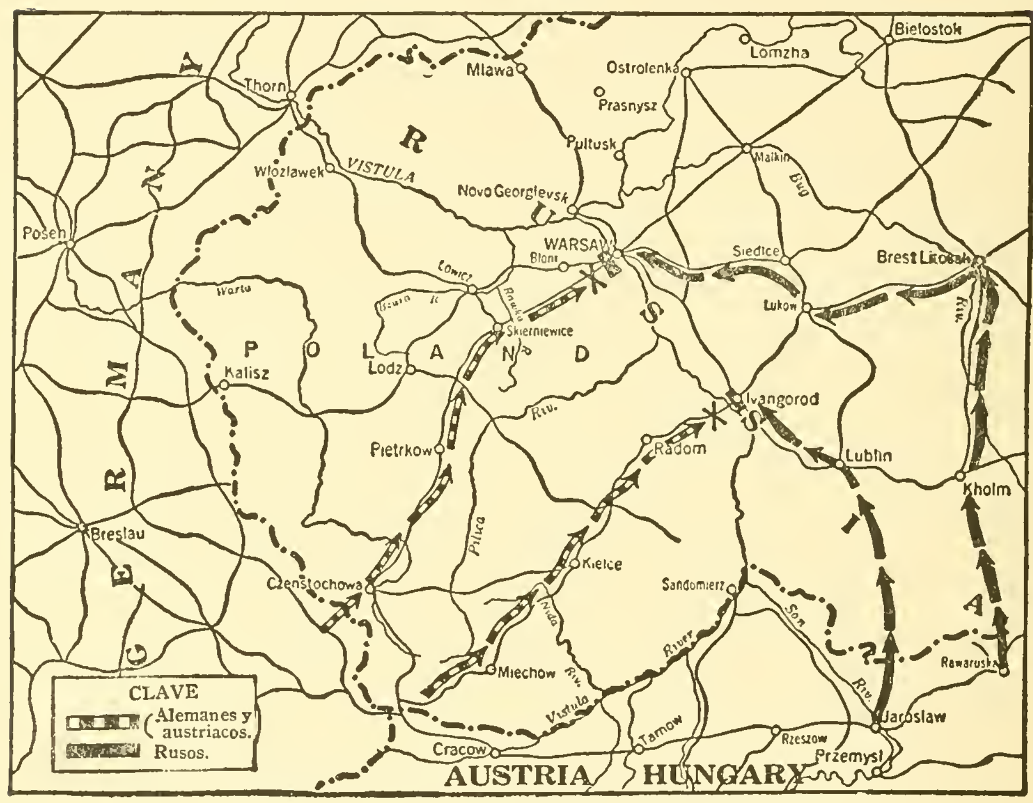
Éste fué el principal objetivo de la ofensiva hacia Varsovia. Había que ayudar a Austria. Esto podía hacerse aun sin debilitar el frente del oeste, pero no sería suficiente para ganar una batalla decisiva si Rusia hacía una rápida concentración. Podían apoderarse de Varsovia solamente si la rapidez permitía a los alemanes la captura de esa fuerte posición antes de que los rusos pudiesen traer grandes refuerzos. Era una tentativa seria la de tomar a Varsovia, pero que se inició con el pleno conocimiento de que, aun ocurriendo lo mejor, no tenía más que la mitad de las probabilidades de éxito.

En la guerra civil de los Estados Unidos de Norte América, Lee mandó a Early contra Wáshington teniendo precisamente análogo objetivo. Era posible que Early cogiese a Wáshington. Si lo hacía, el éxito hubiera sido de un valor político y moral enorme, pero aun fracasando era probable que obligase a Grant, que no quería abandonar las posiciones que tenía delante de Petersburg, a que debilitase su frente para auxiliar a Wáshington, dando así a Lee una tregua. Podía obligar a Grant a que abandonase todo su plan de tomar a Ríchmond desde su posición al sur del James. Earl fracasó, como fracasó Hindenburg, porque llegaron a tiempo tropas del otro frente; pero a diferencia del ataque de Lee, el de Hindenburg consiguió dislocar la otra concentración enemiga en Galizia. Había, además, un propósito político en el ataque alemán. La actitud de los polacos para con las naciones combatientes era obscura. Era posible y razonable que los alemanes esperasen que los polacos repudiaran su alianza con los rusos y se uniesen a ellos, si conseguían capturar a Varsovia, como ocurrió en la época napoleónica, cuando dieron al Gran Emperador por lo menos un mariscal y algunos de sus mejores y más valientes tropas. Esta esperanza alemana no se realizó debido a que la imposibilidad de tomar Varsovia obligó a una retirada durante la cual Polonia fué devastada por los ejércitos adversarios. La consideración era importante para Alemania y los rusos se dieron cuenta plenamente de las posibilidades.

II. EN LAS PUERTAS DE VARSOVIA

En estas circunstancias, y hasta el primero de octubre, Hindenburg empezó su avance en dos columnas, una siguiendo la vía férrea

al este de Kalisz hacia Varsovia, y la otra, principalmente compuesta de austriacos, avanzando hacia el norte a lo largo de la línea férrea de Cracovia a Ivangorod. Estas tropas combinadas no llegaban a constituír seis cuerpos de ejército. Probablemente no eran más de cinco y desde luego su fuerza total era menor que la del ejército de Von Kluck en la campaña del Marne. Tenían que recorrer unas



PRIMERA CAMPAÑA DE HINDENBURG CONTRA VARSOVIA INICIADA EL 20 DE OCTUBRE DE 1914

El ataque alemán contra Varsovia distrajo a los rusos de sus operaciones en Galizia. Éste fué el objetivo principal de la campaña. En la guerra civil el general Lee mandó a Early contra Wáshington con un propósito similar.

cien millas, y cuando el avance empezó no tenían ante sí, prácticamente, ninguna fuerza rusa, y los caminos por donde avanzaban eran relativamente buenos. Empezaron la marcha con la seguridad de tomar Varsovia dentro de quince días y la noticia de la caída de Amberes, que les sorprendió en el camino, les dió nuevos entusiasmos.

Sin combatir o combatiendo muy poco, moviéndose con una rapidez increíble, estos dos ejércitos avanzaron hasta que el 14 de octubre

uno de ellos se hallaba en los arrabales de Varsovia, en el suburbio de Prushkow, a siete millas del centro de la ciudad, mientras que el otro se hallaba en la margen oeste del Vístula, delante de Ivangorod. En este momento las granadas alemanas empezaron a caer dentro de la capital polaca. Los aeroplanos teutones bombardearon la ciudad, produciéndose un éxodo general de la población, y el mundo creyó que Varsovia sufriría la suerte de Amberes. Tan segura parecía la victoria alemana a los turcos que, bajo la presión de Berlín, Enver Bajá eligió este momento precisamente para lanzar a su país al conflicto.

Pero la concentración rusa llegó a tiempo. Mientras los alemanes se hallaban en los suburbios de Varsovia, los regimientos siberianos, atravesando la ciudad, empezaron la defensa de sus alrededores. Eran las avanzadas de ocho cuerpos de ejército que llegaron a Ivangorod y a Varsovia en los pocos días siguientes. Durante una semana entera se peleó tenazmente delante de Varsovia, donde Hindenburg se detuvo, contenido pero no convencido. Pero los refuerzos rusos cruzaron luego el Vístula, cerca de Ivangorod y al norte de Varsovia, atacando por ambos flancos a las fuerzas de Hindenburg. El 21 de octubre Hindenburg hace cesar el combate. Nunca había combatido hasta el último límite. Se había quedado delante de Varsovia mucho después de que pasara la posibilidad de tomarla, con el objeto de prolongar la amenaza todo lo posible. Sus aliados austriacos, delante de Ivangorod, sufrieron mucho, pero él pudo retirarse sin mayores pérdidas. El 21 de octubre, pues, el primer ataque a Varsovia se transforma en una rápida y ordenada retirada, tal como Federico el Grande enseñó a Europa que se retiraban los prusianos, y en bien formadas columnas se retiró Hindenburg a la frontera. A medida que se replegaba revelóse el hecho de que había construído obras de campaña a todo lo largo de su ruta previendo la retirada; obras que ofrecieron a su retaguardia una protección admirable. A su paso destruía los caminos, ferrocarriles, puentes, etc., suprimiendo todos los medios de comunicación en Polonia.

Mientras tanto, el efecto del ataque a Varsovia fué tal como se había esperado en Galizia. Los rusos salieron de los Cárpatos y

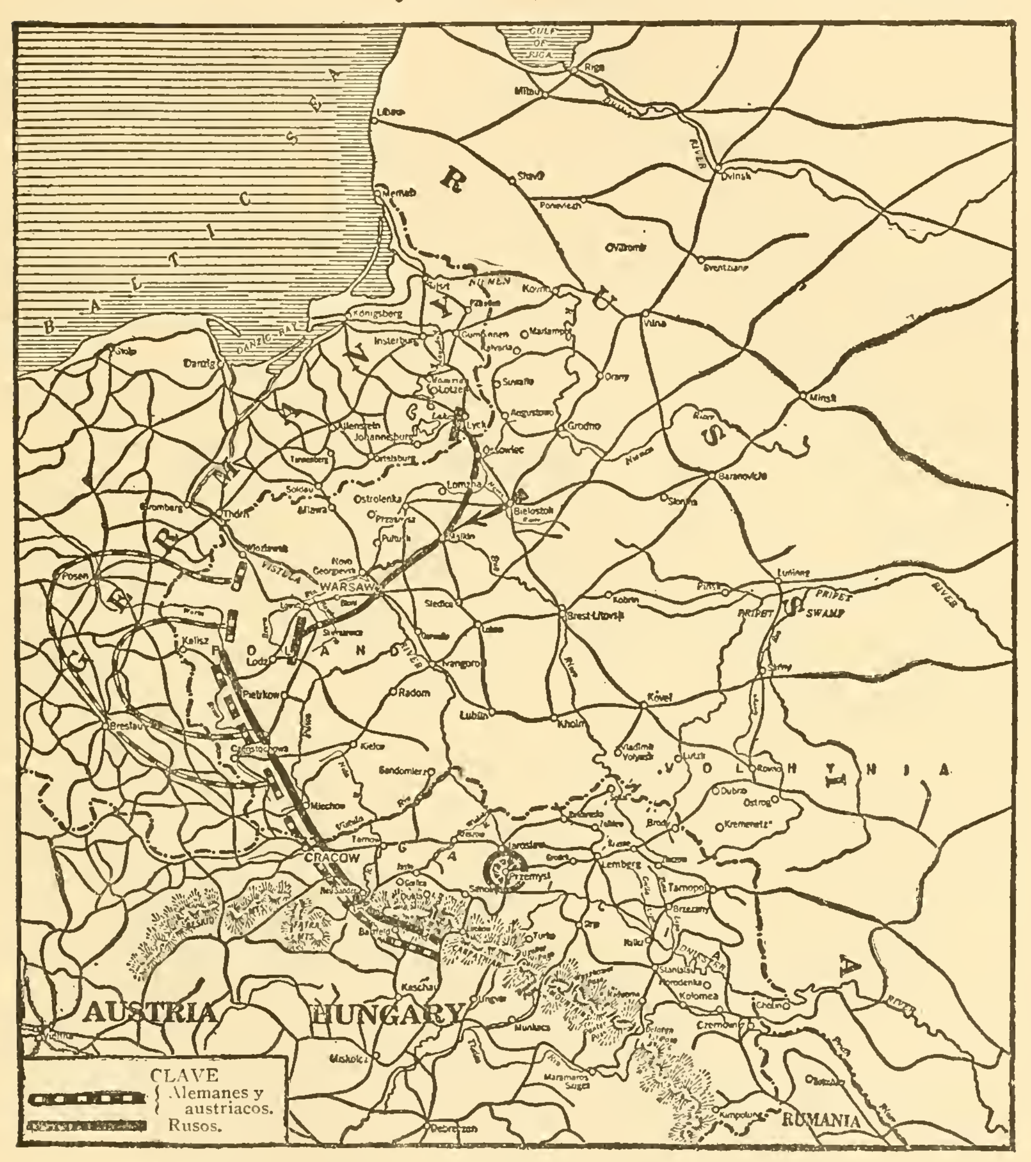
se retiraron detrás del San. Los austriacos tomaron la ofensiva llegando al río y pasándolo en muchos puntos. Przemysl había sido librado y hubo un momento en que la reconquista de Galizia parecía estar dentro de las posibilidades austriacas. Pero este momento pasó. En cuanto los alemanes se retiraron de Varsovia los rusos en Galizia volvieron a tomar la ofensiva. Esta vez, pasando el San sitiaron nuevamente y por última vez a Przemysl, acercándose a Cracovia en el preciso instante en que los ejércitos que habían salvado a Varsovia e Ivangorod se dirigían hacia el sudoeste, y el de Ivangorod amenazaba a Cracovia desde el norte, lo mismo que el ejército de Galizia la amenazaba ahora desde el este. De este modo, pues, el verdadero beneficio del ataque de Hindenburg duró muy poco. Cuando llegó en su retirada a las fronteras de Austria y de Alemania—se dirigía principalmente hacia el oeste—la amenaza rusa en Galizia se hizo aun más seria de lo que era cuando inició la acometida. Había solamente pospuesto el peligro por el momento y ahora tenía que hacerle frente en una forma más seria.

III. LODZ

Hemos llegado al punto en que las campañas de los frentes occidental y oriental se confunden. Hindenburg está obligado a realizar un segundo esfuerzo para socorrer a los austriacos en Galizia y salvar a Cracovia. Todavía cuenta con muy escaso número de tropas. Los alemanes hacen su último esfuerzo desesperado en Flandes. Han fracasado contra los belgas y los franceses desde Nieuport a Dixmude, atacan en Ipres a los ingleses, que se sostienen tenazmente, mientras que los franceses tratan de reforzarles. A menos que los alemanes puedan romper el frente del oeste en breve tiempo tendrán que abandonar su esfuerzo allí y dirigir su atención hacia el este. La presión rusa, que según los planes aliados hechos antes de la guerra debió haber producido su efecto en los últimos días de agosto, va a hacerse sentir en los últimos días de noviembre.

Para su segundo esfuerzo Hindenburg se aprovecha nuevamente de la ventaja de los ferrocarriles estratégicos que se extienden en círculo en la frontera rusa. En su ataque a Varsovia había utilizado esos ferrocarriles para mover las tropas desde la Prusia Oriental a la

Silesia. Cuando fracasó en Varsovia se había replegado hacia el sudoeste sobre Cracovia y Breslau, destruyendo en su retirada los

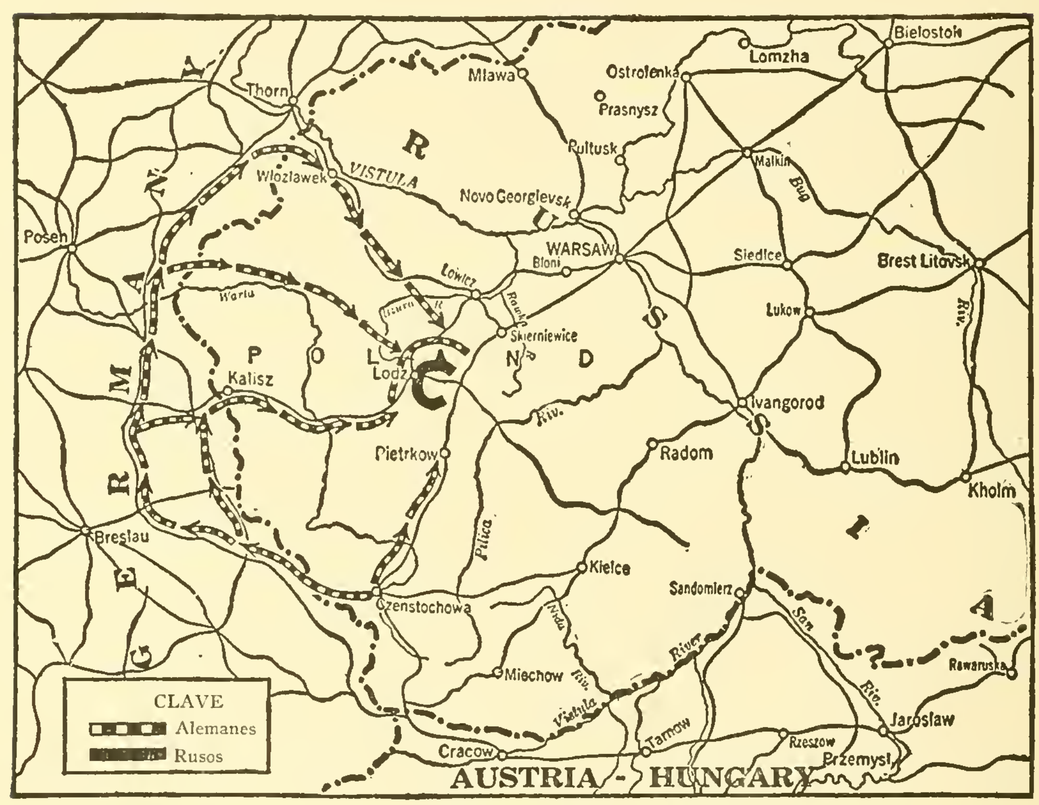


SEGUNDO ATAQUE DE HINDENBURG CONTRA VARSOVIA

Hindenburg dejó solamente austriacos para que hiciesen frente al avance de los rusos en el frente de Cracovia a Kalisz, y se corrió al norte, a la brecha que existía entre el río Vístula y el Warthe, adonde envió varios cuerpos de ejército bajo las ordenes de Mackensen.

ferrocarriles rusos. Las tropas rusas le siguieron a través de Lodz y aun hasta la frontera de Silesia; pero debido a la configuración del terreno se hallaban ahora más lejos de Varsovia de lo que lo estarían

las tropas alemanas en Thorn, y tenían solamente detrás de sí los caminos deshechos y los ferrocarriles que Hindenburg había destruído. En consecuencia, Hindenburg dejó a los austriacos solos para que hicieran frente al avance ruso en el frente de Cracovia a Kalisz y movió a su ejército a lo largo de la frontera norte hacia Thorn y la brecha entre el Vístula y el Warthe, enviando allí varios



LA BATALLA DE LODZ, DURANTE LA SEGUNDA CAMPAÑA DE HINDENBURG CONTRA VARSOVIA

Las tropas llevadas al este apresuradamente pronto hicieron inclinar la balanza en contra de los rusos, y el 6 de diciembre los alemanes vuelven a entrar en Lodz, después de seis semanas de sangrientos combates. Los informes oficiales alemanes confirman la captura de cien mil prisioneros rusos.

cuerpos de ejército a las órdenes de Mackensen, que pronto había de conquistar fama mundial. Estas tropas avanzaron rápidamente por el flanco y la retaguardia de los rusos hacia el sudeste, atacando su flanco e interponiéndose entre ellos y Varsovia, de la misma manera que Von Kluck trató de interponerse entre las fuerzas anglo-francesas y París, en la campaña de septiembre en el oeste.

Aquí, pues, en los últimos días de noviembre, tenemos que mientras toca a su término la batalla de Ipres, surge la promesa de un segundo Tannenberg, la captura de un gran ejército ruso, y la caída final de Varsovia. La posición del ejército ruso es desesperada, al parecer, porque su flanco norte se halla rodeado por los alemanes, mientras que lo asaltan de frente los alemanes, y los austriacos, avanzando hacia el norte desde Cracovia, amenazan su flanco sur. Pero los rusos se escaparon, demostrando otra vez las mismas cualidades que aun en la derrota revelaron en la campaña de Manchuria.

En el momento en que Russky, que mandaba en Lodz, parecía perdido, los alemanes en su flanco norte se hallan comprometidos por un ataque lanzado desde Varsovia y por el sur desde el Vístula, por medio de tropas traídas de la Prusia Oriental y de las guarniciones de las fortalezas. Dos cuerpos de ejército alemanes se hallan cercados, y Petrogrado, que hacía mucho tiempo había enmudecido en medio del desastre, se atribuye repentinamente un gran éxito. Pero esto no ocurre. El general Von François, comandante alemán que mandaba los cuerpos cercados, logra abrirse paso mediante esfuerzos que los rusos francamente califican de increíbles. Los alemanes vienen a ser ayudados, una vez más, por los fracasos de Rennenkampf, que procede con tardanza, como en Tannenberg, y se retira del servicio activo.

Pero la situación ya ha obligado a los alemanes a pedir ayuda al frente del oeste. El final de la campaña occidental ha llegado, y la decisión del Marne persiste. Las tropas llevadas apresuradamente hacia el este pronto inclinan la balanza en contra de los rusos, y el 6 de diciembre los alemanes vuelven a entrar en Lodz, después de seis semanas de la lucha más sanguinaria de toda la guerra en el este. Los informes oficiales alemanes se atribuyen cien mil prisioneros rusos; los rusos se atribuyen la captura de material; pero el efecto de la lucha ha sido, en el area del conflicto, reproducir las condiciones de empate del oeste; y el frente polaco rápidamente tiende a convertirse en la misma guerra de trincheras que se libra en el Aisne desde mediados de septiembre.

IV. LA TERCERA TENTATIVA CONTRA VARSOVIA

Cuando en octubre los rusos empezaron su avance desde Varsovia, siguiendo a Hindenburg hacia Cracovia, parece claro que temporalmente renunciaron a Galizia como teatro principal de sus operaciones y pusieron toda su fuerza en Polonia. Después de Lodz volvieron otra vez a su antigua idea. Lodz demostró claramente que sería imposible moverse hacia el oeste fuera de Polonia. Fué, en efecto, como los alemanes dijeron en sus informes oficiales de entonces, un muro constante contra toda ofensiva rusa hacia Silesia y Posen.

Por otra parte, mientras que el primer avance de Hindenburg hacia Varsovia había contenido las operaciones rusas en Galizia, convirtiéndolas en una retirada detrás del San, la operación de Lodz no afectó a la campaña en Galizia, y los rusos continuaron su presión hacia Cracovia, después de que su ejército polaco había evacuado Lodz, retirándose hacia Lowicz y Skierniewice, cubriendo Varsovia. Un nuevo esfuerzo, pues, era necesario para aliviar la situación de Galizia y este nuevo esfuerzo se hizo en Polonia, en el cual vemos inequívocamente la participación de las tropas traídas del oeste. La necesidad de esta operación se reveló en la grave derrota sufrida por los ejércitos austriacos, al salir de los Cárpatos, tratando de liberar a Przemysl y redimir la Galizia occidental.

En consecuencia, Hindenburg reanudó su presión en Polonia y desde el Vístula inferior hacia el sur delante de Lodz, empezó un terrible ataque de frente contra los rusos empleando las tropas que había pedido prestadas al oeste. Bajo esta presión, los rusos se retiraron lentamente, abandonando Lowicz y Skierniewice, y retirándose sobre Varsovia. Finalmente se detuvieron en las márgenes orientales del Bzura y del Rawka, pequeños ríos que juntos corren enfrente mismo de Varsovia, desde el Vístula inferior, por muchas millas al sur. Bajo este sistema los rusos fortificaron las márgenes del Pilitza y después las del Nida, que desemboca en el Vístula superior, al norte de Tarnow.

La posición era accidental. Los rusos habían querido defender Varsovia desde las líneas de Blonie, mucho más cercanas a la ciudad, hallándose el Bzura a más de siete millas al oeste de la capital

polaca. Pero, poco a poco, descubrieron que sus líneas se sostenían y que habían sido llevados a una posición defensiva en la que se mantuvieron. Al mismo tiempo se retiraron del frente de Cracovia, al norte del Vístula, situándose detrás del Nida, al sur de este río, detrás del Dunajec. Ocupaban ahora las líneas que habían de conservar desde diciembre hasta mayo, entre el Vístula inferior y los Cárpatos, y hasta agosto delante de Varsovia.

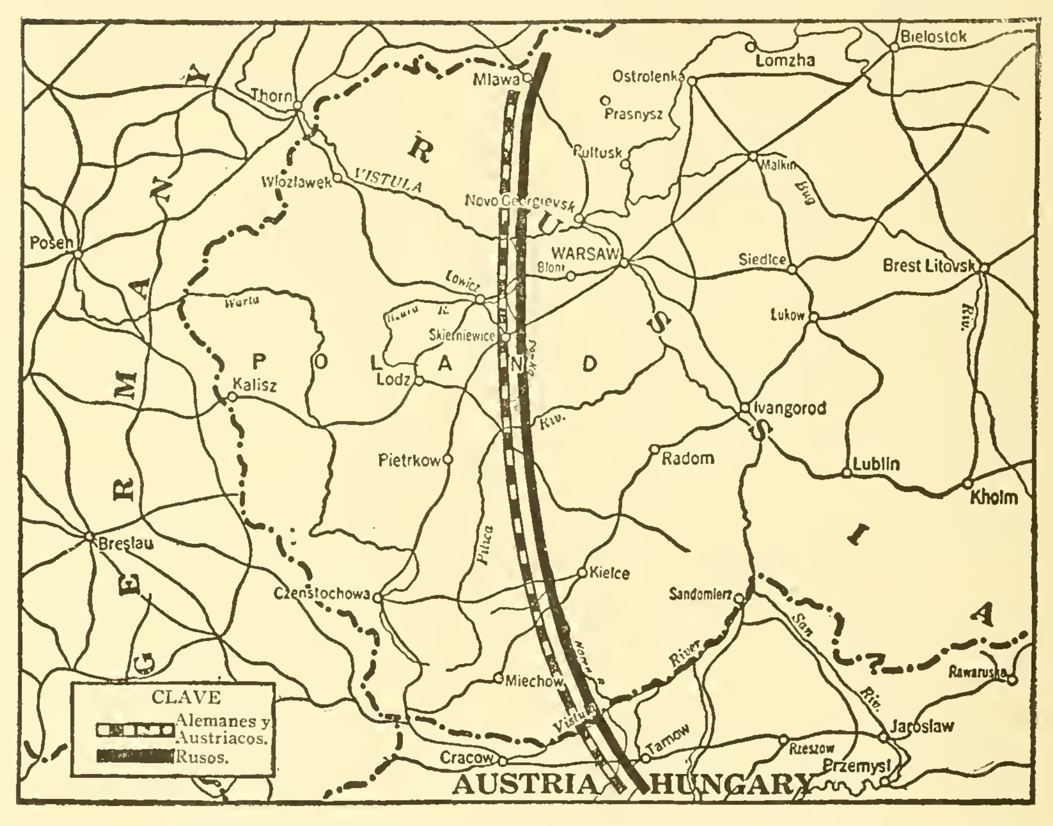
Los ataques alemanes sobre la línea de Bzura-Rawka, recuerdan los similares esfuerzos en Flandes, en el Iser y delante de Ipres. Las pérdidas alemanas fueron excesivamente numerosas y lo que ganaron resultó completamente insignificante: una trinchera aquí, una granja allá. Mientras tanto, el tiempo vino a ayudar a Rusia. Un invierno temprano y crudísimo había destruído a Napoleón, y el invierno de 1914–15 fué uno de los más benignos en la historia de Polonia, cuyos caminos no obstante se convirtieron en verdaderos pantanos. Las superiores condiciones de movilización de los alemanes quedaron anuladas como factor, no pudiendo utilizar su artillería pesada por las dificultades del transporte. Estas condiciones habían afectado materialmente la operación de Lodz y ahora llegaron a tener una influencia casi decisiva.

Hacia el primero de enero la tentativa de capturar a Varsovia por un ataque de frente, había fallado. Se reanudó en enero y en febrero, combinada con un ataque por el sur, desde la Prusia Oriental, por la vía de Mlawa y a lo largo del ferrocarril por donde los rusos habían marchado al desastre cuando Tannenberg, pero falló una vez más, y este fracaso fué absoluto. Mientras tanto, los rusos abandonaron su plan momentáneo de dirigirse al oeste desde Polonia hacia Breslau, y por Galizia a Cracovia, dirigiendo sus energías cada vez más a cortar los pasos de los Cárpatos y llegar a las llanuras de Hungría.

En febrero los alemanes continuaron con sus esfuerzos de tomar a Varsovia de frente y por el norte. Durante todo este tiempo se dedicaron a fortalecer los medios de defensa de Austria en Galizia, mediante refuerzos considerables y haciéndose cargo, primero del alto comando y después de la dirección de las unidades menores. No fué hasta que fracasaron los ataques de febrero y hasta que se

descubrió que la línea rusa delante de Varsovia era demasiado fuerte para romperla, cuando Alemania, a su vez, decidió hacer su mayor esfuerzo en Galizia y en el teatro de la guerra donde durante muchos meses Rusia había avanzado constantemente.

El primero de enero, pues, es la fecha que señala la terminación de las operaciones en Varsovia, a pesar de los esfuerzos subsiguientes.



EL EMPATE EN POLONIA, DICIEMBRE DE 1914–MAYO DE 1915

El primero de enero es la fecha en que se pueden considerar virtualmente terminadas las operaciones en Varsovia, a pesar de los esfuerzos sul siguientes. La línea empieza a adoptar esa forma estacionaria igual a la que había tomado ya la línea en el frente del oeste.

Desde el Báltico a los Cárpatos la línea empieza a tomar este carácter estacionario que ya había adoptado el frente occidental. Existe una pequeña fluctuación en la Prusia Oriental y tan solamente en febrero, después de que los alemanes ganaron la batalla de los lagos Masurianos, pueden aquellos anunciar que la Prusia Oriental está libre de invasores. Pero la decisión se ha producido. Varsovia no puede tomarse por el norte ni por el oeste y cuando Alemania llega a estar

conforme con este hecho es ya demasiado tarde para reanudar la gran ofensiva en el oeste durante la primavera.

En su lugar hay que preparar una nueva campaña en el este, campaña que tendrá como propósito verdadero, no solamente la toma de Varsovia y la línea del Vístula, no solamente librar a Austria de la amenaza que pesaba sobre ella, sino destruir el poder militar de Rusia obligándola a una paz por separado. Es decir, adoptar contra Rusia la estrategia y el propósito que fallaron contra Francia en el Marne.

V. SERVIA TRIUNFANTE NUEVAMENTE

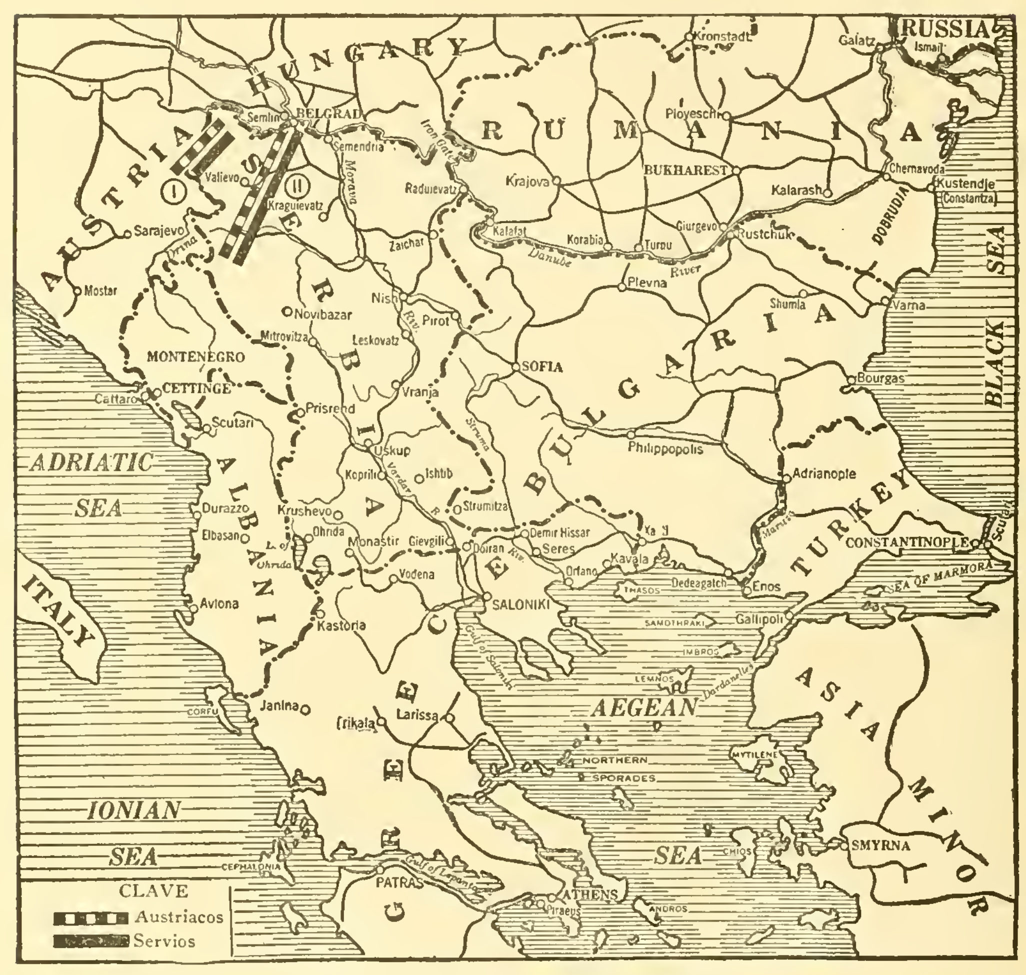
Mientras se realizaba el avance alemán de Lodz sobre Varsovia, un nuevo desastre austriaco atrajo la atención del mundo. Ya en los primeros días de noviembre, Austria, esperando un alivio a su situación como consecuencia de las operaciones alemanas hacia Lodz, había retirado tropas para terminar con la molestia de Servia, que, desde la victoria de Jedar, había afectado el prestigio de Austria, poniendo en peligro el poder de los Hapsburgo en las regiones eslavas, especialmente en Bosnia y en Herzegovina.

Una vez más tocó a Servia, causa primordial de la terrible guerra, dar a Europa una gran sorpresa, la cuarta en tres breves años, logrando un triunfo brillante y conspicuo.

En 1913, al principio de la primera guerra de los Balkanes, Europa, con el recuerdo de Slivnitza, previó una derrota servia, cuya invasión por los turcos la profetizaron aquellos que más confiaban en la victoria búlgara. Fueron los servios y no los búlgaros, quienes demostraron ser irresistibles e invencibles, los que reconquistaron la vieja Servia en Kumanovo, la Macedonia en Monastir, y capturaron al comandante turco en Andrinópolis.

Pocos meses después, cuando Austria hubo precipitado la segunda guerra balkánica, para destruir la nación del Rey Pedro, fué Servia y no Bulgaria la que de nuevo prevaleció, y la batalla del Bregalnitza destruyó tan completamente la leyenda de la invencibilidad de Bulgaria como la derrota de Mars-la-Tour destruyó la de Francia. Víctimas de un traicionero abuso de confianza, atacados de noche y sin previo aviso, sin declaración de guerra, los servios se rehicieron,

tomaron la ofensiva, derrotaron a los búlgaros, arrojándolos más allá de los montes Rodopianos, y recobraron para Servia la mitad sur del imperio del Gran Dushan.



LOS CAMPOS DE BATALLA DE SERVIA

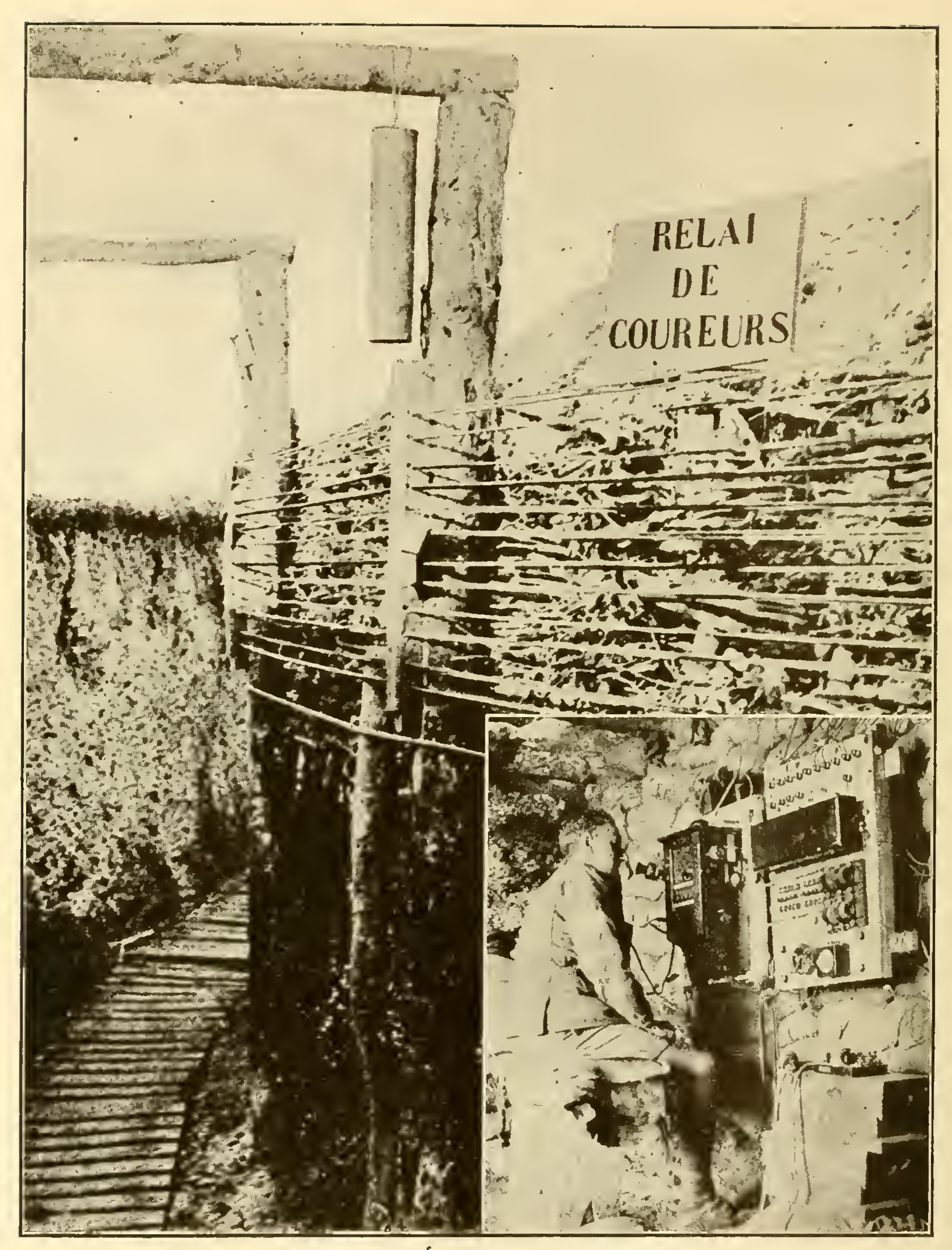
I—El Jedar, agosto de 1914. En el primer mes de la guerra mundial, cuando la fortuna de los Aliados en el oeste se hallaba en situación desesperada, fué la victoria de los servios en el Jedar la que inicio ese nuevo y más próspero período que terminó en el Marne.
II—Valievo, diciembre de 1914. Uno de los desastres austriacos más completos.

Finalmente, en el primer mes de la guerra, cuando la fortuna de los Aliados en el oeste era desesperada, fué la victoria de los servios en Jedar la que abrió aquel período más halagüeño que culminó en el Marne. En el Jedar, cuatro cuerpos del ejército austriaco habían sido derrotados. El prestigio de Austria en los Balkanes se derrumbó

CUADROS DE LAS TRINCHERAS

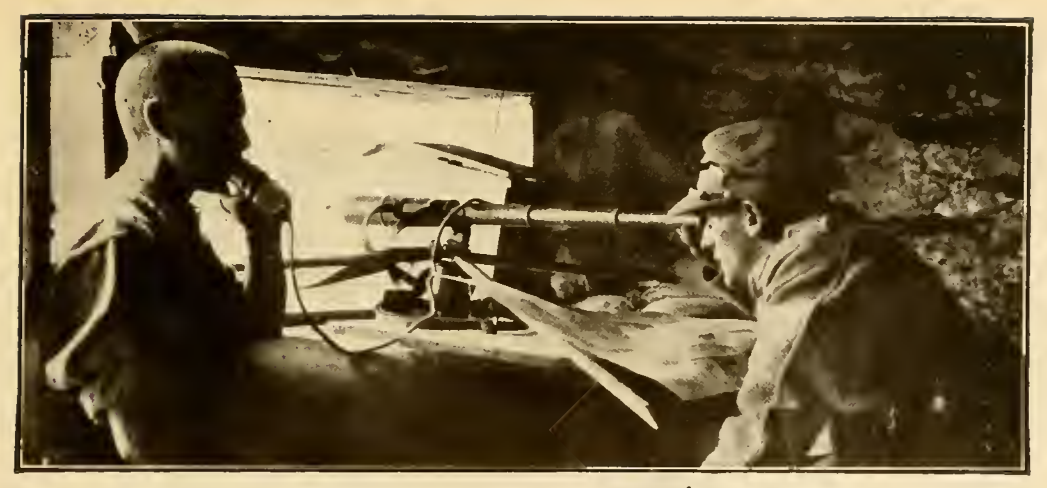


DEFENSAS ALEMANAS DE SACOS DE ARENA, A LO LARGO DE LAS DUNAS DE LA COSTA BELGA



CONSTRUCCIÓN DE LAS TRINCHERAS

Tipo de trinchera en el frente occidental, provista de tirantes para prevenir los hundimientos, del acostumbrado sendero de madera y de las numerosas líneas telegráficas y telefónicas necesarias para el sistema de comunicación moderno. Cuando se descubre un ataque de gas se hace resonar el casco de bomba colgado en el travesaño de los tirantes, para prevenir a todos los que se hallen dentro del alcance del sonido que se pongan la máscara. La fotografía inserta muestra el aparato telefónico de conmutación, que forma parte del sistema de comunicaciones entre las líneas del frente y el cuartel general a retaguardia.



UN PUESTO DE OBSERVACIÓN

Estos puestos se instalan en edificios, árboles, huecos de granada, etc.; dondequiera que el observador pueda ver el efecto del fuego de las baterías. Hay una comunicación telefónica dispuesta a espaldas del cañón, y el observador informa por este medio a los artilleros acerca del alcance del tiro, de los movimientos de su propria infantería y de la del enemigo; etc.

PASAJE SUBTERRÁNEO ABIERTO POR LOS AUSTRIACOS EN DUBNO, RUSIA, CON SALIDA A UNA IGLESIA



CUARTELES DE INVIERNO

Estos soldados alemanes se han arreglado con toda comodidad, precisamente detrás del frente en la región del Argona. La cabaña que aparece en primer término es la oficina de correos. Las veredas "acordonadas" recuerdan la época de los primeros exploradores en los Estados Unidos.



OTRO ASPECTO DE LA VIDA EN LAS TRINCHERAS

Estos franceses están en la línea de trincheras del frente durante un activo bombardeo. Los huecos de granada revelan que los alemanes han dado en el blanco. El menos aventurero de los dos encuentra que su pipa es una gran cosa para ayudarle a conservar su sangre fría.



CAÑÓN DE TIRO RÁPIDO CUIDADOSAMENTE ATRINCHERADO

Obsérvense las cortinas, que se corren completamente cuando hay peligro de observaciones aéreas. Estos cañones se usan para cortar defensas de alambre, destruir parapetos, silenciar la artillería enemiga y para establecer la cortina de fuego ya sea con bombas de gas o bombas ordinarias.



TRINCHERAS BELGAS EN LAS AFUERAS DE AMBERES

Este gesto final del patriotismo belga contra los invasores alemanes, incita vivamente la admiración de los Estados Unidos. Aquella resistencia del débil contra el fuerte, aquella defensa de la libertad realizada por el menor número contra el mayor a costa de lo más querido, es un espectáculo conmovedor para la nación cuya propia historia comenzó en Lexington.



EN LOS SUBTERRÁNEOS CON LOS INGLESES

El rey Jorge inspeccionando una trinchera conquistada a los alemanes.
Miembros de la Cruz Roja cómodamente instalados en el subsuelo preparándose a hacer honores a la comida. La vida subterránea no es siempre incompatible con la buena mesa.

Fotografía de Underwood & Underwood

BARRICADAS AUSTRO-HÚNGARAS EN LOS ALPES

y se alcanzó el primer triunfo eslavo en aquella larga serie de triunfos que llevaron a Austria en diciembre a la situación más crítica de su historia desde la Revolución húngara.

El primero de diciembre Servia se halló una vez más en presencia de un gran peligro. El avance alemán de octubre permitió el destacamento de varios cuerpos de ejército austriacos de Galizia y de Polonia que se dirigieron al sur a completar la obra de destruír las tropas del Rey Pedro que habían defendido la frontera durante varios meses. Ante esta fuerza abrumadora los servios se retiraron, y todo el rincón de Servia entre el Save y el Drina se perdió. Viniendo del este por Bosnia, la derecha austriaca se aproximó a Belgrado, que durante cuatro meses había desafiado diariamente el bombardeo. El centro llegó a Vallevo, la izquierda penetró en Uchitza, sobre el Morava servia, y cayó luego Belgrado como regalo de cumpleaños al anciano Francisco José, como la única conquista de su ejército durante toda la lucha.

En la primera semana de diciembre la suerte de Servia parecía sellada. Una segunda Bélgica, otro pequeño estado destruído en la lucha entre las grandes naciones, parecía inevitable. Los ejércitos austriacos, al parecer, llegarían sin remedio a Nich, la capital provisional de Servia, para abrir el ferrocarril de oriente a la frontera búlgara y persuadir a Bulgaria, doliente aun de su derrota a manos de Servia, de unir sus destinos a los de los dos kaisers, abriendo su territorio para el paso de las tropas turcas a los campos de batalla de la Europa occidental.

En el momento de su mayor peligro Servia, sin embargo, se salvó por su propio valor y determinación, sin los que su destrucción hubiera sido inevitable, y por el nuevo avance de los rusos. Mientras que los austriacos se hallaban delante de Belgrado, los cosacos cruzaron una vez más los Cárpatos, bajaron a las llanuras de Hungría infundiendo el pánico en las puertas mismas de Budapest, y tres cuerpos de ejército fueron llamados apresuradamente de Servia para defender a Hungría. Una vez más, en el momento crítico, la alianza austro-germana tuvo que renunciar al triunfo en uno de sus frentes, debido al peligro inminente que corría en otro.

Apenas se retiraron los tres cuerpos de ejército cuando los servios

volvieron a tomar la ofensiva. El viejo Rey Pedro, achacoso de años y de salud pero con toda la energía que le valió la Legión de Honor como soldado de Francia en 1870, púsose al frente de sus tropas, montado en su blanco corcel de guerra, arengándoles como lo hacían los jefes en los pasados siglos. Entonces sobrevino la más completa de las derrotas austriacas; y en pocos días todo el ejército había huído salvando las fronteras, dejando miles de prisioneros y muchos cañones y material. Belgrado fué rescatado nuevamente; y el 15 de diciembre Servia se hallaba libre de austriacos y salvada por el momento, salvada hasta que el tercero, último y fatal ataque dirigido por Mackensen tuvo efecto un año después.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

NUEVOS HORIZONTES, NUEVOS PROBLEMAS ALEMANES

I

AÑO NUEVO DE 1915

El año nuevo, que iba a presenciar los triunfos militares más brillantes de la Alemania moderna, comenzaba funestamente para el Gobierno de Berlín. Cinco meses de guerra y un millón de bajas habían desbaratado por completo los planes y esperanzas que Alemania tuviera en un comienzo. La esperanza suprema, la de una guerra breve, habíase desvanecido y la predicción de Lord Kitchener sobre una guerra de tres años comenzaba a encontrar creyentes aun en Alemania. Y la perspectiva de una lucha prolongada hacía surgir nuevos problemas, de los cuales el problema militar, si bien no el más premioso, tampoco era en forma alguna el menor.

Efectivamente, nuevas consideraciones políticas se presentaban. Existía la cuestión de Austria, a la vez política y militar; el problema de Italia, que se agravaría de mes en mes hasta la primavera siguiente, en que la casa de Saboya bajaría de nuevo a la arena contra la casa de Hapsburgo. Mediaba también el problema de Rumania, semejante y sólo menos grave que el anterior; asunto que no se decidiría en tan breve espacio como el de Italia, pero que demostraría ser un peligro mayor para la seguridad de Alemania. Luego surgía la necesidad de cuidar de la defensa de Turquía, necesidad que crecería mes tras mes volviéndose imperiosa en la primavera, cuando las escuadras de los Aliados tocasen las puertas de los Dardanelos y las tropas aliadas sentaran pie en la península de Galípoli.

Por último, el problema del poder naval comenzaba a ser agudo. Un mundo que tan ansiosa y uniformemente aceptaba el criterio de

Inglaterra en cuanto a los efectos del bloqueo británico, no estaba equivocado por completo al prever en hora tan temprana que la escuadra inglesa dificultaría en forma continua y creciente la economía interna de Alemania, compeliéndola a emplear todo género de recursos para suplir la escasez inherente al bloqueo. Sólo en víveres demostraba el cálculo británico haber sido fundamentalmente erróneo; y aun en este orden, sentíase malestar en Alemania, si bien no se imponía privación inmediata o intolerable.

La sensación de una red que se cerraba, la ira contra la nación que hería de tal suerte al pueblo alemán entero manteniéndose a salvo del peso de las armas alemanas, iba a impulsar al Gobierno alemán, al partido naval de Tirpitz, a emprender una campaña submarina que afectaría a los neutrales, y en el caso del país neutral más poderoso, los Estados Unidos, iba a crear una situación que después de repetidos choques, acabaría por llevar a los Estados Unidos a la guerra.

La paralización de la marina mercante alemana; la desaparición de la bandera de Alemania en los mares, mientras que buques británicos, franceses y aun belgas continuaban cruzando el océano y llevando a puertos de Francia y el Reino Unido los pertrechos y provisiones indispensables para sostenerse en tanto que sus propias fábricas no se hallaban preparadas y sus industrias no se habían adaptado a las nuevas condiciones; los recursos en barcos y tripulaciones de que disfrutaban los Aliados para transportar sus ejércitos; el arribo de tropas coloniales procedentes de Australia, el Canadá y la India, que permitió a los Aliados contrarrestar la ventaja que Alemania tuvo al comienzo, gracias a su preparación superior: tales fueron los factores que ejercieron creciente influencia en el pensamiento y la acción de Alemania.

Y el pueblo alemán no se equivocaba sobre la mala voluntad de que era objeto: sabía que para el mundo Alemania habíase convertido en una plaza sitiada y las explicaciones y declaraciones alemanas, salvo unos cuantos despachos radiográficos, sólo servirían para satisfacer a lectores alemanes, porque el mundo, el mundo neutral al que Alemania deseaba apelar, encontraba pruebas y deducía conclusiones leyendo únicamente información de fuente antialemana.

II. EL PROBLEMA MILITAR

Considerando en primer término el problema militar, es evidente que en enero de 1915 las perspectivas de Alemania, sin ser desesperadas, se presentaban obscuras. Con demasiada anticipación, los espectadores de la lucha en todo el globo comenzaron a comparar la posición de Alemania en 1915 con la de Napoleón en 1813. El mundo no comprendía la fe y la confianza inmensas que los limitados triunfos iniciales inspiraron a los alemanes, ni sospechó la magnitud sin igual de los futuros esfuerzos germanos, ni advirtió, como advirtieran los alemanes, cuán fútiles eran las esperanzas que cifraban los Aliados en la pronta llegada de los millones de soldados de Kitchener y el torrente inagotable de las masas rusas.

Sin embargo, y a pesar de las exageraciones, el concepto fundamental del mundo, fuera de los países teutónicos, era correcto. Alemania había fracasado en el Marne y en sus esfuerzos posteriores para alterar el resultado de aquella acción. Sus ejércitos se mantenían a la defensiva en el oeste, sin probabilidad de recuperar la iniciativa. Dos meses de horrenda matanza ante Varsovia habían demostrado ser tan estériles como la carnicería de las batallas de Flandes. Varsovia no había sido tomada, como no lo fueron Calais ni Boloña.

En el sur, el cuadro de Austria era tristísimo. La derrota de Lemberg había sacudido en sus cimientos el edificio militar de los Hapsburgo. Después de Lemberg, los esfuerzos de comandantes alemanes para rehacer y reorganizar a los ejércitos austriacos habían salvado a éstos, pero no habían podido darles la victoria. Triunfos rusos habían seguido una y varias veces a momentáneas retiradas de los moscovitas en Galizia; y en los postreros días del año, una segunda victoria servia acababa de poner en evidencia el desorden crónico que reinaba entre las fuerzas austriacas. Los ejércitos rusos ejercían nuevamente presión en los Cárpatos y el Gobierno de Budapest pedía que Alemania protegiera los pantanos magiares contra el peligro eslavo.

Teniendo en cuenta los territorios ocupados, era cierto que Alemania luchaba casi por entero en países extranjeros. Las invasiones

de Prusia Oriental habían sido repelidas, si bien después de inflingir graves perjuicios a las posesiones de los *Junkers*. Alemania ocupaba no menos de ocho mil millas cuadradas de la región industrial de Francia, extensión poblada por dos millones de hombres en tiempos de paz; la mayor parte de Bélgica, y quince mil millas cuadradas de suelo ruso. Pero en cambio, Francia se aferraba a un pedazo de terreno en Alsacia, Rusia a una raedura de Prusia Oriental y Austria había perdido en Galizia y Bukowina casi treinta y cinco mil millas cuadradas de territorio, inclusive los campos petrolíferos de Galizia.

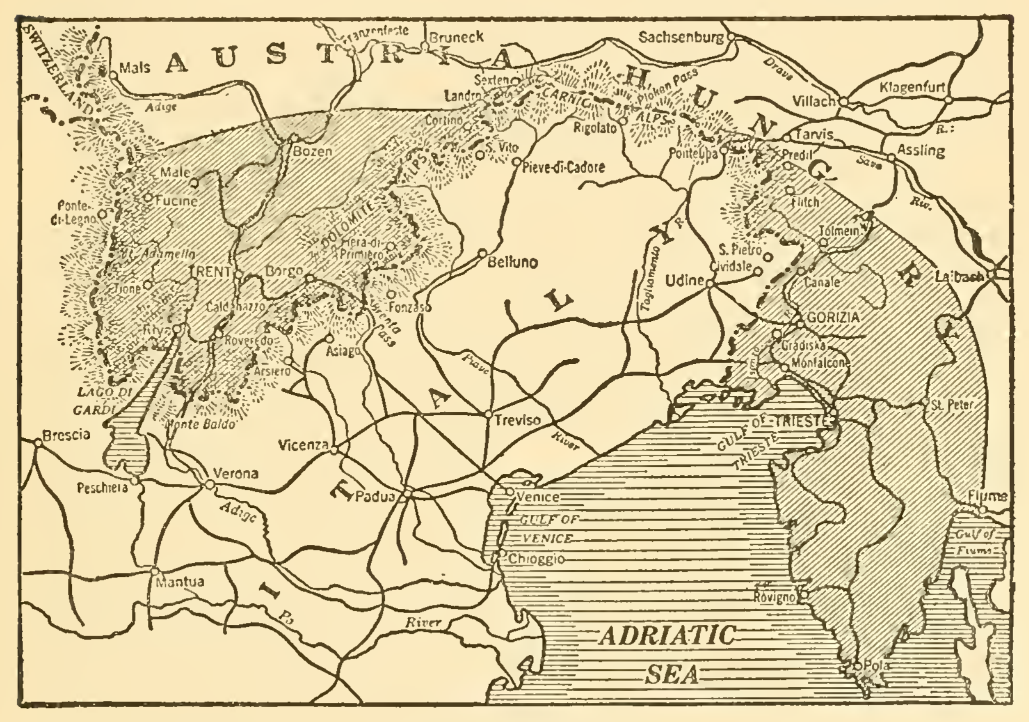
Si se quiere algo más para comprender cuán ventajosa era la situación de los Aliados, allí están el aislamiento y la extinción inevitable del poderío colonial de Alemania. Togo y el Camerún, Kiau-Chau y las islas del Pacífico, fueron perdidos. El fracaso de la rebelión bóer había sellado la suerte del África Sudoccidental alemana; y un general bóer, Louis Botha, reunía las tropas que conquistarían más tarde esa colonia. El África Oriental alemana se mantenía aún, pero nadie podía creer que escapara al destino de las colonias restantes.

En el orden militar, Alemania debía nuevamente consagrar sus energías a la tarea de restaurar al Austria y prepararse para atender a la demanda que los turcos harían tarde o temprano por cañones y artilleros. Alejábanse las probabilidades de reanudar la ofensiva en el oeste durante la primavera; pero la tardanza en reanudarla significaba dar mayor tiempo a Inglaterra y Francia para que, ayudadas por las fábricas norteamericanas, restablecieran el equilibrio en efectivos y recursos. La forma en que los alemanes hicieron frente a tales problemas constituye una de las páginas más espléndidas de la historia militar e industrial. Desgraciadamente para Alemania, la solución de los problemas políticos estaba fuera de su alcance, acaso fuera de todo alcance humano, y, como ocurrió después, sus triunfos militares sólo pudieron postergar en parte los peligros políticos que surgían entonces.

III. ITALIA

De todos los problemas políticos, el de Italia era el más grave. El Conde Nigra dijo cierta vez que, por la índole de las cosas, Italia

y Austria podían sólo ser o aliadas o declaradas enemigas. Italia denunció el tratado de la Triple Alianza durante los primeros días de la guerra. Habiendo repelido el espíritu del tratado, aunque la letra sobreviviera por algunos meses, las esperanzas italianas se volvieron hacia la Italia *irredenta,* y el pueblo de aquel país, mucho antes que la Corona o los políticos, comenzó a clamar por la adquisición del Trentino y Trieste, las islas del Adriático y la perdida pro-



ITALIA IRREDENTA

Tan pronto como fué denunciada la Triple Alianza, las esperanzas italianas se volvieron hacia la Italia *irredenta,* y el pueblo comenzó a clamar por la adquisición del Trentino y Trieste.

vincia veneciana de Dalmacia, que atesoraba aún algunos de los monumentos más espléndidos de la antigua Roma.

Semejante agitación sólo podía tener un desenlace, a menos que Austria estuviese dispuesta a abandonar Trieste y el Trentino, y no lo estaba para hacer tal sacrificio. Bajo la influencia de Alemania, consintió tardía, muy tardíamente, en ciertas cesiones, demasiado pequeñas para satisfacer la demanda italiana. Bismarck, al rehusar a su aliada de 1866 la adquisición de Trento, había sembrado las semillas de un desastre futuro: puede decirse que desde el momento en

que estalló la guerra, fué cierto que Italia entraría tarde o temprano en la alianza contra Alemania.

La participación de Turquía no hizo sino aumentar la agitación belicosa italiana, porque la alianza de la Sublime Puerta a los imperios centrales, aparte de promover nuevamente la cuestión de Trípoli, aseguraba a aquellos imperios la supremacía en el Mediterráneo oriental, donde Italia tenía grandes ambiciones, que se oponían a las de Viena y Berlín pero que encontraban pronta atención y oposición escasa en las capitales de los países aliados. La derrota de Alemania y Austria era deseable para Italia. Su victoria hubiera sido funesta para muchas esperanzas italianas.

No era tampoco menos esencial que Italia contribuyera a la derrota de los imperios centrales, si quería participar en los resultados. Grecia y Servia abrigaban vehementes aspiraciones sobre la costa oriental del Adriático y las islas y costas del Asia Menor. La diplomacia alemana no podía apagar los ecos que el estruendo de las escuadras aliadas ante los Dardanelos despertó en Roma. El odio hereditario hacia Austria y la aspiración por Trieste se intensificaron semana tras semana hasta que la emoción popular alcanzó grado tal que el Príncipe Bülow hubo de admitir pesarosamente que "el populacho" ganaba; y a pesar de los temores de su monarca y la oposición de Giolitti, su político más influyente, Italia se precipitó en el conflicto mundial.

Veremos después que la decisión sobrevino demasiado tarde para impedir el triunfo alemán en el Dunajec, que transformó todo el aspecto de la guerra en el este durante un año. Veremos también que las vacilaciones italianas y los desatinos cometidos por los Aliados en los Balkanes, abrieron el camino a la gran campaña hacia Constantinopla a través de Servia. Pero asimismo, veremos posteriormente a Italia enviar sus tropas a Salónica, como las enviara a Valona antes de entrar en la guerra. Y luego veremos que, en el momento crítico, extiende su declaratoria de guerra a Alemania.

Pero en enero de 1915 el peligro italiano, si bien manifiesto, no era inminente, y el Gobierno de Berlín pudo creer durante muchos meses que Italia permanecería neutral. Con tal objeto ejerció todos

sus esfuerzos; y buscando en parte el efecto moral en Roma, fué que Alemania preparó la más grande de sus victorias, el Dunajec, que, infortunadamente para los germanos, se produjo demasiado tarde para alterar la política italiana, aun cuando sirviera para restringir la influencia de Italia en la guerra durante casi un año. Sin embargo y fatalmente, las perspectivas de una larga guerra comenzaron a pesar sobre Berlín, porque si bien un triunfo rápido como los de 1866 y 1870 hubiera evitado que los países neutrales cambiasen de actitud, una contienda prolongada ofrecía tentaciones evidentes para las aspiraciones étnicas y nacionales de aquellos países.

IV. RUMANIA

No menos grave que el italiano, presentábase el problema rumano. Dentro de las fronteras de Austria y Hungría, vivían más de tres millones doscientos cincuenta mil habitantes de lengua y raza rumanas. Constituían éstos la mayor parte de los pobladores de Transilvania; el grupo más numeroso entre los diversos grupos étnicos de Temesvar; y formaban parte considerable de la población de Bukowina. Todas estas provincias colindaban con Rumania. Todos los corazones rumanos habían abrigado allí durante muchos años el deseo de una reincorporación a Rumania, como la que Italia había realizado el siglo anterior. Si se ganaban las provincias austriacas, convertíase Rumania en un estado de casi cien mil millas cuadradas de extensión, tan vasto como la península italiana; y si no llegaba a ser una gran potencia, ocuparía un puesto inmediato a España entre las naciones menores de Europa.

Tales esperanzas parecieron imposibles de realizarse hasta que la segunda guerra balkánica revelara por primera vez las debilidades de la política austriaca y exteriorizara los síntomas del desmoronamiento del edificio levantado por los Hapsburgo. Por la fuerza de las circunstancias, Rumania había consentido hasta entonces en ser miembro menor de la Triple Alianza; y como Italia había sido impelida hacia Berlín por el conflicto con Francia acerca de Túnez, Rumania habíase inclinado en igual sentido ante la gran injusticia e ingratitud de Rusia a raíz de la guerra con Turquía. En esa guerra,

las tropas rumanas salvaron al ejército ruso en Plevna; y no obstante, Rusia arrebató a Rumania su parte en Besarabia, arrojándole, como insuficiente compensación, la piltrafa de la Dobrudja búlgara.

Gobernada por un Hohenzollern, que en los primeros días de la guerra mundial trató de hacer causa común con el jefe de su casa dinástica, Rumania había permanecido unida a Berlín, Viena y Roma desde la época del Congreso de Berlín hasta el estallido de las guerras balkánicas, atraída en no pequeño grado por la presencia de Italia en la alianza, consideración que despertaba sus simpatías en virtud de la tradición sobre el origen latino de los rumanos. Pero cuando Austria, ansiosa de aplastar a Servia, prestara su apoyo a la formación de una Bulgaria más poderosa que la creada por el Tratado de San Stefano y eliminada por el Congreso de Berlín, la fidelidad rumana flaqueó.

Bulgaria era la rival de Rumania en los Balkanes y había declarado abiertamente su propósito de recuperar la Dobrudja. Los planes búlgaros en los Balkanes perseguían la realización de una hegemonía comparable a la que Prusia alcanzara en la Alemania moderna. Rumania mostrábase necesariamente hostil a semejantes planes, porque amenazaban su integridad y ponían en peligro su influencia. Cuando Austria sacrificó a Bucarest por Sofía, el Gobierno rumano cambió desembozadamente de política; recibió el permiso ruso para agredir a Bulgaria; y atacándola en 1913, destruyó por completo el edificio entero de la política balkánica de Austria. Por añadidura, los soldados rumanos que invadieron Bulgaria declararon abiertamente que por allí se dirigían a Transilvania y la Bukowina.

Una vez que se produjo el rompimiento, las consecuencias fueron inevitables. Rumania siguió a Italia en la proclamación de su neutralidad cuando estalló la guerra, a pesar de los deseos de su monarca, cuya muerte, acaecida poco después, eliminó a un aliado teutónico no menos poderoso que Constantino de Grecia. Cuando la política italiana comenzó a inclinarse hacia los Aliados, Rumania siguió tácitamente el ejemplo. Un número cada vez mayor de rumanos tenía

las miradas fijas más allá de la frontera húngara, allende los Alpes transilvánicos, donde millones de sus hermanos de raza sufrían algo semejante a una esclavitud moral e intelectual bajo el yugo de los magiares.

Cuando los primeros triunfos rusos trajeron a los eslavos hasta las fronteras rumanas de la Bukowina y aun hasta la llanura húngara a través de los Cárpatos, los patriotas y políticos rumanos prestaron oídos ansiosos a las promesas rusas, basadas en la participación rumana. Sólo el desastre ruso pudo impedir o posponer esa participación. Si la diplomacia rusa hubiera sido menos inflexible o las demandas rumanas menos codiciosas, Rumania habría seguido inmediatamente a Italia. Así, pues, el Dunajec postergó lo que no pudo evitar. En Bucarest, como en Roma, la diplomacia alemana iba a realizar milagros; pero ya al comenzar 1915 estaba condenada al fracaso en sus gestiones, salvo el caso de una victoria alemana en la guerra.

V. AUSTRIA

El lado militar del problema austriaco era claro; pero el aspecto político presentábase no menos evidente al gobierno de Berlín. Mitad de la población de Austria se componía de eslavos. En las primeras batallas tomaron parte regimientos checos, croatas, servios y aun polacos, luchando sin entusiasmo alguno. Los italianos de Trieste y el Trentino, los rumanos de Transilvania y Temesvar, sucumbieron fácilmente al ataque de enemigos menos odiados para ellos que las razas cuyo yugo sufrían. El gran número de prisioneros que tomaron los rusos a raíz de la derrota de Lemberg, los desastres en Servia, los posteriores reveses de Galizia, se debieron en parte al factor étnico en el ejército austro-húngaro.

Era, pues, de importancia esencial evitar que la disgregación cundiera, porque todo síntoma de derrumbamiento constituía nuevo incentivo para el apetito rumano e italiano, y todo desastre austriaco encontraba eco inequívoco en Bucarest y Roma. No era sólo que el derrumbamiento de Austria debilitara directamente la alianza central, sino que cada rajadura nueva, cada nueva grieta en la unidad

austriaca, invitaba a otras naciones a alistarse en las filas contra Alemania, contribuyendo con sus tropas y recursos.

Napoleón se encontró frente al mismo problema en 1813, cuando se detuvo en la Alemania oriental, porque comprendió que una retirada tras del Rhin induciría a sus aliados, los alemanes, a engrosar las filas de sus enemigos; y así lo hicieron los germanos cuando, después del desastre de Leipzig, se vió obligado a retirarse allende las antiguas fronteras. Más que toda otra causa, fué la situación política la que determinó a Alemania a emprender las campañas de 1915. Dicha situación la obligó, con igual fuerza que cualquiera consideración militar, a abandonar el teatro de la guerra en el oeste y permitir que la Gran Bretaña pusiera en juego sus masas en el campo. Esa causa retuvo a Alemania en el este hasta febrero de 1916.

Cada vez aparecía más claro que, mientras ganara victorias, Alemania podía contar con la neutralidad rumana y soportar las hostilidades de Italia, más incómodas que peligrosas. Pero sólo en la victoria había seguridad. En cuanto a la situación militar, los ejércitos austriacos alcanzarían nueva eficiencia cuando un general alemán y la artillería germana ganaran Dunajec y cuando comenzase la retirada rusa de los Cárpatos al Beresina. Pero al realizarse la contraofensiva rusa, los ejércitos austriacos fracasarían en un nuevo descalabro comparable al de Lemberg, y de consecuencias inmediatas más desfavorables.

Día a día, Austria convertíase en una carga, en un factor nulo para la política militar y diplomática de Alemania. La ayuda militar de Austria era cada vez más estéril, y cada vez mayor la tarea de Alemania en la alianza. Pero aparte de ello, surgía el peligro resultante de las viejas enemistades de Austria, o de la debilidad inherente a su población heterogénea, debilidad que al mismo tiempo originó la ruina del ejército austriaco y granjeó a Alemania mayor número de enemigos.

Por poco que se ocultara a los ojos de Alemania, todo esto aparece hoy más claro que cuando los ministros del Kaiser, al comienzo del año, se reunieron para considerar los problemas de una larga guerra y estimar el activo y pasivo de la nueva empresa. Tales problemas ejercieron influencia en la situación militar; obligaron a la estrategia

a subordinarse ante consideraciones de estado; forzaron a los alemanes a realizar sus esfuerzos principales en el este; y desde el principio pusieron de manifiesto las consecuencias de un fracaso, ya inmediato o remoto, ya en el este o en el oeste. De la tarea de destruir a Francia, Alemania pasó a dedicar sus mejores bríos a la de salvar al Austria.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

EN EL FRENTE ORIENTAL HASTA LA BATALLA DEL DUNAJEC

I

EN EL CÁUCASO

DURANTE los primeros días de enero los turcos experimentaron un gran desastre en la frontera rusa del Cáucaso. A esta agreste región, donde las operaciones se dificultaban por la crudeza del invierno, los turcos, obedeciendo los mandatos de Alemania, habían mandado varios de sus mejores cuerpos de ejército. El propósito ostensible era el de recuperar la famosa fortaleza de Kars, que había sido perdida después de una brillante defensa en la última guerra rusa. Pero Kars, en realidad, tenía escasa importancia para los turcos, y el propósito evidente de su esfuerzo era el de obligar a los rusos a que distrajesen tropas de la frontera austriaca mandándolas a este frente para aliviar la presión que ejercían contra Austria.

Para los turcos había muchos otros urgentes servicios que realizar más cerca. Su entrada en la guerra les había costado hasta el último vestigio de soberanía nominal que tenían sobre Egipto, costándole al Jedive perder el trono. Inglaterra proclamó el protectorado y colocó un príncipe anglófilo sobre el trono del Jedive, completando así la obra de afianzar su posición en Egipto, reconocida por Francia en el famoso y fatal acuerdo de 1904. Para Suez y para el Cairo y para las perdidas provincias africanas de Túnez y de Trípoli, la oportunidad parecía marcar a los osmanlíes el camino que sus predecesores árabes del califato habían seguido.

Que esa aventura pudo tener éxito era entonces probable. Inglaterra carecía aún de tropas para defender el Egipto. Las tropas del país mostrábanse indiferentes si no desleales con sus amos cristianos. No habían tenido tiempo para fortificar las costas del canal de Suez,

desde donde un año después tuvieron que hacer frente y rechazar un ataque turco. Si se hubiera podido llegar a bloquear el canal de Suez, grande hubiera sido el daño para Inglaterra, aunque no tan considerable como lo anunciaban los escritores militares de Alemania un año más tarde, cuando el camino de Berlín a Bizancio había sido abierto y Alemania encontró allí un propósito que el esfuerzo otomano en Suez favorecía.

El control alemán de la política militar turca era, sin embargo, completo; y mientras la proclamación de la guerra santa llenaba aún la imaginación del mundo, aunque fracasara en el Islam, fuera de los territorios inmediatos a Turquía; mientras se esperaba que se sublevase la India y el Egipto, Trípoli y Túnez; mientras se esperaba el ataque turco a Suez, varios cuerpos de ejército otomanos hacían la difícil marcha de Erzerum a Kars, obligando a las tropas rusas, ante la desproporción numérica, a que retrocediesen a las marismas caucásicas, al sur y al este de Batum y de Trebizonda. En este difícil país, sufriendo a causa de la escasez de equipos y de los rigores de un invierno terrible, los turcos fueron derrotados completamente, después de haber logrado unos breves éxitos preliminares. De los tres cuerpos de ejército, uno de ellos fué capturado, con sus oficiales turcos y alemanes; y los otros dos, tratando de cubrir la retirada, sufrieron muchísimo, perdiendo banderas, cañones y prisioneros. No menos de cien mil soldados turcos fueron eliminados de la línea de batalla y el prestigio alemán sufrió su primera gran derrota en Constantinopla, derrota de la cual no se repuso hasta la defensa que hizo de la ciudad pocos meses después.

Desde este momento, y durante más de un año, el frente del Cáucaso perdió su importancia y los cambios subsiguientes en la posición no fueron considerables. Los rusos no trajeron muchas tropas del frente de Galizia y el propósito alemán no se logró a pesar del esfuerzo turco. Pero cuando el próximo invierno los rusos se hallaron dispuestos para avanzar en esta región de Armenia, la caída de Erzerum primero y de Trebizonda después, ante las tropas de Gran Duque Nicolás, revelaron al mundo el renacimiento de la fuerza militar rusa tan castigada en el Dunajec y después.

I. PREPARANDO EL PELIGRO RUMANO

En diciembre y a principios de enero, el desastre austriaco había infiltrado en el mundo la creencia de que la caída del imperio dual podía hacer cambiar todo el aspecto del conflicto. Mientras los ejércitos rusos cruzaban nuevamente los pasos centrales y del este de los Cárpatos, otras fuerzas atravesaron la Bukowina, acercándose a Transilvania. La ocupación de Galizia fué una invitación a Rumania para que se pusiese del lado de Rusia, con la Bukowina como soborno y la Transilvania como premio de su participación.

Para Alemania el problema de ayudar a Hungría se decidió rápidamente en vista de la impaciencia de aquella, ante los repetidos desastres, a los ataques desde Servia, Galizia y Bukowina, y debido también a la posible hostilidad de Rumania. La renuncia del Conde Berchtold y la elección del Barón de Burian eran pruebas de que dentro del imperio se temía a Hungría. Y la visita del Conde Tisza al Kaiser era señal de la advertencia que se le hacía a Alemania.

Alemania recibió la advertencia con la mayor atención posible y procedió con rapidez asombrosa. En enero, mientras se discutía la ocupación rusa de Transilvania, tropas alemanas fueron llevadas al sur concentrándolas en la baja Hungría. Su propósito, anunciado en Berlín y en Viena, era el de una nueva invasión de la victoriosa pero maltrecha Servia. Sin embargo, pocas semanas después estas tropas aparecieron en Transilvania marchando hacia el este paralelamente a la frontera rumana, como una advertencia al rey de este estado, un Hohenzollern, de que para tomar Transilvania tenía que hacer la guerra al jefe de la casa de los Hohenzollern.

Bajo la presión de estas tropas los ejércitos rusos en Bukowina rápidamente empezaron a ceder el terreno. Como el valle de Shenandoah en nuestra guerra civil, Bukowina vino a ser un camino de invasión y un pórtico de entrada para los horrores de la guerra. Poco a poco fueron arrojados de los pasos de Borgo y Kirilibaba, fueron arrojados de las estribaciones de los Cárpatos, y para mediados de febrero su retirada hizo alto en el río Sereth, unas cuantas millas al sur y al oeste de Czernowitz y de la frontera rusa. Más de las dos terceras partes de la Bukowina habían sido reconquistadas y los ale-

LOS ESLAVOS EN LA GUERRA MUNDIAL



PARTE DEL CUERPO SELECTO DE CABALLERIA, CONOCIDO ANTES COMO LOS HÚSARES DEL ZAR

RETRATOS DE OFICIALES RUSOS Y SERVIOS



Propiedad registrada por Underwood & Underwood
EL GRAN DUQUE NICOLÁS

Propiedad registrada por Underwood & Underwood
EL GENERAL RENNENKAMPF



Propiedad registrada por la American Press Association
EL GENERAL RUSSKY

Propiedad registrada por Underwood & Underwood
EL GENERAL BRUSILOFF

CUATRO GENERALES RUSOS

El gran duque Nicolás, tío del Zar, es un verdadero soldado y un jefe capaz. A pesar de ser un Romanoff, sus tendencias políticas se inclinan al liberalismo. Verosímilmente, el Zar tuvo celos de su tío; y en efecto, después de su abdicación, se inició un complot para ofrecer la corona al gran duque.

El general Rennenkampf. Después del triunfo de Tannenberg sobre un ejército ruso al mando de Samsonoff, Hindenburg persiguió al segundo, el de Rennenkampf, desde las mismas puertas de Königsberg, y a través de sus fronteras. Más tarde, dos cuerpos de ejército alemanes, bajo las órdenes de Von François, fueron cercados, y Petrogrado jactábase de una victoria. Pero ésta no llegó a efectuarse. Los cercados alemanes, mediante esfuerzos que los rusos admitieron francamente "increíbles," lograron evadirse, gracias a la tardanza de Rennenkampf, quien se retiró inmediatamente después del fiasco.

Russky y Brusiloff comandaban dos de los cinco ejércitos que tomaron parte en la gran ofensiva rusa, en agosto y septiembre de 1914. Operaban en Galizia, mientras que Rennenkampf y Samsonoff invadían la Prusia Oriental.



Propiedad registrada por Underwood & Underwood

BATERÍA DE CAÑONES RUSOS "HOWITZERS" EN EL FRENTE DE POLONIA

Propiedad registrada por el International News Service

Propiedad registrada por Underwood & Underwood

SOLDADOS RUSOS

El labriego ruso es buen soldado. En primer lugar, la provisión es inagotable. Posee gran resistencia, es paciente, sumiso y de buena índole, pero carece de iniciativa. En conjunto se ha desempeñado bien en la guerra. Lo hubiera hecho mejor si hubiese estado tan bien equipado y provisto como los soldados de otras razas. Además, hay buenas razones para sospechar que algunas veces ha sido arrastrado a la ruina por generales traidores y adeptos a los alemanes.



Fotografía de Underwood & Underwood

LA ANTIGUA GUARDIA DEL ZAR, COMPUESTA DE COSACOS SELECTOS, DIRIGIÉNDOSE A LA DEFENSA DE VARSOVIA



RUSOS Y AUSTRIACOS

Cuando rusos y austriacos se lanzan unos contra otros de hombre a hombre en un encuentro igual, éste es generalmente el resultado. Los austriacos marchan hacia la retaguardia, en calidad de prisioneros. Los austriacos tienen más espiritu y más empuje, pero carecen de la fortaleza inquebrantable y la constancia de los labriegos rusos. Además los rusos son una unidad étnica mientras los austro-húngaros son de varias razas, y la sangre eslava que corre en muchos de ellos les hace remisos en el campo de batalla para pelear en contra de sus hermanos de las estepas.



Propiedad registrada por la American Press Association



Propiedad registrada por Underwood & Underwood



Propiedad registrada por Underwood & Underwood

SERVIA EN LA GUERRA

Materia prima de que se hacen los soldados servios.

El producto elaborado.

La bizarra Servia fué vencida al cabo por la arrolladora fuerza de sus adversarios. Pero el mundo no olvidará fácilmente la espléndida sucesión de victorias que precedieran a sus desastres. En la primera guerra balkánica derrotó a los turcos en Kumanovo, en Monastir y en Andrinópolis; en la segunda quebrantó la leyenda de la invencibilidad de Bregalnitza; en el primer mes de la guerra mundial, cuando la suerte de los Aliados era desesperada, la victoria de Servia en Jedar inició el período afortunado que culminó en el Marne. En los primeros dias de diciembre cayó Belgrado, pero los servios se rehicieron inmediatamente. Belgrado fué reconquistado; el 15 de diciembre de 1914 Servia se vió libre de los austriacos, en salvo por el momento; en salvo hasta que sobrevino el tercero fatal ataque, la acometida de Mackensen a los Balkanes, cerca de un año después. En octubre de 1916, el ejército servio revelaba nuevamente su bizarría en el maravilloso empuje que la llevó a la victoria final.



Fotografía de Underwood & Underwood

TROPAS SERVIAS EN MARCHA CERCA DE LA FRONTERA AUSTRIACA

manes habían interpuesto un muro de tropas entre el Zar y su posible aliada Rumania.

Al mismo tiempo llegaron de Budapest nuevos rumores de un desastre ruso, del suicidio de uno de sus generales, y de la captura de todo el estado mayor del ejército derrotado. Estos rumores se negaron después; pero quedó el sólido hecho de que la Bukowina había sido reconquistada, de que la invitación hecha a Rumania para participar en la guerra había sido cancelada en forma brusca por las armas alemanas y que de Bucarest no llegaban ya más noticias de una intervención inmediata de este estado. Por el contrario, circulaban informes muy lógicos de la liberación de enormes cantidades de granos comprados previamente por Austria y Alemania y embargados temporalmente por el Gobierno rumano, cuyo tránsito al norte acababa de permitirse. Y esta campaña militar, llevada a cabo con fines políticos, tuvo el éxito que se proponía.

La tranquilidad de Rumania no consumó el éxito de la política alemana. Un préstamo de Alemania a Bulgaria volvió a estimular el rumor de que el Zar Fernando y sus súbditos pensaban unirse a los alemanes, reconquistar la Macedonia, atacar a Servia y Grecia y, cortando el ferrocarril de oriente, aislar de Salónica a los eslavos, impidiendo la llegada de víveres del extranjero y, mediante la invasión del valle del Morava, abrir un camino entre Berlín y Constantinopla, uniendo a las potencias europeas centrales. Este rumor, sin consistencia al principio, fué una predicción interesante de lo que iba a ocurrir y fué un aviso para la diplomacia aliada, del que estúpidamente no hizo caso.

Finalmente, desde Albania vino una nueva invasión de Servia a lo largo del Drina, dirigida contra Prisrend y el territorio poblado aún por albaneses pero cedido a Servia y Montenegro por el Tratado de Londres, procurando una nueva tarea para ocupar al ejército servio al sur del Danubio y lejos de Bosnia, hasta que Alemania terminase con las actividades rusas en el sudeste.

Tales fueron, brevemente, el propósito y la obra de las armas alemanas en Bukowina. El Kaiser había contestado pronto y decisivamente a la ayuda que se le pidiera pocas semanas antes, justificando el cariño y la estima que de mucho tiempo atrás le tenían los húngaros y

silenciando por el momento el descontento que se iniciaba en Budapest.

III. LA BATALLA DE LOS LAGOS MASURIANOS

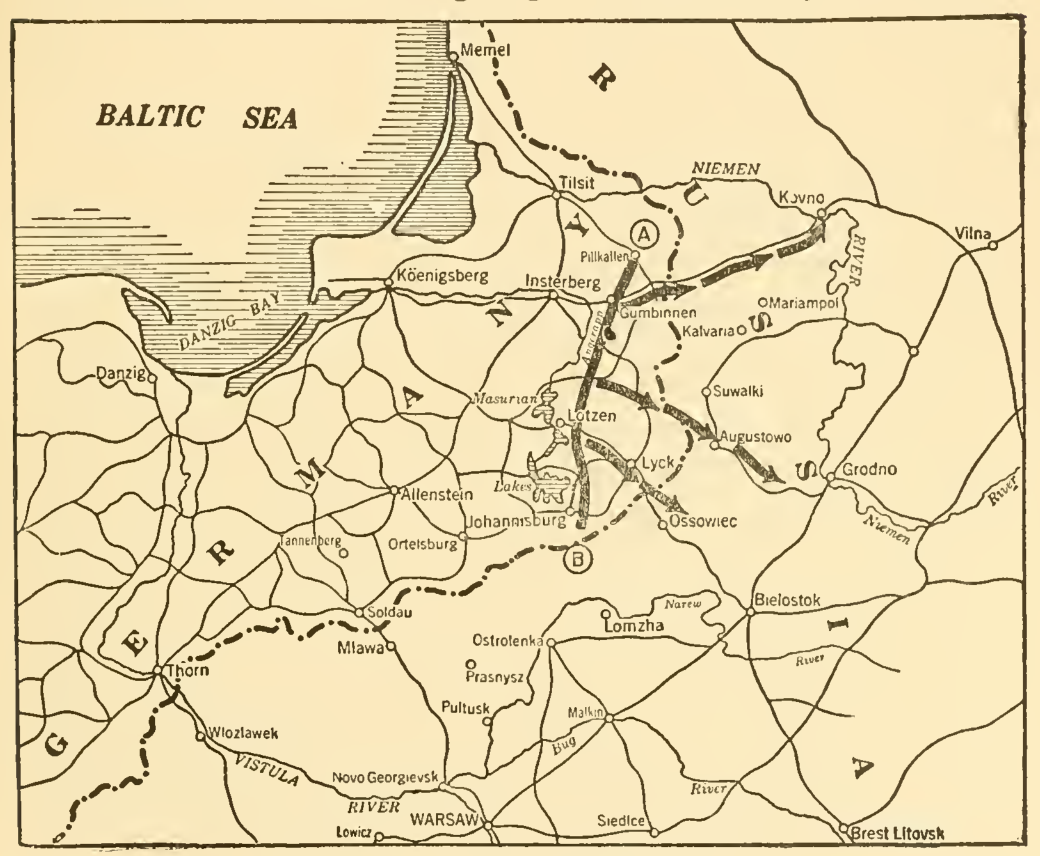
Como contragolpe al ataque alemán de la Bukowina y de los Cárpatos, los rusos decidieron atacar a la Prusia Oriental. Estratégicamente era un movimiento ventajoso porque significaba trasladar sus tropas a una menor distancia de Varsovia, que continuaba siendo el centro militar de operaciones de todo el frente oriental. Si la Prusia Oriental podía invadirse, prácticamente el frente íntegro de Rusia podría acortarse y una gran provincia, fuente de alimentos de Alemania, podría conquistarse; además de que, finalmente, la posición alemana entre el Bzura y el Nida, en la Polonia rusa, se hallaría expuesta a un ataque de flanco y de retaguardia.

Así, pues, mientras los ejércitos principales de Rusia y de Alemania se hallaban uno frente a otro al oeste de Varsovia, en las líneas que habían tomado cuando la gran ofensiva de Hindenburg contra la capital polaca había sido contenida en diciembre, nuevos ejércitos se dirigían contra las posiciones alemanas al norte del Vístula y al sur del Niemen, de Tilsit a Johannisberg, mientras que otro ejército se dirigía hacia la margen norte del Vístula en dirección a Thorn.

Aquí, como en Tannenberg, las circunstancias geográficas explican las operaciones militares. Al resguardo del frente del este, de la Prusia Oriental, se extiende de norte a sur en unas cincuenta millas, entre Insterburg y Johannisberg, esa intrincada red de hidrografía que se conoce por los lagos Masurianos, de los cuales fluye el río Angerapp, que se reune con el Inster en Insterburg, formando el Pregel, que desemboca en el mar, en Königsberg. Al oeste de esta región Samsonoff había sufrido su gran derrota en septiembre en Tannenberg. A este obstáculo habían vuelto los rusos en octubre después de haber rechazado una invasión alemana de la provincia de Suwalki, en la batalla de Augustovo.

Durante tres meses los rusos y los alemanes habían estado frente a frente en esta región, sin cambio alguno relativamente en sus respectivas posiciones. Los rusos emprendieron ahora la tarea de desalojar a los alemanes de sus fuertes posiciones detrás de los lagos Masuria-

nos, atacándolos por el norte y por el sur, esto es por los flancos. Al principio este movimiento tuvo un éxito aparente. Viniendo del oeste sobre la tierra firme entre el Niemen y el Angerapp, los rusos se aproximaron a Tilsit, tomaron Pilkallien, y empezaron a considerar nuevamente el sitio de Königsberg. Al mismo tiempo avanzaron



LA BATALLA DE LOS LAGOS MASURIANOS

Siete meses después de iniciada la guerra, el territorio alemán se hallaba prácticamente libre de los rusos. La línea A–B indica el frente ruso antes de la batalla. Las flechas indican las líneas de la retirada rusa.

hacia Thorn al sur de la región masuriana, entre la frontera de la Prusia Oriental y el Vístula.

En la primera semana de febrero, sin embargo, Hindenburg contraatacó con terrible fuerza. La primera señal fué una renovación de la ofensiva alemana al sur del Vístula, a lo largo del frente del Bzura–Rawka. En esta línea los alemanes iniciaron una serie de asaltos desesperados, anunciando un nuevo avance sobre Varsovia.

En Petrogrado se consideró la matanza de estos combates como la más grande de toda la guerra y existen informes de que el Kaiser mismo quedó espantado por el sacrificio de vidas hecho en una empresa desesperada.

En la segunda semana de este mes, no obstante, la verdad se hizo clara. Los ataques alemanes habían sido simples movimientos para encubrir la retirada de tropas de este frente al frente de la Prusia Oriental, y pronto Petrogrado comenzó a admitir la derrota y la retirada en este campo, mientras Berlín anunciaba un segundo Tannenberg y la captura de cuarenta mil rusos. En todo caso estaba claro que, valiéndose de los automóviles y empleando nuevamente los ferrocarriles estratégicos a lo largo de la frontera de la Prusia Oriental, los alemanes habían enviado allí fuerzas abrumadoras derrotando a los rusos entre el Niemen y el Angerapp, y redimiendo por completo la Prusia Oriental excepto un pequeño rincón al rededor de Lyck.

Por el 15 de febrero las tropas alemanas se hallaban avanzando hacia el este, a todo lo largo del frente, desde el Vístula hasta el Niemen, habían cruzado la frontera rusa en muchos lugares, y obligaban aún a los rusos a retirarse hacia sus fuertes de Kovno, Grodno, Bielostok y Ostrolenka; esto es, detrás del Niemen y del Narew. Siete meses después de estallar la guerra, el suelo alemán estaba completamente libre de rusos, y desde la frontera de Rumania hastá el Báltico, las tropas alemanas, con la ayuda de sus aliados austrohúngaros, se hallaban avanzando. Su éxito en la Prusia Oriental les alentó a una nueva tentativa hacia Varsovia por el norte, pero ésta fracasó, como las otras. El camino hacia Varsovia no se hallaba ni por la Prusia Oriental, ni por el norte de Polonia.

IV. PRZEMYSL

El desastre de los lagos Masurianos que compartió la atención del mundo con las operaciones navales de los Aliados, que acababan de comenzar precisamente ante los Dardanelos, fué compensado al mes siguiente con la captura de Przemysl, hecha por los rusos el 22 de marzo. Sitiado momentáneamente en septiembre, liberado cuando Hindenburg hizo su primer avance hacia Varsovia, e inmediata-

mente sitiado de nuevo cuando los rusos se adueñaron del camino hacia Cracovia, antes de la batalla de Lodz, Przemysl había estado sitiado desde entonces. Su rendición fué uno de los incidentes más aparatosos de la guerra e hizo mucho, momentáneamente, para destruir el efecto de los recientes reveses y derrotas rusas. Desde que Bazaine entregó sus armas en Metz, cuatro décadas antes, Europa no había presenciado una capitulación semejante, cuyo número de prisioneros, según los rusos, ascendió a ciento treinta mil.

Antes de entregarse, el comandante austriaco, general Kusmanek, había destruído todos los fuertes, volado todos los puentes, y destrozado todos los rifles y cañones. Pero esto disminuyó el efecto material más que el efecto moral de la victoria. La última fortaleza de consideración de Galizia, al este del Dunajec y al norte de los Cárpatos, había ahora caído. En cuanto al número de prisioneros asombró al mundo entero explicando la rendición que sorprendió a los mismos rusos. Lo mismo que Metz, Przemysl había caído por hambre; y, lo mismo que las fortalezas de la Lorena, había caído porque contaba tan sólo con provisiones para sostener una guarnición, no un ejército.

El sitio en sí no se distinguió por ningún esfuerzo militar considerable. Los rusos cercaron simplemente la plaza y esperaron ante ella. Algunos breves ataques habían demostrado que se hallaba fuera del alcance de su artillería. De vez en cuando se intentaron algunas salidas y un esfuerzo desesperado de las tropas húngaras, precedió precisamente a la rendición. Varios intentos por parte de los alemanes y de los austriacos para socorrerlos habían casi llegado a tener éxito, pero fracasaron al final. El tiempo y el hambre hicieron el resto.

En los más angustiosos días del sitio, perros y gatos habían sido vendidos a precios que recordaban los del mercado de París en 1871. Parece que hubo una mala administración de los recursos y la defensa no fué muy gloriosa para las armas austriacas. La última salida de los húngaros resultó, a juicio de los rusos, un sacrificio inútil, porque fué inmediata y completamente contenida.

Con la caída de Przemysl la campaña de Galizia entró en su fase final. Las tropas relevadas por la rendición se unieron a los ejércitos

que hacía tiempo se hallaban peleando en los Cárpatos, avanzando cuando les hacían oposición solamente los austriacos, y retirándose cuando los alemanes acudían a reforzar a sus aliados. Cada ataque despúes de la retirada hallaba los pasos mejor fortificados y la tarea era cada vez más terrible. Pero Rusia persistía aún, y con la caída de Przemysl el mundo esperaba que en la primavera los rusos llegarían a las llanuras húngaras.

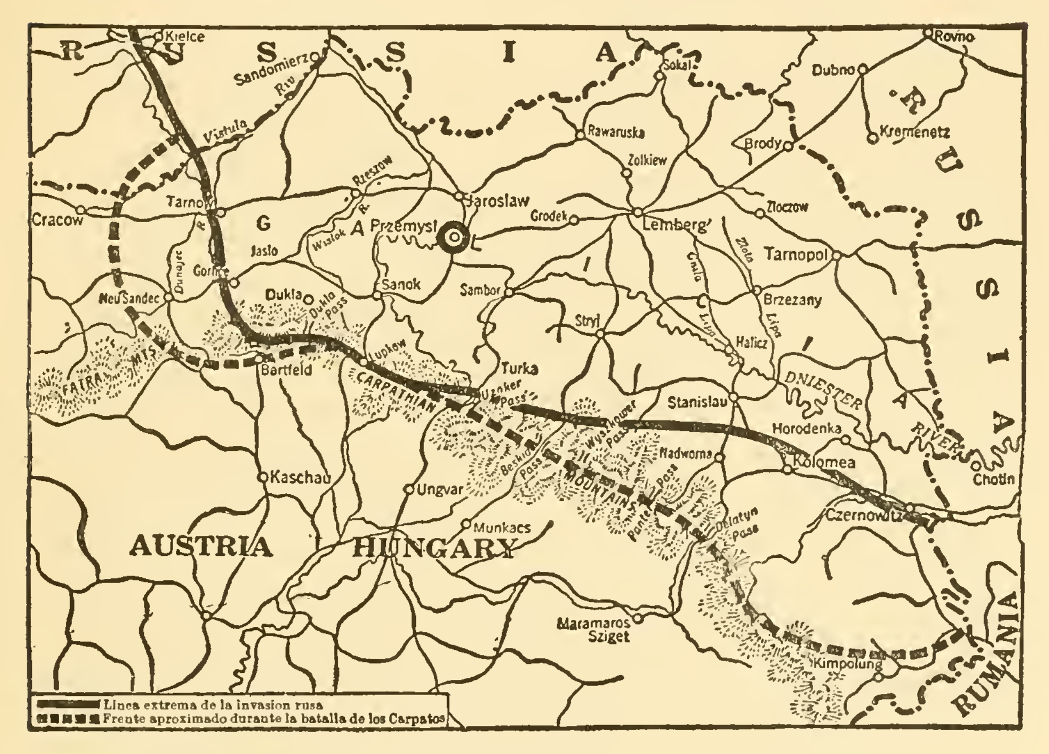
En esto había un error. Las esperanzas de los Cárpatos, igual que la expectación despertada por la flota aliada ante los Dardanelos, viéronse pronto desvanecidas. La flota y los ejércitos aliados encontraron una derrota después de otra, en todo el frente oriental. Y vale la pena recordar que el momento de la caída de Przemysl fué el momento más afortunado desde el punto de vista de los Aliados, desde que la guerra comenzara. El fracaso austriaco y la rendición alemana eran los tópicos de que trataba constantemente la prensa de todo el mundo, exceptuando la de Alemania y la de Austria, en el preciso momento en que Alemania adelantaba en la preparación del tremendo empuje del Dunajec, que había de conducir a todo un año de victorias teutónicas.

Przemysl es la pleamar de los Aliados: la bajamar vino poco más de un año después cuando el desastre y la rendición de los ingleses en Kut-el-Amara. Quedan ahora por examinar sucintamente las fases finales de la gran batalla de los Cárpatos, en la cual la avalancha rusa fué por fin contenida, los ejércitos rusos quedaron exhaustos y rendidos por sus terribles esfuerzos y pérdidas, y la falta de municiones rusas produjo un desastre comparable en la historia moderna solamente con el de Napoleón en la campaña de Moscou.

V. LA BATALLA DE LOS CÁRPATOS

Se había estado peleando en los Cárpatos desde septiembre, después de Lemberg, cuando los cosacos cruzaron la línea. Libráronse nuevas y aun más serias batallas en octubre y noviembre, cuando los rusos volvieron de nuevo al oeste y se aproximaron a Cracovia. Pero no fué hasta el año nuevo cuando los rusos abandonaron definitivamente el ataque del oeste para volver hacia el sur esforzándose en cruzar los Cárpatos en dirección de Hungría. Sus tentativas en el

sur, en la frontera de Rumania, destinadas a influir en la política rumana, habían encontrado una viva oposición por parte de los alemanes, y la Bukowina quedó libre de eslavos en enero y febrero. Idénticas operaciones alemanas hechas en respuesta a las peticiones de Hungría, habían cerrado inmediatamente los pasos al norte de Bukowina, por los que va la línea férrea más corta hacia Lemberg.



LA CAMPAÑA DE GALIZIA, SEPTIEMBRE DE 1914–MAYO DE 1915

El ejército ruso de los Cárpatos literalmente se despedazó contra las barreras que tenía delante.

En marzo, cuando la batalla de los Cárpatos llegó a su fase final, el esfuerzo ruso se concentró en los pasos de Dukla y de Lupkow, mientras que los austriacos y los alemanes se hallaban ahora en la parte norte de los Cárpatos y desde este punto hacia el sur en dirección a las fronteras de Rumania.

Los pasos por los cuales los rusos se hallaban ahora tratando de llegar a Hungría, son los más bajos. El de Dukla no tiene sino mil quinientos pies en la cresta, y se abre delante del nacimiento de los afluentes del Theiss húngaro. En este paso, como en algunos de los otros, se libraron terribles batallas durante todo el invierno y las

bajas habían sido extremadamente numerosas. Se adoptaron uniformes blancos para despistar a los centinelas y se había empleado toda clase de recursos tanto por los agresores, como por los defensores. Y despacio, pero constantemente, los rusos habían progresado en su avance del Dukla, hasta que se hallaban casi al borde de las llanuras húngaras. Pero en los otros pasos la fortaleza de los refuerzos alemanes había contenido permanentemente a los eslavos.

En las primeras semanas de abril se produjo la crisis. Un estupendo esfuerzo ruso conquistó aun más terreno a costa de terribles pérdidas. El mundo creyó que Rusia se abría camino y forzaba los pasos, cuando en la tercera semana de abril el ejército de Ivanoff fué prácticamente contenido, aunque no de un modo absoluto. Las pérdidas eran superiores a los recursos de Rusia, no solamente en hombres y cañones, sino sobre todo en municiones. En el sur, las tropas austriacas con contingentes alemanes desembocaban ya de las estribaciones de los Cárpatos por el lado de Galizia, amenazando el flanco ruso en los pasos de Dukla y de Lupkow.

La batalla de los Cárpatos había terminado, aunque debía durar dos semanas más. Alemania había conseguido al fin levantar un dique contra las invasiones rusas en Galizia, del mismo modo que había roto dos veces las de la Prusia Oriental. En la tercera semana de abril, a lo largo de todo el frente del este, desde el Báltico a la frontera de Rumania, se llega a una situación casi de empate. Todavía no hay un indicio seguro de la detención de los rusos, pero ésta se había producido.

Volviendo la vista hacia atrás advertimos que Rusia durante todos los meses desde noviembre y desde el comienzo de la batalla de Lodz, había sostenido la carga siempre creciente del esfuerzo alemán. Su misión de derrotar a los austriacos la había cumplido triunfante con la victoria de Lemberg y sus inmediatas consecuencias. Todos los esfuerzos alemanes para alterar esta decisión de Lemberg mediante los ataques desde Polonia y la Prusia Oriental sobre Varsovia, habían fracasado y solamente cuando Alemania envió sus tropas a Galizia y a la Bukowina detuviéronse los avances rusos. Przemysl, a fines de marzo, había sido un exponente auténtico de las fuerzas rusas y el ataque sobre los pasos de los Cárpatos una prueba final de la devo-

ción y determinación de los moscovitas. Pero Rusia había llegado al punto en que necesitaba ayuda, y ayuda urgente de sus aliados occidentales. Si éstos se hallaban prontos para empezar, si los esfuerzos anglo-franceses en Flandes y en Francia obligaban a Alemania a retirar tropas de Galizia y de Polonia, Rusia aun podía rendir servicios útiles.

Pero esta ayuda no vino. Rusia no podía soportar por más tiempo la carga que había pesado sobre ella durante los meses de furiosa lucha que mediaron entre Lemberg y Tannenberg, y entre Przemysl y los Cárpatos.

La flor de la oficialidad rusa y de sus soldados de primera línea quedó sepultada en los numerosos campos de victoria y de derrota de la Prusia Oriental, de Polonia y de Galizia. El ejército cárpato literalmente se había hecho pedazos contra las barreras que se le oponían. La obra militar rusa había sobrepasado aun sus propias esperanzas y las de sus enemigos, pero todas las advertencias rusas que fueron muchas, no bastaron para moderar las esperanzas y las exigencias de sus aliados occidentales. Pronto habían de desengañarse.

Queda ahora por examinar rápidamente el progreso de los acontecimientos del oeste desde la derrota alemana en Ipres hasta el momento en que el esfuerzo ruso fué contenido en las cimas de los Cárpatos, cuando empezaron a faltarle fuerzas a Rusia para continuar la obra iniciada en Lemberg, que siguió realizando con gran ventaja de sus aliadas occidentales, hasta la llegada de la primavera. Conviene recordar también que en este momento Rusia comprendió por fin que, debido al fracaso de las tropas aliadas en los Dardanelos, no iba a recibir ayuda inmediata en las municiones y suministros que necesitaba desesperadamente de sus aliadas del oeste.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

EN EL OESTE, DE NOVIEMBRE DE 1914 A MAYO DE 1915

I

EL PROBLEMA

CUANDO cesó el ataque de Alemania en Flandes y comenzaron los alemanes a transportar al este parte del grueso de sus fuerzas para sostener a Hindenburg en su empresa de Lodz, para ayudarle en sus ataques posteriores sobre Varsovia, y finalmente para rehacer los desbaratados ejércitos austriacos, abandonaron un campo donde por muy poco habían estado a punto de obtener la victoria. No estuvo Napoleón más próximo al triunfo en Waterloo, de lo que estuvieron los alemanes de alcanzar un éxito completo en Ipres. Si la presión rusa hubiera sido un punto menos severa, si el derrumbamiento de Austria hubiera sido una línea menos inminente, es difícil creer que los alemanes no hubieran realizado sus esperanzas de llegar a Calais, destruyendo todo el flanco occidental de los Aliados. Cuando retrocedió al cabo la invasión alemana, dejó tras sí un enemigo victorioso pero casi completamente aniquilado en Flandes. Para hacer frente a la tempestad, arrojaron los Aliados a la brecha la masa más heterogénea de hombres que Europa haya contemplado desde la invasión mahometana. El Asia y el África, Australia y el Canadá, estaban representadas por tropas blancas, negras y amarillas, que combatían al lado de los franceses, los belgas y los ingleses. Marineros adolescentes de la Gran Bretaña marchaban hombro a hombro con los senegalenses; tropas de la India inglesa alineábanse dentro del radio de visión con árabes y berberiscos de Algeria y de Marruecos. El idioma, las costumbres, la religión de cuatro continentes y de una veintena de razas, estaban representadas en esta miscelánea extraordinaria.

A decir verdad, los Aliados se habían esforzado, como se esfuerzan los hombres cuando descubren una grieta en el dique, por detener el rápido crecimiento de la abertura mediante todos los recursos imaginables de que se pudiera echar mano. Jamás en la historia militar se había visto un muro tan apresuradamente construído como el que se extendía ante el avance de la inundación alemana, oscilando y retrocediendo ante el ataque alemán y sosteniéndose precisamente en el último momento en que los alemanes, en vista de que la crisis en el este hacíase más apremiante, llamaban a la famosa Guardia Prusiana para que asestara el último golpe ante los ojos de su emperador.

Y cuando por fin hubo pasado el oleaje, extendióse desde Suiza hasta el mar aquella larga línea de trincheras que de allí en adelante constituiría el frente de batalla occidental durante más de dos años. Esta terminación de la campaña franco-alemana no se había previsto ni en Berlín ni en París; y el que aquella situación se prolongara no sólo por meses sino años enteros, fué algo completamente oculto a los ojos del alto comando francés y del alemán, en noviembre de 1914.

Los alemanes creían firmemente que unos cuantos meses de campaña en el invierno serían suficientes para terminar con los rusos y para realizar la toma de Varsovia, y que en la primavera podría Alemania hacer volver al oeste las tropas que de allí había retirado durante los meses de invierno.

En cuanto a los Aliados, principiábase ya a hablar de la hora feliz en que llegaría el "millón de Kitchener," por Pascua Florida a más tardar, y entonces podrían romper las líneas alemanas, liberar a Francia, y extender a lo largo del Rhin los resultados favorables de la batalla del Marne. Nadie preveía entonces la magnitud de los recursos y del poder alemán; nadie preveía que la artillería pesada, preparada para triunfar en el campo de batalla y reducir las fortalezas; que las ametralladoras de que estaba provisto por millares el ejército alemán para obtener la victoria en batallas decisivas a campo abierto, darían a Alemania la ventaja en la guerra de trincheras permitiéndole sostener sus líneas con cambios insignificantes, no solamente algunas semanas o meses, sino aun pasado el segundo aniversario de la guerra.

El verdadero problema alemán surgía en el este. Era el pro-

blema de acabar con Rusia en la primavera y regresar al oeste para volver sobre la decisión del Marne en el verano y ganar la guerra en el primer año. El problema de los Aliados consistía en reorganizar sus maltratados ejércitos, en reunir las fuerzas británicas que ofrecieran la superioridad numérica necesaria en el oeste y suministraran la artillería pesada y las municiones, que faltaban casi en lo absoluto y sin las cuales el ataque era simplemente una carnicería, dadas las nuevas condiciones de la guerra. Era imperativo que los Aliados realizaran todo esto antes de que Rusia se viera abrumada por todo el peso del ataque alemán, antes de que se desvaneciera el efecto de la victoria de Lemberg, que había dado a los rusos la iniciativa y las ventajas en el este.

Hemos visto que los alemanes fracasaron en el este. Todo el poder de sus esfuerzos fué insuficiente para anular las consecuencias del desastre inicial de Austria y de los primeros triunfos rusos, en el tiempo necesario para reasumir la campaña occidental en la primavera. No menos absoluto fué el fracaso de los Aliados en el oeste. Durante un año entero, después de aquella crítica primavera, el millón de Kitchener fué un mito como fuerza ofensiva. La tarea asignada a la Gran Bretaña era superior a la capacidad de toda nación ajena a guerras nacionales y careciendo del recurso de hombres disciplinados que sólo la conscripción puede procurar.

Sin la ayuda de Inglaterra, Francia no podía liberar su suelo. Casi un millón de franceses habían sido muertos, heridos o capturados en los primeros cuatro meses de la guerra. Los distritos industriales de Francia habían sido tomados y continuaban en poder del vencedor. Francia pudo dedicarse, como lo hizo, a la tarea de organizar su vida nacional en corto intervalo; pero tal organización estuvo por mucho tiempo fuera del alcance del gobierno o del pueblo británico. Pocos meses después se revelaron la necesidad de explosivos poderosos, las faltas del sistema militar inglés y su incapacidad de adaptación, que se combinaron para producir el resultado de que las fábricas de municiones continuaran procurando inútil metralla.

Considerada desde su aspecto político, militar e industrial la historia del departamento británico para la organización del esfuerzo aliado, con excepción de los trabajos realizados por la Marina, ha

sido la historia de fracasos, de incapacidad para apreciar el carácter y la magnitud de la guerra; de falta de percepción para abrazar los nuevos horizontes, las nuevas condiciones; para comprender el hecho fundamental de que la guerra se ganaría únicamente cuando la Gran Bretaña alistara su juventud en el ejército y dedicara a la gente madura a una labor organizada para el aprovisionamiento de municiones. Bajo la presión de la primera guerra de importancia real en la historia de Inglaterra, se tambaleó la estructura entera de la vida imperial británica.

La deficiencia inglesa fué completa en el sentido militar, con excepción de las operaciones defensivas. El mundo sabe muy poco de la campaña original del feldmariscal Sir John French. La leyenda de que había salvado a Francia en la batalla del Marne y contribuído al ataque decisivo en este encuentro sirvió para engañar e ilusionar a los mismos ingleses. Ni siquiera el revés de Neuve Chapelle abrió los ojos a la nación, y fué necesaria la horrenda carnicería de Loos, en septiembre de 1915, para demostrar la necesidad de un nuevo comandante en jefe y de un nuevo sistema.

Los servicios que el feldmariscal Sir John French prestó a su país a la causa de los Aliados en el Aisne y en Ipres fueron grandes, indiscutiblemente. En este segundo campo de batalla el ejército inglés, el antiguo ejército, pereció sosteniendo una línea cuya derrota habría significado la ruina de la defensa aliada en el oeste. A decir verdad, corresponde a Lord Kitchener gran parte de los errores del jefe inglés. Únicamente cuando la historia haya aclarado los hechos sabremos hasta qué punto se vió restringido, imposibilitado y agotado finalmente el comandante en jefe por una administración del ministerio de la Guerra que, como en el caso de los explosivos poderosos, dejaba perecer al ejército en Francia, porque no comprendía las condiciones de la guerra moderna. Sin embargo, a la luz de los hechos conforme aparecen, el retiro del feldmariscal era inevitable, y puede creerse que la responsabilidad por los fracasos en la campaña le corresponde en cierto modo.

En cuanto se refiere al ejército inglés, exigiósele más de lo que podía racionalmente exigirse a cualquier ejército en el primer año de la guerra. Y realizó, sin embargo, cosas mucho más imposibles

de lo que entonces se podía imaginar. Combatió con rifles contra cañones, con metralla contra explosivos poderosos, fabricó sus bombas con botes de estaño de mermeladas y las hizo servir contra productos manufacturados en maquinarias. Fué derrotado a menudo, pero nunca conquistado; y nunca, con excepción del Marne, sufrió desorganización importante.

Por la naturaleza misma de las cosas la organización de este ejército inglés fué durante años lo que podríamos llamar una empresa desesperada. No podía compararse militarmente con los ejércitos alemanes, admirablemente organizados, ni con las tropas francesas disciplinadas por la conscripción; y sin embargo, sin su cooperación la guerra se habría perdido irrevocablemente desde el primer año, y después del primer año sus mismos enemigos reconocieron el acrecentamiento de su fuerza y eficiencia.

Durante los dos primeros años de la guerra el ejército inglés jamás combatió en iguales condiciones; la mayor parte de sus ofensivas fueron puros sacrificios realizados bizarra y espontáneamente, pero condenados de antemano a la derrota por falta de equipo y de instrucción militar. Errores políticos como los de Amberes y Galípoli acrecentaron el peso que debía sobrellevar el ejército británico y produjeron consecuencias aun más desastrosas. Muchos de estos errores fueron censurables e indisculpables, muchos otros fueron el resultado inevitable de la falta de preparación nacional. Pero el crítico, que desde el punto de vista militar tiene necesariamente que reconocer el fracaso, lamenta la dureza de sus palabras en presencia del espíritu y la devoción de los hombres que sostuvieron la línea, desde la primera batalla de Ipres hasta la llegada de nuevos ejércitos, o murieron sin vacilar en los primeros días del Somme; sacrificio en aras del aprendizaje de una nación que iba a cursar la ciencia de la guerra moderna en la mas costosa de todas las escuelas.

Con el armamento que poseía, con los oficiales de que podía disponer, oficiales tan desprovistos de instrucción militar como los soldados; bajo el peso del ataque más gigantesco que registra la historia militar, tanto en efectivos como en aplicaciones mecánicas, el ejército inglés se sostuvo; y si bien el "pequeño y despreciable ejército" pereció en su puesto, su presencia evitó un desastre inmediato

a la causa de los Aliados y su tenacidad aseguró la llegada de nuevos ejércitos ingleses que más tarde conocerían la victoria y tomarían la ofensiva.

La terminación del período que ahora analizamos, reveló el hecho de que los Aliados no se encontraban todavía preparados en el oeste. Iba a llegar el momento en que, coincidiendo con el ataque fatal que Mackensen lanzara en el Dunajec contra Radko Dimitrieff, la acometida alemana en Flandes demostraría que no era posible aliviar a Rusia mediante la presión ejercida sobre Alemania en el frente occidental, y que la nación rusa iría de retirada en retirada hasta que la llegada del invierno encontrara a sus ejércitos terriblemente desbaratados en el Beresina y en el Dwina.

Las operaciones militares de este período no tienen la importancia que se atribuye a las luchas del este, porque no procuraron ventaja alguna, táctica o estratégica, a ningún lado. No hicieron, en verdad, más que contribuir a poner de relieve el hecho de que Rusia no podía esperar ayuda en el oeste, en el momento preciso en que los éxitos temporales rusos obligaban a Alemania a reconcentrar toda su atención en dirección de Varsovia, en vez de dirigir sobre Calais la campaña del verano.

II. JOFFRE "CEBA EL ANZUELO"

A las operaciones del oeste en el período que vamos a examinar, y en realidad durante muchos meses después, se dió el calificativo pintoresco de "cebar el anzuelo." En efecto, tales operaciones fueron ofensivas locales lanzadas por los franceses en todos los casos de mayor importancia, con excepción de uno solo, y destinadas a conservar en acción el mayor número de tropas alemanas que fuera posible, con el objeto de evitar el traslado de grandes cuerpos de ejército hacia el este, y de agotar los recursos alemanes en hombres y municiones mediante una presión doble y simultánea en los frentes oriental y occidental. Con relación a estos propósitos, los objetivos locales carecían de importancia.

El mundo interpretó erróneamente estas operaciones. En todos los movimientos desde Suiza hasta el Mar del Norte veía la prueba de una grandiosa tentativa para llegar al Rhin o al bajo Mosa. No

comprendió la debilidad de los Aliados, las dificultades de los ingleses, los recursos inadecuados de los franceses, tanto en hombres, como resultado de sus terribles pérdidas, como en municiones, a causa de la ocupación alemana de gran parte del territorio industrial de Francia. Desde noviembre hasta mayo todo el mundo exterior aguardaba el nuevo ataque de los Aliados en el oeste; lo esperaba mientras la acometida alemana en Ipres destrozaba la mitad del saliente y obtenía un éxito local más considerable de lo que ninguno de los Aliados hubiera alcanzado en todos los meses precedentes.

El primero de estos "cebos" fué en varios respectos el más considerable y el de mejores resultados. Fuerzas francesas aparecieron en diciembre a lo largo de las vertientes occidentales de los Vosgos y detrás de las cimas de aquel rincón de Alsacia donde se habían mantenido los franceses después de abandonar Mühlhausen en agosto. Inundaron el valle del Thur y reocuparon Thann, aproximándose a la aldea de Cernay, la llave de Mühlhausen, y después de una batalla larga y terrible tomaron la montaña de Hartmannsweilerkopf, desde donde podían dominar Mühlhausen, distante apenas diez millas.

Pero a pesar de éxitos locales en las aldeas de Steinbach y Anspach, a pesar de un ligero avance en la llanura en dirección a Altkirch, el propósito principal no pudo ser alcanzado. Los franceses no lograron romper la línea alemana en el punto en que abandonaba la planicie y se acercaba a los Vosgos. Mühlhausen no fué tomada ni tuvieron mejor resultado esfuerzos posteriores en este sentido. Ganaron los franceses una pequeña porción de territorio al norte del Thur, "redimieron" algunas otras aldeas alsacianas; más de trescientas cincuenta millas cuadradas de Alsacia se reunieron a Francia; pero aun cuando todo nuevo general que venía a los Vosgos trataba celosamente de ocupar Mühlhausen, con los limitados recursos de que podía disponer, el fracaso fué absoluto.

Contrarrestados en Alsacia, los franceses se volvieron a la Champaña y trataron de ascender las vertientes de las colinas al norte de Soissons y más allá del Aisne, donde Von Kluck había detenido a los ingleses en septiembre. Tuvo lugar además una victoria preliminar a principios de enero, en la cual los franceses avanzaron algunas millas; pero inmediatamente se produjo un contraataque alemán, y

esta vez perdieron los franceses no solamente cuanto habían ganado, sino el territorio que recibieron de los ingleses cuando el feldmariscal French se marchó al norte en octubre. Solamente en la margen meridional del río pudieron sostenerse los franceses. Alemania proclamó que había ganado una victoria aplastante y habló vagamente de Gravelotte; los franceses explicaron que las avenidas del río tras ellos habían hecho su posición insostenible. Ninguna de estas declaraciones merece gran consideración. Los alemanes no trataron de avanzar más allá; los franceses se encontraron incapaces de hacer progresos en este frente hasta abril de 1917. Las operaciones locales perdieron rápidamente toda su importancia.

En febrero iniciaron los franceses una operación todavía más audaz en la Champaña, en el campo que debía presenciar el gigantesco y desesperado ataque que tendría lugar el próximo septiembre.

Franceses y alemanes combatieron durante varias semanas en un estrecho frente de batalla por la posesión de alturas insignificantes que dominaban una línea férrea de interés vital para las comunicaciones alemanas. La línea de batalla se apoyaba al oeste sobre el Argona, y desde el flanco occidental podía divisarse la catedral de Reims. Tras pérdidas que no bajaban de doscientos mil hombres entre franceses e ingleses, siendo las pérdidas francesas mucho más numerosas, se produjo una nueva paralización. Los franceses habían ganado algo menos de un cuarto de milla en un frente menor de doce millas; pero no había grandes expectativas de que pudieran penetrar en las líneas del enemigo, y las primeras esperanzas se extinguieron prontamente a la llegada de las reservas alemanas.

En tanto que se desarrollaba ese último ataque, los ingleses lanzaron su primera y, en este período, última ofensiva, iniciando el combate en la zona meridional de Lille. Este esfuerzo merece ser examinado detalladamente, porque reveló el alcance de la deficiencia de la organización británica y fué el primero de una serie de fracasos que se extendieron desde Galípoli y Loos hasta Kut-el-Amara, revelando cuán atrás había quedado la instrucción militar inglesa en los últimos años en comparación con la de las naciones del continente, y cuán larga sería la tarea de organizar nuevos ejércitos británicos.

Pero al dejar de lado estas primeras operaciones francesas es con-

veniente recordar que cada una de ellas tenía por objeto principal ayudar a los rusos y distraer la atención alemana de Galizia y de Polonia. El ataque alsaciano coincidió con la gran acometida de Hindenburg a la línea de Bzura-Rawka; el ataque de Champaña con el principio de la batalla de los Cárpatos; y el combate de Soissons, que le precedió inmediatamente, con la demanda de los húngaros solicitando el apoyo alemán para rechazar la amenaza rusa en Bukowina y la creciente amenaza rumana a causa de las victorias rusas en tierras de Galizia.

En estas operaciones sincrónicas al este y al oeste es fácil comprender aquello que los franceses trataban de realizar, no solamente en sus propias fronteras sino en el vasto campo del conflicto continental. No puede ponerse en duda que aun cuando sus esfuerzos no tuvieron éxito completo en esta esfera más amplia ni produjeron consecuencias positivas localmente, redujeron en forma considerable la presión sobre sus aliados eslavos retardando el día en que Alemania se encontrara capaz de reasumir la ofensiva en el este.

III. NEUVE CHAPELLE

El 10 de marzo lanzaron los ingleses un gran ataque sobre un frente de cuatro millas en Neuve Chapelle, algunas millas al sudoeste de la gran ciudad de Lille, y precisamente al norte de la fuerte posición de los alemanes en La Bassée donde se habian desarrollado terribles combates en octubre y en noviembre. El objetivo inmediato del ataque era las alturas de Aubers que los críticos militares consideran como la llave de la ciudad de Lille.

Este ataque estuvo precedido por la primera de aquellas avalanchas de bombardeo de la artillería, que tan corrientes habían de ser después y que los alemanes definieron inmediatamente dándole el nombre permanente de "tambor de fuego." Bajo esta tempestad de granadas partiendo de trescientos cañones concentrados en una área reducida, la primera línea alemana de trincheras fué disgregada, aun la segunda línea quedó vacilante, y la infantería británica avanzó por primera vez, con oposición relativamente pequeña, en medio de campos sembrados de cadáveres alemanes y capturando muchísimos prisioneros trastornados por el ruido y la conmoción del fuego.

Pero pasada la primera línea de trincheras cayeron los ingleses bajo el fuego de ametralladoras desparramadas en los sitios donde no había sido destruída la segunda línea alemana. Sufrieron también gravemente los británicos a causa del error de cálculo de sus propios cañones; pero la mayor fatalidad fué que sus reservas no llegaron a tiempo.

Hubo un momento en que parecía franco el camino a Lille. Pero los británicos no pudieron aprovechar este momento, y se desvaneció para siempre. Después de dos días, los alemanes rechazaron todos los ataques en medio de una matanza terrorífica. Los ingleses habían ganado una milla sobre un frente de cuatro millas; las ruinas de la aldea de Neuve Chapelle estaban en su poder, pero el objetivo se había perdido. El comando británico había fallado en coordinar el ataque de los hombres y de los cañones, en preparar las reservas que debían seguir las primeras oleadas de la acometida. Lo que debía suceder en Loos y Galípoli en mayor escala, era lo que había ocurrido en Neuve Chapelle.

En esta batalla que llenó los partes de aquel tiempo, pero que ahora es apenas una olvidada escaramuza, los ingleses probaron por vez primera la copa de amargura que los alemanes habían bebido hasta las heces en la batalla de Ipres. Bajo la artillería alemana y el fuego de las ametralladoras, las pérdidas inglesas sobrepasaron las del contingente británico que combatió con Wellington en Waterloo. La "cuenta del carnicero" ascendía a trece mil bajas; las ganancias a una milla de territorio, dos mil prisioneros alemanes, y al privilegio de enterrar tres mil alemanes caídos ante las armas británicas.

Según la estrategia de los Aliados, el ataque de Artois se había lanzado estrictamente de acuerdo con la ofensiva francesa en Champaña; y en el momento en que las reservas alemanas llegaban a este último campo se reveló la circunstancia de que la línea alemana se debilitaba ante los ingleses. Un doble ataque análogo debía llevarse a cabo en septiembre en la Champaña y el Artois, acometida que costaría a los franceses ciento veinte mil bajas y a los ingleses sesenta mil. Considerada retrospectivamente, después de los tremendos combates de los meses anteriores, la batalla de Neuve Chapelle parece

insignificante, aun cuando fué la primera vez que se hacía uso tan considerable del fuego concentrado. Este método anunciaba exactamente la táctica que Mackensen debía emplear pocas semanas más tarde en su gran victoria de Galizia e hizo vislumbrar un triunfo importante que pudo haber devuelto Lille a Francia.

En el primer entusiasmo, Londres celebró el combate de Neuve Chapelle como "batalla más importante que Waterloo"; pero revelaciones posteriores cambiaron el tono de los comentarios británicos, comprendiendo Inglaterra que había obtenido a terrible costo un triunfo local de muy poca significación, porque las tropas británicas habían caído bajo el fuego de sus propios cañones y las reservas inglesas habían fallado en arribar en el momento preciso en que una victoria real se encontraba a su alcance. Unido al escándalo que se produjo referente a la provisión de bombas—que se extendió muy pronto, revelando que el alto comando inglés enviaba todavía cantidades limitadas de municiones a un ejército que necesitaba de explosivos poderosos en cantidades enormes y no podía conseguirlos—Neuve Chapelle constituyó un triste episodio para el pueblo inglés.

IV. LA SEGUNDA BATALLA DE IPRES

A principios de abril iniciaron los franceses una interesante campaña para destruir el saliente de St. Mihiel, única brecha que los alemanes habían podido abrir en septiembre en las fortificaciones francesas que se continuaban desde Verdún hasta Suiza. Saliendo de Metz y ascendiendo el valle del pequeño Rupt de Mad, los alemanes habían cruzado el Mosa, afirmándose en la orilla occidental, y capturando el fuerte Camp des Romains que dominaba la ciudad de St. Mihiel en la margen oriental del río.

El territorio ocupado por los alemanes era como una aguda punta de lanza enclavada en la armadura de Francia. Jamás habían podido los alemanes ensanchar la herida ni profundizarla, después de su primer ataque; pero continuaban en posesión de una parte de las colinas del Mosa y habían cortado el ferrocarril de Commercy a Verdún. Ahora los franceses, avanzando al norte desde Toul y hacia el sur desde Verdún, trataban de romper este saliente por el flanco. Tuvieron algún éxito inicial en Les Éparges apoderándose de varias

colinas y de una o dos aldeas; pero pronto fueron detenidos. La artillería pesada alemana en el fuerte Camp des Romains no les permitió avanzar. El éxito local no pudo ocultar el fracaso en mayor escala. Fracasó igualmente un esfuerzo todavía más audaz intentado desde el Bois-le-Prêtre, al oeste de Pont-à-Mousson. Verdún quedó en un peligro cuya magnitud debía revelarse en febrero de 1916.

Llegamos finalmente a la última de las batallas del oeste durante el período que estamos analizando: la segunda batalla de Ipres, que coincidió casi exactamente con la fecha en que el mundo creía que el millón de Kitchener iba a comenzar su avance triunfal en el oeste, y terminó con un éxito alemán local en el momento en que Mackensen reconquistaba para Alemania la iniciativa en el este.

El nuevo golpe tuvo lugar el 22 de abril. Fué lanzado por contingentes relativamente pequeños, y es evidente que los alemanes no esperaban otra cosa que un triunfo local, cuyo efecto moral sobrepasaría con mucho al militar. No solamente se produjo en el momento en que las noticias del este invadían el mundo entero, sino que el fracaso de los Aliados en los Dardanelos desvaneció las esperanzas de los enemigos de Alemania, y un brillante triunfo teutónico hacía entrever la posibilidad de mantener la neutralidad de Italia. Por otra parte, los Aliados estaban ya reuniendo un ejército para mandar a los Dardanelos en la empresa más insensata, y la presión alemana estaba calculada verosímilmente para retener las tropas aliadas en el Cercano Oriente.

El ataque alemán estuvo precedido por la primera descarga de "gases deletéreos" en la guerra. Jamás desde la matanza de Lovaina y el bombardeo de Reims, había producido acontecimiento alguno efecto tan intenso en el mundo, como el primer uso del gas como arma destructora. Engrandeció instantáneamente los horrores del conflicto, y fué una violación de todas las limitaciones que la humanidad y los acuerdos internacionales habían impuesto sobre las normas de la guerra. Cambió súbitamente el temperamento de los británicos, quienes sufrieron más severamente que los demás, particularmente en su contingente canadiense; impidió que se diera cuartel durante muchos meses en el frente occidental y trajo como cortejo

un salvajismo y una brutalidad desconocidos en las guerras del siglo XIX.

Esta arma no produjo grandes resultados, ni siquiera en su propósito inmediato. No dió un triunfo brillante a los alemanes. No abrió brecha en la defensa de los Aliados. Ocasionó simplemente una muerte horrible a algunos millares de soldados aliados, y antes de que transcurrieran muchas semanas, los Aliados habían preparado un aparato para proteger a sus hombres adoptando a su turno este repugnante método de matar, que produjo más tarde la misma terrible agonía y horrorosa muerte a otros tantos millares de alemanes.

Al elegir el frente de Ipres como blanco de sus ataques, los alemanes asestaban al punto mejor conocido del mundo exterior en toda la línea de los Aliados desde Belfort a Nieuport. Atacaron allí los alemanes en el otoño, y sólo por un ápice no consiguieron su objeto. Las naciones neutrales y las beligerantes, que esperaban el avance del ejército de Kitchener que apenas empezaba a tomar forma, presenciaron en vez de esto lo que parecía una nueva cometida alemana hacia Calais, que constituyó durante varios días un verdadero avance de las fuerzas teutónicas. Las razones militares no eran las menos poderosas al determinar el punto de ataque. Ipres era un saliente sobre el cual los alemanes desde posiciones elevadas y circundantes podían hacer llover un fuego convergente, cortando todas las líneas de comunicación.

El primer ataque se dirigió al oeste de Ipres en el momento en que esta hermosa ciudad, que contenía algunos de los más interesantes monumentos del arte flamenco, se convertía en escombros bajo un terrible bombardeo. Los alemanes lanzaron inmensas nubes de gas sobre el punto en que se tocaban las líneas francesa y británica, y donde las posiciones francesas estaban mantenidas en gran parte por tropas coloniales. Prodújose primero la sorpresa y en seguida el terror. Hombres que habían soportado el fuego de la artillería y afrontado la muerte con valor inconmovible durante muchos meses, se amilanaron y huyeron abriéndose una brecha en el frente de los Aliados.

Esta brecha dejó expuesto el flanco de los canadienses. También ellos habían sufrido a causa del gas, pero menos severamente que los

franceses. No se amedrentaron ni retrocedieron inmediatamente. Se extendieron para cubrir el flanco expuesto y mantuvieron sus posiciones. Durante varias horas fué imposible obtener reservas, y en aquel intervalo casi una tercera parte del contingente canadiense pereció o quedó herido y fué capturado en sus líneas. Pronto pasó la crisis. Llegaron refuerzos, los belgas extendieron su línea para apoyar a los franceses, los ingleses transportaron tropas del sur. No cayó Ipres; el dique entre los alemanes y Calais se mantenía aún.

Es digno de mencionarse que el contingente canadiense sufrió el choque por Inglaterra del mismo modo que los *anzacs* australianos iban a conquistarse una gloria semejante en Galípoli. La segunda batalla de Ipres ocupará un puesto memorable en la historia del Imperio británico, porque la lealtad canadiense dió una respuesta brillante a los pronósticos alemanes de secesiones coloniales, en tanto que en el África Sudoccidental alemana, el África meridional inglesa competiría muy pronto con el ejemplo del Canadá en Flandes, y de Australia y Nueva Zelandia en los Dardanelos.

La segunda batalla de Ipres duró cinco días. Al tercero no pretendían ya los alemanes hacer progresos y en ciertos puntos retrocedían; pero todo el saliente de Ipres necesitaba ser derribado. A decir verdad, los ingleses perdieron más terreno que en la primera batalla, pero únicamente a causa del retroceso de la línea francesa del oeste bajo el ataque del gas venenoso. Los alemanes tomaron cañones, prisioneros y terreno, mas su triunfo fué local y sin valor permanente en sentido militar.

No obstante, la lección de la segunda batalla de Ipres era inequívoca, aunque el mundo tardaba en aprenderla. Un golpe rápido, tremendo, había revelado el hecho de que los Aliados no se hallaban listos para el combate. Sus ofensivas anteriores habían revelado igual deficiencia. Era claro que sólo mediante heroicos esfuerzos podrían contrarrestar un ataque alemán. No podían romper las líneas alemanas; con dificultad podían mantener las suyas. Todo el frente británico había sido afectado por el ataque y era indispensable tomar nuevas disposiciones.

Antes de dirigirse al este, Alemania habia lanzado un ataque para demostrar que no tenía que temer peligro real de la zona anglo-

francesa. Este hecho había quedado evidenciado. Su frente de batalla occidental no se vería amenazado antes de septiembre, y hasta julio de 1916 los ingleses no estarían listos para tomar parte eficaz en las operaciones de la ofensiva occidental. La leyenda del "millón de Kitchener" se evaporaba, la esperanza de una rápida liberación para Francia se desvanecía; el primer signo auténtico del restablecimiento alemán era percibido ahora por el mundo, que dentro de pocas horas tendría de ello una segunda y mayor prueba.

Francia y la Gran Bretaña habían fracasado en el problema principal de reorganizarse, de avanzar a tiempo para restar presión de Rusia, en el momento en que la fuerza de esta nación se hacía inadecuada para responder a la tarea que le correspondía en sus propios frentes.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

CONCLUSIÓN

MIENTRAS que el eco de los cañones en Ipres llenaba el mundo, el ejército austro-alemán de Mackensen atacó y casi destruyó al ejército ruso, mandado por Radko Dimitrieff, el vencedor de Lule Burgas, que se hallaba situado detrás del río Dunajec en la Galizia occidental. La consecuencia inmediata de este desastre fué la dislocación de todo el frente ruso y el resultado eventual la retirada desde los Cárpatos y el Vístula al Dwina y al Beresina.

Estos grandes acontecimientos no conciernen a la presente narración, y pertenecen, a mi juicio, a la segunda fase de la guerra: el ataque sobre Rusia. Con la batalla del Dunajec termina la primera fase comprendida en el ataque a Francia con las consecuencias de esta ofensiva. Estas consecuencias, desde el momento en que fracasó el ataque, fueron el empate en el oeste y la pérdida de la iniciativa por parte de Alemania en el este y en el oeste. Con el objeto de conseguir las tropas necesarias para dar el golpe colosal que había de destruir a Francia, Alemania había debilitado su frente oriental, confiando en que Austria contuviese a Rusia. Después del Marne y fiándose aún principalmente de Austria, Alemania decidió rectificar la decisión del Marne desde septiembre a mediados de noviembre.

Obligada finalmente a dirigirse al frente oriental, mientras que la batalla de Flandes no se había ganado aún y la decisión del Marne permanecía firme, Alemania tuvo entonces que desenvolverse con las desventajas que resultaron de los éxitos de Rusia sobre Austria y de la posición que había ganado en Galizia. Alemania no recobró el equilibiro hasta el Dunajec y hasta entonces no pudo librarse de las consecuencias de la campaña del Marne, consecuencias que afectaron tanto al frente oriental como al frente occidental.

Si los Aliados se hubiesen encontrado preparados para tomar la ofensiva en el oeste, cuando Alemania finalmente se dirigió al frente

del este en noviembre, habrían ganado la guerra. Si en la primavera, cuando empezó el ataque alemán del Dunajec hubiesen podido ellos iniciar un ataque similar en el oeste, el desastre alemán habría sido inmediato. El fracaso en el otoño permitió a Alemania levantar en el oeste esos diques colosales contra los Aliados, que se extendían desde el Mar del Norte hasta Suiza. El fracaso en la primavera condenó a Rusia a soportar aquella terrible carga que casi produjo un desastre irreparable y una verdadera victoria alemana.

En la primavera de 1915, era evidente que la ventaja pertenecía al grupo de aliados que pudiera dar el primer golpe decisivo. Pero las circunstancias superficiales favorecieron también a los Aliados y parecían indicar que ellos podrían conservar la iniciativa que habían ganado en el Marne y llevar a Alemania a una rápida y completa derrota. Todo esto fué imposible porque Inglaterra no había podido convertirse en una nación militar y hacer en algunos meses lo que sus aliados y sus enemigos habían realizado solamente mediante largos años de paciencia y preparación. En cuanto a Francia, carecía ahora de la fuerza necesaria para arriesgarse por sí sola en el supremo esfuerzo, porque, si fracasaba, la victoria alemana en el oeste, no estando Inglaterra preparada aún, era inevitable.

En esta situación se encontró Alemania ante una nueva oportunidad, y, en virtud de ésta, con otro año más en el que podría ganar la guerra. Derrotando a Rusia y dirigiéndose al oeste antes de que Inglaterra hubiese organizado sus millones de hombres y sus industrias, podía esperar la victoria decisiva que se le había escapado en la batalla del Marne. Pero si fracasaba en el este, si se hallase obligada a dirigirse al oeste sin terminar su tarea en Rusia, como se había visto obligada a dirigirse al frente oriental mientras que Francia aun quedaba en pie, entonces el fracaso alemán en esta segunda fase sería tan evidente como lo era ahora en la primera.

Solamente una victoria en el frente del este, seguida por el triunfo en el oeste, podía anular permanentemente la decisión del Marne; y si esto no se realizaba había de llegar inexorablemente para Alemania el momento de tener que hacer frente a nuevos millones de hombres procedentes de Inglaterra y de encontrarse numéricamente inferior y privada de todas las ventajas que su organización y su preparación

superior le habían dado al empezar la guerra. Esto es lo que ocurrió, pero no hasta el verano de 1916, y la decisión del Marne quedó incólume y permanece como el gran acontecimiento en toda la guerra mundial, desde agosto de 1914 a septiembre de 1916.

Todo lo que la ciencia, el saber, la habilidad, y el genio de dos razas pudo movilizar encontróse en el Marne en una lucha en la que el destino de una raza cuando menos hallábase en la balanza; y si Francia combatió por su propia vida, Alemania luchó por un poder mundial que apenas podría habérsele escapado si hubiese prevalecido su anhelo. Pero no prevaleció y todo lo que esperó alcanzar se le escapó en esta campaña. Después todavía contaba con numerosas fuerzas y el resultado de años de preparación quedaba aún en sus manos; pero el momento había pasado y no volvió. Si Napoleón hubiese vencido en Waterloo no habría recobrado su vieja dominación sobre Europa; pero si Alemania hubiera ganado en el Marne Guillermo II hubiera alcanzado esta preeminencia que Napoleón jamás alcanzó ni en su hora más afortunada.

En el Marne, Francia tomó la resolución de vivir. En la hora más crítica en la historia de su raza, tanto los jefes como los soldados franceses desplegaron no solamente el valor que era tradicional e igual a la devoción alemana, sino aquellas cualidades que a menudo han dado a Francia la supremacía en Europa y que nunca han dejado de salvarla cuando su situación parecía desesperada. Y por su voluntad de vivir, Francia salvó a Inglaterra, a Rusia y a Europa de una dominación germánica que, a juicio del pensamiento de Alemania, había de renovar las glorias del Imperio romano.

Un segundo sacrificio y una nueva agonía se iban a pedir al pueblo francés en Verdún, pero las probabilidades del terrible conflicto eran incomparablemente menores y el mayor fruto posible de una victoria alemana en el Mosa se hubiese limitado a territorios e indemnizaciones. No hubo nunca un grave peligro de que esto resultase. En el Marne, Alemania luchó por un mundo; en Verdún, por una guerra. Y mientras que peleaba en Verdún, sus estadistas hablaban de una paz victoriosa que si bien indicaba aún grandes ambiciones, no revelaba ya aspiraciones napoleónicas.

Con todos sus magnos acontecimientos, con todas sus nobles y

espléndidas páginas, la historia de los dos primeros años del gran conflicto es la historia de la batalla del Marne. Hemos visto en estos capítulos cómo se esforzó Alemania para abolir esta decisión. Hemos de ver en aquellos que describen el ataque sobre Rusia cómo continuó esforzándose por abolirla en las tremendas campañas desde el estrecho de Dóver al Cuerno de Oro, desde el Mosa hasta el Beresina. Pero después de espléndidos éxitos, contemplaremos el fracaso progresivo. Como Maratón, el Marne fué una herida mortal; pero a diferencia de Maratón no produjo la muerte instantánea.

La Historia del Desarrollo de la Guerra la Continuará Describiendo Mr. Simonds en los Tomos Sucesivos.

Los Editores

PARTE II

—

LA PARTICIPACIÓN DE LA AMÉRICA LATINA EN LA GUERRA

—

I
INTRODUCCIÓN

POR EL DR. L. S. ROWE, Profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Pensilvania

II
CHILE Y LA GUERRA

POR BELTRAM MATHIEU, Embajador de Chile en los Estados Unidos

El embajador de la República de Chile en los Estados Unidos ocúpase en este capítulo de los diferentes aspectos que presentó la neutralidad re su país ante la guerra europea, expresando cómo el verdadero concepto de la neutralidad chilena no pudo significar en modo alguno indiferencia.

III
BOLIVIA Y LA GUERRA

POR IGNACIO CALDERÓN, Ministro de Bolivia en los Estados Unidos

El ministro de Bolivia explica la actitud de su país ante el conflicto mundial y refiere cómo Bolivia excusó hacer una declaración de guerra, porque tal acto habría quedado sin ejecución práctica, dado su situación geográfica, limitándose de hecho a la ruptura de sus relaciones diplomáticas con Alemania.

IV
PUERTO RICO Y LA GUERRA

POR FÉLIX CÓRDOVA DAVILA, Comisionado de Puerto Rico en Los Estados Unidos

El comisionado residente de Puerto Rico en los Estados Unidos estudia la participación de la isla antillana en la guerra europea, poniendo de relieve el elevado espíritu de lealtad y adhesión al pueblo norteamericano, con el que apresuróse a ofrecer su sangre y su oro en holocausto a la libertad y a la democracia.

PARTE III

PREFACIO

POR EL DR. L. S. ROWE
Profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Pensilvania

AL ESTALLAR la guerra europea yo me hallaba viajando por los países de la costa oriental de la América del Sur, y se me ofrecieron oportunidades excepcionales para seguir el movimiento de la opinión pública en la Argentina y en el Brasil. Al año siguiente (1915) en una visita a los países de la costa del Pacífico, especialmente a Chile y al Perú, pude apreciar la actitud del pueblo en estas naciones hacia los grandes objetivos del conflicto.

La catástrofe trajo con ella inmediatas y casi terribles consecuencias para todos los países de Centro y Sud América. El trastorno en los cambios y la repentina parálisis de las facilidades de transporte, crearon el pánico en los mercados monetarios locales, haciendo necesaria la inmediata declaración de la "moratoria" y la implantación de una serie de medidas de emergencia para evitar una completa disgregación industrial y financiera. Por esto, desde el primer momento, los países de la América latina vieron envueltos sus intereses materiales en el conflicto europeo. Pero por encima de estos intereses se percibía evidentemente una agitación en la opinión pública referente a las consecuencias más trascendentales del conflicto. El primer impulso era el de dirigirse unos a otros con el fin de proteger sus derechos como neutrales. Los pueblos de la América latina no tardaron en darse cuenta de que en la lucha por el dominio de los mares los derechos de los neutrales serían atropellados sin consideración. En algunos de los principales países de Sud América se presentó inmediatamente la cuestión de si debieran formar una liga los neutrales para proteger sus intereses.

La fecha para la celebración de la Quinta Conferencia Panamericana de Santiago de Chile se había fijado para septiembre de 1914, y, a juicio de algunos de los estadistas de la América latina, éste hubiera

sido el momento apropiado y la ocasión oportuna para que se reunieran las repúblicas americanas con el objeto de cambiar opiniones referentes a su actitud hacia el conflicto europeo. Este movimiento no recibió el suficiente apoyo y la Conferencia de Santiago de 1914 quedó pospuesta. Completamente aparte de los intereses materiales involucrados, el estallido del conflicto europeo provocó un movimiento de opinión y de pensamiento en la América latina, que, dentro de un período comparativamente breve, demostró la tendencia y la dirección de las simpatías latinoamericanas. Al estimar la fuerza de este movimiento debemos distinguir entre la política oficial y la opinión nacional. La primera está guiada por consideraciones de urgencia y de interés nacional inmediato. La opinión nacional, en cambio, se apoya sobre cimientos más sólidos y permanentes. Aunque unidos con España por los lazos de la raza, el idioma y la tradición, los pueblos de la América latina han bebido espiritualmente en las fuentes intelectuales de Francia. La literatura francesa ha constituído la mayor parte de sus lecturas. La ciencia francesa ha sido la base de su preparación técnica y la filosofía política francesa ha constituído el estímulo fundamental de su mentalidad política. Es natural, pues, que en un conflicto que se consideró una amenaza para la civilización latina, la simpatía de los pueblos de la América del Sur y de la América Central estuviese de parte de los Aliados. Es verdad que en muchos casos esta honda simpatía no repercutió en la conducta política del gobierno, pero este hecho no debe considerarse como revelador del sentimiento del pueblo.

Sólo una de las repúblicas sudamericanas—el Brasil—declaró la guerra a los Imperios Centrales. Pero esto no debe tomarse como una manifestación del sentido de las masas de esa sección del continente. Por otra parte, cinco de los estados centroamericanos y dos de las repúblicas del mar Caribe pusiéronse del lado de los Estados Unidos. Los cinco estados centroamericanos que declararon la guerra fueron: Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá. Cuba y Haití fueron las dos repúblicas del Caribe que tomaron la misma resolución. La situación del Salvador, aunque no implicaba la ruptura de las relaciones diplomáticas o la declaración de guerra, no puede considerarse neutral por razón del hecho de que

el ministro de Relaciones Exteriores de este país, en una nota fechada el 24 de agosto de 1917, declaró que el Gobierno del Salvador ofrecía la hospitalidad de sus puertos a todos los buques de los Estados Unidos, fuesen ellos de la marina mercante o buques de guerra. Al tomar esa actitud el Salvador demostró claramente un fuerte sentimiento de comunidad de intereses y de simpatías.

De las repúblicas de la América Central y del mar Caribe, fué Panamá la primera en expresar su unidad de política con la de los Estados Unidos. El mismo día que los Estados Unidos declaraban la guerra a Alemania, el Congreso de Panamá adoptó una resolución similar y el presidente, en su proclama, se refirió a su país diciendo que "sus intereses y su existencia misma se hallaban indisolublemente ligados a los Estados Unidos."

Al siguiente día, es decir el 8 de abril, el Congreso cubano, unánimemente declaró que un estado de guerra existía entre Cuba y el Imperio alemán. El Presidente Menocal en su proclama, después de referirse a los actos de guerra cometidos por Alemania contra Cuba, dijo que su país "no podía mantenerse con decoro alejado de la posición noble y valerosa tomada por el Presidente de los Estados Unidos."

Nicaragua fué la siguiente república centroamericana que tomó una decisión. El 18 de abril de 1917 cortó las relaciones diplomáticas con Alemania, y poco después, el 8 de mayo, declaró la guerra.

Guatemala siguió a Nicaragua, y el 27 de abril de 1917 rompió las relaciones diplomáticas con Alemania, pero en forma tal que vino a ser casi una declaración de guerra. En una nota informando a los Estados Unidos del paso dado por su país, el ministro en Wáshington dijo: "Guatemala tiene el mayor placer en ofrecer a los Estados Unidos sus aguas jurisdiccionales, sus puertos y sus ferrocarriles para la defensa común, junto con las demás facilidades que puedan contribuir al mismo fin." El carácter vasto y el alcance de esta oferta de cooperación indujo al Presidente Estrada Cabrera a declarar posteriormente que la resolución tomada por Guatemala era, en efecto, una declaración de guerra, y que como tal debía interpretarse.

Honduras rompió sus relaciones con Alemania el 17 de mayo de

1917 y el 19 de julio de 1918 lanzó su declaración de que existía un estado de guerra. Tanto el gobierno como el pueblo de Honduras demostraron desde el principio un fuerte sentimiento de simpatía hacia los propósitos de los Aliados.

La última república centroamericana que declaró la guerra a Alemania fué Costa Rica. Había roto las relaciones diplomáticas el 21 de septiembre de 1917 y el 23 de mayo de 1918 proclamó la declaración de guerra.

Haití declaró la existencia de un estado de guerra con Alemania el 12 de julio de 1918.

La situación de la República dominicana era algo peculiar debido al hecho de que no había representantes diplomáticos de Alemania en dicho país. En julio de 1917, sin embargo, el gobierno de la república canceló los *exequaturs* de todos los cónsules alemanes y agentes consulares y se admite generalmente que este acto equivale a la ruptura de relaciones diplomáticas.

Además de estos ocho países, la política adoptada por todas las repúblicas sudamericanas merece especial atención. En el Uruguay las simpatías del pueblo y del gobierno eran manifiestamente favorables a la causa aliada. Poco después de haber entrado los Estados Unidos en el conflicto, el Gobierno uruguayo formuló su política en una proclamación que señala un nuevo paso en el desarrollo de la cooperación panamericana. En este decreto el gobierno manifestó que el principio de la solidaridad panamericana constituye la piedra angular de la política internacional uruguaya y que "ningún país americano que en defensa de sus propios derechos se halle en un estado de guerra con naciones de otros continentes será tratado como beligerante." Debe tenerse presente que esta declaración se hizo cuando el Uruguay no había sufrido daño material alguno por la política submarina de Alemania, y que su actitud la dictó una fe perseverante en la unidad esencial de los intereses de las repúblicas americanas. Poco después, el 7 de octubre de 1917, el Uruguay cortó las relaciones diplomáticas con las Potencias Centrales.

El Perú adoptó el 8 de septiembre de 1917 una resolución declarando que la política internacional del país debía basarse en el principio de la solidaridad panamericana, proclamando al mismo

tiempo su adhesión a los principios de derecho y de justicia internacionales formulados por el Presidente Wilson. Al siguiente mes, el 5 de octubre de 1917, la Asamblea Nacional peruana adoptó la decisión de cortar las relaciones diplomáticas con Alemania.

Uno de los primeros países sudamericanos que hizo causa común con los Estados Unidos fué Bolivia. El hecho de que carece de acceso al mar significa que sus intereses no se hallaban directamente afectados por la guerra submarina. Pero a pesar de esto el ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia inmediatamente que los Estados Unidos rompieron sus relaciones con Alemania, declaró que "el Gobierno de Bolivia considera perfectamente justa la noble y elevada actitud del Gobierno de los Estados Unidos que está de acuerdo con los derechos de los países neutrales para proteger sus propios intereses y los de la civilización y la humanidad. El Gobierno de Bolivia, pues, francamente apoya la actitud tomada por el Gobierno de los Estados Unidos." Pocos días después de declarar los Estados Unidos la guerra a Alemania, Bolivia rompió sus relaciones diplomáticas con aquélla.

Un análogo espíritu de solidaridad panamericana animó al Ecuador cuando rompió sus relaciones diplomáticas con Alemania en diciembre de 1917. El pueblo de dicho país se había conmovido por la crueldad de los métodos alemanes y al romper las relaciones diplomáticas el gobierno simplemente respondía a las manifestaciones del sentimiento público.

Con referencia a los siete países que permanecieron neutrales—a saber: la Argentina, Chile, Colombia, Méjico, Paraguay, Salvador, y Venezuela—no debe considerarse su actitud como una indicación de falta de simpatía a la causa de los Aliados. En efecto, en la Argentina pronto se hizo evidente un fuerte movimiento popular favorable a los Aliados que crecía mes por mes después que Alemania inauguró su política de guerra submarina. La fuerza del movimiento se debe en parte al hecho de que la Argentina posee una gran población italiana que naturalmente demostraba sus simpatías hacia la madre patria. Además, existe en la Argentina un hondo amor a Francia y a la cultura francesa. Por otra parte, Alemania procedía con el mayor cuidado y daba toda clase de reparaciones a la Argen-

tina cuando alguno de sus buques era destruído. Los asuntos hicieron crisis, sin embargo, con la publicación de los famosos telegramas de Luxburg. La opinión pública se indignó y el Gobierno argentino dió inmediatamente los pasaportes al Encargado de Negocios de Alemania. Ambas Cámaras adoptaron resoluciones favorables a la ruptura de las relaciones diplomáticas: el Senado el 20 de septiembre de 1917, por 23 votos contra uno, y la Cámara de Diputados el 25 de septiembre, por 53 contra 18. Alemania desaprobó a su representante diplomático y el Presidente de la República argentina se declaró satisfecho con esta explicación, negándose, a pesar del persistente clamor público, a separarse de una política de la más estricta neutralidad.

El Embajador chileno en su brillante artículo sobre la actitud de Chile durante la guerra ha expuesto con gran lucidez que la neutralidad es una condición jurídica creada por el derecho internacional que define los derechos de los estados que no toman parte en el conflicto. La neutralidad, sin embargo, no significa indiferencia ni por parte del gobierno ni por parte del pueblo. El hecho de que Chile no era indiferente lo demuestra la afluencia de fondos de socorro recolectados en aquel país para mitigar las miserias causadas por la guerra en Europa. El Dr. Mathieu observa, sin embargo, que separarse del estado legal de la neutralidad se justifica únicamente cuando los intereses inmediatos morales y materiales del país se hallan en peligro, y que ninguna circunstancia justificando el abandono de esa política por parte de Chile, llegó a verificarse. Como dice muy bien el embajador:

"La mayoría del pueblo de Chile, por razón de sus sentimientos pacíficos y sus tradiciones de cultura, celebró de todo corazón la caída del militarismo cuya primera víctima fué el mismo pueblo alemán. Chile cumplió con sus deberes de neutral sin ser indiferente."

Los intereses nacionales de Colombia, Méjico, Paraguay, Salvador y Venezuela no se hallaban directamente afectados por la política alemana. Aunque había en todos esos países grandes grupos de ciudadanos favorables a la causa aliada, su influencia no era suficiente

para llevar a sus respectivos gobiernos a apartarse de una política neutral claramente definida.

Los hechos apuntados en la serie de estudios monográficos sobre la actitud de las repúblicas del continente americano hacia la gran guerra, ofrecen un tema de honda inspiración para los que se interesan por el desarrollo de la unidad panamericana. Aunque se ha lamentado que un mayor número de repúblicas no se pusieran al lado de los Estados Unidos en la defensa del derecho y de la justicia internacional, es evidente, como se desprende de la lectura de los estudios detallados en estos volúmenes, que la participación efectiva en la guerra no puede tomarse como la medida final de la actitud de las naciones de este continente hacia el gran conflicto. Una lectura cuidadosa de los hechos presentados revelará cuán fuerte era la simpatía en todo el continente americano hacia la causa de los Aliados.

El juicio final de la historia reconocerá ampliamente los generosos impulsos de las naciones de América y su adhesión inequívoca a los ideales sobre los que se fundan sus sistemas sociales y políticos. El progreso del conflicto europeo y el descubrimiento gradual de los siniestros propósitos del Imperio alemán, demostraron claramente a los pueblos de América que los más sagrados principios se hallaban comprometidos. Dándose cuenta de esto la actitud de las masas de los pueblos de este continente se hizo clara y francamente favorable a la causa aliada.

LA NEUTRALIDAD DE CHILE DURANTE LA GUERRA EUROPEA

Por Beltran Mathieu

The basis of neutrality is not indifference; it is not self-interest. The basis of neutrality is sympathy for mankind. It is fairness. It is good-will at the bottom. It is impartiality of spirit and of judgment. (Woodrow Wilson, *in his address at a meeting of the Associated Press at New York, April* 20, 1915.)

Le neutre est quelque chose de plus qu'un spectateur. Ses actes d'abstention ou d'intervention peuvent avoir une influence indirecte, mais tangible, sur une guerre que se poursuit actuellement alors que, d'autre part, ils peuvent avoir a souffrir des exigences des belligérants. (John Hay, *Circulaire du* 21 *octobre* 1904 *sur la nécessite de réunir la Seconde Conférence de la Paix.*)

I

Si la neutralidad de Chile ha de considerarse con juicio sereno dentro de la realidad de la historia, ella nada tiene de sorprendente en el período que media entre el estallido de la guerra europea y la fecha en que los Estados Unidos asumieron la beligerancia, es decir, desde agosto de 1914 hasta abril de 1917. Digo que nada tiene de sorprendente, pues Chile no neutral seria inconcebible en aquella etapa de la guerra, debido a las circunstancias que entonces dominaban en nuestro hemisferio. A partir de esta última fecha, la neutralidad de Chile, si bien mucho menos laboriosa, pasa a ser un hecho más singular, porque varios países latinoamericanos siguieron "técnicamente" la actitud de los Estados Unidos, declarando la guerra al Imperio alemán, mientras otro grupo de esos países se limitó a romper relaciones diplomáticas con dicha potencia. De las cinco repúblicas que prolongaron su neutralidad hasta el fin, Chile fué, sin duda, la que necesitó emplear mayor celo para mantenerse dentro del derecho y para corresponder a la confianza que le habían dispensado siempre las más poderosas naciones del mundo.

He dicho que la neutralidad de Chile hasta el 2 de abril de 1917 no constituye un fenómeno histórico extraño, porque todo el continente americano se decidió francamente por la neutralidad desde que la guerra estalló. Ningún tratadista serio podría vituperar esta actitud con argumentos atendibles ni valdría contrá ella toda la elocuencia de los sentimientos.

La América entera sabía que la situación de Europa era ya casi insostenible a causa de las rivalidades políticas y militares de las grandes naciones y como consecuencia directa de anteriores guerras que habían originado lo que Lord Grey llamó "Paz de Hierro" y Léon Bourgeois "Paz sin Justicia." El conflicto no era un misterio sino más bien una

certidumbre; era materia que se trataba con desenvoltura en libros y periódicos aun en aquellos países que no abrigaban propósitos sanguinarios. De ello habían dado múltiples pruebas las crisis penosamente conjuradas, merced, unas veces, a sacrificios generosos de parte de Francia y, otras veces, porque faltó un agresor.

Lo que no estaba en el campo de la previsión humana era la forma brutal con que había de precipitarse la catástrofe, ni su magnitud, ni su duración, ni su trascendencia.

En un principio, fué convicción general que la guerra sería corta y, por lo tanto, proporcionales sus desastres. Nunca se supuso que hubiera de necesitarse el esfuerzo combinado de todos los grandes ejércitos del mundo, de todos los recursos financieros disponibles, y de todas las fuentes de producción, para ponerle término, no sin haber hipotecado el porvenir. Consecuentemente, tampoco cruzó la mente de estadista alguno de Europa o de América la idea de que fuese imperativa, no digo la ayuda teórica pero ni aun la ayuda positiva de los pueblos latinomericanos a la causa aliada.

Bien sabían las potencias dueñas del mar que los productos del continente americano estaban a su disposición y también sabían, sin necesidad de expresa declaración, que en la América latina eran ya viejas la influencia inglesa y francesa, cuando comenzó su obra la alemana.

La literatura europea anterior a 1917, aun la más apasionada, no se escandalizaba de la neutralidad de la América latina. Era tan fácil discurrir en favor de esta neutralidad y explicarla como una cosa lógica; y habría sido tan insólito pretender que nuestra obligación era seguir sin causal perentoria la suerte de uno de los beligerantes, que nadie se ocupó de resolver este claro problema.

Por otra parte, contemplando la realidad de los hechos, era insensato suponer que naciones débiles e indefensas se hubiesen expuesto a los ataques de un enemigo poderoso en una época en que todavía las escuadras beligerantes de Europa navegaban por mares remotos disputándose su dominio. Habría sido un acto jactancioso e inútil que cualquiera de nuestros países, movido por un arrebato de hidalguía sin precedentes en la historia universal, hubiese declarado la guerra a Alemania cuando este imperio mantenía aun su escuadra de acorazados en nuestras costas. Comprometerse en una aventura semejante, mientras la única nación grande de América no lo hacía porque no se habían acumulado las razones, y porque no disponía de los elementos efectivos que dieran valor al acto, hubiera significado que en América no existía ninguna especie de equilibrio político internacional, pues cualquier país pequeño era capaz de romperlo con graves consecuencias. Admitiendo esta hipótesis una división naval alemana habría podido abrir hostilidades contra el minúsculo beligerante y, entonces,

los Estados Unidos hubiéranse visto obligados a poner en vigor la Doctrina de Monroe, movilizando su flota, perturbando su situación política y, a la postre, comprometiendo seguramente los acontecimientos que después de 1917 hemos visto realizados. Si entre los años 1914 y 1915 algún gobierno latinoamericano comete por propio consejo el error de mezclarse en la guerra europea, o abandona su neutralidad por medio de actos expresos, habría perjudicado seriamente los intereses de quienes intentó favorecer.

Examinaré primero a la luz de los documentos públicos cuál fué la actitud de Chile durante el conflicto, para demostrar después que la neutralidad de mi país ha merecido el encomio de las grandes potencias vencedoras, sin haber herido los sentimientos del pueblo alemán.

El 3 de agosto de 1914 el Gobierno de Chile fué informado por la Legación Imperial alemana en Santiago de que el Imperio alemán se encontraba en guerra con Rusia desde el día 1° de Agosto. El mismo día 3 el ministro de Relaciones Exteriores notificó al ministro alemán que Chile se conservaría estrictamente neutral durante ese conflicto. Igual respuesta se dió a las demás comunicaciones de otras legaciones a medida que el conflicto se iba extendiendo en Europa y que se producían nuevos "estados de guerra."

El 7 de agosto, Chile declaró que, a pesar de no haberla ratificado, adoptaba la Convención de la Segunda Conferencia Internacional de La Haya relativa a los derechos y deberes de los neutrales en caso de guerra, "como la única norma autorizada a que debía ajustarse la conducta de las autoridades y habitantes de la república en la observancia de la neutralidad." [1]

El 14 de agosto, un decreto del ministerio de Relaciones Exteriores, comunicado al ministerio de Marina, adoptó una resolución análoga con respecto a la Conferencia Naval de Londres de 1909, cuya ratificación tampoco había ultimado el Gobierno de Chile.

Sobre estas dos bases jurídicas, y los principios generales del Derecho de Gentes, inició Chile su calidad de país neutral. Como desde un principio el gobierno quiso poner todo su esmero en conservar ese carácter, ordenó que, dentro de lo posible, algunos buques de la Armada Nacional se estacionasen en los principales puertos de la república para hacer efectivo el cumplimiento de las reglas de neutralidad hasta donde lo permitieran los elementos a su alcance, según lo establece la Convención de La Haya.

Diéronse instrucciones inmediatas a las autoridades para desplegar

[1] Memoria del ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Dic. 1914–Dic. 1915.—Santiago de Chile, 1918, págs. 83–84.

cuanto esfuerzo fuere exigible a fin de que los propósitos de neutralidad del Gobierno de Chile quedaran siempre manifiestos.

Durante los primeros meses de la guerra, el Gobierno de Chile dictó varios decretos con el mismo fin, y es satisfactorio decir que los actos de las autoridades y de los ciudadanos se conformaron satisfactoriamente a ellos.[2] El gobierno recomendó a los empleados de la nación que se abstuvieran de expresar en público opiniones desfavorables para algunos de los beligerantes, materia en la cual Chile no llegó tan allá como los Estados Unidos, donde el Presidente Wilson pidió la neutralidad de acción y de pensamiento no sólo a los funcionarios públicos, sino a todos los ciudadanos.

Chile, como las otras naciones marítimas de la América del Sur, comprendió que el resguardo de su neutralidad le impondría severos sacrificios, mayores tal vez que a otros países, por ser más dilatadas sus costas, por la dificultad de vigilar los archipiélagos del sur y por tener bajo su jurisdicción el estrecho de Magallanes, paso obligado de los barcos entre el Atlántico y el Pacífico.

Para evitar en lo posible las complicaciones derivadas de la presencia de unidades beligerantes en aguas sudamericanas, Chile dirigió sus gestiones amigables ante los demás gobiernos para inducirlos a adoptar uniformemente la Convención de La Haya concerniente a los derechos y deberes de los neutrales en caso de guerra marítima.

Entre las medidas de mayor trascendencia que el Gobierno de Chile adoptó al comenzar la guerra,[3] debo mencionar la que prohibió en absoluto a toda nave mercante—conforme con la Convención Naval de Londres—mientras permaneciese en aguas chilenas, el uso del telégrafo inalámbrico, debiendo desmontarse alguna pieza esencial a fin de no hacer vana la prohibición[4] y debiendo quitarse las antenas de dichos aparatos, cuando un navío mercante, nacional o extranjero, tuviere que permanecer en un puerto de la república más de cuatro días.[5]

[2] Un decreto que atrajó la atención fué el que declaró mar jurisdiccional de Chile, y por lo tanto, neutral, lás aguas interiores del estrecho de Magallanes y de los canales australes, aun en las partes en que las orillas disten más de seis millas una de otra. Esto dió ocasión à un cambio de notas con el Gobierno de la República argentina que se dió por satisfecho con las explicaciones de Chile.

[3] El Gobierno de Chile se preocupó inmediatamente de restringir los abusos de opinión en la prensa y en las manifestaciones públicas, de reglamentar las comunicaciones telegráficas con el exterior, de la correspondencia postal con los Imperios Centrales, las relaciones entre los agentes diplomáticos extranjeros y los funcionarios chilenos, la concesión de pasaportes, etc.

[4] Oficio del ministerio de Relaciones Exteriores al de Marina, fecha 14 de agosto de 1914, inserto en la Memoria citada, págs. 84–85–86.

[5] Esta última disposición se acordó en vista de un reclamo formulado por el Ministro de Francia el 8 de octubre de 1914, apoyada por el Ministro de la Gran Bretaña. El de Francia decía: *"Referring to the conversation which I had the honor of having with Your Excellency on the first of this month, I consider it my duty to bring to your knowledge some new information which I have received in regard to the employment of wireless telegraphy in Chile to the advantage of the German naval forces, and which constitutes an infraction of the rules and regulations of neutrality laid down by the Government of Your Excellency. According to said*

La vigilancia de la extensa costa chilena exigió al gobierno el uso constante de sus elementos navales. Ya que no podía establecerse un servicio permanente de patrullas a lo largo de la costa, se aceptó la idea de que los barcos mercantes extranjeros expuestos a captura o destrucción en sus movimientos de un puerto a otro de la república, aprovecharan ciertos viajes de la escuadra de guerra chilena, para navegar en convoy protegidos por ella.

También se procuró que las islas de Juan Fernández recibieran la visita periódica de un navio chileno, a falta de estación naval fija que habría requerido elementos de que no se disponía. En casos particulares se concedió escolta especial a buques mercantes por cuya suerte se temía en las aguas jurisdiccionales.

Toda insinuación de un representante de las naciones en lucha, que significara la denuncia de infracciones a la neutralidad de Chile, fué materia de una orden para que, sin pérdida de tiempo, se instruyera el sumario o se levantara la investigación correspondiente a fin de aplicar la sanción. Se proveyó, asimismo, con escrupulosa diligencia, a que se evitaran los denuncios infundados y, al efecto, se pidió a los representantes diplomáticos que, al formular sus reclamos, indicaran con la mayor aproximación posible, el origen y base de sus quejas.

En los casos de personas de doble nacionalidad, se resolvió que el solicitante de pasaportes dejara constancia en el mismo documento, de su carácter de tal, y se dispuso que los portadores de esos pasaportes no tendrían derecho a ser protegidos diplomáticamente por Chile, si algún país beligerante los reclamaba como nacionales. A los chilenos naturalizados después de declarada la guerra, se les negó la concesión de pasaportes. También se suprimió la emisión de pasaportes chilenos a los ciudadanos extranjeros.

El aprovisionamiento de combustible para las naves de países beligerantes, fué reglamentado por decreto de 15 de diciembre de 1914, después de haberse sometido a la consideración de los Estados Unidos y de algunos otros países de América un proyecto de acuerdo para generalizar ciertas disposiciones sobre esa materia en todo el continente americano.

El hecho de ser Chile país productor de carbón, le hizo comprender luego que su situación se haría embarazosa ante las actividades marítimas de los beligerantes y que la Convención XIII de La Haya, en sus artículos relativos a la provisión de combustible, no sólo era inaplicable sino inconveniente para la neutralidad y los intereses de Chile. En efecto, el

information, which may well be the subject of a serious investigation, stations of wireless telegraphy appear to be operating in Valparaiso, not only between the German ships anchored in the bay, but also with a station installed in Valparaiso, and which might be found, may be in the German Hospital situated in the highest part of the city, or may be in the very house, at the top of Playa Ancha, of the Manager of the German line of steamers the Kosmos."

artículo 19 de la referida convención establece que las naves de guerra beligerantes podrán proveerse de combustible en puertos neutrales en la proporción suficiente para ganar el puerto más próximo de su país; y el artículo 20 agrega que dichas naves no podrán renovar su provisión sino después de tres meses en un puerto de la misma potencia.

Siendo evidente la inconveniencia práctica de estas disposiciones, que se prestaban para amparar graves abusos, el Gobierno de Chile, usando de la reserva de derechos que la Convención XIII de La Haya, en su considerando 5°, otorga a los países signatarios para modificar sus prescripciones en el curso de la guerra cuando la experiencia manifieste la necesidad de hacerlo, y teniendo en cuenta otras circunstancias, modificó su adhesión a la convención citada. Por decreto de 15 de diciembre de 1914 se dispuso que los barcos de guerra beligerantes no recibirían en lo sucesivo sino el carbón necesario para llegar al primer puerto carbonero de la nación vecina. A los barcos mercantes se les limitó la provisión a la capacidad de sus carboneras ordinarias o a lo que hubieran menester para un viaje directo a un puerto europeo, siempre que dieran garantía de emplear el carbón precisamente en ese viaje.

El Secretario de Estado de los Estados Unidos estimó este decreto como un acto definido que podía servir de base a resoluciones de otros gobiernos.[6]

Además se ordenó que antes de efectuar la entrega del carbón a un barco de guerra beligerante, se pidiese autorización a la Dirección General de la Armada.

Este decreto mereció algunas observaciones del Almirantazgo británico en aquella parte que se relaciona con la provisión de carbón a los barcos mercantes. Por su lado, el Gobierno alemán declaró que no podía reconocer el derecho del Gobierno de Chile para decretar que los buques de guerra beligerantes pudieran proveerse en puertos chilenos solamente del carbón necesario para llegar al puerto carbonero neutral más próximo. Alemania consideró que esta medida innovaba las reglas de derecho internacional establecidas y que era favorable a los intereses de Inglaterra y Francia, con perjuicio de los de Alemania.

El Almirantazgo británico se dió por satisfecho tácitamente con las explicaciones que le dió el Gobierno de Chile y con las manifestaciones de buena voluntad protestadas por éste para evitar todo abuso que perjudicara a Inglaterra. El ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Alejandro Lira, dijo: "El Gobierno de Chile no tiene, en las medidas que adopta para mantener la neutralidad, otro propósito que el de proceder en justicia sin causar a nadie ni a ningún país un perjuicio inmerecido, y cada vez que

[6] Memoria citada, pág. 116.

se ofrezcan a su consideración nuevos antecedentes, bastantes para variar sus determinaciones, los estudiará con ánimo desapasionado."

En cuanto a los casos prácticos de barcos mercantes que habían abusado de su provisión de carbón, se dejó en claro que, o el abuso se había cometido antes de que el decreto estuviera en vigor, o había escapado a la buena fe y suma diligencia del Gobierno de Chile. También se comprobó que algunos denuncios fueron infundados.

El aprovisionamiento de víveres se reglamentó bajo el sistema de cálculo de duración de los víveres por día de consumo y número de tripulantes; de manera que, habiéndose aprovisionado un buque de guerra beligerante en un puerto de Chile no pudiera aprovisionarse en otro puerto del mismo país, sino cuando sus víveres estuvieren agotados por el consumo ordinario del barco.

Respecto de las naves mercantes armadas para su propia defensa, el Gobierno de Chile formuló su criterio al contestar a una pregunta del Gobierno británico: "Que así como Chile no había tenido inconveniente para admitir en sus puertos, en calidad de mercantes, a buques que habían sido auxiliares de las fuerzas navales beligerantes y que habían vuelto a ser naves de comercio, tampoco tenía inconveniente para recibir a los navíos mercantes armados para su defensa, siempre que los gobiernos respectivos cumplieran los siguientes requisitos: (a) manifestar previamente al Gobierno de Chile el nombre del buque; (b) que del itinerario, rol de tripulación, pasajeros, mercaderias, distribución y armamento del vapor, aparezca que en realidad se trata de una nave comercial. Si la nave llegare sin cumplirse ese aviso previo, sería tratada como sospechosa." [7]

Habiendo pedido el ministro alemán que el crucero Inglés *Orama* fuese internado en Valparaíso por tener participación en el ataque al crucero alemán *Dresden,* dentro del límite de las aguas chilenas, el ministro de Relaciones Exteriores, contestó: "que aun no estaba esclarecido el hecho de la violación de la neutralidad y que, además, el *Orama* había llegado a Valparaíso cumpliendo la humanitaria misión de traer a los heridos alemanes del *Dresden.*"

Igual petición elevó el ministro alemán respecto del crucero inglés *Kent,* que después del hundimiento del *Dresden* entró a Valparaíso y solicitó el dique de Talcahuano para efectuar reparaciones visiblemente necesarias. El ministro de Relaciones Exteriores declaró que el caso del *Kent* estaba comprendido en el artículo 17 de la Convención XIII de la Segunda Conferencia de La Haya "disposición—decía el ministro—fundada en razones permanentes de elevado altruismo que deben primar

[7] Decreto del ministerio de R. E. de 7 de julio, 1915.

sobre el transitorio objetivo de sanción que inspira el inciso 2° del artículo 9, invocado por el representante de Alemania."

Sin embargo, para prevenir casos futuros, se decretó que en lo sucesivo, ningún buque beligerante culpable de haber violado las reglas de neutralidad, sería admitido en los puertos de la república, salvo el caso de avería, contemplado en el art. 17 de la Convención XIII antes referida.

Ahora voy a consignar un hecho que no puede pasar sin especial mención y que demuestra la entereza con que obraba nuestra cancillería.

Cuando el Gobierno Imperial alemán notificó a los neutrales el día 31 de enero de 1917, que en breve plazo quedaría fijada una zona marítima de bloqueo al rededor de Inglaterra, Francia, Italia, y la parte occidental del Mediterráneo, donde sería hundido sin consideración alguna, *"any ship found, even if it be neutral,"* el Gobierno de Chile, aunque no temía por sus propios barcos, pues no los enviaría a esa zona, condenó abiertamente esa inhumana determinación. *"That measure in the opinion of the Chilean Government, amounts to a restriction of neutral rights, which this country cannot submit to, because it is contrary to the principles long recognised in regard to countries not at war. The recognition by Chile of the step taken by Germany, would be equivalent to diverging from the strict neutrality it has observed during the actual European conflict. Chile, therefore, reserves her liberty of action to insist on her rights, in case of any attack on her ships."*

SEGÚNDO PERÍODO DE LA NEUTRALIDAD DE CHILE. DESDE EL 2 DE ABRIL DE 1917 EN ADELANTE

Lo que se puede llamar el segundo período de la neutralidad de Chile, o sea desde la entrada de los Estados Unidos a la guerra, fué más fácil de afrontar, porque habiendo desaparecido desde tiempo atrás las actividades bélicas alemanas en el Pacífico y no temiéndose humanamente que retornaran, Chile tenía muy simplificada su tarea de vigilancia. El control de las personas sospechosas en nuestro territorio, estaba ya perfectamente organizado tanto por las autoridades chilenas, como por el sistema establecido para la emisión y visación de pasaportes por los cónsules extranjeros, a cuya responsabilidad quedaba la calidad del individuo. Además, con el progreso de la guerra, los métodos de policia, de identificación personal y de movimiento de pasajeros, estaban bastante perfeccionados para permitir una vigilancia casi completa.

Bajo el punto de vista internacional político, algunos han interpretado la neutralidad de Chile después de 1917, como una demostración de que los Estados Unidos no tuvieron bastante habilidad para llevar consigo a

la guerra a los países americanos de capacidad relativa. Otros han atribuído la neutralidad chilena y la argentina a una fantástica influencia alemana, cuyo secreto nadie ha descubierto. La verdad es, entretanto, que Chile permaneció neutral por las mismas razones que hasta entonces lo había sido, es decir, porque no afectaban a Chile ninguna de las causas graves que determinaron la resolución de los Estados Unidos cuando la política alemana "les prohibió ser neutrales," según la expresión del Presidente Wilson. Hasta el fin de la guerra, Chile no tuvo causa ni siquiera pretexto serio, para hacer el supremo sacrificio de enviar a Europa cien o doscientos mil soldados y gastar unos cuantos centenares de millones de dólares, que es como nosotros habríamos entendido la guerra, ya que en el continente americano no quedaba ni siquiera la tarea de patrullar el mar.

Para Chile, la neutralidad seguía siendo un deber. *"It was our manifest duty to do so,"* había dicho el Presidente Wilson, respecto de su país en diciembre de 1915, y también lo fué para Chile. *"It was manifestly the duty of the self-governed nations of this hemisphere to redress, if possible, the balance of economic loss and confusion in the other if they could do nothing more."* [8]

Según la sana doctrina del Presidente Wilson no se podía entrar a un conflicto de tamaña magnitud *"by our own purpose or desire, but by circumstances."* (Discurso de marzo de 1917.)

Ahora bien, ¿qué *circumstances* podían determinar un cambio de política por parte de Chile? Para nosotros, como para los Estados Unidos no era suficiente causa de guerra "el propósito o el simple deseo" de hacer la guerra ni mucho menos el deseo de simular una guerra con el espíritu de obtener ventajas sin ningún sacrificio positivo.

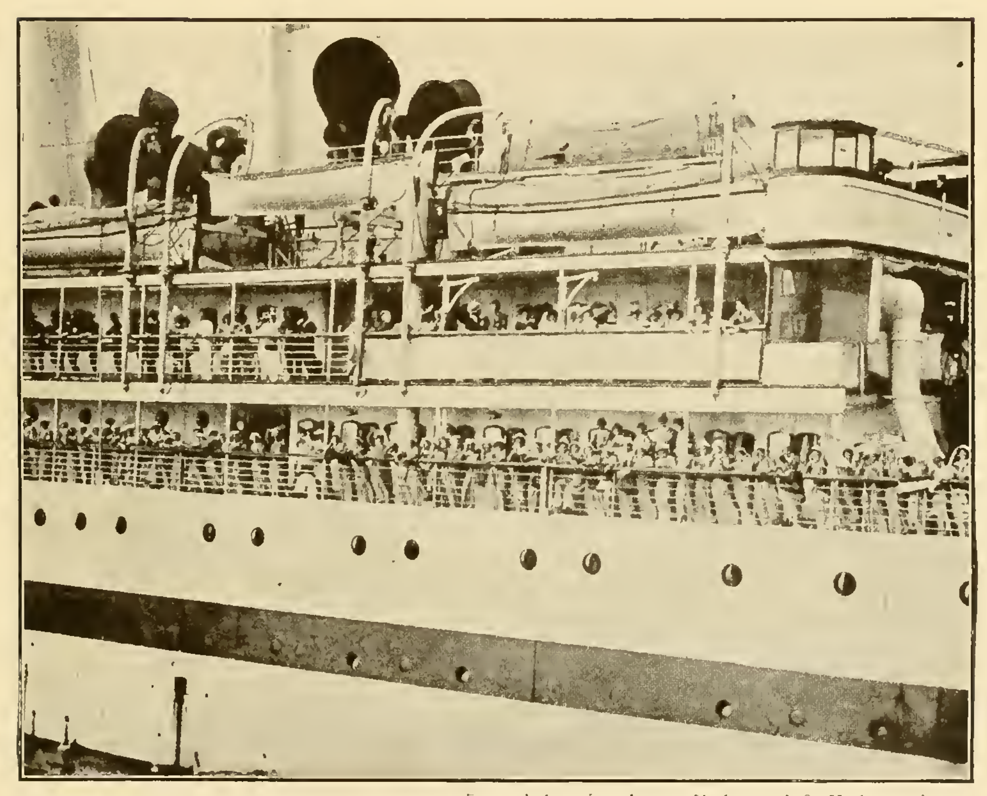
Tampoco entró nunca en nuestro ánimo el temor al vencedor, porque nuestra neutralidad fué honesta y porque no ha sido ni remotamente presumible el caso de una represalia contra el país que en un extremo silencioso del mundo se mantiene dentro del más estricto derecho.

Italia y China entraron al conflicto, porque les afectaba vitalmente y porque tuvieron otras razones para ello. Rumania y Grecia, porque fueron solicitadas insistentemente y se vieron arrastradas en el torbellino, prestando valiosa cooperación. El Portugal envió sus tropas al frente de batalla. El Brasil ayudó también en cierta proporción a guardar las aguas del Atlántico ecuatorial.

Chile nunca fué solicitado ni compelido, porque no estaba envuelto en las causas políticas de la guerra ni en su esfera de acción, y porque nadie estimó que una nación tan alejada del teatro de los hostilidades fuera útil como entidad militar o financiera, mientras lo era como factor de produccion, para lo cual lo esencial era la paz.

[8] Mensaje al Congreso de los Estados Unidos de 6 de diciembre de 1915.

SALVANDO VIDAS
LA OBRA DE LA CRUZ ROJA Y DE SUS ASOCIADOS

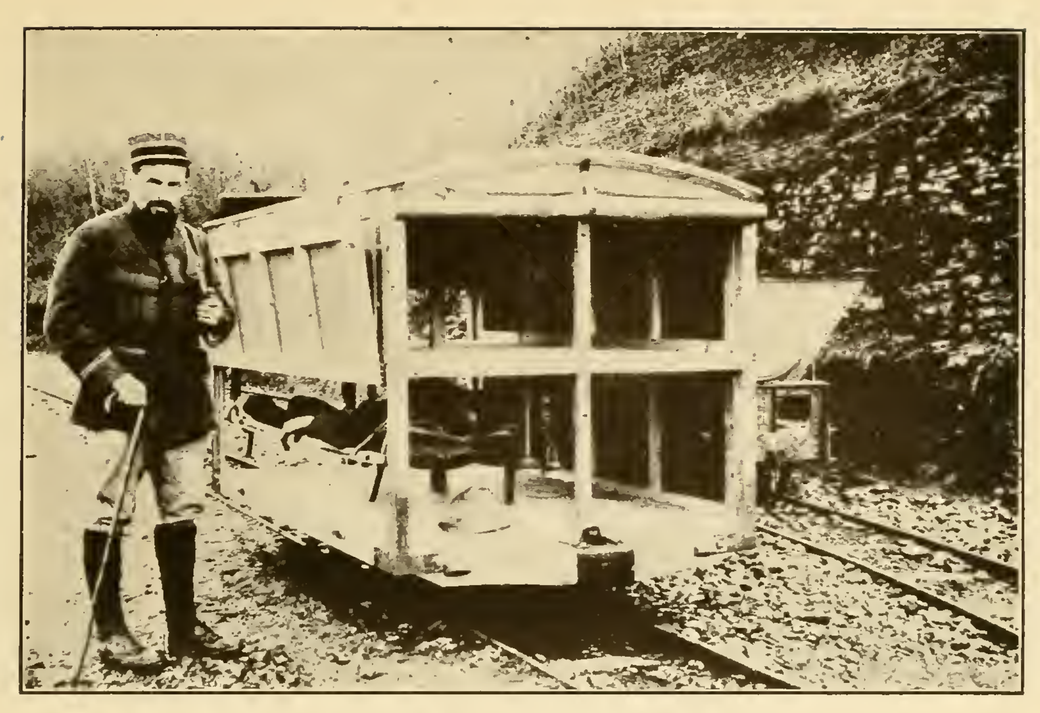


UN BARCO DE LA CRUZ ROJA, LLENO DE ENFERMERAS, ZARPANDO DEL PUERTO DE NUEVA YORK CON RUMBO AL TEATRO DE LA GUERRA



LA CRUZ ROJA EN EL CAMPO DE BATALLA

Estación de primeros auxilios en las trincheras *(arriba, izquierda)* donde reciben los heridos atención médico-quirúrgica y se les dispone para el trayecto hasta la estación de cura. Soldado herido en las trincheras *(arriba, derecha)* vendado y listo para ser enviado a la estación de primeros auxilios. El trayecto hasta el hospital de campaña se lleva a cabo primero en camilla *(abajo, izquierda)* y luego en los carros de la ambulancia *(abajo, derecha)*.



UNA AMBULANCIA SOBRE RIELES

Uno de los métodos para el transporte de los heridos desde el hospital de campaña hasta el hospital de distribución. Cada uno de estos pequeños carros tiene cuatro camillas colgadas de resortes.



HOSPITAL DE CAMPAÑA

En estos hospitales de campaña se atiende a los heridos de gravedad hasta que pueden ser enviados a los hospitales de base.

Propiedad registrada por el International News Service

EL PAPEL DE LOS SACERDOTES Y DE LAS MONJAS

Los sacerdotes administraban los últimos auxilios a los moribundos y socorrían a los heridos después que los franceses tomaron posiciones en el Mosa.

En la escuela que aparece en el grabado inferior se enseñaba el alfabeto a los niños belgas poco tiempo antes de que el local se convirtiera en hospital para los heridos alemanes.

MME. CARREL LAVANDO UNA HERIDA

El nuevo procedimiento para lavar heridas. Mme. Carrel dice: "Ningún hombre ha muerto hasta ahora a causa de sus heridas en nuestro hospital; a decir verdad, el único que falleció fué a consecuencia de una neumonía."

Propiedad registrada por Underwood & Underwood

EL HOSPITAL CARREL

Una operación en el hospital Carrel, en Compiègne, Francia. El método del doctor Carrel para la irrigación de las heridas ha tenido gran éxito. Los pacientes quedan perfectamente curados, y debido al uso de este nuevo sistema muchos de ellos se libran de verse inválidos por todo el resto de su vida.



Propiedad registrada por Underwood & Underwood

MISS MURIEL THOMPSON, ENFERMERA INGLESA CONDECORADA POR EL REY ALBERTO POR SU VALOR BAJO EL FUEGO DEL COMBATE



ENFERMERA DE LA CRUZ ROJA SERVIA PRESTANDO SUS SERVICIOS EN UN HOSPITAL DE BELGRADO

Propiedad registrada por el International News Service

CAMILLEROS DESEMPEÑANDO SU LABOR DESPUÉS DE LA BATALLA DEL MARNE

Demuestran mayor interés por el fotógrafo y menor solicitud por su carga que los espectadores de turbante.

CARGANDO UN TREN DE LA CRUZ ROJA ALEMANA

Propiedad registrada por Underwood & Underwood

DESTRUCCIÓN DE UN TREN DE LA CRUZ ROJA Y DEL PUENTE MARY A TRAVÉS DEL MARNE



Propiedad registrada por el International News Service

ENFERMERAS DE LA CRUZ ROJA DESEMPEÑANDO LABOR DE CAMILLERAS



Propiedad registrada por el International News Service

UNA ASISTENCIA ESMERADA HA LEVANTADO DE NUEVO A ESTE PEQUEÑO INDIVIDUO

Por el momento parece, en verdad, "gozar" de la guerra.

Los Estados Unidos, una vez en guerra, nunca insinuaron a Chile la conveniencia de abandonar su neutralidad. No creyeron que la América latina estuviese comprometida en un *casus fœderis* derivado del panamericanismo. No ejercieron presión alguna sobre Chile o sobre la República argentina, para que esas dos naciones mayores del sur, hicieran propias las ofensas que Alemania había inferido a los intereses de los Estados Unidos. Su campaña entre nosotros se limitó a demostrar a los gobiernos y a los pueblos, que los Estados Unidos hacían la guerra con justicia, y sin ambiciones de conquista o de indemnizaciones, guiados solamente por la necesidad de defender la causa de la democracia.

Tampoco entendían los Estados Unidos que la política panamericana, cuyo programa se moldeó en el Primer Congreso Financiero Panamericano de Wáshington en 1915, se debilitara por el hecho de que en América hubiese países neutrales y no neutrales. Ya hemos visto que hasta hoy, esa política panamericana no significa una alianza, sino la base de una penetración moral, social y comercial derivada de la mutua inteligencia.

Es grato decir que la neutralidad de Chile fué altamente apreciada por los Estados Unidos y que este país sigue considerando a Chile como un efectivo colaborador en la obra constructiva del panamericanismo.

LA NEUTRALIDAD NO SIGNIFICA INDIFERENCIA

La neutralidad es un estado jurídico constituido por los deberes y derechos especiales que la guerra crea entre los beligerantes y las demás naciones. Pero este estado jurídico no significa indiferencia, como dijo el Presidente Wilson; ni es "Neutralidad ante el Crimen," como han dicho los exaltados.

Chile, como colectividad social, manifestó un interés apasionado por los sucesos de la guerra: la invasión de Bélgica y la suerte trágica de este país excitaron las simpatías más ardientes en la sociedad de mi patria, que en todo momento acompañó, según corresponde en las desgracias, a ese pueblo herido por la espada de una potencia militar aplastadora. No es del caso hablar de nuestra ayuda material a los dolores de Europa: baste saber que Chile es el país latinoamericano que más contribuyó a la Cruz Roja y a otras instituciones benéficas. Lucien Guitry escribió en *Le Figaro* de París un artículo hermosísimo para rendir homenaje a la generosidad y nobleza de la sociedad chilena.

Creo establecer una verdad incontrovertible cuando afirmo que la neutralidad de Chile, legal y necesaria, correspondió a una medida de buen gobierno; pero también es un hecho que la mayoría del pueblo de

Chile, por sus sentimientos pacíficos, por sus tradiciones de cultura y sus viejas bases de formación intelectual, acompañó de corazón la caída del militarismo cuya primera víctima era el propio Gobierno alemán, bueno y laborioso.

Chile cumplió sus deberes de neutral sin ser indiferente.

BOLIVIA EN LA GUERRA MUNDIAL

POR IGNACIO CALDERÓN

LENTO y difícil ha sido el camino recorrido para alcanzar el establecimiento del derecho y de la justicia entre naciones; sangrientas y constantes luchas han demandado el reconocimiento de la soberanía popular y el triunfo de la libertad en substitución del absolutismo de reyes y gobiernos militares. El feudalismo seguido del pretendido derecho divino de los monarcas; la organización de clases privilegiadas, fueron todas invenciones de tiempos de ignorancia y resultado del abatimiento a que la fuerza había sometido a las masas populares.

La gran Revolución francesa y el triunfo de la democracia en América, levantaron el espíritu de los pueblos oprimidos, mostrándoles una nueva era de regeneración y adelanto. Los grandes inventos modernos, utilizando en beneficio común poderosos elementos naturales, como el vapor y la electricidad, dieron vigoroso impulso al desarrollo del comercio internacional y crearon vínculos de unión pacífica entre las diversas naciones.

Con el desarrollo de las industrias y el constante intercambio de productos, creció a la vez la fecunda corriente de ideales y aspiraciones hacia una mejora universal en las condiciones de vida y la comunidad de intereses humanos, en contraposición a la antigua política de dominación y conquista, propia de las monarquías y gobiernos absolutos.

Nuevas aspiraciones; generosos impulsos de confraternidad entre todos los pueblos; un espíritu de mutua ayuda para alcanzar mayor suma de bienestar y armonía; la difusión de la enseñanza popular y la adquisición de conocimientos prácticos por la masa del pueblo; todo ese impulso de cristiana fraternidad, que hace práctico el gran dicho del filósofo romano; *hombre soy y nada de lo que es humano me es indiferente,* estaba en contradicción y hacía anacrónica la existencia, en medio de la tendencia decidida de alcanzar el triunfo de la libertad la existencia de autocracias como las de Alemania y Austria, que representaban con toda su repelente dureza las tradiciones y concepto de gobierno de las más condenables teorías de la Edad Media. Ellas eran un germen de perturbación en el progreso del derecho y necesariamente debía llegar el día en que estallara el conflicto y se pusieran en lucha el militarismo absolutista con los eternos principios de justicia. Tenía que librarse la última batalla del derecho y

la libertad contra el mortífero dominio de la tiranía, y levantarse triunfalmente el lábaro de la paz y de la democracia.

Los satélites de Napoleón el Chico, que con *el corazón ligero* condujeron la Francia a la derrota y la entregaron a la implacable saña germánica que, no satisfecha con una exorbitante indemnización de guerra se adueñó de dos importantes provincias francesas, son responsables de haber abierto el camino a la formación del Imperio alemán, cuyo lema era el del famoso Canciller de Hierro: *El derecho está subordinado a la fuerza.*

La falsedad y el disimulo completaban esa política cuyo programa era el dominio del mundo: *Deutschland über Alles.* Con increíble persistencia procedióse a ejecutarlo, creando y sosteniendo un ejército que por su disciplina y equipo era considerado invencible. Los agentes diplomáticos, los comerciantes que invadieron los mercados del mundo; los maestros y profesores de las universidades; los escritores y aun los ministros de la iglesia, todos tenían una sola consigna y una convicción: que el genio y el espíritu alemán, por su indisputable superioridad, estaban llamados a dominar el mundo y someterlo a la *Kultur* alemana.

Los ciclones que pasan sembrando desolación y ruina, allí donde se veían risueñas campiñas y cómodas moradas, no son más temibles que lo fueron las huestes prusianas, cuando echando a los vientos la santidad de los tratados y las obligaciones contraídas, según propia confesión, hicieron de ellos *tiras de papel.*

Una vez entradas en el camino de los atropellos, las tropas alemanas horrorizaron al mundo con crímenes cuya fiereza trajeron a la memoria los tiempos de Atila. El incendio de la ciudad y biblioteca de Lovaina habría bastado para la execración universal; pero la ferocidad prusiana no tuvo piedad de los niños ni respetó la pureza y la debilidad de la mujer que todo hombre civilizado defiende: ancianos y jóvenes sin distinción fueron ultrajados, mutilados, y ejecutados en masa.

Ni fueron menos crueles los medios de guerra empleados. El militarismo prusiano perseguía el dominio mundial por el terror y sin embargo, desde el momento en que desafió la sanción moral del mundo, al infringir el tratado por el que estaba obligado a respetar la neutralidad de Bélgica, la guerra estaba perdida para él.

Una fuerza superior a todo ejército, invencible por lo mismo que es invisible, lo condenó a la ignominia. La protesta de la conciencia humana debió pesar sobre los conculcadores del derecho. Despechados por esa condena, se engolfaron en la carrera de los atropellos y acabaron por proclamar el uso sin restricciones de los submarinos, como último recurso para evitar la derrota.

Al llevar adelante tan feroz resolución emplearon la misma táctica de falta de lealtad y respeto a sus compromisos. Más de un buque confiado

en las seguridades ofrecidas fué hundido por los submarinos con la misma inhumanidad que tantos otros, no garantizados.

El ministro de Bolivia en Berlín que volvía a su país, fué una de las víctimas que a bordo del vapor *Tubantia* estuvo a punto de perecer con su mujer y sus hijas y perdió cuanto tenía. El *Tubantia* recibió seguridades terminantes de que sería respetado y, confiando en ellas, salió al mar.

No era posible que las naciones neutrales contemplaran indiferentes estos horrores. Guardar silencio contra el cruel menosprecio no ya del derecho solamente, pero sí de los más comunes sentimientos de humanidad, habría importado asumir una criminal complicidad.

El derecho y la justicia son, en especial para las naciones débiles, el firme escudo de su existencia y respetabilidad. Bolivia así lo comprendió y no vaciló un momento en declararse contra una política que, por otra parte, paralizaba su comercio internacional.

Tan pronto como el Presidente Montes recibió del ministro alemán la notificación del uso sin restricciones de los submarinos, formalizó la protesta del Gobierno de Bolivia y además declaró que hacía a su país, en esta emergencia, solidario con la política y la conducta de los Estados Unidos. Es así como Bolivia fué el primer país de América en romper sus relaciones con el Imperio alemán, cumpliendo sus deberes de miembro de la comunidad internacional de pueblos soberanos.

Por lo mismo que Bolivia es una nación, privada por acción de la fuerza del propio y libre acceso al mar, a causa de haber sido despojada de su costa, no ha podido ni ha debido quedar silenciosa tratándose de la inauguración de procedimientos de criminal violencia. El significado de una protesta en todos casos, no se mide por la potencia o la debilidad del que la formula; ella tiene en sí un valor intrínseco que en el fuero de la justicia es siempre el mismo para todos.

Bolivia excusó hacer una declaración de guerra porque tal acto habría quedado sin ejecución práctica, dada su situación mediterránea. Sin embargo la nación toda estaba dispuesta, por haber hecho su política solidaria con la de los Estados Unidos, a dar todo el contingente de su fuerza militar, llegado el caso, segura de que sus soldados se mostrarían dignos de estar al lado del invencible ejército norteamericano.

Es oportuno copiar aquí, algunos párrafos de las notas pasadas por el ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia al ministro alemán, con ocasión del aviso dado por éste, de que su país iba a iniciar el empleo sin restricciones de sus submarinos.

Con fecha 8 de febrero de 1917, el ministro de Relaciones Exteriores dijo lo siguiente:

. . . Agradeciendo a V. E. y por vuestro digno órgano al Imperial

Gobierno alemán, por la comunicación a que alude esta respuesta, cúmpleme anotar que a Bolivia, en su calidad de estado neutral, no le incumbe el ingerirse en los procedimientos ni analizar las resoluciones del Imperio en cuanto éstas y aquellos tiendan a definir situaciones entre beligerantes o a caracterizar la intensidad de su acción armada; pero en razón misma de su neutralidad y de los derechos inherentes a ese estado que ningún acto de los beligerantes puede legítimamente vulnerar, le corresponde ver si las recientes decisiones del gobierno de V. E. contemplan el obligado respeto de tales derechos. En ese orden es muy sensible reconocer que tanto la extensión que se trata de dar a la guerra marítima, comprendiendo en la ofensiva de submarinos a las naves mercantes de países neutrales, según lo comunicado oficialmente por los agentes diplomáticos del Imperio al Gobierno de los Estados Unidos que, a su vez se ha servido comunicarlo a esta cancillería, cuanto la prohibición de todo tráfico neutral en la parte oriental del mar Mediterráneo y en las aguas que circundan la Gran Bretaña e Irlanda, Francia e Italia, importan el desconocimiento absoluto de la facultad inmanente que asiste a las potencias neutrales para traficar en dichas aguas sin otras restricciones que las preestablecidas por las reglas universales del Derecho Internacional, las que no autorizan por cierto las medidas ilimitadas que el Imperial Gobierno alemán se propone adoptar. En efecto, son esas reglas permisivas del tráfico inocente, destinado a mantener el comercio de los países neutrales, las que ahora trata de abolir, por su sola inspiración, el gobierno de V. E., estableciendo un bloqueo irregular y sometiendo así a una especie de guerra sin beligerancia a todas las potencias hasta hoy mantenidas dentro de la neutralidad más estricta.—Y digo especie de guerra sin beligerancia porque, a aceptarse las decisiones del Imperio, resultaría que, por la sola autoridad de su gobierno, las fuerzas navales alemanas tratarían bélicamente a las naves mercantes de los estados neutrales, debiendo sin embargo continuar éstos manteniendo su invariable calidad de tales estados neutrales.—Vista esta situación a la luz que proyectan los indiscutibles derechos del comercio y tráfico neutrales y los imprescriptibles de la civilización y de los fueros humanos, no se puede considerar sin protesta la prohibición del tráfico mercante neutral en una zona ilimitada, ni tampoco la agresión bélica contra naves mercantes neutrales. Y es esa protesta que el Gobierno de Bolivia quiere consignar en esta respuesta, añadiendo que ha resuelto solidarizar su actitud, en la presente emergencia, con la del Gobierno de los Estados Unidos.—Naturalmente debe ser entendido que al reclamar Bolivia el respeto al libre tráfico de las naves mercantes neutrales, se refiere no a las suyas que no las tiene, sino a las de las potencias marítimas neutrales, porque es mediante ellas que hace su comercio exterior, el cual quedaría bajo la amenaza de ser anulado si hubiera de admitirse la prohibición del gobierno de V. E. para el tráfico de dichas naves o procediera la notificación de que ellas han de ser comprendidas en la ofensiva de submarinos. . . .

En seguida, al notificar al ministro aleman la ruptura de relaciones con su país, expresó por nota del 13 de abril de 1917, las razones de dicha resolución, en los términos siguientes:

. . . Los antecedentes anotados establecen la situación de divergencia surgida entre el Gobierno de Bolivia y el del Imperio alemán, a partir de la notificación de la guerra submarina sin restricciones.—Tal situación viene ahora a reagravarse con motivo de haberse prácticamente iniciado los procedimientos anunciados contra las naves y personas de los estados neutrales, lo cual quiere decir, en concepto de este gobierno, que el de Alemania no sólo ha proscrito todas las reglas y principios de derecho, sino que ha cancelado por su sola autoridad los tratados y convenciones suscritos en La Haya con la generalidad de las naciones.—Si a lo anterior se añade que, según convencimiento recientemente adquirido, fueron submarinos alemanes los que, cumpliendo instrucciones de su gobierno, hundieron el vapor neutral *Tubantia* en que navegaba, en aguas holandesas neutrales, el ministro de Bolivia en Berlín, señor Luis Salinas Vega, acompañado de su familia, comprenderá V. E. que, muy a pesar nuestro, se han hecho insostenibles las relaciones diplomáticas hasta ahora mantenidas entre Bolivia y el Imperio alemán.—En esta virtud V. E. se servirá encontrar adjuntos sus pasaportes y los del personal de la Legación Imperial.—Al cerrar este oficio ruego a V. E. se digne tomar nota de la respuesta de esta cancillería al aviso de la guerra declarada entre los Estados Unidos de América y Alemania, que me permito adjuntar en copia y, también, de la formal declaración de que los súbditos alemanes residentes en Bolivia, y sus bienes, seguirán gozando en el país de todas las libertades y garantías que las leyes de la República acuerdan a los extranjeros, mientras aquellos no se hagan colectiva o individualmente responsables de algún acto delictuoso. . . .

No cerraré este bosquejo de la actitud de Bolivia en la épica contienda librada para salvar al género humano de la esclavitud militar, sin pagar el justo tributo de admiración a los Estados Unidos, por la decisiva parte que tomaron en asegurar la victoria.

Por primera vez en la historia del mundo, esta gran nación ingresó en la guerra con el único y firme propósito de defender la libertad y el derecho, para asegurar, como lo dijo el Presidente Wilson, la democracia en el gobierno del mundo. Millones de hombres cruzaron el océano llevando consigo la inspiración de la victoria. Ni por un momento dudaron de alcanzarla y su resolución revivió el espíritu de las fatigadas huestes en cuyo auxilio marcharon. Teniendo por divisa avanzar siempre, cumplieron gloriosamente su misión y la victoria final coronó sus sacrificios. No fué menos noble la actitud de las mujeres que marcharon por millares en auxilio de los heridos y los desvalidos de la guerra, iluminando con devoción angelical los sufrimientos de los heridos y llevando el auxilio de la santa caridad a poblaciones desvastadas y amenazadas de hambre mortal.

El nombre de Wilson fué invocado en los más remotos lugares como el del apóstol de las reparaciones y de la justicia. El mundo todo aclamó al noble presidente y su noble pueblo como a los centinelas avanzados del esperado advenimiento de un nuevo período de justicia y de libertad. Las inspiradas doctrinas que con gran elocuencia proclamaba Wilson, como

vocero e intérprete de los ideales del pueblo americano, pusieron a éste a la cabeza de todas las nacionas. Los Estados Unidos y su presidente llegaron a ser la luz que mostraba la vía de esa era nueva de paz y concordia en el mundo. ¡Plegue al Cielo que ella se realice!

IGNACIO CALDERÓN,
Ministro de Bolivia.

Wáshington, noviembre 22, 1919.

LA PARTICIPACIÓN DE PUERTO RICO EN LA GUERRA EUROPEA

POR FÉLIX CÓRDOVA DÁVILA

(Comisionado Residente de Puerto Rico en los Estados Unidos)

LA REVOLUCIÓN política, social y económica producida por la guerra europea; los nuevos y complicados problemas que se vienen ofreciendo a la consideración de los hombres pensadores a medida que transcurre el tiempo y nos vamos dando cuenta de la magnitud de la empresa, de la enormidad de los sacrificados realizados y de la descomposición originada en todos los órdenes de la vida por la fuerza de los acontecimientos que se atropellan y precipitan como un torrente desbordado sobre la doliente y sufrida humanidad, mantienen los ánimos en tensión poderosa y, falto el cerebro del equilibrio necesario para razonar y juzgar, se hace difícil si no imposible, aquilatar los valores y practicar un análisis juicioso e imparcial, sin incurrir en omisiones y exageraciones lamentables, de todos los factores que intervinieron en la lucha, y de la participación de cada pueblo en el conflicto mundial.

La tragedia de Serajevo que sirvió de pretexto para iniciar la contienda, no fué otra cosa que un mero incidente que precipitó los sucesos e hizo surgir un conflicto, ya de antemano preparado por la diplomacia europea y principalmente por el Gobierno alemán.

Cuando las fuerzas beligerantes cambiaron los primeros disparos, todos comprendimos que se había entablado un duelo a muerte entre los Imperios Centrales y las naciones de la *Entente,* y nos dispusimos a presenciar con la natural ansiedad el desarrollo del sangriento drama; pero nunca creímos que los grandes poderes, árbitros y dueños hasta entonces de los pueblos pequeños, al extremo de repartirse sus despojos y fijar sus límites caprichosamente, se hubieran visto obligados a solicitar el auxilio de sus propias víctimas para sumar fuerzas, sobrepujar al enemigo, y aprovecharse de las ventajas que dichos pueblos ofrecían por su posición geográfica y condiciones ventajosas desde el punto de vista estratégico. Fué éste uno de los acontecimientos más interesantes de la guerra. La hora de la reparación había llegado; los pueblos pequeños comenzaban a ejercer influencia en los destinos mundiales, y la equidad y la justicia, que no pudieron triunfar sobre los egoísmos y las ambiciones humanas en el seno de la paz, se imponían ahora, surgiendo de las cenizas de la guerra, por imperio de la necesidad.

Los pueblos pequeños comenzaban a ser grandes y las grandes naciones dejaban de ser pequeñas al despojarse de su egoísmo y de su orgullo para fraternizar con los pueblos débiles y echar las bases de una justa igualdad.

Y así como en el continente europeo los pueblos más humildes hicieron prodigios de heroísmo y contribuyeron con todas sus fuerzas a detener el avance de los Imperios Centrales, también aquí, en el continente americano, hubo pueblos, pequeños por su población y extensión territorial, que ofrecieron todos sus recursos y no omitieron sacrificio alguno para favorecer la causa aliada y derrotar el imperialismo alemán.

Entre estos pueblos ocupa lugar prominente la pequeña isla de Puerto Rico, con un área de 3,606 millas cuadradas y una población de 1,200,000.

El pueblo de Puerto Rico, que viene laborando infructuosamente desde hace mucho años por llegar a la plentitud de la vida en el derecho y en la libertad, no podía permanecer indiferente ante el conflicto europeo y, desde el primer momento, abrazó sin vacilaciones y con ferviente entusiasmo la causa aliada, comprendiendo que el triunfo de los Imperios Centrales constituía una amenaza y un peligro para las libertades públicas y la felicidad del género humano. Este entusiasmo culminó en el delirio cuando el pueblo norteamericano se alistó en la gloriosa cruzada, declarando formalmente la guerra al Gobierno alemán.

El que estas líneas escribe se encontraba en Puerto Rico cuando estos acontecimientos tuvieron lugar, y ha vivido en los Estados Unidos durante el período de la guerra, y puede decir que ningún estado de la Unión ha excedido a Puerto Rico en sus arrestos patrióticos y en sus actividades e iniciativas en pro de una causa que hicimos nuestra por lealtad al pueblo norteamericano, por nuestra devoción a las ideas democráticas, por respeto a los derechos del hombre, y por amor a la humanidad.

Antes de aprobar el Congreso de los Estados Unidos la ley del servicio obligatorio, el pueblo de Puerto Rico, ardiendo en indignación patriótica, había ofrecido espontáneamente sus hijos para derramar su sangre en los campos de Europa por la libertad del mundo, ya que por motivos fáciles de comprender nunca pudimos derramar esa sangre en nuestro propio suelo por nuestra propia libertad. Combatiendo por la libertad de todos los pueblos favorecíamos nuestra propia causa y contribuíamos al triunfo de nuestra anhelada libertad. El distinguido periodista americano, Henry A. Wise Wood, en un artículo publicado en el *New York Herald,* describe así la actitud de Puerto Rico, al romperse las hostilidades entre la América del Norte y el Imperio alemán:

"El día 2 de marzo de 1917, el Congreso de los Estados Unidos concedió al pueblo de Puerto Rico la ciudadanía de aquel país. Durante

un período de dos décadas, el portorriqueño tuvo una tierra en que vivir, pero careció de una patria. Por espacio de 19 años estuvo llamando a nuestras puertas, sin poder traspasar sus umbrales o tomar otra dirección. La bandera que flotaba sobre su cabeza no era su bandera ni podía enarbolar la suya propia. Dos meses antes de nuestra declaración de guerra el portorriqueño no era ciudadano de los Estados Unidos. ¿Estaría dispuesto, por lo tanto, a combatir por nuestra causa?

"Acaso motivaron estas dudas la actitud vacilante del Departamento de la Guerra, al anunciar que la ley del servicio obligatorio se haría extensiva a Puerto Rico. Pero esta vacilación produjo un efecto galvánico en los habitantes de la isla. Instantáneamente se levantó una protesta de indignación y el pueblo de Puerto Rico solicitó que se le permitiera contribuir con toda su cuota a cubrir las filas del ejército, cuya bandera era al fin su bandera. No solamente estuvo el portorriqueño dispuesto a combatir sino que exigió como un derecho la oportunidad de compartir con sus hermanos del norte las responsabilidades y sacrificios de la guerra.

"El partido Unionista de Puerto Rico envió un cable al Presidente Wilson expresando su solidaridad con la causa nacional y demandando que se asignase a los portorriqueños la cuota completa en los sacrificios y sufrimientos para obtener la victoria.

"¿Cómo se verificó esta reacción en el ciudadano portorriqueño? Un mes después de la declaración de guerra, el Regimiento de Puerto Rico tuvo que reclutar algunas fuerzas para entrar en el servicio activo. En tres días se inscribieron 654 hombres y de este modo quedaron cubiertas las filas. En dos semanas, instruído y bien uniformado, el regimiento emprendió la marcha. Cuando se intentaron reclutar las fuerzas del coronel Roosevelt, en siete dias se inscribieron 1,700 individuos de lo más selecto de la sociedad.

"En agosto 27 se organizó un campamento para la instrucción de oficiales en el pueblo de Cayey, con 250 portorriqueños, de los cuales un 95% se graduaron en universidades y colegios de los Estados Unidos. Tan eficiente fué el trabajo llevado a cabo en este campamento que en noviembre 26 el 88% de los cadetes se graduaron de oficiales.

"El resultado de este experimento produjo gran entusiasmo popular y el 1° de febrero de 1918 se abrió otro campamento con 400 hombres, los cuales practicaban ejercicios cuando yo visité la isla. También se instruía en aquellos días la Guardia Nacional de San Juan, compuesta de 1,500 hombres, entre ellos los jueces más distinguidos, profesionales y hombres de negocios de la ciudad, así como también 500 *Boy Scouts*."

El escritor americano hace grandes y merecidos elogios de los trabajos realizados por la Comisión de Alimentos, de la labor eficiente del general Townshend, de la policía insular, y de la cooperación prestada por el pueblo en general a las autoridades y a la administración en todas las actividades e iniciativas relacionadas con la guerra. El ejército portorriqueño, reclutado bajo la dirección de los generales Chrisman y Townshend, realizó progresos admirables en un corto período de tiempo y ofreció a nuestra isla el espectáculo, nunca visto hasta entonces, de presen-

ciar el desfile de 16,538 compatriotas, ágiles, robustos, disciplinados, y animosos, que más que soldados bisoños parecían veteranos conscientes de sus responsabilidades y deberes, hábilmente adiestrados en la práctica de los ejercicios militares. Yo tuve ocasión de contemplar este espectáculo en una parada que se llevó a efecto en honor mío en el campamento "Las Casas," y sentí que vibraban mis nervios al observar el espíritu marcial, porte distinguido y bizarros arrestos de aquellos hombres que en tres meses de instrucción militar habían sufrido una transformación sorprendente, convirtiéndose en soldados vigorosos y diestros, capaces de rivalizar con las mejores tropas de Norte América. Cuando se firmó el Armisticio, estos 16,538 soldados, completamente uniformados y equipados, esperaban órdenes del Departamento de la Guerra, para ponerse en marcha y trasladarse al frente de batalla. La noticia del Armisticio, que fué recibida en todas partes con inmenso júbilo, produjo algún desencanto en muchos de nuestros compatriotas que con la terminación de las hostilidades se veían privados de la oportunidad de combatir al lado de sus hermanos continentales por la causa de la libertad.

Puerto Rico cubrió con exceso todas las cuotas que le fueron asignadas en la venta de los Bonos de la Libertad, contribuyendo a este fin con la suma de $12,383,150.

La suma recaudada por la Cruz Roja en Puerto Rico arroja un total de $227,286.22. Esta asociación, compuesta de 103,020 miembros, prestó servicios de extraordinaria importancia, con la ayuda eficaz de la mujer portorriqueña y de los elementos más distinguidos de nuestra sociedad. La Asamblea Legislativa de Puerto Rico, aprobó una ley creando una comisión de alimentos, con anterioridad a la ley aprobada por el Congreso de los Estados Unidos. Es imposible describir en los estrechos límites de este artículo los trabajos activos y eficaces, llevados a cabo por la Comisión de Alimentos presidida primero por el honorable Antonio R. Barceló y más tarde por el señor Albert E. Lee. Baste decir que los esfuerzos de esta comisión constituyen una de las páginas más brillantes de nuestra contribución en la guerra. El pueblo de Puerto Rico hizo cuantos esfuerzos pudo para economizar alimentos; la producción insular aumentó considerablemente; la reducción en el uso de la harina de trigo dió por resultado una economía de 1,400,000 libras de pan y galletas y cerca de 50,000 sacos de harina de trigo; en la venta al detalle de arroz, leche, pan, habichuelas, harina de maíz, maíz, azúcar y otros artículos, economizamos más de $2,000,000, así como 100 cabezas de ganado por semana en los días en que no se permitió el consumo de la carne. Todos estos trabajos se llevaron a cabo sin gravar en lo más mínimo al pueblo de Puerto Rico y con una ganancia de más de $500,000.

Cuando se ofreció en venta la lana de la Casa Blanca, enviada a

Puerto Rico por el Presidente Wilson, Puerto Rico pagó una suma mayor que la satisfecha por ningún estado de la Unión. Cupo la gloria de adquirir esta lana, al vicepresidente de nuestro senado, honorable Eduardo Giorgetti, uno de nuestros hombres más prominentes y distinguidos, quién satisfizo por la misma la cantidad de $4,000.

Ex profeso hemos dejado para terminar este artículo la carta que el preboste general de los Estados Unidos, general E. H. Crowder, escribió al comandante John A. Wilson, su representante en Puerto Rico. Es un documento que tiene para nosotros un valor excepcional, por la autoridad que lo subscribe y las declaraciones que contiene. El distinguido general americano reconoce oficialmente los servicios prestados por nuestros compatriotas en la guerra, habla de modo elocuente de nuestro patriotismo y lealtad, y rinde el tributo de su admiración a los hombres que dirigieron los trabajos realizados y a todos los que intervinieron en su desenvolvimiento y organización. He aquí la carta del general:

Mi querido comandante Wilson:

Acabo de recibir del teniente coronel Kramer una carta que contiene una brillante descripción de los trabajos que se realizaron en Puerto Rico en la implantación de la ley del servicio obligatorio. Esta relación no puede aumentar la admiración que yo sentía por la espléndida labor ejecutada, porque ya tenía yo conocimiento de ella por conducto menos directo; pero me impulsa a expresarle a Ud. en estos momentos, y por su conducto al gobernador Yager, capitán Van Deusen, y demás caballeros que intervinieron en la implantación de la ley del servicio obligatorio, mi apreciación por los trabajos que están pronto a terminar.

Veo con placer que el tanto por ciento de delincuentes y desertores en la isla es probablemente menor que en ninguna otra subdivisión administrativa. Éste es ciertamente un tributo no solamente a la lealtad y patriotismo de los portorriqueños, sino también al espléndido espíritu infundido por Ud. en la administración del servicio selectivo. Este admirable espíritu de cooperación adquiere mayor énfasis por el hecho de que ningún miembro de los 76 juntas locales ha querido percibir un centavo del gobierno por sus servicios.

La conducta desinteresada y patriótica de las juntas locales, sirviendo gratuitamente al gobierno, a pesar de que muchos de sus miembros necesitaban del trabajo cotidiano para vivir, es digna de todo encomio. Estos 76 organismos locales desplegaron la mayor actividad en el desempeño de su cometido y, por la rectitud de sus fallos y seriedad de sus actos, merecieron la aprobación entusiasta de la opinión pública y la confianza de la administración federal.

De haber continuado la guerra, Puerto Rico pudo enviar al frente de batalla un ejército de cuarenta a cincuenta mil hombres. Pocos días antes de firmarse el Armisticio, se ordenó un nuevo reclutamiento y 15,000

reclutas se disponían a vestir el uniforme, cuando cesaron las hostilidades y se dió fin al conflicto mundial. Es seguro que en el tercer llamamiento hubiera podido reclutarse un número igual.

Así probó Puerto Rico su lealtad a los Estados Unidos y su amor a la libertad. Ahora la lucha ha terminado y comienza el período de la reconstrucción. Conviene saber, sin embargo, que es lo que se intenta reconstruir. No pretendamos reedificar ruinas que, por arcaicas e inservibles, deben pasar a la historia envueltas en las llamaradas del incendio mundial. Hay que reconstruir pueblos, crear ciudadanos, insuflar en el alma de la humanidad el espíritu de una sana democracia, organizar instituciones internacionales que garanticen la paz del universo, reparar en cuanto sea posible los daños causados y devolver la libertad a los pueblos que han carecido de ella bajo la presión de un imperialismo absurdo, basado en el derecho de la fuerza y no en la fuerza de la justicia y la equidad. Para alcanzar estos fines hay que reconstruir, crear, renovar, transformar. Ha llegado la hora de las resoluciones supremas y el mundo tiene derecho a saber si es el espíritu de Cristo o el espíritu de Nietzsche el que va a regir sus destinos. Puerto Rico espera impaciente la solución de sus problemas. Vivimos desde hace veinte años bajo la bandera norteamericana y deseamos saber cual es la suerte que el destino nos depara. Anhelamos nuestra completa libertad, bien en el regazo de la Unión Americana con un régimen ampliamente liberal que garantice nuestra personalidad y ponga a salvo nuestro decoro, o bien como nacionalidad independiente, bajo el protectorado del pueblo norteamericano, al cual estamos ligados por lazos de sincero afecto, por gratitud y por necesidad. Cualquiera que sea la solución de nuestro status, deseamos acercarnos a este pueblo, tomar parte en sus sacrificios, participar de sus alegrías, y vigorizar en el amor y la justicia los nexos que nos unen y que son mucho más firmes y duraderos que los nexos de la fuerza, porque engendran relaciones de mutuo afecto y surgen espontáneamente del corazón. Tenemos plena confianza en el pueblo que rige nuestros destinos y esperamos nuestra hora, que necesariamente ha de llegar.

TERCERA PARTE

I

DOS FRANCESES EMINENTES Y LA GUERRA MUNDIAL

Por Stéphane Lauzanne, Director de *Le Matin* de París

I.—M. DELCASSÉ

En el mes de julio de 1919, M. Théophile Delcassé, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, tomó posesión de las oficinas del ministerio, instalándose en el famoso despacho del Quai d'Orsay. Su primera disposición fué cambiar de sitio la histórica mesa que en otro tiempo pertenecía a Vergennes. Se dice que el Tratado de Versalles entre Inglaterra y Francia fué firmado en esta mesa. Antiguamente estaba colocada en el centro del despacho del ministro, un poco a la sombra. M. Delcassé la hizo colocar cerca de la ventana, a plena luz. Conversando aquel mismo día con uno de sus amigos íntimos, el ministro declaraba francamente:

"Hay muchas cosas que hacer; pero ante todo, debemos arreglar todas las dificultades que existen actualmente en las relaciones entre Francia e Inglaterra."

El amigo creyó que se chanceaba. Aquellas dificultades eran numerosas; los problemas incluían el Egipto, Siam, el Sudán, Terranova, Marruecos. Se necesitaba un alma muy bien templada para atreverse a intentar su solución.

M. Delcassé poseía un alma bien templada y, lo que vale más aún, perseverancia. Habíase firmado en 1899 un acuerdo preliminar que definía las zonas de influencia francesa e inglesa en el Sudán y en el Nilo Blanco. Pero esto significaba asunto de poca monta. La dificultad principal residía en el Egipto, que Francia poseía anteriormente y que Inglaterra reclamaba entonces. ¿Como era posible arreglar esta cuestión? M. Delcassé juzgaba que el mejor arreglo sería aquel que definiera, de una vez para siempre, las diferencias coloniales entre ambas naciones: para Inglaterra, el Egipto, es decir el África oriental; para Francia, Marruecos, contiguo a Argelia, es decir, el África occidental. Lo demás podía considerarse "accesorios" destinados a igualar y completar la parte de cada cual.

Estos planes se llevaron a efecto en 1902. Se firmó un acuerdo general, y según las predicciones de M. Delcassé al hacerse cargo de la cartera en su despacho del Quai d'Orsay, "todas las dificultades quedaron arregladas." Francia e Inglaterra pudieron sellar las bases de su amistad.

Volviendo entonces a Italia M. Delcassé firmó con esta nación un acuerdo casi idéntico. Delineó la esfera de influencia de ambos países como lo había hecho con Inglaterra, obteniendo de Italia la promesa de mantenerse fuera de todas las cuestiones que no se relacionaran con Trípoli. Italia se comprometió además, aun cuando subsistiera su alianza con Alemania y Austria, a no convertirse jamás en instrumento de agresión contra Francia. Italia y Francia eran de nuevo naciones hermanas y amigas como en el pasado.

Quedaba solamente Alemania.

Se ha reprochado a M. Delcassé que no se volviera a Alemania como lo hizo con Inglaterra e Italia, que no tratara de entenderse con esta nación del mismo modo que con sus vecinas al norte y al sur de Francia. Tal censura es enteramente inmerecida. En primer lugar, sólo había un tema de discusión con Alemania: Alsacia y Lorena. Pero Alemania había rehusado siempre discutir este tema. Luego, cada vez que M. Delcassé intentaba conferenciar con Alemania, encontraba solamente un interlocutor artificioso y evasivo que se negaba a expresarse con claridad y franqueza.

La siguiente anécdota a este respecto es altamente característica:

En 1899, cuando Inglaterra se hallaba envuelta en las complicaciones de la guerra bóer, el ministerio alemán de Relaciones Exteriores juzgó oportuno repentinamente sugerir a M. Delcassé que "era muy sensible que Francia y Alemania nunca hubieran tratado de entenderse mediante una conferencia."

"Ambas naciones," continuaba Alemania, "tenían las mejores razones para procurar llegar a un acuerdo. Unidas, podrían hacer grandes cosas y serían verosímilmente árbitros del mundo."

Algo sorprendido ante estas inesperadas protestas de amistad, M. Delcassé juzgó que sería prudente consultar al presidente de la república (entonces M. Loubet), al presidente del consejo de ministros (entonces M. Waldeck-Rousseau), y a sus demás colegas. El consejo inclinábase a sospechar que se trataba de un lazo o de alguna intriga dirigida contra Inglaterra. Con todo, no había razón para negarse a discutir materias. Es costumbre de Francia contestar en forma conveniente siempre que recibe alguna comunicación.

En consecuencia, M. Delcassé replicó a Alemania: "Habláis de llegar a un acuerdo. ¿Qué queréis decir con eso? Decís que tenemos buenas razones para entendernos. ¿Cuáles son esas razones?" Eran preguntas directas, francas y leales a la par. Pero ni el día siguiente ni

VÍVERES Y MUNICIONES



HORNEANDO EL PAN PARA EL EJÉRCITO GERMANO

Esta "batería" de hornos tiene capacidad suficiente para cocer dieciséis mil panes diarios.

CUADROS DE TRANSPORTE Y APROVISIONAMIENTO

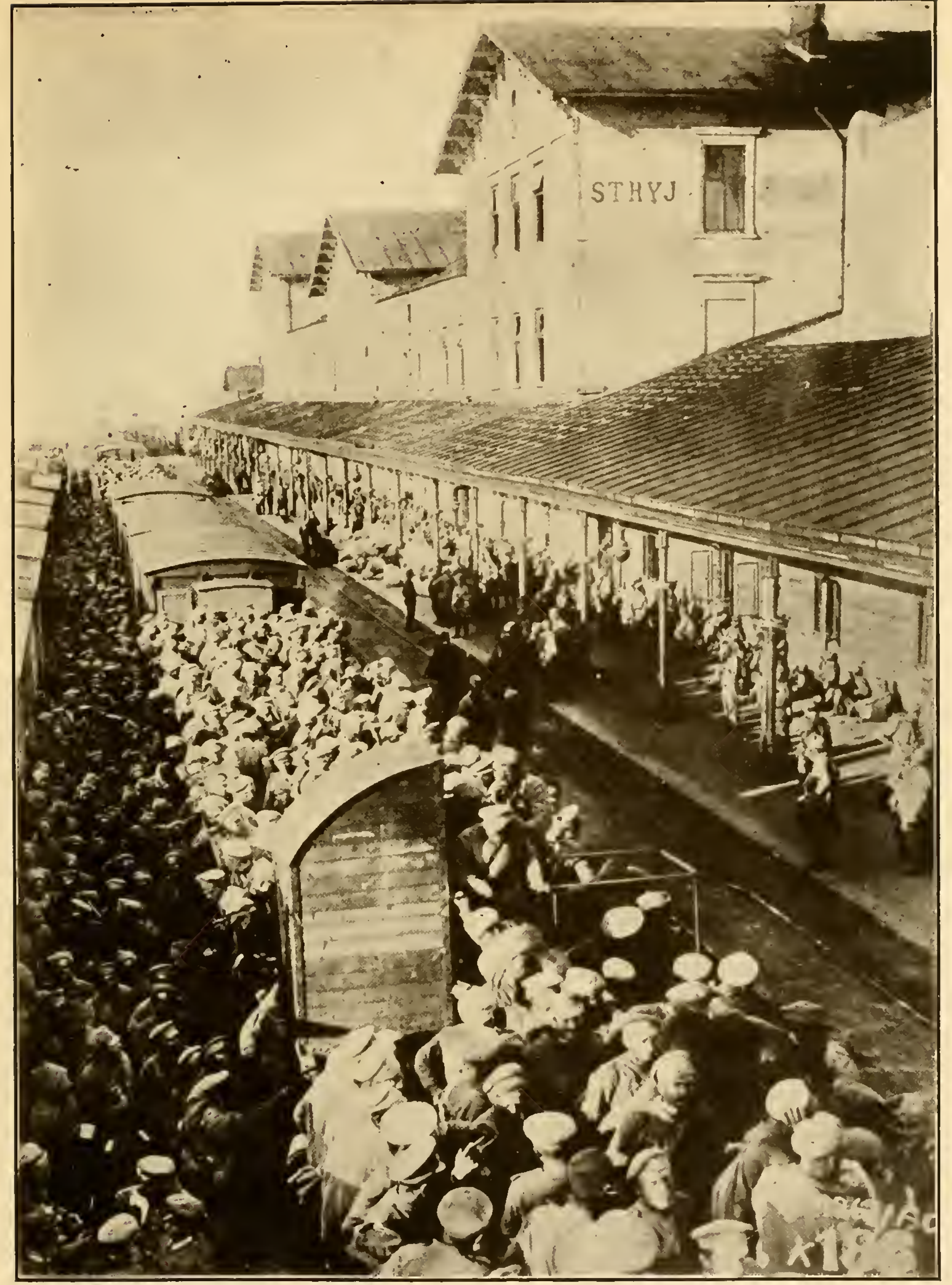
Propiedad registrada por el International News Service

COCINAS RUSAS DE CAMPAÑA

El ejército ruso emplea esta clase de cocinas de campaña. Las que se ilustran han sido capturadas por los alemanes.

PREPARANDO LA COMIDA AL KAISER

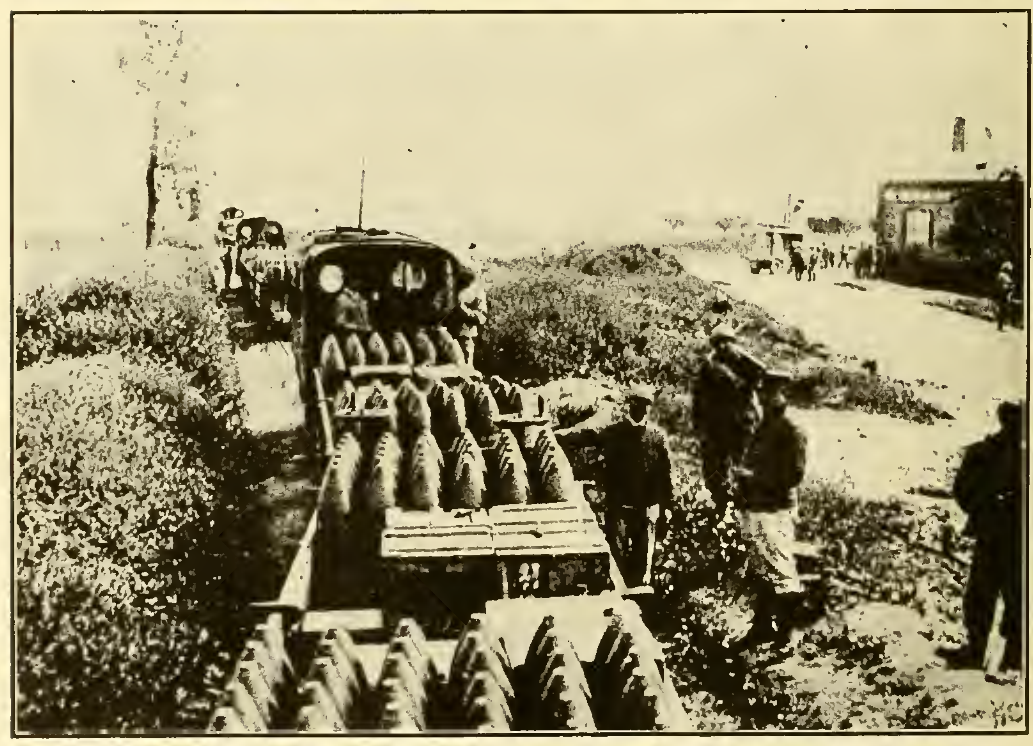
El cocinero en jefe disponiendo el almuerzo cerca del frente.



TREN CARGADO DE "CARNE DE CAÑÓN" EN GALIZIA

Este cuadro revela el típico problema militar ruso: hombres innumerables, pero equipo y aprovisionamiento inadecuados.





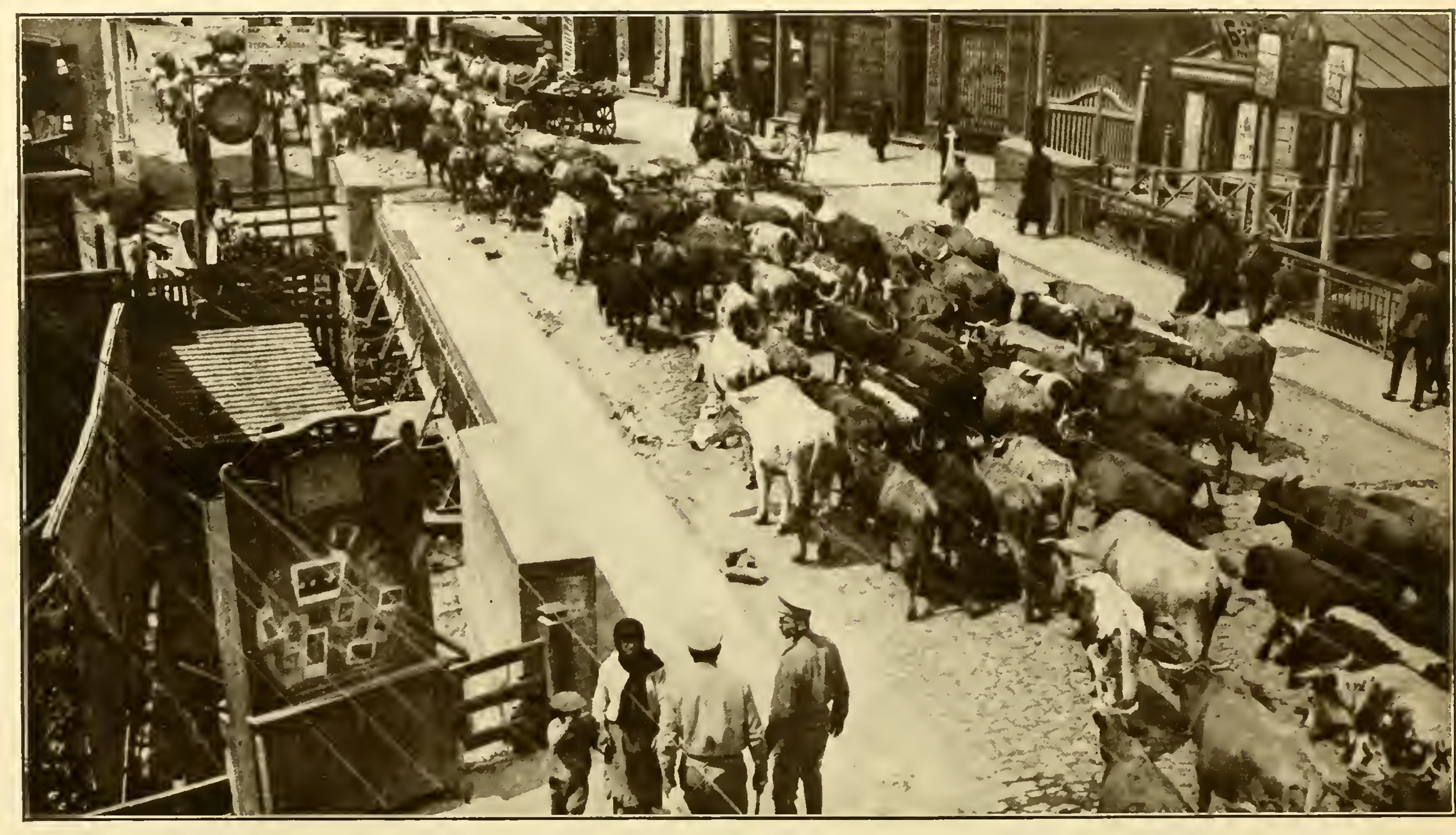
TRANSPORTE DE MUNICIONES Y PERTRECHOS

El grabado superior ilustra municiones y pertrechos destinados al frente, en la terminal ferroviaria. Desde allí se transportan a veces mediante una linea férrea ligera y estrecha, como se ve en el grabado inferior.



TRANSPORTE DE MUNICIONES Y PERTRECHOS

Al terminar la línea férrea las provisiones se transportan en camiones automóviles tan lejos como las condiciones del terreno lo permiten; luego llega el turno al acarreo a lomo de caballo y, por último, se hace necesario acudir al esfuerzo humano para recorrer el resto de la distancia hasta la entrada de las comunicaciones de las trincheras.



GANADO EN PIE

Parte del ganado que contribuyó a enardecer a los rusos hasta el extremo de que tomaron doscientos cincuenta mil prisioneros austriacos después de la batalla de Lemberg.



LOS RUSOS RETIRÁNDOSE DE GALIZIA ANTE EL AVANCE ALEMÁN

Estos carros, cargados de pertrechos y provisiones, van a ser colocados en vagones de carga. Al fondo y a la derecha se divisan sacos de comestibles. Los soldados han recogido y dispuesto grandes haces de heno que les servirán de cojines cuando se encaramen en lo alto de los carros para afrontar el traqueo del molesto trayecto hasta Varsovia.

Propiedad registrada por Underwood & Underwood

UN CONVOY SERVIO EN RETIRADA

El grabado descubre el motivo por el cual las provisiones no llegan a tiempo, y los decepcionados soldados tienen que acostarse con el estómago vacío.

PREPARANDO EL CAMINO

Los alemanes han tendido a prisa este puente sobre el Vístula y a consecuencia de la precipitación, grandes trozos de hielo que arrastra la corriente ponen al puente en peligro. Ocúpanse aquí en romper los témpanos para que pasen debajo del puente.

el otro ni *nunca* recibió Francia la respuesta. Jamás ha mencionado después Alemania estos avances: parece que ignorara haberlos hecho alguna vez. Mas al presente, cuando se estudian los métodos de la diplomacia alemana, es fácil comprender el objeto que la impulsaba: quería arrastrar a Francia a negociaciones vagas, misteriosas, sin propósito definido. Luego se habría dirigido a Inglaterra con el cuento de que "Francia conspira con nosotros contra vosotros." En una palabra, su objeto era provocar una contienda entre Francia e Inglaterra.

Pero—han argüido algunos—M. Delcassé podía haber conferenciado con Alemania por propia iniciativa sobre otro tema: Marruecos. A esto ha replicado siempre el ministro que había tanta razón para consultar a Alemania sobre Marruecos como para consultar a los Estados Unidos o Austria. Alemania no tenía interés especial en Marruecos. Las potencias del Mediterráneo eran las únicas interesadas en este asunto, y existían fundadas razones para conferenciar con ellas. Alemania no es una potencia en el Mediterráneo, y en diversas ocasiones había manifestado el mismo Príncipe Bismarck que Alemania no tenía intención de mezclarse en la cuestión del Mediterráneo.

Sea como quiera, Alemania comprendió que M. Delcassé era enemigo suyo y determinó deshacerse de él. En 1904 pudo ver realizados sus deseos.

Apelando a la jactanciosa rudeza que muchas veces había servido sus planes, declaró Alemania, en abril de 1904, que no reconocía el acuerdo francés sobre Marruecos porque no había tenido lugar conferencia alguna internacional sobre el asunto. El Kaiser se dirigió a Tánger, donde pronunció una arrogante arenga, y Francia se estremeció ante el fantasma de la guerra. En 1904 no estaba preparada para la guerra ni en sentido moral ni material. Creía en la paz internacional, en la amistad de las naciones, y en el arbitraje obligatorio. Sus arsenales estaban vacíos. Además, muchos franceses se resistían a creer que fuera plan premeditado de Alemania echar bravatas y amenazar a Francia. En una palabra, la mayoría opinó que era necesario ceder. Francia cedió. M. Delcassé presentó su renuncia y dejó el ministerio de Relaciones Exteriores que había desempeñado durante varios años.

Hoy, reconstruyendo mentalmente este período, nos preguntamos cuál de los servicios que M. Delcassé prestó a su patria fué el de mayor importancia: si el que hubiera conseguido, mediante su espléndida labor de siete años, establecer relaciones amistosas con Inglaterra e Italia o que, en el momento de su violenta caída del poder, hubiera revelado ante toda Europa los brutales designios de Alemania.

"Alemania," me decía en cierta ocasión, "sólo comprende y respeta una cosa: *la fuerza.* Los que hablan de halagar a Alemania o hacerle

concesiones se engañan lamentablemente. Si tenemos la desgracia de dar a Alemania siquiera un dedo, se apoderará de toda la mano, luego del brazo y en seguida del hombro. Nuestro cuerpo entero quedará preso en sus garras. No es necesario provocar a Alemania; pero si nos encontramos frente a frente y estamos seguros de nuestra posición, debemos manifestarnos intrépidos y resueltos. ¡Nada de debilidades!"

Y añadió:

"Los que me han sacrificado a las bravatas de Alemania imaginaron que así quedarían solucionados todos los problemas. ¡Error! Alemania no exige solamente el sacrificio de nuestra dignidad. Pretende territorio y riquezas. Intenta subyugar y dominar el mundo, y está resuelta a que sus intereses pasen primero que los derechos de los demás."

Al recordar hoy estas frases, pronunciadas hace más de trece años, es admirable observar cuán exacta era la apreciación del hombre que las formulaba, cuán clara era su visión del cataclismo que iba a desencadenarse sobre el mundo.

Pronto comprendería Francia quién tuvo razón y quién estuvo equivocado. Incidente tras incidente sucediéronse con rapidez tanto en Marruecos como en otras partes: los desertores de Casablanca, Agadir, el descenso de dirigibles alemanes en territorio francés.

Entretanto M. Delcassé, en su digno retiro, dedicábase a trabajar. Estudió los problemas de la armada, deseando que Francia ocupara el lugar que le correspondía entre las grandes potencias navales. En 1911 asumió la cartera de ministro de Marina y continuó en este puesto por dos años, laborando incesantemente en favor del aprovisionamiento de los arsenales, la concesión de contratos de blindaje y la construcción de la flota destinada, cuando llegara el momento, a unirse a la armada inglesa en la tarea de asegurar a los Aliados la supremacía marítima.

En 1914, cuando se declaró la guerra, todos se volvieron a M. Delcassé. Él había previsto el conflicto. Ahora que se había producido, si Francia no se encontraba aislada y contaba con poderosos aliados, debía a su ministro este estado favorable de sus asuntos internacionales. Por consiguiente, cuando se formó el ministerio francés para la defensa nacional, el 2 de septiembre de 1914, M. Delcassé hízose cargo nuevamente de la cartera de Relaciones Exteriores, y volvió a entrar después de una ausencia de diez años en el despacho del Quai d'Orsay donde había firmado convenios con Inglaterra y Rusia y sentado las bases de la alianza que vinculaba entonces a todas las naciones de la *Entente*.

Al asumir sus deberes en el despacho de Relaciones Exteriores su primer acto fué un golpe maestro. En las primeras cuarenta y ocho horas de su vuelta al poder negoció el famoso Tratado de Londres. Es como sigue:

Los que subscriben, debidamente autorizados por su gobierno respectivo, hacen la siguiente declaración: Los gobiernos británico, francés y ruso se comprometen mutuamente a no firmar la paz por separado durante el curso de la guerra actual. Los tres gobiernos convienen en que, llegado el momento de discutir las condiciones de paz, ninguna de las potencias aliadas fijará los términos sin acuerdo preliminar con cada uno de los demás aliados.

(*Firmado*) PAUL CAMBON,
BENCKENDORFF [*Conde De*],
EDWARD GREY.

La siguiente línea estaba agregada a este documento:
"*Esta declaración será publicada hoy.*"

(*Firmado*) DELCASSÉ.
4 de septiembre de 1916.

Ésta es la Constitución de los Aliados, el pacto solemne que los une. Es el muro contra el cual se han estrellado en vano todas las tentativas alemanas para debilitar o destruir la alianza. Aun cuando M. Delcassé no hubiera realizado otra cosa durante su segundo ministerio, habría con esto sólo rendido un servicio de valor incalculable a su patria.

Es demasiado prematuro todavía juzgar su labor durante el primer año de la guerra. Prodújose un triunfo incontestable: la entrada de Italia en la guerra del lado de los Aliados. Hubo también un desastre inevitable: la entrada de Bulgaria del lado de Alemania.

La política de M. Delcassé en los Balkanes fué muy sencilla, y sin embargo, es preciso reconocer cierta grandeza en su concepción. Esta política consistía en alinear todo el grupo de los estados balkánicos contra Alemania, para lo cual era necesario apaciguar a los irritados búlgaros y pedir ciertos sacrificios a los griegos, los servios y los rumanos. A esta labor se dedicó M. Delcassé, alentado por Inglaterra y particularmente por Rusia, quien tomó a su cargo garantizar la lealtad de Bulgaria. M. Delcassé tenía pocas ilusiones con respecto al valor e importancia de la cooperación de Grecia, pareciéndole lo más esencial reconciliar a los servios con los búlgaros y reconstituir una alianza balkánica contra las Potencias Centrales. Se equivocaba, y fracasó; pero la larga serie de errores inspirados por la situación balkánica durante los dos últimos años atenúa en gran manera la gravedad de su error. Puede afirmarse sin temor que cualquier estadista europeo, que hubiera juzgado posible unir pacíficamente las cuatro o cinco razas que habitan la península balkánica, habría cometido igual error. Todo estadista europeo que confíe demasiado en cualquiera de los estados balkánicos y que sea tan necio que juzque aquella raza según la norma de las demás razas euro-

peas, será burlado de igual manera. No existe pueblo alguno en el mundo a quien se adapte mejor el dicho de los Estados Unidos: "Sabor de champaña, valor de cerveza." Cada uno de los reinos de los Balkanes tiene a su disposición recursos comparables con los de Suiza o Colombia; a creerles, cada uno iguala aproximadamente en extensión al Austria o al Brasil y posee el dominio de todo el Cercano Oriente.

Como quiera que sea, M. Delcassé dejó por segunda vez el ministerio de Relaciones Exteriores en noviembre de 1915, retirándose a la vida privada.

Las personas de justo criterio habrán de reconocer que fué él quien edificó el baluarte que la civilización sostiene todavía contra las Potencias Centrales. Fué él quien comprendió primero el peligro alemán y trabajó en levantar el parapeto que había de contrarrestarlo; fué él quien reunió el grupo, entonces disperso, de los Aliados de hoy; fué él quien, después de reconciliar a su patria con Inglaterra, trabajó para reconciliar a Inglaterra con Rusia. Y a él se debe que el 4 de septiembre de 1914 cimentara la unión de las Potencias Aliadas y convirtiera a los adversarios de Alemania en un bloque tan firme de granito que no ha podido ésta arrancar un solo átomo al golpe de su cincel.

Por esta razón el nombre de Delcassé subsistirá siempre unido a la historia de la Triple Alianza y a la historia de las Potencias Aliadas en esta guerra.

2. EL MARISCAL JOFFRE

Mucho se ha escrito ya acerca del mariscal Joffre; pero mucho queda por decir antes de que el tema se agote. Tal es la excusa del escritor por el presente esbozo.

A Joffre corresponde la gloria de haber sido quizá el único en prever la clase de guerra en que el mundo estaba empeñado: una guerra de movimientos lentos en el frente de batalla, una guerra en que la paciencia es más útil que el valor y en que el entusiasmo obtiene menos resultados que los cálculos escrupulosos.

Todavía me parece oír decir a Joffre:

"De ahora en adelante no serán los generales quienes decidan la suerte de las batallas, sino los coroneles y aun los simples capitanes. . . . El conflicto se extenderá en frentes de cuatrocientos o quinientos kilómetros, y en campo tan vasto que las disposiciones de un solo hombre no serán suficientes. Ninguna mente finita puede concebir y desenvolver movimientos en tablero tan enorme. . . . El general habrá cumplido su deber cuando reúna en el sitio elegido las tropas que allí se necesiten. Los coroneles y capitanes son los que deben entrar a escena tan pronto como hayan estallado los primeros disparos; ellos han de decidir la suerte del encuentro. Ven-

cerán las tropas que puedan sostenerse más tiempo, las que tengan más aliento, más potencia de retención, fe más inconmovible en el triunfo final."

Díjome estas palabras en agosto de 1912, pocos días antes de encaminarse a dirigir las grandes maniobras del ejército francés en Turena. *Le Matin* repitió sus palabras en aquel tiempo; pero jamás las habría olvidado yo en ningún caso. Recuerdo todavía su aspecto en el obscuro despacho del Consejo Supremo de guerra en los Inválidos; recuerdo todavía los claros y azules ojos; recuerdo su voz de entonaciones suaves y enunciación deliberada. Nunca ojos algunos penetraron el futuro con mayor claridad; jamás voz humana lanzó profecías cumplidas en forma más admirable.

Hombre más sereno no podía encontrarse en nuestra hirviente, tumultuosa Francia. El dominio de sí mismo es el rasgo característico dominante de Joffre, y probablemente a este dominio de sí mismo debió Francia su salvación en septiembre de 1914.

Eran abrumadoras en aquellos días las responsabilidades del comandante en jefe. Aun cuando no había confusión de espíritu en ese período, sufrimos, sin embargo, cruelmente. En vez de la victoria esperada en Alsacia prodújose la invasión ominosa, la embestida gigantesca de las hordas alemanas avanzando a marchas forzadas sobre París. El gobierno ordenó únicamente al comandante en jefe "sostenerse y pelear." Sobre los hombres de Joffre pesaba la suerte de Francia. Por potentes que fueran, vióse precisado a detenerse; pero su espíritu templado jamás desfalleció. Su presencia de ánimo, resultado de su vida perfectamente metodizada, creaba en torno suyo una atmósfera de paz, de serena confianza.

M. Millerand refiere que al ser nombrado ministro de Guerra, su primera idea fué buscar al general Joffre. Le encontró en una casita en Romilly, a orillas del Marne, dueño de sí mismo, tranquilo, sereno, como si la tragedia militar de aquellos días fuera una maniobra ordinaria.

El general Joffre manifestó sus planes al ministro, expresándose con la mayor sencillez y claridad; y M. Millerand afirma que salió de la pequeña casita de Romilly tranquilo y confiado, admirando tanta sangre fría. La presencia de ánimo constituye, en verdad, la primera condición para la conquista del destino.

La Francia se siente orgullosa de haber producido el soldado más egregio de la historia, y a la vez el soldado más sencillo de que jamás haya podido vanagloriarse. Escuchemos la orden del día publicada la noche del 12 de septiembre de 1914, después de haberse ganado la victoria del Marne:

La batalla que se ha desarrollado durante cinco días ha terminado en

victoria. El triunfo se debe a nuestra vigorosa reacción contra la ofensiva. Todos y cada uno, oficiales y soldados, habéis respondido noblemente a mi llamamiento. Vuestra patria os está reconocida.

Considerando que la victoria del Marne es probablemente el mayor triunfo de la historia, se deduce que el héroe del Marne es el soldado más egregio de la historia. ¿No es admirable, por ventura, que tal hombre anunciara su triunfo en términos tan simples, tan concisos, tan medidos?

Nos hace recordar a Fabio, a quien los legionarios romanos llamaban "*Cunctator*" (El reposado); pero Joffre es todavía superior a Fabio. No solo posee la simplicidad modesta de los eminentes generales romanos sino que aúna todas las grandes cualidades francesas: la resistencia infinita ante el sufrimiento, el buen criterio infalible, la economía innata que le hacía extremadamente cuidadoso de no malgastar la sangre de sus soldados. Posee también toda la chispa y la jovialidad del *esprit* francés.

Cierto día en París fué reconocido por la multitud en momentos en que abandonaba el despacho de Relaciones Exteriores, donde acababa de celebrarse un gran consejo de guerra. Rodeáronle inmediatamente y rodearon su automóvil. Le aclamaron con entusiasmo, y, en el instante en que ponía el pie en el estribo, gritó una voz ansiosa: "¿Cuándo terminará la guerra?"

El general Joffre miró sonriente a la multitud y luego, volviéndose a su *chauffeur*, exclamó:

"¿Has oído, Martin? ¿Cuándo terminará la guerra?"

La muchedumbre rió alegremente y le aclamó con mayor entusiasmo que nunca. La aguda y traviesa respuesta *era Joffre*, pura y simplemente.

Sus soldados le amaban y respetaban a la par, y le habían dado el familiar apodo de "Abuelo." También le llamaban "Nuestro Joffre" porque sentían que les pertenecía y que era uno de ellos, y porque esto era lo que ellos deseaban que fuera. Mas no debe imaginarse que Joffre se había conquistado el cariño de sus hombres disimulando y tolerando sus pecadillos. Severo para consigo mismo, probó que podía ser también severo para con los demás. Jamás tuvo la disciplina custodio tan inflexible. Era despiadado con los generales ineptos o infortunados; sesenta y cuatro fueron destituídos o retirados del servicio en menos de un año. Tampoco toleraba faltas de corrección en los oficiales ni en los soldados. Cuando llegó a su conocimiento que en el campo de batalla del Marne recogían sus hombres incidentalmente los agudos yelmos u otra clase de armas o equipo de los prusianos muertos, para enviarlos como recuerdos y trofeos a su familia, prohibió esta costumbre en una orden redactada en los términos más severos. La orden fué obedecida, y se veía después a los soldados pasar sin lanzar siquiera una mirada a los yelmos alemanes que cubrían los fosos y las carreteras. ¡Comparemos tal

escrupulosidad con la fácil tolerancia que permitía a los oficiales alemanes apoderarse de la vajilla y mantelería encontradas en las casas vacías y remitirlas por fardos y cajones a sus familias en Alemania!

Por otra parte, los soldados sabían que el "Abuelo" procuraba salvarles la vida por todos los medios posibles. Fué el general Joffre quien, desde los primeros días de la guerra, dió la orden de abandonar los llamativos pantalones rojos substituyéndolos por los azulados. Fué él quien decretó que se cubrieran los rojos quepis de los oficiales, que ofrecían blanco tan visible a los tiradores alemanes, y que se eliminaran del todo las decoraciones, botones de metal, y cuanto pudiera servir de punto de mira.

"Acabará por hacer que cada uno de nosotros se envuelva en una nube que nos haga del todo invisibles," decían riendo los *poilus*.

¿Qué falta por decir? ¿Que formulaba órdenes y decisiones modelos de claridad, de concisión de elocuencia? . . . Su famosa proclama la víspera de la batalla del Marne ofrece excelente ejemplo. Comenzaba con la vibrante frase: *Cueste lo que cueste, ha llegado la hora de avanzar; mueran todos en su puesto antes que retroceder.* Esta orden ocupará siempre un lugar glorioso en los anales de Francia. Es lástima verdaderamente que el público del mundo entero, las naciones extranjeras, no puedan conocer las cuatrocientas o quinientas órdenes del día que lanzó durante el tiempo en que fué comandante en jefe del ejército francés. El rasgo característico de estas proclamas es que, conforme se las lee, siente uno constantemente el deseo de exclamar: "¡Naturalmente! ¡Tiene mil veces razón!" Estaban tan llenas de sentido común que nadie podía pensar en discutirlas. Era inútil.

El 24 de diciembre de 1916, el Gobierno de la República francesa, al concederle un descanso bien merecido, otorgó al general Joffre el honor militar más elevado, honor que no se había conferido en cuarenta y cinco años. Fue nombrado Mariscal de Francia. Pero esta recompensa es insignificante frente al lugar que el vencedor del Marne ocupará eternamente en el corazón del pueblo francés. No existe una sola cabaña en toda Francia donde no se encuentre en algún cuarto el retrato de Joffre; no hay ciudad tan escasa de patriotismo que no se enorgullezca de contar con una estatua de Joffre en alguna de sus plazas públicas. Durante muchos siglos no existirá niño alguno que no aprenda a deletrear repitiendo el nombre de Joffre. Por generaciones infinitas continuará siendo el "Abuelo" reverenciado que salvó a toda la familia francesa en la hora del peligro.

II

LA INVASIÓN DE BÉLGICA

Por Arno Dosch-Fleurot

La víspera de la entrada de las tropas alemanas en Bruselas, el 19 de agosto, día en que ocuparon Lovaina, me dirigí de Bruselas a Lovaina en automóvil acompañado por otros tres corresponsales norteamericanos. Sin advertirlo ni ser detenidos por avanzadas, atravesamos el espacio que mediaba entre los belgas en retirada, y los alemanes que avanzaban. Los invasores nos sorprendieron en Lovaina, y al descubrir nuestra presencia, nos retuvieron en la ciudad por tres días bajo palabra de honor. Esto nos permitió conocer y admirar la hermosa y antigua ciudad intelectual de Lovaina. Antes de cumplirse una semana, dos de nosotros regresamos y la encontramos incendiada.

En aquel período, cada día señalábase por acontecimientos excepcionales en Bruselas. Era un miércoles; la noche anterior la Reina y la Corte se habían dirigido precipitadamente a Amberes. Las calles, llenas de gente la víspera, se veían casi desiertas. Unos cuantos transeuntes pasaban rápida y silenciosamente. Ni siquiera los guardias civiles, con sus sombreros de alta copa y sus escarapelas, hacían la ronda en las calles. Sólo las banderas belgas que flotaban en el frente de todas las casas indicaban que la ciudad no había sido abandonada.

Los cuatro periodistas que componíamos el grupo—Mr. John T. McCutcheon, Mr. Will Irvin, Mr. Irvin S. Cobb y yo—habíamos estado gestionando durante dos días permiso para salir de la ciudad con el objeto de presenciar algo de la lucha entre germanos y belgas, y aquella mañana estábamos listos para partir. Mr. Brand Whitlock, ministro de los Estados Unidos, había intervenido en favor nuestro; y además de nuestros pasaportes, teníamos testimonios fehacientes del cónsul general, Mr. Ethelbert Watts, explicando que éramos ciudadanos norteamericanos. Con todos estos documentos, nos dirigimos a la *Gendarmerie,* sólido y antiguo edificio, para obtener los pases libres.

Entrando por el postigo de una gran puerta de madera, pasamos bajo una bóveda baja, profunda, y luego nos encontramos en presencia de

seis guardias sin afeitar, sentados ante una mesa larga y rústica colocada en el patio. Sus uniformes no daban indicio de su categoría; pero la manera en que nos invitaron a aproximarnos no admitía duda alguna acerca de su autoridad. Mientras formulábamos nuestra solicitud, noté que el patio estaba lleno de carros militares, montones de granos y provisiones. Unos cincuenta caballos eran ensillados aun antes de dejarles concluir su ración matinal. Desde un alta ventana alguien arrojaba sacos de cereales que se cargaban apresuradamente en los carros.

Nos dijeron que no se otorgaba pase libre.

—Pero ustedes pueden probar a servirse de estos documentos—sugirió uno de los guardias, señalando nuestros pasaportes.

Nuestra experiencia de dos días en Bruselas nos había enseñado a aprovechar inmediatamente toda ocasion que se presentara, de manera que partimos de prisa. Pero como sólo uno de nosotros hablaba francés, y lo hablaba muy poco, decidimos detenernos en la legación norteamericana para que alguien explicara a nuestro *chauffeur* lo que queríamos que éste hiciera.

Al doblar la esquina de la Rue de Trèves vimos la bandera de los Estados Unidos flameando en la fachada de la legación. Era el primer indicio de la amenaza de una invasión alemana. Pero aun en tales circunstancias no esperábamos, como no esperaba el pueblo de Bruselas, otra cosa que una incursión de caballería.

Ordenamos al *chauffeur* avanzar tanto como pudiera, pero nuestro automóvil pudo seguir apenas unas seis cuadras. Allí nos vimos detenidos por una doble hilera de tranvías descarrilados a través de la avenida. Evidentemente, aquélla era una medida de defensa contra la esperada incursión de ulanos: los tranvías estaban dispuestos en forma tal que hacía imposible una carga directa. La barricada había sido levantada por una compañía de ciudadanos, de edad mediana, vestidos con chaquetas azules, recogidas en la cintura por la correa de la espada: el mismo uniforme de- la revolución de 1830 que hizo de Bélgica un reino independiente.

Al principio, los leales ciudadanos armados no se hallaron dispuestos a dejarnos pasar; pero uno de ellos dijo, refiriéndose al *chauffeur:*

—Dejemos que gane la carrera.

Y esto pareció argumento más poderoso que nuestros pasaportes. Permitióse, pues, a nuestro automóvil describir una letra S atravesando la barricada, y pasamos la avenida. Encontramos muchos otros vecinos armados que se ocupaban en tender alambrado de púa atándolo a los árboles de las avenidas, y en volcar carros en las bocacalles. Luego, por un trayecto de una o dos millas, vimos muchos transeuntes paseando o sentados en los parques y aun amas paseando a los niños. Pero después de haber pasado el puesto de los guardias cívicos en la barricada erigida al

borde del bosque de Soignies, nos encontramos solos en el camino que conduce a la aldea de Tervueren, donde está el Museo del Congo levantado por el Rey Leopoldo II.

Nos hallábamos ya lejos de la ciudad y seguíamos avanzando. No encontramos ni siquiera un centinela en un trayecto de dos o tres millas antes de llegar a Tervueren. En esta aldea, media docena de personas se hallaban sentadas frente a un café y nos miraron con asombro cuando vieron que tomábamos el camino de Lovaina. El camino se divisiba desierto también; encontramos solamente un soldado belga en bicicleta y le invitamos a subir al automóvil, esperando que nos diera informaciones.

A medio camino de Lovaina, en un punto desde el cual puede verse parte del campo de batalla de Waterloo, nos cruzamos con algunos refugiados cargando líos a la espalda. Detuviéronse sólo el tiempo suficiente para decirnos que venían de Tirlemont, punto importante inmediato a Lovaina.

—¡Los ulanos!—exclamaron, reanudando apresuradamente su marcha hacia Bruselas. En su tono había el terror que se dejaba sentir en la voz de los colonos norteamericanos cuando exclamaban: "¡Los indios!"

En el trayecto de la media milla siguiente, el camino estaba lleno de refugiados de toda edad y condición: labriegos que llevaban sus enseres domésticos en carros tirados por bueyes, pobladores urbanos en carruajes, jinetes, mujeres a pie. Vi en un carro once niños y una anciana. En una carreta, una anciana abuela de aire muy digno, estaba sentada en una silla que parecía haber pertenecido al rincón de la chimenea. Dos mozas de mejillas encarnadas, con las faldas recogidas, llevaban un baúl. Habían cargado ese baúl cuando menos por un trayecto de ocho millas.

Aquellos que calzaban zapatos de cuero daban señales de irritación en los pies. Algunos llevaban sus zapatos en la mano. Los que calzaban zuecos marchaban con firmeza. De vez en cuando, al dejarse oír el estruendo de los cañones más allá de Lovaina, la columna entera de refugiados apretaba el paso. Los niños, tomados de la mano de los padres, se veían forzados a correr. Castigábase a los bueyes obligándolos a una carrera grotesca. Los que llevaban cargas livianas se adelantaban a los que llevaban pesados líos. Pero nadie abandonaba su fardo. Mientras más nos aproximábamos a Lovaina y más resonante era el cañoneo, tanto más apresurados y silenciosos se mostraban los fugitivos. Si alguno acertaba a mirarnos, apenas parecía vernos. Sólo unos cuantos se detenían, dirigiéndonos miradas de asombro. Su expresión nos interrogaba qué clase de locura se había apoderado de nosotros.

Entre los refugiados encontramos un soldado belga, llevando aún su rifle.

—¿Dónde están los ingleses? ¿Dónde están los franceses?—nos pre-

guntó; y al detenernos para contestarle, los refugiados que cerraban el camino, repitieron la pregunta.

—¿Están cerca los ingleses?—nos interrogaron en tono suplicante. Contestamos que no sabíamos, pero les aseguramos que el camino a Bruselas estaba libre y seguro.

Por primera vez, encontramos soldados en grupos de dos o tres, y de cada grupo partían las mismas preguntas:

—¿Dónde están los ingleses? ¿Dónde están los franceses?

Pronto comprendimos la razón de esta ansiosa pregunta. Los belgas habían contenido el avance por cerca de tres semanas. Lieja había caído cuatro días antes, y sus soldados pelearon cada pulgada de terreno en la retirada. Día a día habían esperado refuerzos franceses y británicos y, como la capital estaba amenazada, no podían creer que sus aliados se encontraran lejos y no vinieran en su auxilio.

Efectivamente, el ejército alemán tuvo su primer encuentro con el ejercito francés en Namur, plaza situada a veinticinco millas al sudeste de Bruselas, y no fué sino dos días después de la ocupación de Bruselas cuando las avanzadas germanas, en marcha directa de Bruselas a Mons, libraron su primera escaramuza con el ejército inglés en Bray, pequeña ciudad situada cerca de la frontera francesa.

En la aldea de Laefdael, a cuatro millas de Lovaina, encontramos una fuerza de diez mil soldados belgas, reunida en un valle al norte del camino por el cual los alemanes avanzaban desde el sur y donde se hallaba oculta al adversario. El flanco derecho de los belgas quedaba a lo largo del camino, y nosotros pudimos examinar los componentes de su ejército. Los soldados estaban polvorientos, lastimados los pies; casi todos daban señales de agotamiento y dormían sobre el césped; pero los que se hallaban despiertos nos sonreían y saludaban con las manos. Entre centenares de fisonomías en aquel bravo y pequeño ejército no pude descubrir la expresión de la derrota. Y, a pesar de su actitud descuidada, guardaban buen orden militar. Diseminados entre las tropas se veian los cañones de tiro rápido tirados por perros, que habían desempeñado tan admirablemente su parte en la retirada de Lovaina. Esos perros belgas, tendidos al sol y jadeantes, daban al cuadro un tinte particularmente patético. Todo parecía insignificante e ineficaz contra el ejercito invasor germano, con su medio millón de hombres y su equipo completo. Pero tres días después, cuando volvimos por el mismo camino, la destruída ciudad de Laefdael y las tumbas de soldados en el lado meridional de la carretera, demostraban que los belgas y sus ametralladoras se habían portado bien aquella tarde antes de retirarse.

A una milla de los baluartes de Lovaina, dos fotógrafos cinematográficos ingleses, que viajaban en automóvil, nos detuvieron manifestán-

donos que era peligroso proseguir más adelante. Mientras conversaba con ellos, vi que un soldado asomaba la cabeza sobre la espesura de un campo de remolacha al lado de la carretera. Miré con más atención entonces y descubrí que el campo estaba lleno de soldados belgas, tras de cada montón de heno y cada arbusto. Pero el cañoneo era aún vigoroso en la dirección lejana de Lovaina y no consideramos muy arriesgado avanzar algo más. Por otra parte, sabíamos que Lovaina era el cuartel general del ejército belga y creímos que todavía continuaba siéndolo. Sin embargo, aquella mañana a las diez el Rey Alberto había trasladado sus cuarteles a Malines.

Nuestro *chauffeur* se atemorizó ante lo que dijeron los fotógrafos cinematográficos, rehusando proseguir. Dijo que no quería aventurar su automóvil. De modo que le ordenamos que nos esperara y nosotros cuatro nos encaminamos a pie hacia Lovaina. Una muchedumbre de refugiados llenaba la carretera; pero nosotros nos hallábamos harto interesados en aproximarnos a la línea de combate para poner atención en ellos. A las preguntas de: "¿Dónde están los ingleses? ¿Dónde están los franceses?" contestábamos meneando la cabeza. No podíamos animarnos a responder. Sabíamos perfectamente lo que aquella pregunta significaba. Sólo cuando pasamos los antiguos baluartes entrando en un bulevar encontramos el camino libre de refugiados, quienes no habían atravesado Lovaina, sino pasado al rededor, por los baluartes. No obstante, las calles estaban llenas de gente. El barrio por el cual entramos era el más pobre y más antiguo, y las angostas calles se veían repletas en algunos puntos; sin embargo, los pobladores nos abrían camino cortésmente. No se revelaban indicios de pánico y ello nos infundió valor para proseguir. Pensamos que aquella gente estaba en las calles simplemente con el objeto de oír el cañoneo.

Detuvimos a un sacerdote para preguntarle el camino que debíamos seguir, y nos condujo a un convento, situado a unas cincuenta yardas, en busca de otro sacerdote que, según dijo, sabía hablar inglés. Al entrar por la baja y fresca bóveda, tan común en los edificios belgas, vimos a los sacerdotes en el fondo del jardín entre perales y espalderas. Comentamos el hecho de haber encontrado un lugar al cual no llegaba la desolación de la guerra. Una semana después el convento estaba reducido a ruinas.

Los sacerdotes se adelantaron a recibirnos sin querer escuchar nuestras excusas hasta que hubimos descansado y bebido un vaso de vino rojo y ligero. Observamos que para ellos la guerra se desarrollaba en un mundo distinto, a pesar de que el cañoneo se oía bien fuerte. Después de algunos minutos nos dirigimos a la plaza mayor donde todavía esperábamos encontrar el cuartel general belga. Había entonces el doble de gente en las calles. Aun las muchachas y las mujeres jóvenes, que por lo común

se encierran en el hogar en Bélgica, se hallaban fuera en aquel momento. Sin embargo, cuando la multitud nos saludaba con su cortesía habitual, bajaban los ojos como niñas educadas en el convento. Siempre que decíamos que éramos norteamericanos, brotaba por donde pasábamos la exclamación: *"Vive les Américains!"*

No habíamos avanzado mucho por la serpeante Rue de Bruxelles, mirando la gótica fachada del Hôtel de Ville, cuando un automóvil desembocó por el norte atravesando la calle en dirección a Bruselas. Los ocupantes, a quienes creímos periodistas de Bruselas, nos gritaron algo, pero sólo pudimos entender la palabra "peligro."

Apenas habrían pasado cuando ocho o diez soldados belgas, los primeros que veíamos en la ciudad, se precipitaron por una avenida viniendo del sur y atravesaron de carrera la Rue de Bruxelles. Su paso produjo cierta conmoción, pero tan pronto como estuvieron fuera del alcance de la vista todas las miradas volviéronse nuevamente calle abajo. Nadie habría adivinado lo que acababa de pasar.

A veinte pasos de distancia de la avenida un jinete dobló la esquina de una calle lateral, penetrando en la Rue de Bruxelles. Vestía un uniforme mal entallado, gris terroso, y llevaba una larga lanza de acero. Seguíale muy de cerca otro hombre de uniforme gris, montado en bicicleta y llevando una carabina colgada del manubrio. Quedé plantado diez segundos en medio de la calle mirándoles, antes de comprender que eran soldados alemanes. Luego recordé que los belgas se hallaban en la avenida y me guarecí en el umbral más cercano. No hubo tiroteo, sin embargo. Los alemanes penetraron en la calle siguiente sin ser molestados, examinando curiosamente nuestro grupo conforme pasaban.

Comprendimos al punto que era tiempo de regresar a nuestro taxi. Los vecinos de la ciudad, comprendiendo también la necesidad de que escapáramos—la mayor parte de ellos nos tomaban por ingleses—nos abrieron paso. Pero antes de llegar al baluarte tuvimos tiempo de contemplar las grises espaldas y brillantes bayonetas de una columna de infantería que doblaba desde el bulevar sobre el camino de Bruselas. Delante de ellos avanzaban algunos fugitivos rezagados de Tirlemont.

A la infantería siguió una compañía de lanceros, capitaneada por un jinete que marchaba a la cabeza, con la pistola automática en la mano y escudriñando sus miradas las casas y los rostros, alerta al primer falso movimiento, mientras los demás seguían tras él, impasibles. Luego avanzó una compañía a bicicleta, luego más infantería y caballería, y a la cabeza de cada compañía un hombre con la pistola preparada. Veíanse claros en las filas de algunas compañías y había muchas sillas de montar vacías. Eran los hombres que habían obligado a los belgas a retirarse; e inmediatamente detrás venían los cañones de tiro rápido y las grandes

piezas de artillería. Los caballos que arrastraban la artillería pasaban al trote por el bulevar, y menos de media hora después los oímos en Laefdael.

Parecíame que jamás iba a olvidar los menores detalles del primer avance sobre Bruselas; pero recuerdo dos pequeños incidentes con mayor precisión. Noté que uno de los lanceros miraba fijamente mi chaqueta y, al poner la mano para ver lo que atraía su atención, me encontré con que llevaba todavía los colores de los Aliados: los colores belgas, franceses, ingleses y rusos. El lancero, sin embargo, no hizo sino sonreír ante mi turbación. Tan pronto como se alejó, me quité el emblema. Poco después aparecieron los primeros ulanos. Fueron reconocidos inmediatamente por la copa chata de sus yelmos, y alguien lanzó un silbido cerca de mí. Hubo un momento en que el cañón de una automática pasó ante nuestros ojos con dolorosa lentitud. Pude sentir que la muchedumbre se inclinaba y respiraba luego con alivio cuando los ulanos se alejaron. Por alguna razón, que no descubrí sino dos semanas después de permanencia en Bélgica, los ulanos habían adquirido reputación de sanguinarios. Efectivamente, se mostraron tan brutales como los demás soldados del ejército alemán. Todos se hallaban regidos por normas inflexibles. Eran crueles porque también lo eran las órdenes que recibían.

El fenómeno más difícil de pintar respecto a la entrada de los alemanes en Lovaina es la quietud que reina en la ciudad. Excepto por las pisadas de talones alemanes, el pasar de caballos alemanes y el estruendo de la artillería invasora, podía oírse el menor suspiro en cualquier recinto de Lovaina. En momentos en que la población entera se hallaba presa de esta tensión nerviosa, un aeroplano militar alemán del tipo *Taube* voló a baja altura sobre la ciudad y todos los ojos miraron con asombro la cruz negra imperial pintada en las grandes alas, símbolo de la invasión germana.

Como si el capricho imperial hubiera querido dar otro signo de su poder, en aquel momento un claro y agudo sonido de flauta procedente de la curva que forma la Rue de Bruxelles, rompió el silencio, y un automóvil de guerra alemán, gris e inmenso, atravesó velozmente la calle. El automóvil presentaba dos largas y afiladas cuchillas, en forma de guadaña, aseguradas al vehículo casi desde el suelo en la parte frontal y que lo rodeaban hasta la parte posterior. Eran solamente cortaalambres, para que el automóvil pudiera atravesar alambrados de púa, pero daban al vehículo un aspecto siniestro. Dentro iba sentado un oficial del estado mayor general que evidentemente se dirigía a organizar el ataque contra Laefdael; y junto al *chauffeur,* sólo se veía un hombre armado, el heraldo, con un curioso instrumento de bronce en los labios que emitía un sonido penetrante por sus cuatro bocinas anunciando a la

comarca la presencia de un hombre a quien valía la pena de exterminar. Fué un rasgo de la audacia imperial que Lovaina admiró.

Se nos había hecho creer que los alemanes estaban sólo practicando un reconocimiento y que antes de entrada la noche podríamos volver hacia el norte llegando de nuevo a las líneas belgas. Pero las tropas alemanas continuaron arribando por el camino de los baluartes durante toda la tarde, y cuando aparecieron los trenes de abastecimientos y las estufas de cocina comprendimos que se trataba de una invasión. Otros automóviles de guerra pasaron también y, a una hora avanzada de la tarde, un fuerte destacamento de infantería. La noche se aproximaba y advertimos que nos encontrábamos en situación algo peligrosa. Los invasores podían tomarnos por espías. Previéndolo así habíamos tenido la precaución de mezclarnos con la muchedumbre, lo cual nos sirvió para no despertar la atención de los alemanes. Pero ahora era necesario comunicar nuestra presencia a la policía.

Cunando llegamos a la plaza mayor vimos una media docena de automóviles militares alineados ante el Hôtel de Ville cuya belleza ocultaban en parte algunos andamios levantados para depositar pertrechos. La Rue de la Station, la calle más ancha de la cuidad, estaba también llena de automóviles y oficiales de tipo característicamente prusiano. Por una angosta calle bajaba una columna semejante a la que había pasado por los baluartes, encaminándose también por la calle que conduce a Bruselas. A las seis de la tarde habíamos visto pasar unos treinta mil hombres en dirección a Bruselas, todos con sus trenes de equipo y aparatos de cocina. Corrían las voces de que la ciudad de Lovaina se había convertido en el cuartel general de los invasores, y decíase que a las tres, aquella misma tarde, el general alemán había tomado posesión del palacio que el Rey Alberto abandonara a las diez de la mañana.

Intentamos conseguir un intérprete dirigiéndonos a una escuela de idiomas situada en la plaza mayor; pero el intérprete no pudo venir hasta más tarde, y mientras tanto nos mezclamos entre los pobladores de Lovaina para presenciar el espectáculo. Mientras mirábamos atentamente el desfile de una columna de tropas que no parecía tener término marchando a través de la angosta calle, una división de infantería apareció por la Rue de la Station, en orden de parada, cantando la canción popular de opereta: "Cada movimiento tiene su porqué." Los ecos de la canción se prolongaron hasta que un regimiento rompió a entonar aquella otra: "En la noche." Era evidente que las tropas estaban frescas y gozaban de buen humor. Habían tenido una pequeña escaramuza en Diest durante la mañana, lo suficiente para levantar su espíritu, pero no habían participado en una verdadera lucha como los soldados que pasaron por los baluartes.

Para no quedar atrás y sintiendo al mismo tiempo algo más la seriedad de la guerra, una compañía que había estado en Lieja y Tirlemont y que bajaba por una calle lateral, comenzó a cantar "*Die Wacht am Rhein.*" Después de un intervalo la columna procedente de Diest adoptó también el tono patriótico cantando el himno alentador "*Deutschland über Alles.*" Después apenas oímos otra cosa que el himno, y en las últimas horas de la tarde el desfile de tropas continuaba.

En aquel momento Lovaina estaba llena de soldados, pero nuestro intérprete nos había encontrado. La facilidad con que nos descubrió demostraba cuanto sobresalía nuestra presencia. A cada paso nos detenían con la ceñuda pregunta: "¿Ingleses?" Así, pues, tardamos algún tiempo para llegar a la Place de la Station donde estaba el hotel que nuestro intérprete había elegido para alojarnos.

En un hotel inmediato había algunos oficiales del estado mayor, y decidimos decirles lo que nos pasaba. Escucharon cortésmente por un momento y luego lanzaron una carcajada, exclamando:

—¡Ir a la guerra en automóvil! ¡Está gracioso!

Nos agradó que lo tomaron en esa forma. Lo que habíamos oído contar sobre el ejército alemán hízonos creer que nos tratarían de manera completamente diferente. Nos contestaron, sin embargo, que habíamos procedido con prudencia al presentarnos.

A la mañana siguiente M. Sabbe, el intérprete, vino por nosotros y nos llevó a la peluquería, donde algunos oficiales alemanes esperaban su turno como el resto de nosotros, y luego a tomar desayuno en el mejor *restaurant* de Lovaina. La propietaria del *restaurant* había retirado las celosías de hierro y el letrero, y los alemanes no habían descubierto la fonda a pesar de su detallado conocimiento del país invadido. Preparó nuestro desayuno la misma propietaria, una flamenca baja y delgada, de sonrisa amable y peinada al estilo de Mona Lisa. Su condición de madre próxima a tener un niño acentuaba su espiritual expresión.

Sólo muy entrada la mañana vino un accidente a perturbar la placidez de que gozábamos. Algunos soldados conducían enérgicamente al cuartel general a dos hombrecillos de humilde apariencia y que podían tomarse por mozos de caballeriza. Diez minutos después pasó por la calle un gran camión cerrado, que parecía un carro de patrulla, doblando hacia la izquierda al aproximarse a la estación. Algunos hombres llevando las divisas de la Cruz Roja siguieron al carro. Cinco minutos más tarde pasó un pelotón de soldados y diez minutos después regresaron los asistentes de la Cruz Roja cargando en camillas dos cadáveres envueltos en mantas. Ésta fue la primera ejecución militar en Lovaina. Los hombrecillos habían sido sentenciados por hacer fuego contra los soldados.

Entre tanto, se nos había ordenado mantenernos en el hotel, en la

fonda, y no pasar de las calles principales. Se nos prometió informar a Mr. Whitlock sobre nuestro paradero; pero no se nos permitía regresar a Bruselas. Sabíamos demasiado acerca del movimiento de las tropas invasoras.

Nuestro segundo día en Lovaina, un jueves, fué activísimo. Media docena de aeroplanos hicieron sus cuarteles a la derecha de la estación y a la izquierda estaba el lugar en que se realizaban los fusilamientos. Mientras tanto las tropas continuaban desfilando constantemente en tres columnas procedentes de Diest, cantando aún las cuatro canciones favoritas del día anterior que alternaban de vez en cuando con el himno nacional austriaco. En las primeras horas de la mañana me llamó la atención el que todos los soldados fueran rubios. Todos procedían, en efecto, del norte y el este de Berlín y, durante el tiempo en que ociosamente presencié el desfile, conté sólo trece hombres que no eran rubios. Dudo también de que hubiera una docena de ellos que no llevasen el cabello cortado al rape.

Al mediodía comprendí que reinaba cierta tensión entre los soldados y los pobladores. A aquella hora más o menos se dejaron oír algunos tiros en una calle lateral y poco después pasó en una camilla un oficial prusiano, herido en una pierna. Tras del oficial llevaban el cadáver de un belga. Evidentemente, el oficial había sido el mejor tirador. A medida que el día avanzaba, las ejecuciones a la izquierda de la estación se hacían cada vez más frecuentes. Se llevaron a cabo quince tal vez. En el cuartel general del estado mayor alemán se nos dijo que en numerosos puntos se había hecho fuego a los soldados desde las casas, principalmente en los alrededores de la ciudad y en pequeñas aldeas adyacentes, y que el castigo era la pena capital.

Durante el día se pegaron carteles en las calles de la ciudad, firmados por el burgomaestre, pidiendo a los pobladores que entregaran inmediatamente todas las armas que tenían en su poder. Poco más tarde publicó otra orden según la cual todas las puertas y ventanas del vecindario debían cerrarse a las ocho. Al publicar este bando anunció que lo hacía en nombre de las autoridades militares. Aquella noche los pobladores de Lovaina se retiraron a sus alcobas sintiendo probablemente el desasosiego de un peligro inminente.

No obstante, a la mañana siguiente la ciudad amaneció tranquila. Las tropas continuaban pasando sin interrupción en tres columnas. Comprendimos entonces que se trataba del ejército invasor principal que tenía a París por objetivo. Así lo comprobaba un letrero escrito en muchos camiones, que decía: *"Direkt nach Paris."* Aquel día ha quedado grabado en mi memoria principalmente por el estrépito de los camiones. El tren de abastecimientos—con víveres para trescientos cincuenta mil hom-

bres por un mes—pasó a través de Lovaina durante todo el día y continuó pasando hasta altas horas de la noche.

En las primeras horas de la mañana siguiente anuncióse que el burgomaestre de la ciudad y dos vecinos notables habían sido detenidos en rehenes. El anuncio estaba firmado por el comandante militar y manifestaba que el menor signo de hostilidad contra las tropas alemanas pondría a los tres rehenes en "posicion muy peligrosa." En el cuartel general se nos informó que tal medida habíase impuesto porque parecía imposible de otro modo poner término a emboscadas. Dudo, sin embargo, que el anuncio perturbara a Lovaina tanto como una nueva orden publicada durante la tarde. Todas las casas que daban frente a la Rue de Bruxelles y la Rue de la Station, rutas que seguían las tropas en su tránsito, fueron colocadas bajo restricciones especiales. Todas las ventanas debían cerrarse a las ocho de la noche, corriéndose las cortinas y disponiendo las luces en forma tal que proyectaran la sombra de las personas que se aproximaban a las ventanas. Las luces debían mantenerse encendidas toda la noche. Quedaba prohibido cerrar con llave las puertas de la calle.

El objeto de la orden era poner término a las emboscadas, pero resultaba terrífica para las mujeres de Lovaina. Algunas de ellas que conocíamos decidieron pasar la noche en vigila.

Como había corrido la voz de que se fusilaría a todos los moradores de las casas desde donde se hiciera fuego, tuvimos el cuidado de tomar durante el día las habitaciones delanteras del hotel a fin de evitar complicaciones; y hubimos de pagar por nuestra seguridad durmiendo en cuartos cerrados y con lámparas de petróleo. Pude soportar semejante atmósfera hasta las tres de la mañana, hora en que apagué la luz y abrí las ventanas.

En la mañana del tercer día se nos comunicó que podíamos regresar a Bruselas. Empleamos una hora en despedirnos de las amables gentes con quienes habíamos hecho amistad. Dejamos muy condolida a nuestra hostelera, la Mona Lisa. Además de ser la mejor cocinera de Lovaina, era una mujer dulce y gentil. Recuerdo que nos hizo reír tratando de referirnos en inglés las peligrosas condiciones en que se encontraba el alcalde. Nos dijo que el burgomaestre sufría una "crisis nerviosa." Indudablemente la estaba sufriendo, y no era para menos cuando los actos de cualquiera de los cuarenta y cinco mil habitantes podían costarle la vida.

Luego teníamos a nuestros amigos los sacerdotes, nuestro guía y consejero M. Sabbe, y el cigarrero, que vendía los habanos de las mejores marcas y que, además de su tienda, había construído una pequeña gruta con su fuente, encanto de la esposa y las tres hijas. Teníamos, por último, a la bien hablada tendera que nos había provisto de ropa blanca y a un

pastelero jovial a quien comprábamos deliciosos bizcochos acabados de salir del horno. Entre nuestros conocidos se contaban casi todos los que vivían en las calles principales y todos ellos nos desearon un salvo regreso. Aquellos que nos conocían mejor, expresaron la esperanza de vernos nuevamente alguna vez en Lovaina en tiempos más tranquilos.

Esa vez no parecía muy cercana, sin embargo, a juzgar por la última orden publicada antes de nuestra partida. Era una orden explícita, terminante. Anunciaba en sencillo lenguaje que todo ciudadano sorprendido con un arma en su poder o en su casa sería fusilado en el acto. Toda persona que se hallara en una casa desde donde se hiciera fuego sería fusilada. Y toda casa desde donde se disparara un tiro sería quemada.

Cuatro días más tarde regresé a Bruselas desde la frontera francesa hasta la que había llegado siguiendo a las tropas alemanas en su marcha hacia Francia, y recibí la noticia del incendio de Lovaina. Varias versiones corrían sobre los motivos de la destrucción; ninguna susceptible de prueba. Procuré conocer los hechos porque comprendí que el incendio de Lovaina pasaría a la historia; pero dudo de que jamás se llegue a saber exactamente lo que aconteció en aquella ciudad antes de que se ordenara su destrucción. Sin embargo, los detalles no son importantes. La animosidad contra los invasores había crecido desde el segundo día de su llegada. Los soldados alemanes se habían irritado al ver que sus camaradas eran víctima de emboscadas, y la población mostróse al mismo tiempo cada vez más indócil bajo el régimen de la manopla. Hubo un cambio de tiros, acaso una conspiración, y las tropas alemanas llevaron al extremo las represalias.

Al partir de Bélgica el día siguiente pasé por Lovaina en compañía de otros corresponsales periodísticos que trataban de salir de aquel país por la vía de Holanda. Se nos informó que a las ocho de la mañana saldría de la Gare du Nord en Bruselas un tren militar de regreso a Alemania conduciendo heridos y prisioneros de guerra ingleses. En la estación se escuchaban las historias usuales sobre Lovaina y notábase considerable excitación entre los soldados. Los oficiales calificaban la destrucción como represalia de guerra; pero la excitación producida por el hecho se reflejaba en los soldados. En ocasiones diferentes durante el día, cinco soldados cuchichearon a mi oído que Bruselas seguiría a Lovaina; y por el tono en que hablaron, no hay duda de que esperaban que así fuera. Aun había razón para temerlo, porque en circunstancias en que volvíamos a entrar a la estación, después de un precipitado almuerzo en el hotel, los soldados colocaban dos cañones de tiro rápido ante la Gare du Nord, dominando las dos calles principales de Bruselas.

El tren avanzaba muy despacio no llegando a Lovaina sino casi en la

noche. Algunas de las localidades vecinas se encontraban también presa de las llamas, y en todas las estaciones había muchos soldados. Pero sólo al divisar Lovaina tuve noción exacta de la magnitud de las ruinas. Algunos de nosotros no podíamos creerlo hasta no verlo con nuestros propios ojos. Yo esperaba encontrar destruídos uno o dos de los barrios más bulliciosos; pero lo primero que se presentó a mi atención fue el templo de St. Pierre sin techado. Frente a la plaza mayor aún se levantaba el Hôtel de Ville; pero todos los edificios situados antes entre ambos puntos, en una distancia de media milla, y los que existían una milla más allá, hasta el baluarte más remoto, habían sido quemados. Todas las hermosas casas que antes se levantaban en el extremo septentrional de la ciudad estaban reducidas sólo a paredes de ladrillo y piedra. Había en pie todavía unos cuantos edificios hacia los baluartes del este; pero cuando el tren partió, dos horas después, los vimos incendiándose.

Al llegar el tren, mi primera intención fué la de recorrer la arruinada ciudad; pero apenas se había detenido el tren cuando un soldado, embriagado por la excitación y por el alcohol, metió la cabeza por una ventanilla gritando con gesto expresivo:

"¡Tres ciudades arrasadas! ¡Tres! ¡Luego habrá más!"

Al retirarse, otro soldado introdujo la cabeza también y nos gritó: "¡Ingleses!" con tono amenazador. Nosotros contestamos: "Americanos," pero él no comprendió.

—Americanos de los Estados Unidos—dije yo en alemán.—No somos enemigos.

—Todos los que no pueden hablar alemán bien son enemigos—repuso poniéndose las manos desmañadamente en la correa.

Por un instante pareció que íbamos a tener un desagrado; pero otro soldado más inteligente intervino haciendo a un lado al intruso y explicando:

—Está borracho.

Comprendí entonces que sería en extremo peligroso recorrer las calles de la ciudad en la hora del crepúsculo sin poseer bien el alemán. Además, ante nuestro ojos se llevaba a cabo el acto final de la destrucción de Lovaina. Mientras esto ocurría, durante más de una hora, un tercer soldado, sano y bueno pero muy excitado, permaneció junto a nuestra ventanilla conversando con nosotros. Como en la estación había muchos otros soldados turbulentos, hicimos todo lo posible por retener a nuestro interlocutor.

Mientras tanto podía abarcar todo el panorama desde la Place de la Station, por la Rue de la Station, hasta la arruinada iglesia de St. Pierre. Todas las casas de esa hermosa calle habían sido quemadas. Se nos dijo que los pobladores habían recibido la orden de abandonar sus residencias;

pero no pude menos de pensar en la suerte de la mujercita flamenca próxima al alumbramiento y las numerosas y condolidas mujeres cuyos esposos y hermanos servían en el ejército belga.

Unos cien prisioneros ingleses fueron escoltados a través de la Place de la Station y después de colocárseles en los coches, llegó bajo guardia una larga línea de ciudadanos de Lovaina marchando en círculo. No pude comprender al principio lo que aquello significaba, porque me impedía ver bien una vaca que en aquel momento era arreada hacia la entrada principal de la estación. Pero luego una bayoneta atravesó el pescuezo del animal, y al caer éste, pude descubrir en el centro un grupo de quince hombres vestidos de civiles, bajo fuerte guardia. La larga línea de vecinos de Lovaina marchaba al rededor del grupo.

Era difícil comprender lo que sucedía. Pregunté al soldado que conversaba con nosotros y me dijo con indiferencia:

—Oh, son civiles que después de incendiada la ciudad, volvieron hoy para atacarnos. Vamos a fusilar a algunos.

La línea de civiles continuó marchando en círculo hasta que todos pasaron cerca del grupo que se hallaba en el centro. Luego la línea abrió paso al grupo, que se dirigió a la derecha siguiendo en pos un pelotón de soldados.

Uno o dos minutos después, tiempo apenas necesario para la absolución, oímos los disparos del fusilamiento. Evidentemente nuestro interlocutor sabía de lo que hablaba.

—¿Oyeron?—preguntó al estampido de los rifles.—¿No se lo dije?

Seguidamente alguien subió sobre la cureña de un cañón dirigiendo la palabra a los civiles que se mantenían inmóviles en la entrada de la estación. No pude comprender lo que decía, pero sus expresivos ademanes mostraban que exhortaba a sus conciudadanos a aceptar su suerte y rendirse a los vencedores.

Mientras que continuaba hablándonos, en el fondo del cuadro el carnicero desollaba la vaca con serenidad profesional y comenzaba a descuartizar la res. Anochecía ya. Un pelotón de soldados llegó con antorchas situándose al rededor del animal, cuya sangre había corrido sobre la plataforma de la estación.

III

INGLATERRA SALVADA POR LA ESCUADRA[1]

POR WINSTON CHURCHILL

(Primer Lord que fué del Almirantazgo Británico)

LONDRES, 22 de julio.—¿Qué clase de enemigo es este "Gran Anfibio" que por primera vez en la historia, se ha levantado en contra de Alemania? A más de un valiente enemigo ha combatido el ejército prusiano durante los últimos trescientos años, y en general con buena suerte, pero aquí hay algo completamente nuevo.

Nunca hasta ahora la fuerza y la ciencia de la Europa Central habían chocado, en un conflicto armado, con la isla occidental. En el pasado, en los borrosos senderos de la historia, ejércitos y cruzadas atravesaban el mar para ir a la pelea. Los hidalgos de Crecy; los arqueros de Agincourt, que desembarcaron en la costa de Francia; los lobos de mar que hicieron frente al poderío de Felipe II en las costas de España, y los soldados que contra él combatieron en los Países Bajos; los ejércitos de Guillermo III y del duque de Marlborough, humillando la gloria de Luis XIV; los audaces buques y la tenaz infantería que sostuvieron a un gran rey en un siglo y derrocaron a un gran emperador en el siguiente, todo tuvo la misma cuna y todas ellas fueron manifestaciones de una forma peculiar de poderío.

EL ODIO ALEMÁN CONTRA INGLATERRA

Finalmente, Prusia—la encarnación de todo a cuanto puede llegar la energía terrestre—debe verse envuelta en implacable conflicto con el Gran Anfibio. Es buena prueba de la penetración del instinto de los militares prusianos, el hecho de que comprendiesen inmediatamente dónde estaba el verdadero peligro; y aun en el momento en que los ejércitos alemanes avanzaban hacia el terrible asalto sobre la frontera francesa o disponían sus fuerzas para contener todavía con gran desventaja a las huestes del Zar, su odio y su rabia concentrábanse sobre ese país sin preparación militar, de costumbres serias, absorbido en el comercio y amante de la política, que en los comienzos de la lucha apenas si podía poner ciento cincuenta mil hombres en el campo de batalla.

[1] De la *Tribune*. Propiedad registrada, 1916—The Tribune Association.

Las turbas de Berlín, insultando furiosamente al embajador británico cuando partía, expresaron los mismos bien fundados temores que la pluma y el venenoso verso de Lissauer. Trabajemos siempre para merecer estos tributos sinceros y espontáneos.

El Gran Anfibio es una bestia que no es inteligente, pero es muy tenaz; es imprevisora, pero paciente; lenta y tosca, pero muy fuerte y feroz, tan fuerte como sus viviendas en los anchos mares. No se puede viajar por éstos sin ver sus aletas dorsales cortando las azules aguas ya que por todo el mundo ha desparramado ella su especie. Muévese en todo tiempo libremente por mares y ríos y, cuando se le antoja, cierra su paso a todas las demás.

EL GRAN ANFIBIO

Si es necesario puede arrastrarse y extender hasta la costa primeramente su brazo escamoso de afiladas garras, asomando después, si el tiempo y las circunstancias lo permiten, su boca de dientes centelleantes y sus hombros que cada vez se ensanchan más y más. Puede después sacar repliegue tras repliegue de su cuerpo muscular sin que sea posible adivinar dónde tiene fin. O puede volver otra vez hacia el abismo para atacar de nuevo, ahora aquí, luego allá, sin que nadie sepa dónde habrá de descargar el siguiente golpe. A medida que combate su fuerza crece; sin cansarse se vigoriza por el esfuerzo, y su antigua pericia en la guerra renace gradualmente a medida que la lucha se intensifica. Solamente, que come demasiado, gasta demasiado, y cuesta mucho mantenerla. Con todo, el Gran Anfibio es fiel hasta la muerte. Es muy difícil cogerlo y, en efecto, desde que aprendió a nadar, nadie ha podido aprisionarle.

La verdadera característica de toda la estrategia británica estriba en el empleo de este poder anfibio, no solamente en el mar, sino por tierra y por mar conjuntamente, y no únicamente con la flota, sino con el ejército unido a ella. ¿En esto estriba todo? En esto, ya una vez en esta guerra, se halló quizá la victoria decisiva.

LA MOVILIZACIÓN BRITÁNICA

En la tarde del 26 de julio de 1914, se dieron las órdenes para impedir que los buques de la primera escuadra se dispersasen, cosa que de otro modo hubiera tenido lugar en la madrugada del 27, y se hizo volver a aquellos que ya habían partido. A medianoche los buques de la segunda escuadra recibieron órdenes de permanecer en sus puertos, próximos a donde se encontraba el resto de su tripulación. El 27 toda la aeronáutica naval se transportó a los puntos vulnerables de la costa este. La segunda escuadra completó las operaciones para "mantenerse lista." Se mandaron telegramas a todos los almirantes en el extranjero y

en la distante estación naval de China el acorazado *Triumph* se aprestó para el combate.

Durante el 27 y el 28 las flotillas protectoras, a lo largo de la costa este, se reforzaron hasta su punto máximo y en la noche del día 29 toda la primera escuadra, con las escuadras de cruceros auxiliares y flotillas pasó el estrecho de Dóver, ganando sus apostaderos de combate en aguas del norte. El mismo día se hizo circular un "telegrama de advertencia" oficial sobre el peligro que se aproximaba. El 30 empezó el "período de precaución." Las bases navales se despejaron y se instituyó un servicio modificado de reconocimientos. El 31 se movilizaron las reservas inmediatas y se alistaron varios divisiones de cruceros de reserva.

LA ESCUADRA SE PREPARA

El 1° de agosto, poco antes de la media noche, se dió la orden de una movilización general de la escuadra, y la tercera escuadra empezó a ponerse en pie de guerra. Esta medida fué aprobada por el Gabinete el domingo 2 y se confirmó por real proclamación al día siguiente. Todos los reservistas, sin embargo, respondieron al llamamiento del Almirantazgo y el 3 de agosto, cuando se mandó el ultimátum exigiendo a Alemania la evacuación de Bélgica, el proceso íntegro por medio del cual la Gran Bretaña se alista para la guerra, estaba terminado en todas sus partes.

En un gran consejo de guerra, celebrado durante la tarde del 4 de agosto, al que concurrieron los principales personajes militares y navales, así como los ministros del Gabinete directamente relacionados con el Almirantazgo, se resolvió despachar inmediatamente todo el ejército regular —no cuatro, sino seis divisiones si fuera necesario—al continente y preparar su transporte, así como la seguridad del reino durante su ausencia Esta magna empresa la realizó la Marina Real.

Una vez más, en el transcurso de los siglos, la vieja Inglaterra había de esgrimir las armas contra los tronos y dominaciones más poderosos. Una vez más, en defensa de las libertades de Europa y del derecho común, se vió obligada a emprender un gran viaje de lucha y de azares a través de mares desconocidos, hacia costas ignotas, guiada solamente por las estrellas. Una vez más, "la lejana línea de buques azotados por las tormentas," había de interponerse entre un tirano continental y la dominación del mundo.

Eran las once de la noche—las doce según la hora alemana—cuando se esperaba la contestación de Berlín al ultimátum británico. Las ventanas del Almirantazgo se abrieron de par en par en la caliente atmósfera de la noche. Bajo el techo donde Nelson había recibido sus órdenes se

hallaba reunido un grupo de almirantes y capitanes, y un enjambre de escribientes esperaba, lápiz en mano.

A lo largo del Mall, desde Buckingham Palace, la voz de un inmenso coro que cantaba *"God save the King"* llegó flotando por los aires, y sobre esta ola profunda se oyó el repiqueteo de la gran campana *Big Ben.* Cuando sonó la primera campanada de la hora un estremecimiento de emoción se hizo sentir en la estancia. El telegrama de guerra que significaba "Empiecen las hostilidades," se comunicó a todos los buques y establecimientos militares bajo la bandera blanca en todas partes del mundo.

¡Sí! Empiecen las hostilidades inmediatamente contra Alemania. Aprémiense. Persevérese en ellas. Concéntrese sobre ellas. Que no haya arrepentimiento. Continúese hasta el fin.

Verdaderamente la entrada de la Gran Bretaña en la guerra fué admirable. Frente al poder militar más grande del mundo y a una marina inferior tan solamente a la suya propia, obró con decisión instantánea. Su gran flota desapareció entre las brumas por un extremo de la isla mientras que su pequeño ejército salía apresuradamente del país por el otro.

EL EJÉRCITO TOMA UNA PARTE MUY IMPORTANTE

Con estas medidas extraordinarias podría parecer a quien no se hallase al tanto de los acontecimientos que Inglaterra se privaba de sus defensas y que se exponía a los mayores peligros. Grandes extensiones de su costa oriental, defendidas solamente por flotillas, al parecer sin importancia, y por tropas territoriales comparativamente bisoñas, parecía que invitaban al ataque. Sin embargo, ambas cosas habían sido cuidadosamente estudiadas en tiempo de paz y se hallaban en armonía con la verdad estratégica más absoluta.

El "despreciable pequeño ejército" llegó a los campos de batalla del oeste a tiempo para desempeñar lo que bien puede considerarse como una parte decisiva en el primero y más crítico choque de fuerzas. La "Gran Flota"—este nombre tan honrado por nuestros antepasados iba a resucitar al empezar la guerra—desde su trono del Mar del Norte ha gobernado los mares desde entonces, con un control tan completo que ni aun en Trafalgar se había logrado.

Es posible que la historia no ofrezca ningún ejemplo más notable de adhesión determinada por un gobierno civil a los sólidos principios de la guerra, contenidos en planes bien madurados, sin considerar riesgos obvios ni objeciones. Si toda nuestra acción se hubiese hallado a este nivel, ¡cuántos meses de peligros, cuántas vidas, y qué tesoros no pudieron haberse salvado!

EL DOMINIO BRITÁNICO DEL MAR

Desde la primera hora de la guerra era evidente que el dominio del mar, y todo lo que de él dependía, descansaba en Inglaterra. En todas partes los buques mercantes alemanes escapábanse a los puertos, en todas partes los cruceros se escondían, en todas partes sus *raiders* quedaban bloqueados en puertos neutrales o enemigos.

Pero en cualquier momento la fuerza naval inglesa podía ser desafiada, y que este momento se hallara inmediato era lo más probable. Los mares, aun durante las batallas, estaban llenos de peligros sobre los que no había experiencia alguna que sirviese de guía o medida. En cualquier momento, y en caso de que este momento se presentase mientras se pudiera demorar la partida de las fuerzas expedicionarias, era posible que se intentase un ataque sobre nuestras costas. A pesar de ello el ejército debe partir para Francia inmediatamente. ¿Submarinos? A pesar de ellos tiene que partir. El ejército franco-africano también debe cruzar los mares que aun no han sido despejados de enemigos. No importa, el núcleo principal llegará.

Y después, de todas partes del mundo, el Gran Anfibio debe traer sus hijos, sus recursos y sus alimentos. Diez mil quillas hacen el comercio y el transporte navegando valientemente por todos los mares; centenares que van y centenares que vienen cada día, con sólo el uno por ciento de seguro de guerra.

LA AMENAZA A INGLATERRA

Los ejércitos de Australia y del Canadá, las divisiones de la India para Francia, las divisiones territoriales para la India, las divisiones regulares y las guarniciones desparramadas por el mundo, y una docena de otras empresas menores, exigían el transporte y el convoy armado, porque los cruceros enemigos todavía se hallaban en libertad y escondidos. Refuerzos y suministros para el ejército en Francia entraban en cantidades cada vez mayores, a pesar de los submarinos enemigos cada día más audaces y más hábiles. Después, cuando los ejércitos aliados retrocedieron sobre París, quedaron amenazadas las comunicaciones terrestres por el Havre.

"Trasládese la base a Saint Nazaire." Se trasladó, efectivamente. "Prepárense para trasladarla más al sur todavía." Y así se hizo. "Mejores noticias—victoria del Marne—la suerte ha cambiado—trasládese la base otra vez al Havre." Y volvió a trasladarse nuevamente.

Mientras tanto no hubo un solo momento de interrupción en el envío de hombres y de suministros y en el transporte de heridos. Y durante todo este tiempo Inglaterra debe encerrar dentro de sus puertos fortificados su segundo mayor poderío naval; defender la isla de todo ataque y hallarse lista para librar la suprema batalla de toda la historia, prevenida

tan sólo con cuatro horas de anticipación y debe continuar hallándose pronta durante años.

INGLATERRA, ARMERÍA DEL MUNDO

El Gran Anfibio, al llegar a tierra, debe transformar gran parte de su cuerpo. Tienen que prepararse ejércitos de millones: de uno, dos, tres, o cuatro millones o más. Nunca pensó en eso antes y como es muy natural, esto requerirá cierto tiempo y harán falta armas y equipos. Tampoco pensó en eso antes, ni siquiera cuando creyó que tenía ejércitos.

No importa. Convirtámonos en el arsenal y en los armeros del mundo. Transformemos las industrias, llamemos a los hombres, llamemos a las mujeres. ¡Lástima no habernos dado cuenta antes! Medio año se ha perdido. ¿O fué más aún? Pero sus fieles servidores en el mar continúan llevando a cabo puntualmente las tareas que se les confiaron. Los errores pueden enmendarse. Pueden remediarse las demoras. Los sufrimientos inútiles se pueden evitar. Las pérdidas pueden aguantarse. Y todos los sacrificios, aun aquellos que parecen haberse hecho en vano, pueden llegar a ser fructíferos.

Lenta, pero seguramente, toda la fuerza de la nación y del imperio y todas sus dependencias, se organizarán para la guerra por mar y por tierra, y no se descuidará conscientemente ni un solo átomo. El esfuerzo alcanzará por fin la potencia máxima, tanto en volumen como en calidad, a no ser que la guerra, por una razón cualquiera, termine más pronto.

IV

LOS AEROPLANOS Y LA GUERRA

ENTREVISTA CON ORVILLE WRIGHT[1]

POR FRED C. KELLY

"HASTA hoy, el aeroplano se ha usado principalmente como factor tremendo en la guerra. De hoy en adelante el papel más importante del aeroplano será el de impedir la guerra.

"Llegará el día en que no haya más guerras ni rumores de guerra, y quizá se deba esto a los aparatos aéreos.

"Ello parece en cierto modo paradójico. Construímos al presente aeroplanos para el tiempo de guerra y continuaremos usándolos para la guerra. Pensamos en la guerra y pensamos a la vez en aeroplanos. Más tarde, pensaremos quizá en aeroplanos a la vez que en la cordura de mantenerse apartados de la guerra.

"Los aeroplanos evitarán la guerra por el hecho de hacerla demasiado costosa, demasiado lenta, demasiado difícil, demasiado prolongada; en una palabra, por hacer su costo imposible."

El hombre que expresa estas ideas sobre el aeroplano es Orville Wright, una de los dos hermanos que lo inventaron.

"¿Ha pensado usted alguna vez," pregunta Wright, "que existe una razón muy definida para que la guerra europea actual se haya prolongado cerca de tres años sin que ninguno de los adversarios obtenga grandes ventajas sobre el otro? La razón, a mi entender, son los aeroplanos. Como consecuencia de las exploraciones que llevan a cabo los aeroplanos, cada lado sabe exactamente lo que hacen las fuerzas del enemigo.

"Hay muy pocas probablidades de que un ejército tome al otro por sorpresa. Napoleón venció en sus batallas porque lanzaba el grueso de sus tropas al ataque en sitios inesperados. El aeroplano ha hecho imposible tal sistema. Ha nivelado la información. Cada lado tiene conocimiento tan completo de los movimientos del adversario que ambos se ven obligados a enterrarse en las trincheras y combatir según los métodos de una rutina lenta y tediosa en vez de lanzar ataques rápidos y magnificentes.

"Imagino que antes de que estallara la guerra actual creían los peritos militares que sería cuestión de unas cuantas semanas o, a lo sumo, de algunos meses. Pero hase prolongado por varios años. Cualquiera nación

[1] Reproducido, con autorización del *Collier's Weekly*.

que se hallaría quizá dispuesta a comprometerse en una guerra de pocos meses vacilará probablemente antes de lanzarse a un conflicto que haya de durar largos años. El costo diario de una gran guerra resulta, desde luego, estupendo. Cuando tales gastos necesiten sostenerse por varios años, el total será tan abrumador que aun la nación victoriosa habrá de sustentar pérdidas. La guerra se hará imposible por razón de su elevado costo. Y el trabajo de exploración de los aeroplanos será el factor determinante, en mi opinión, para producir este resultado. Por lo menos me agrada esperarlo así."

"¿Cuáles son, a su entender, las ventajas relativas de aeroplanos y zeppelines que pueden deducirse de la experiencia de la guerra?" preguntaron al inventor.

"Parece que el aeroplano ofrece empleo más práctico," replicó Wright. "En primer lugar, los aparatos aéreos del tipo Zeppelín son de fabricación tan costosa—cada uno cuesta al rededor de un millón de dólares—que la destrucción de uno solo resulta muy desventajosa para la nación que los usa. El riesgo pecuniario es demasiado grande cada vez que un zeppelín es atacado; y, cosa más importante aún, el zeppelín es tan grande que ofrece un blanco excelente a menos de elevarse a una altura mucho mayor de aquella en que se encuentra seguro un aeroplano. Y si el zeppelín se mantiene lo suficientemente elevado para su seguridad, está demasiado lejos de la tierra para que el explorador pueda llevar a cabo observaciones exactas, aunque por otro lado es cierto que la fotografía actúa ahora como factor poderoso en esta dirección. Del mismo modo, cuando se usa el zeppelín para arrojar bombas debe mantenerse también por seguridad propia a demasiada elevación para que el hombre que arroja las bombas tenga la precisión suficiente al desempeñar su tarea."

"¿Cree usted que el uso de aeroplanos en vuelos de exploración sea mucho más importante que su empleo como instrumentos de ataque?" fué otra de las preguntas.

"Así ha sido positivamente hasta el presente," replicó Wright. "Casi todo lo que han obtenido ambos lados por el lanzamiento de bombas ha sido matar a unos cuantos no combatientes, lo cual no tiene importancia alguna para el resultado positivo de la guerra.

"Los periódicos ingleses han hablado mucho del peligro de ataques de aeroplanos o zeppelines; pero todo era con el objeto de impulsar a la acción al pueblo y al Departamento de Guerra mediante el espantajo de las operaciones aéreas, porque creían que el país no estaba suficientemente preparado para la guerra."

"¿Ha respondido el uso del aeroplano en la guerra a las esperanzas de usted y de su hermano cuando lo inventaron?"

"Sí, más allá de nuestras esperanzas. Casi lo primero que pensamos

al descubrirlo fué que serviría principalmente para fines de exploración, pero nunca creímos que en el año de 1917 habría tantos millares de aeroplanos al servicio del ejército.

"Aparte del empleo de los aeroplanos para las operaciones bélicas la guerra ha dado gran impulso a la aviación en general. Ha inducido a muchos a aprender a volar, desarrollando mucho mayor habilidad en corto tiempo. Ha despertado a los pueblos al progreso de la aviación."

V

LA VOZ DE LOS GRANDES CAÑONES [1]

Por Hudson Máxim

(Inventor de la pólvora sin humo)

En la guerra actual los grandes cañones, tanto de mar como de tierra, han acreditado sus virtudes y han impuesto la convicción de su utilidad proporcionalmente a la intensidad de su voz.

A la introducción de la coraza en el *Monitor* de Ericsson y en el *Merrimac,* se respondió con cañones y proyectiles cada vez más grandes. La pólvora negra prismática se inventó para retardar el recalentamiento y disminuir la presión inicial, asegurando así una mejor conservación de la presión detrás del proyectil en su paso a lo largo del calibre del cañón.

En Inglaterra se construían cañones que pesaban más de cien toneladas, para la pólvora negra prismática, pero se vió que después de hacer varios disparos se inclinaban de boca bajo el sacudimiento de la descarga y perdían su precisión. La invención y perfeccionamiento de la pólvora sin humo, principalmente durante los diez años transcurridos entre 1887 y 1897, dió lugar a reformas radicales en los cañones de todo calibre.

Solamente el cuarenta y cuatro por ciento de los productos de combustión de la vieja pólvora negra y de la pólvora negra prismática eran gaseosos; el excedente, o sea el cincuenta y seis por ciento, eran materias sólidas y producían humo. Se puede ver a simple vista que la pólvora sin humo, cuyos productos de combustión son enteramente gaseosos, posee enormes ventajas balísticas independientes de la ausencia del humo. Como menos de la mitad de los productos de combustión de las viejas pólvoras productoras de humo eran gaseosos, mucha energía era absorbida de los gases para calentar y evaporar los productos sólidos que constituyen el humo, y perdíase calor adicional en el trabajo de expeler el humo del cañón.

Los productos de la combustión de la pólvora sin humo no solamente son casi todos gaseosos, sino que también son mucho más calientes que los productos de combustión de la vieja pólvora negra de humo. Debido a este hecho la pólvora sin humo puede considerarse cuatro veces más poderosa que la vieja pólvora negra.

Cuando se dispara el proyectil de un cañón, aunque no se caliente de

[1] De "Defenceless America."

manera apreciable, el calórico representado por su velocidad es absorbido de los gases expansivos de la carga de pólvora. Cuando un proyectil de doce pulgadas, que pesa mil libras, es disparado por uno de los grandes cañones navales, tiene una energía percutora, a cincuenta pies de su boca, de unas cincuenta mil toneladas. Es decir, golpea con una fuerza igual a la de cincuenta mil toneladas que cayeran de una altura de un pie, o con la de una tonelada que cayera de una altura de cincuenta mil pies. Como un cañón naval de doce pulgadas pesa unas cincuenta toneladas, la energía absorbida de los gases en forma de velocidad del proyectil es suficiente para alzar mil cañones de doce pulgadas a la altura de un pie.

Como un proyectil pesa media tonelada, la fuerza del golpe es más o menos la misma que si se dejase caer el proyectil desde una altura de veinte millas sin hacer reducción alguna por causa de la resistencia de la atmósfera.

Cuando el proyectil se detiene, desarróllase una cantidad de calor exactamente igual a la absorbida por los gases de la pólvora al dar al proyectil su gran velocidad, y la cantidad de calor absorbida de los gases de la pólvora al disparar un proyectil de mil libras de nuestros grandes cañones navales es suficiente para derretir setecientos cincuenta libras de hierro fundido, lo que basta para calentar el proyectil al rojo blanco.

De manera, pues, que cuando el proyectil choca contra la coraza, la plancha o el proyectil debe ceder por razón de que el proyectil ejerce, sobre una plancha de doce pulgadas, la energía suficiente para perforar un agujero, que es precisamente lo que hace. La plancha de acero más duro se calienta y se ablanda por la fuerza del choque, pues aunque el proyectil se enfríe al atravesarla, funde en realidad la plancha haciendo un agujero a través del espesor y el metal corre como cera derretida al paso del proyectil. La introducción de la pólvora sin humo fué seguida por una vuelta de los cañones de gran peso y calibre a los cañones de menor peso y menor calibre. El objeto era compensar la mayor potencia percusora de los grandes proyectiles disparados a menor velocidad, con proyectiles de menor tamaño disparados a mucho mayor velocidad, con una mayor potencia de penetración en las planchas que cada vez se hacían más gruesas y más duras, a fin de resistir el choque de los proyectiles perforadores de corazas.

Como las corazas continuaron aumentando en espesor y en resistencia, fué preciso fabricar cañones de mayor calibre, capaces de resistir la enorme presión necesaria para lanzar proyectiles de suficiente tamaño y a la gran velocidad indispensable para atravesar cualquier coraza que se les opusiera.

Con todos los adelantos en la fabricación de corazas, el cañón y el proyectil han continuado perfeccionándose y aumentando su poder, hasta

que hoy en día ninguna coraza ni ningún buque pueden resistir los cañones navales de gran calibre. En su carrera con la coraza el cañón hasta hoy ha salido vencedor.

Así, pues, vemos que la eficacia de la coraza debe, si todos los demás elementos son iguales, depender inevitablemente de la falta de alcance y del poder de penetración del cañón a que hace frente. Un buque sin coraza, con cañones capaces de atravesar la coraza de un contrario, armado con cañones de corto alcance, no necesita más que una superior velocidad para poder elegir una posición fuera del alcance de los cañones del buque acorazado y, si las condiciones atmosféricas son favorables, destruirlo sin exponerse a ningún peligro.

Pero hay otras condiciones que impiden que el cañón, por largo que sea su alcance y grande su poder de penetración, llegue a constituir una defensa completa sin la protección de la coraza. Estas condiciones son: el límite de la visión por causa de la redondez de la tierra, aun en buen tiempo; la limitación de la visión a distancias mucho más cercanas en tiempo malo o nublado y, por supuesto, una mayor dificultad para hacer blanco a grandes distancias. También es necesario poder observar desde las torres dónde dan los disparos a fin de corregir la puntería y colocar los cañones exactamente sobre el blanco.

En el reciente combate del Mar del Norte, el fuego empezó a más de diecisiete mil yardas, o sea a unas diez millas. Las granadas de los buques británicos de doce y trece pulgadas, dieron sobre el *Bluecher* antes de que la obra muerta del buque pudiera verse desde los buques británicos. Solamente los oficiales encargados de la puntería, situados a unos cien pies de altura sobre la cubierta, podían ver el casco entero. Cuando las primeras grandes granadas cayeron del cielo sobre el *Bluecher,* sus artilleros no podían ver los buques de donde venían.

Hoy, los grandes cañones navales de largo alcance, cargados con pólvora sin humo, que pueden disparar un proyectil hecho del acero templado increíblemente resistente y duro, y cargado con altos explosivos, es el instrumento dinámico más poderoso jamás producido por el hombre. Un cañón naval de doce pulgadas lanza un proyectil que pesa media tonelada a una velocidad casi tres veces mayor que la velocidad del sonido. Para la propulsión de este proyectil se emplea una carga de trescientos sesenta y cinco libras de pólvora.

Creyendo que las ventajas de los proyectiles de gran tamaño, que llevan una gran carga explosiva, podían demostrarse mejor por medio de un cañón de extraordinario calibre, diseñé un cañón con calibre de veinticuatro pulgadas, pero con un peso solamente de cuarenta y tres toneladas, igual en peso y en longitud al cañón británico de doce pulgadas y de cuarenta y tres toneladas. Este cañón se fabricó para lanzar un proyectil

semiperforador que pesase mil setecientas libras con una carga explosiva de mil libras, siendo el peso total del proyectil de unas dos mil setecientas libras. Aunque este proyectil no estaba destinado a perforar las gruesas corazas, podía penetrar en las cubiertas y en los lados de los cruceros ligeros armados, y muy hondo en la tierra o en el concreto para la destrucción de fuertes. Era un verdadero torpedo aéreo. Por medio de una forma especial de pólvora sin humo, multiperforada y especial para este cañón, los grandes proyectiles podían lanzarse a una distancia de nueve millas con el cañón a una elevación máxima y sin embargo con presión comparativamente baja en la recámara.

El proyectil estaba provisto de una espoleta detonadora de seguridad y de acción retardada, destinada a explotar después de haber penetrado en el blanco, asegurando así los máximos efectos destructores.

Se dice que los alemanes han fabricado un gran cañón *howitzer* de cuarenta y cinco toneladas con calibre de veintitrés pulgadas y media, que también puede lanzar un proyectil que pese más de una tonelada a una distancia de nueve millas.

Si los Estados Unidos escuchasen concienzudamente la voz de los grandes cañones que ahora se hacen oír en la tierra y en el mar, fabricarían inmediatamente una gran cantidad de estos enormes *howitzers;* construirían un gran número de buenos caminos capaces de soportar el paso de estos cañones y construirían asimismo un buen número de cruceros de batalla tan grandes y tan veloces como cualquiera de los que flotan en otros mares, armados de cañones de tan largo alcance como los de cualquier potencia extranjera.

CUARTA PARTE

APÉNDICE

LA PRIMERA OFENSIVA FRANCESA

POR FRANK H. SIMONDS

APÉNDICE

LA PRIMERA OFENSIVA FRANCESA

POR FRANK H. SIMONDS

EN LA tercera semana de agosto de 1914, un ejército francés cruzó la frontera de Alsacia-Lorena penetrando en la tierra de promisión hacia la que todos los franceses habían dirigido sus miradas, con esperanza y tristeza, durante cuarenta y cuatro años. Los partes ya olvidados de aquel primer período de la guerra, comunicaban éxito tras éxito, hasta que por fin se annunció que el victorioso ejército francés había llegado a Saarburg y Morhange y se hallaba sobre el ferrocarril de Estrasburgo-Metz. Berlín después hizo vibrar el grito, que Francia y el mundo escucharon, de una gran victoria alemana y de la derrota y huída del ejército invasor. Hasta París admitió que la retirada había empezado y que el "ejército liberador" se congregaba detrás de la frontera, muy adentro del territorio francés.

Cayó luego la cortina de la censura y la atención mundial se dirigió hacia el oeste para seguir las fases de la terrible batalla empeñada por París. En la agonía y la gloria del Marne, la lucha a lo largo del Mosela quedó olvidada. La batalla de Nancy, en Lorena, se libró y se ganó en el silencio, y cuando la seguridad de París quedó establecida, las miradas del mundo se dirigieron hacia el Aisne y después hacia Flandes. Así fué que una de las más grandes batallas de toda la guerra, una de las victorias francesas más importantes—cuyo éxito hizo posible la victoria del Marne, por la vigorosa resistencia de los ejércitos franceses en los alrededores de Nancy—vióse privada de la fama que merecía, y solamente en la leyenda, en la fábula de que el Kaiser con su caballería esperaba en las colinas para entrar en la capital de Lorena, vive su recuerdo.

Cuando fuí a Francia, una de las esperanzas que acariciaba era la de que se me permitiese visitar este campo de acción para ver el terreno donde se había librado una gran batalla, terreno casi desconocido entonces para aquellos que han escrito sobre la guerra. La Lorena era el territorio donde Francia y Alemania se habían preparado, durante una generación, para librar la lucha. Si los alemanes hubiesen respetado la neutralidad de

Bélgica era por Nancy, por la brecha que hay entre los Vosgos y las colinas del Mosa, por donde debían invadir Francia. El Marne fué un campo de batalla al que se llegó por casualidad y en el que se peleó por azar; pero la región de Lorena, con larga anterioridad había sido estudiada pulgada por pulgada para la lucha. Aquí la guerra seguía el curso natural, según los planes del estado mayor general, preparados con años de antelación. Y, en efecto, yo guardaba cuidadosamente, desde hace largo tiempo, un plano de la batalla de Nancy que se hallaba en un libro francés publicado hace muchos años, que podía servir como base para una historia de lo que ocurrió, escrito, como fué, para profetizar lo que había de pasar.

Cuando el estado mayor general se sirvió acceder a mi solicitud de ver el campo de batalla de Nancy, se me aconsejó que fuese por tren hasta esta ciudad, acompañado por un oficial, informándoseme que allí encontraría otro oficial de la guarnición que me llevaría a todos los puntos de interés y me explicaría detalladamente las diversas fases del conflicto. Así fué; y debo agradecer al comandante Leroux la cortesía y la consideración que me permitieron hacer con éxito esta visita.

En tiempos de paz se va de París a Nancy en cinco horas y la distancia es, poco más o menos, la de Nueva York a Boston por Springfield. En tiempo de guerra todo es diferente y la duración del recorrido es casi doble. Sin embargo, hay compensaciones. Imaginaos el viaje de Nueva York a Boston, y que al llegar más allá de Nueva Haven, os encontráis exactamente a retaguardia de la batalla, de una batalla que se libra a quince millas de distancia, con el tronar de los cañones a lo lejos y los aeroplanos y los globos cautivos completamente visibles. Imaginaos también que este mismo viaje sigue, desde Hartford a Worcester, la línea de una batalla que aun no hace dos años tuviera lugar y que haya dejado sus huellas en los pueblos arruinados y en las casas destrozadas. A ambos lados de la vía férrea extiéndense las tumbas que llegan hasta el mismo terraplén y puede seguirse el avance y la retirada por las cruces que se alzan en los campos. Los jardines que llegan hasta la vía y se extienden hasta el fondo de las casas en los pueblos pequeños, están llenos de sepulturas. Cada cercado fué testigo de una lucha a la bayoneta y cada tapia de jardín recuerda el Château de Hougoumont en Waterloo.

Hace dos años de todo esto, pero ahí está hoy también. Al este de Bar-le-Duc, la línea principal se halla cortada ahora por las granadas alemanas. Desde el fuerte de Camp des Romains, más allá de St. Mihiel, los cañones alemanes barren la vía férrea cerca de Commercy y es preciso volver al sur dando un largo rodeo, como si se fuese a Boston por Fitchburg, dirigiéndose hacia el sur por las tierras de Juana de Arco y se

regresara por Toul, cuyos fuertes dominan el territorio invadido. Se llega así a Nancy por la noche, solamente de noche, porque a veinte millas de distancia hay alemanes, y un cañon alemán no hace mucho tiempo disparó sobre la ciudad una granada que destruyó una manzana íntegra al lado de la estación. La vista de estas ruinas al entrar en la ciudad es lo que recuerda que se está en el frente, aparte de otras cosas, que también lo traen a la memoria.

Mientras comíamos en el café, frente a la hermosa Place Stanislas, nos sorprendió un ruido extraño y curioso. Salimos a la plaza y vimos un aeroplano, o más bien sus luces rojas y verdes como las de un buque. Era el primero de otros muchos que constituían la patrulla nocturna. Elevándose lentamente y describiendo después una gran curva, partían para las líneas enemigas. Eran los centinelas del aire que debían protegernos mientras dormíamos, porque en las cercanias de la capital de la Lorena los hombres hacen guardia tanto en el aire como en tierra. Los reflectores sobre las colinas empezaron su juego de luces, escudriñando el horizonte hacia esa misteriosa región donde más allá de la obscuridad existe la guerra.

A la siguiente mañana me desperté con la sensación del 4 de julio. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Nunca había oido un bombardeo tan peculiar. Adormilado aún abrí las ventanas y miré a la plaza. Allí ví un centenar de hombres, mujeres y niños mirando fijamente hacia arriba algo que había en el aire detrás del hotel. Continuaba el estallido de los cañones y además el estallido intermitente de algo más impresionante. Con dificultad me di cuenta de lo que ocurría. Me hallaba en medio de una incursión de *Taubes*. Encima de mi cabeza, invisible para mí, por la pared de mi hotel, un aeroplano alemán volaba, atacado por todos los cañones contra ataques aéreos. ¿Llevaba bombas? ¿Iba yo a presenciar o experimentar la destrucción que sigue a la explosión de éstas? Pero el *Taube* se alejó. Los cañones disparaban cada vez con menos frecuencia y la gente en las calles desparramábase, dirigiéndose los niños a las escuelas, los hombres al trabajo y las mujeres a esperar. Era simplemente un detalle en su vida, tan familiar como la llegada de un vapor para los abonados al *ferryboat* en el río del Norte en Nueva York. La historia de Nancy durante casi dos años, ha sido siempre un episodio de guerra. Los niños no llevan mascarillas de gas a la escuela consigo, como en Pont-à-Mousson, que está a unas doce millas al norte; pero mujeres y niños han sucumbido por las granadas alemanas y por las bombas de los zeppelines y de los aeroplanos. La vida está constantemente llena de incidentes y sobresaltos en el distrito de Nancy.

Después del almuerzo, interrumpido por el regreso de los aeroplanos, que vimos partir la noche anterior para el servicio de patrulla, salimos en

nuestros automóviles para el frente, el cercano frente, las líneas situadas a unas pocas millas detrás de las actuales trincheras, donde se salvó Nancy hace apenas dos años. Nuestra ruta iba hacia el norte, a lo largo del valle del Meurthe, un ancho valle que se extiende de norte a sur y que a pocas millas se encuentra con el del Mosa que viene del este. Era fácil hacerse la ilusión de que uno atravesaba el valle del Susquehanna, en primavera y en la tranquilidad del ambiente. Hacia el este una barrera de colinas interrumpe la vista. Son las estribaciones de la Gran Corona: la muralla contra la que iniciaron sus ataques y contra la que se estrellaron los alemanes en septiembre de 1914.

A poco llegamos a un largo camino cerrado del lado del río por una cortina de lona obscura, exactamente lo mismo que la que se usa en los juegos de *football* para impedir que vea el público desde fuera. Pero aquí tenía otro propósito. Estábamos dentro del radio de visión de los alemanes que se encontraban al otro lado del río, sobre las alturas detrás del bosque se destacaba en el cielo. Allí estaban las tropas del Kaiser y ese bosque era el de Bois-le-Prêtre, tantas veces citado en numerosos comunicados desde que empezó la guerra. Gracias a la tapia de lona los franceses podían mover sus tropas a lo largo del camino sin provocar a la artillería enemiga. Sin embargo, no era muy grata la sensación de seguridad proporcionada por este cortina de lona que nos resguardaba contra la artillería pesada alemana.

Atravesamos varios pueblos todos llenos de tropas de caballería, infantería y demás secciones del ejército. Era aun temprano y los soldados empezaban la labor del día; tanto se parece la guerra a un comercio organizado. Los camiones de transporte iban por los caminos, y pasaban compañías de soldados con los cuales se mezclaban civiles, mujeres y niños, porque ningún pueblo había sido evacuado. Ni el estampido intermitente de un cañón lejano bastaba para dar la impresión verdadera de la guerra. Me recordaba los días de mi vida de soldado en el campo de la milicia en Framingham, en Massachusetts. Era imposible creer en la realidad. Hasta las caras de los soldados estaban sonrientes. No había esa sensación de lo terrible, la tensión nerviosa, ni el cansancio que más tarde encontré en Verdún. El frente de la Lorena se halla ahora inactivo, tranquilo, y ha estado quieto durante tanto tiempo que los hombres han olvidado la carnicería y el horror de los primeros meses.

Salimos del valle y subimos la escarpada colina. En poco tiempo llegamos al centro de una pequeña aldea y vimos una fila de casas cuyos techos habían sido arrancados por las granadas. Aquí y allá había desaparecido una casa entera. En la casa contigua, las mujeres y los niños se asomaban tranquilamente a las puertas. La aldea era la de Sainte-

Geneviève y nos hallábamos en lo que había sido el frente extremo francés en agosto. Contra esta colina se desencadenó la invasión alemana. Dejamos el automóvil y caminamos fuera del pueblo, y al final de la calle encontramos una señal que avisaba al caminante que se abstuviera de penetrar en los campos hacia los cuales nos dirigíamos: "Guerra.—Se prohibe el paso." Esto era la formal advertencia.

Pasada esta señal salimos de improviso a una meseta abierta sobre las trincheras. Por el norte el declive descendía hasta un valle situado a nuestros piés, cortado por infinitas trincheras; y más allá de las trincheras se hallaban los postes de las alambradas. Aquí y allá, entre las trincheras, veíanse sepulturas. Bajé a las alambradas y las examiné curiosamente. Éstas, cuando menos, eran reales. En un tiempo, miles de hombres habían salido de los pequeños bosques situados a un cuarto de milla de distancia, para el famoso ataque en masa contra las ametralladoras y los cañones del "75" que tenían delante. Apenas pudieron llegar a las alambradas, punto extremo de su avance. Abajo, en los bosques, en el Bois-de-Facq, y en los campos de las márgenes del río, cuatro mil alemanes yacen enterrados.

Mirando desde las trincheras se descubre todo el campo. Al norte, la pequeña aldea de Atton descansa en el hondo declive del Côte-de-Mousson, un pináculo redondo coronado por un antiguo castillo. Desde la colina, la artillería alemana había barrido el suelo donde me encontraba. Debajo de la colina, al oeste, estaba Pont-à-Mousson, la ciudad de los ciento cincuenta bombardeos, que los alemanes capturaron en su avance hacia el sur y perdieron después. Arriba estaba Bois-le-Prêtre, donde los cañones disparaban todavía de vez en cuando. Mucho más al norte había otra colina apenas visible, cuyo declive, en dirección a donde nosotros nos hallábamos, estaba señalado con infinidad de cortes amarillos, que eran las trincheras francesas de la segunda y tercera línea de entonces. Más allá había otra colina algo difusa por la niebla, a no más de cinco millas de distancia, y allí estaban los alemanes. Desde la cima, en un día claro, puede verse Metz, tan cerca están las líneas francesas y alemanas de la vieja frontera.

Del otro lado del río, al oeste, había otro bosque de glorioso nombre, el bosque de la Guardia Avanzada, que se extiende hacia el sur. En ese bosque los alemanes habían plantado también sus cañones el día de la batalla, barriendo por tres lados las trincheras donde yo estaba. Verdaderamente fué este punto un volcán, pero los franceses se sostuvieron. Su comandante, que había recibido orden verbal de retroceder, insistió en que se le comunicase por escrito, pero esto necesitaba tiempo. La orden llegó por fin y había que obedecerla, pero obedeció lentamente. De

mala gana los hombres abandonaron las trincheras que durante tanto tiempo habían defendido y se deslizaron al sur por el camino que nosotros seguíamos; pero de repente la retaguardia se dió cuenta de que los alemanes también se retiraban y los franceses volvieron atrás. La línea de Sainte-Geneviève se sostuvo y la puerta norte de Nancy quedó sin forzar.

Estudiando nuevamente el terreno, no era difícil reconstruir el asalto alemán de aquella noche. Era tan sencillo, que un civil cualquiera lo comprendía. Un camino atravesaba el valle y en toda su longitud habíanse formado los alemanes. La cuesta que tenían que subir era muy suave, mucho más que la de San Juan. Habían escogido tropas especiales para una empresa desesperada y retrocedieron cuatro veces. A la siguiente mañana todo el bosque estaba lleno de muertos y de moribundos. Nada menos que una división de veinte mil hombres había acometido la terrible empresa. Ahora reinaba allí una extraña sensación de vacío. La guerra había venido y se había ido dejando sus tumbas, sus trincheras, sus alambradas; pero todas estas cosas iban ya desapareciendo. En esta hermosa mañana de primavera era imposible darse cuenta de la realidad de lo que había ocurrido aquí, de lo que estaba ocurriendo ahora, hasta cierto punto, a cinco o seis millas más al norte. La naturaleza es indudablemente la más grande de todos los pacifistas. No permite que perduren las señales de la guerra ni que la mente conciba que la guerra misma haya existido y exista.

De Sainte-Geneviève fuimos al Grand Mont d'Amance, el punto más famoso en todo el frente de la Lorena, la extremidad sudeste de la Gran Corona de la que Sainte-Geneviève es el norte. Aquí, desde una colina de mil trescientos pies de altura, se ve al este la tierra de promisión de Francia, la Lorena alemana. En los primeros días de agosto la gran invasión francesa, descansando un flanco sobre esta colina y el otro sobre los lejanos Vosgos, atravesó la frontera. Podía seguirse, paso a paso, su ruta en las distantes colinas donde tropezó con el desastre. En estas colinas los alemanes habían escondido su artillería pesada, y los franceses, cogidos sin aviso bajo su fuego, y sin apoyo alguno de artillería pesada de la que carecían, fueron derrotados. Después, la invasión alemana había retrocedido también y podía seguirse su retirada. En primer término, se descubría el río Seille señalando la frontera antigua. Las tropas derrotadas le cruzaron bajando por las desnudas colinas y desapareciendo en los bosques que se hallaban a mis pies. Estos bosques eran la selva de Champenoux. Los alemanes a millares les siguieron a esta floresta por el camino real que conduce a Nancy y que, blanco y recto, se extendía ante mi vista. Los franceses se rehicieron en los bosques y durante días enteros se libró, en esta región cubierta de árboles, una de las más terribles batallas.

Desde el Grand Mont miraba yo al este. Delante de mí, hacia el sur,

extendíase el bosque. Exactamente a mis pies la floresta llegaba a lo alto de la colina donde había un grupo de edificios al rededor de una fuente. Todo estaba en ruinas. Y aquí, precisamente aquí, fué el punto culminante del avance alemán. Habían ocupado las ruinas durante breves momentos e inmediatamente fueron desalojados. En los demás sitios nunca salieron de los bosques. Se habían acercado por el oeste a la orilla occidental, pero los franceses les recibieron allí con sus ametralladoras y sus "75." Los bosques a mi alrededor no eran sino un vasto cementerio donde descansaban miles de soldados franceses y alemanes.

A su vez, los alemanes habían retrocedido; y ahora, en los mismos bosques, una batería francesa cañoneaba a los alemanes del otro lado del Seille. Con mis gemelos estudié las pequeñas aldeas, que se extendían unas tras otras como en un mapa. Estaban todas destruídas, aunque era imposible reconocer esto. Algunas eran francesas, otras alemanas. Se podía seguir la línea, pero no había trincheras. Detras de ellas las granadas francesas estallaban de vez en cuando y negras nubes de humo se levantaban del suelo. Miles de hombres se hacían frente unos a otros a menos de cuatro millas de donde yo estaba, pero todo lo que podía verse era la explosión de las granadas y de otro lado tan sólo un país agradable de ondulantes colinas, la mayor parte sin bosques, pelado, porque la primavera aun no había llegado para reverdecerlo. En primer término extendíase esa frontera arbitraria que Bismarck había tratado entre los franceses cuarenta y seis años antes; pero no existía una separación natural. Fué aquello simplemente la amputación de un pedazo de Francia y se veía lo que había sido y lo que era aún una herida manando sangre.

Pregunté al comandante francés sobre las varias descripciones hechas por aquellos que han escrito sobre la guerra. Han descrito el ataque alemán ascendiendo la cuesta del Grand Mont, donde estábamos. Y llevándome al borde de la meseta me señalé hacia abajo. Era una colina casi tan empinada como la de Palisades. *"C'est une blague"*—dijo sonriendo. "Simplemente un cuento." Los alemanes no atacaron aquí, sino abajo en el bosque por donde pasa el camino a Nancy y penetra en el valle de Amezeule. No pretendieron tomar el Grand Mont sino franquearlo. Más de doscientos mil hombres lucharon durante días en el valle. Le pregunté acerca de la leyenda del Kaiser sentado sobre una colina esperando de uniforme blanco con su famosa escolta, que el camino se hallase libre para hacer su entrada triunfal en la capital de Lorena, de lo que se rió. Yo podía elegir mi colina. Si el Emperador hubiera hecho esto, la colina debería hallarse enfrente. Pero, ¿lo hizo en realidad? Pocas leyendas circulan en el frente y los cuentos y chistes que deleitan en París, mueren fácilmente al llegar a las trincheras.

Debido a la gran cantidad de preguntas sobre la lucha, mi comandante me prometió llevarme por la tarde al sitio donde se peleó con más fiereza, un poco más al sur, donde todas las colinas se cortan y existe una entrada natural de Alemania a Francia, donde está el comienzo de la célebre Charmes Gap, brecha a través de la cual corre el camino alemán a París, desde el este. Dejando Nancy detrás de nosotros y subiendo por el valle del Meurthe, en su margen este y desviándonos de allí, delante de St.-Nicholas-du-Port, llegamos a los campos de batalla más devastados que jamás he visto. Sobre un llano levántase el pequeño pueblo de Haraucourt, en completa ruina. Sus casas no son más que cenizas y escombros. Saliendo del pueblo hacia el este se penetra en los campos llenos de hoyos de granadas. Durante varias millas se puede caminar de hoyo en hoyo y todo el país es un verdadero mosaico. Cada pocas varas una nueva línea de viejas trincheras se aproxima al camino y se aleja nuevamente. Las alambradas cubren de arriba a abajo las suaves pendientes de las colinas.

Pronto salimos a un campo perfectamente llano, resquebrajado por completo por las granadas. Antiguas trincheras, medio derruidas, surcaban el terreno en todas direcciones. Más allá, al pié de un declive, divisábanse las ruinas de la pequeña aldea de Corbessaux. El comandante llamó mi atención hacia unos bosques ralos que había enfrente.

"Los alemanes tenían allá sus ametralladoras—me dijo.—Nosotros lo ignorábamos y una brigada francesa se lanzó al ataque atravesando este terreno. Salió a las ocho y quince, y a las ocho y treinta había perdido más de tres mil hombres de seis mil que eran. Entonces los alemanes salieron a su vez de los bosques, y nuestra artillería, situada más atrás en Haraucourt, les cogió y perdieron tres mil quinientos hombres en un cuarto de hora." A lo largo del camino había innumerables sepulturas. Nos fijamos en una y vimos marcado: "Aquí ciento noventa y seis franceses." A veinte piés de distancia había otra que decía: "Aquí ciento noventa y seis alemanes." En el terreno que pisábamos me dijeron que se hallaban sepultados diez mil. Se les enterraba a prisa y aun ahora, cuando llueve, se ven al descubierto brazos y piernas.

Dos años habían transcurrido, casi dos años, desde que este campo fué teatro de la lucha. Los alemanes lo tomaron y se habían aproximado a Haraucourt, pero no pasaron. Éste fué el centro y el punto vital en la batalla de la Lorena. Lo que las tropas de Foch habían hecho en Fère-Champenoise, hicieron aquí las de Castelnau. La ola alemana había sido contenida. Pero, ¿a qué precio? Y ahora, después de tantos meses, quedaba la desolación de la guerra. Sin embargo, no había de durar. Al lado mismo de las sepulturas un viejo campesino arabe guiaba su arado y sus caballos cuidadosamente entre las tumbas. Cuatro millas más ade-

lante otras trincheras se hacían frente y la batalla continuaba visiblemente; pero detrás de esta línea, en los terrenos mismos donde tantos habían muerto, empezaba a renovarse la vida.

Más tarde nos dirigimos al sur pasando dentro de las líneas que los alemanes habían sostenido en su gran avance. Pasamos por Lunéville, que capturaron y abandonaron sin dañarlo, con excepción de un suburbio del este que las granadas habían destrozado. Visitamos Gerbéviller, donde en un acceso de rabia los alemanes quemaron todas los edificios. Nunca he visto desolación igual. Todo lo que había tenido forma, todo lo que tenía una semblanza de belleza o de utilidad, yace en ruina completa: casas aisladas, un castillo, las manzanas de casas de la aldea, todo es cenizas. Con excepción de Sermaize, Gerbéviller es el pueblo más completamente destruído de Francia.

Se entra en el pueblo por un pequeño puente sobre el diminuto Mortagne. Aquí algunos soldados franceses hicieron alto y contuvieron el avance alemán durante algunas horas. No hubo otra batalla en Gerbéviller, pero esta defensa ocasionó la muerte de la villa. No hubo jamás una muerte más completa. En cada casa se colocó material inflamable y todo lo que podía extremar la destrucción se empleó allí. Gerbéviller ha muerto. Sólo unas cuantas mujeres y niños viven en medio de sus cenizas. Existe una barraca de madera cerca del puente, con una oficina de correos y las inevitables postales, en las que solamente perpetúa su vida el pueblo de Gerbéviller. Será, en tiempos de paz, un lugar de peregrinación.

De Gerbéviller fuimos por Bayona a la altiplanicie de Saffais, la colina entre el Meurthe y el Mosa, donde el ejército derrotado de Castelnau se detuvo con éxito por última vez. La línea francesa venía del sur de Sainte-Geneviève, donde habíamos estado por la mañana, pasaba por el Grand Mont, cruzando la llanura por Haraucourt y Corbessaux, y atravesaba luego el Meurthe por Dombasle llegando a las alturas de Rosières hacia el sur. Tomado Lunéville, los alemanes intentaron cruzar el Meurthe saliendo de la foresta de Vitrimont.

Desde la altiplanicie de Saffais y mirando al este, toda la región se descubre otra vez como en el Grand Mont. La faz de la meseta está cubierta de trincheras que siguen los declives, y la aldea de Saffais se yergue como un promontorio. En esta colina los franceses habían reunido trescientos cañones. Su ejército había vuelto destrozado, y para organizarlo había sido necesario retirar tropas de Alsacia. Mühlhausen fué sacrificada para salvar a Nancy. Detrás de las colinas donde nos encontrábamos, un ejército vencido y casi en fuga se rehizo en tres días y volvió a la carga.

En las sombras de la tarde dirigí mi vista a través del Meurthe a la sombría masa de la foresta de Vitrimont de donde había salido el ejército

alemán victorioso. Desembocaron del bosque, se aproximaron al río, cubiertos por el declive; pero, barridos por la artillería, sucumbieron. Pocos lograron pasar el río con vida, ninguno ascendió la pendiente. No había casi sepulturas a lo largo de estas trincheras. Los alemanes después tuvieron que ceder a su vez a la presión que se les hacía desde el sur y retirarse. Antes de que empezara la batalla del Marne, la invasión alemana había sido contenida aquí en los últimos días de agosto. Una segunda terrible acometida, que coincidió con la del Marne, había fracasado también y entonces los alemanes se retiraron a la frontera. La vieja frontera de Bismarck es ahora en muchos casos una línea de fuego y en ninguna parte de este frente se hallan los alemanes más que a tres o cuatro millas dentro del territorio francés.

Si se mira el mapa de la enteramente imaginaria batalla de Nancy que ha trazado el coronel Boucher para ilustrar su libro, publicado antes de 1910, en que se describe el problema de la defensa de la frontera oriental, se encontrarán las líneas donde hicieron alto los franceses en Saffais, indicadas exactamente. El coronel Boucher no había soñado esta batalla, sino que durante una generación el estado mayor francés la había presentido. Aquí habían esperado hacer frente a la acometida alemana. Cuando los alemanes decidieron invadir por Bélgica tomaron a su vez la ofensiva; pero habiendo fracasado, libraron la batalla esperada tanto tiempo.

De toda la región de la guerra, de la guerra de hoy y de la guerra de ayer, regresa uno a Nancy, a sus calles bulliciosas, con sus habitantes que vuelven de las tareas del día. La guerra está a menos de quince millas de distancia, pero Nancy se halla tan tranquilo como nervioso está Londres. Sus panaderos aun hacen macarrones y los *raids* de los *Taubes* no imipiden a los niños asistir puntualmente a la escuela. Nancy está en calma; posee la calma de toda Francia, pero con algo más que calma, con una virtud que se desprende después de cuarenta y seis años de vida frente a una frontera abierta. Hace veintiún meses fué la piedra de toque de a guerra y medio millón de hombres lucharon, siendo posible que en cualquier momento otro ataque alemán llegue a amenazarla. A lo lejos, hacia la vieja frontera, se escucha todavía un cañón alemán escondido en la floresta de Bezange, que ha reducido a cenizas una manzana de la ciudad y que puede hacer fuego en cualquier momento. Los zeppelines han venido y se han ido sembrando tras de sí la muerte sobre mujeres y niños, pero Nancy sigue con su vida diaria.

¿Y mañana? En el corazón de los habitantes de esta hermosa ciudad alienta una fe única y sencilla. Nancy mira hacia sus fronteras antiguas y con ojos de esperanza sobre la Gran Corona, barrida por la metralla, y más allá a la tierra de promisión. Y las gentes dicen, si se las pregunta

sobre la guerra y sobre la paz, lo que uno de ellos me dijo a mí: "La paz vendrá; pero no hasta que tengamos nuestra antigua frontera, hasta que tengamos Metz y Estrasburgo. Hemos esperado mucho tiempo, ¿no es así?"

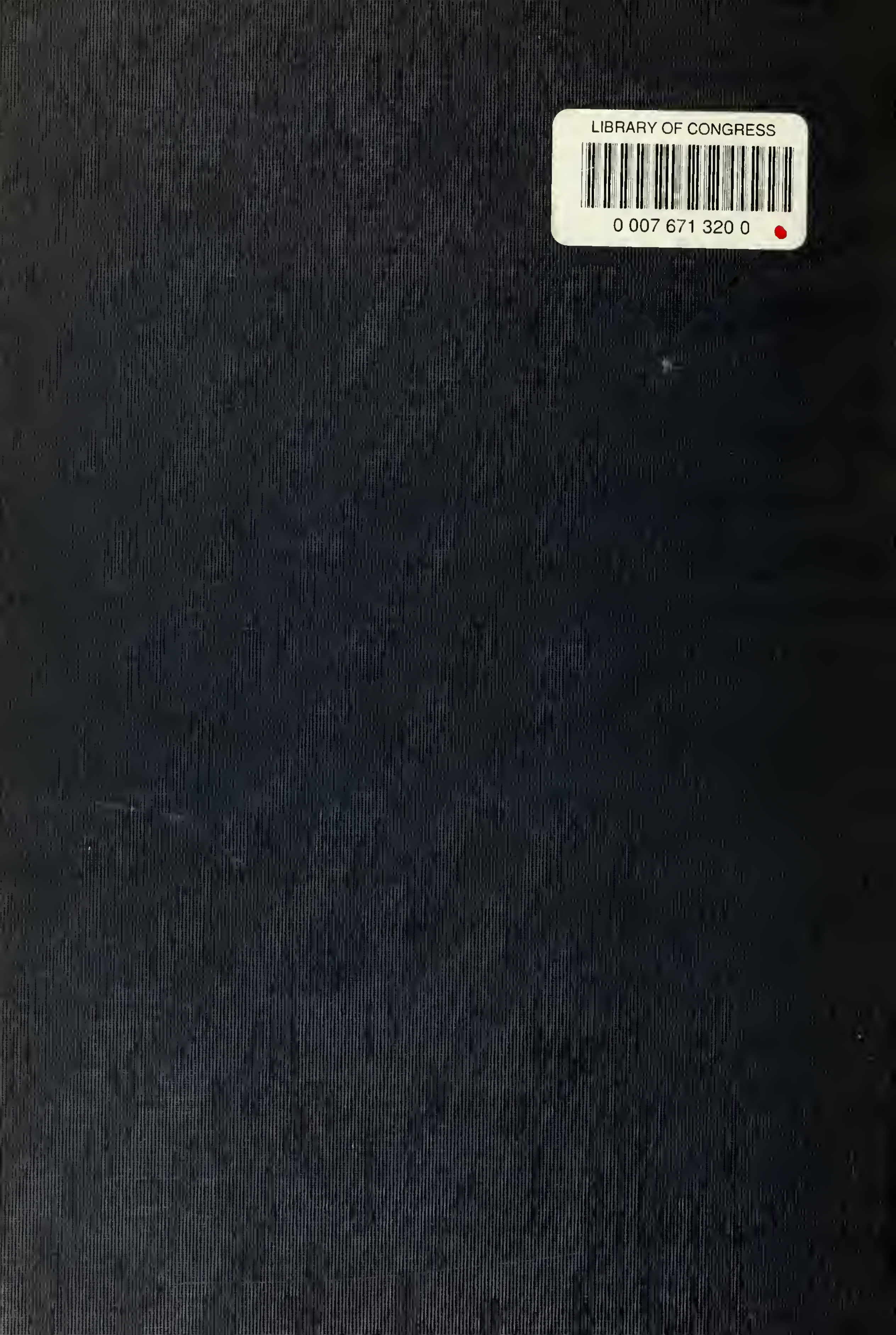
FIN DEL VOLUMEN PRIMERO



THE COUNTRY LIFE PRESS
GARDEN CITY, N. Y.






LIBRARY OF CONGRESS
0 007 671 320 0